MANUELA RICCI

Heartless



Contents

El libro
La autora
Playlist
Glosario
PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
FINE



Derechos de autor © 2023 Manuela Ricci

Diseño gráfico por © Lily Graphic Cover

http://www.facebook.com/lily.graphic.509

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y lugares mencionados son invenciones de la autora y tienen el único propósito de hacer que la narración sea más verosímil. Cualquier similitud con hechos, lugares y personas vivas o fallecidas es puramente coincidencia.

https://www.facebook.com/manuelaricci/

https://www.instagram.com/mauela_ricci_author/



MANUELA RICCI
Heartless

El libro

«¿Qué quieres de mí, Gideon?»
«Todo lo que pueda tomar y lo haré de la peor manera posible».

Soy Gideon Brooks, el quarterback de Los Angeles Rams. Nadie puede doblegarme, romperme y burlarse de mí, o al menos eso era lo que creía antes de conocer a Autumn Rivers. La chica que hace cinco años se llevó mi corazón y lo destrozó en pedazos, pero ahora el plan de juego ha cambiado. Autumn está en mi ciudad, en mi equipo como preparadora física y solo tengo un objetivo: hacer de su existencia un infierno.

La autora

Manuela Ricci, soñadora compulsiva y devoradora de series de televisión, comenzó a escribir sus primeras historias en Wattpad en 2015 bajo el seudónimo de StarFreedom. Desde entonces, no ha dejado de escribir, porque escribir nos hace libres.

INSTAGRAM: manuela_ricci_author

TIK TOK: manuelaricci_author

FACEBOOK: Manuela Ricci Author

A mis lectores que en estos años han hecho posible todo esto, llevando mi sueño en alto.
Existen miradas que atraviesan tu alma.

Manos que te han tocado sin haberlo hecho nunca realmente.
Y existen corazones que ocupamos, en los que permanecemos indelebles, todo esto se llama amor.
Desvergonzado.
Arrogante.
Magnético... pero, sobre todo, único.
Esta novela es para ti.

Playlist

Nunca podría escribir sin música y en estas notas nació la historia de GIDEON & AUTUMN
Al escanear el código QR, descargarás la lista de reproducción donde encontrarás en orden cada canción asociada a los capítulos.



Glosario

Dado que la novela trata sobre fútbol americano, para que puedan comprender los roles de los jugadores que leerán en la historia, he decidido compartir con ustedes este pequeño glosario.

Centro (Center) (C)

Es el jugador que se encuentra en el centro de la línea de ataque y que pone en juego el balón con el snap. También tiene la tarea de coordinar a los hombres de la línea de ataque y bloquear a los hombres de la línea defensiva adversaria.

Guardia (Offensive Guard) (OG)

Son los dos jugadores de la línea de ataque a los lados del centro que realizan bloqueos en las jugadas de carrera o protegen al quarterback en las jugadas de pase.

Offensive tackle (OT)

Son los dos jugadores de la línea de ataque en los extremos de las guardias que tienen sustancialmente las mismas tareas que las guardias.

Tight end (TE)

Es el jugador que se posiciona justo afuera de la línea de ataque junto al offensive tackle. Sus tareas son una mezcla entre las de los hombres de línea y las de los receptores. Los tight end que se alejan más de la línea también se llaman split end. Las formaciones modernas a menudo cuentan con un tight end y un split end que pueden ser reemplazados por un receptor en situaciones especiales. A veces se pueden tener formaciones «con tres tight end», lo que significa que uno de los receptores es reemplazado por otro hombre de línea o por un bloqueador en situaciones en las que se busca ganar pocas yardas con una carrera.

Receptor (Wide Receiver) (WR)

Es el jugador destinado a recibir los pases del quarterback. Por lo general, es un jugador rápido que, después del snap, se coloca en el campo adversario para recibir el pase. Puede estar alineado en la línea de scrimmage y así ser considerado uno de los siete jugadores obligatorios (split end), o puede posicionarse al menos un paso detrás de la línea, tomando el nombre de flanker si está en el exterior o de slot si está más en el interior. Las habilidades que se le requieren son velocidad y habilidades para atrapar el balón.

Fullback (FB)

Es el jugador posicionado detrás del centro de la línea, después del quarterback, destinado a realizar bloqueos, algunas carreras y algunas recepciones de pases cortos. La característica requerida en un fullback clásico es la potencia más que la agilidad o la velocidad. Las formaciones modernas tienden a utilizar menos al fullback.

Running back (RB)

Es el jugador, antes llamado halfback (HB), destinado a llevar el balón en las jugadas de carrera. Por lo general, son, junto con los receptores, los jugadores más rápidos del equipo tienen un físico compacto y ágil; a menudo realizan movimientos rápidos e imprevistos para intentar evitar los ataques de los defensores. Son los jugadores más propensos a lesiones (especialmente en articulaciones y ligamentos) y, por lo tanto, tienen una carrera más corta.

Quarterback (QB)

Es el jugador que dirige el equipo de ataque y decide la jugada. Por lo general, se coloca justo detrás del centro y recoge el snap para entregar el balón a un corredor o lanzarlo a un receptor. En situaciones particulares, el quarterback puede posicionarse a algunas yardas del centro (formación shotgun) para ganar tiempo en caso de una situación de pase forzado. También existe la «formación pistol», similar a la shotgun, en la cual el running back o el fullback se colocan al lado del quarterback para una jugada casi siempre de pase.

Defensive end (DE)

Son los dos linieros defensivos que se colocan en los extremos de la línea defensiva. Su función es atacar al quarterback adversario en una jugada de pase o bloquear al portador del balón. El más rápido de los dos generalmente se coloca en el lado derecho de la línea defensiva (el lado ciego del quarterback derecho) porque ese es el «lado ciego» de un quarterback diestro.

Linebacker (LB)

Son los jugadores que se posicionan detrás de la línea defensiva y se encargan de detener los acarreos o interceptar los pases cortos. A veces los linebackers también pueden realizar blitz hacia el quarterback adversario. Los linebackers se dividen generalmente en tres tipos:

strongside linebacker, también llamados left outside linebacker (LOLB) y right outside linebacker (ROLB)

se alinean frente al tight end adversario y generalmente son los linebackers más fuertes porque tienen que enfrentar a los bloqueadores más fuertes.

middle linebacker (MLB)

se alinea en el medio de la defensa y debe identificar la formación del ataque adversario para dictar los ajustes necesarios en la defensa.

weakside linebacker (LOLB) y (ROLB)

son los linebackers más rápidos que deben cubrir el campo abierto en los pases.

Cornerback (CB)

Son los jugadores (generalmente dos) que se encargan principalmente de la defensa en los pases. Deben marcar a los receptores adversarios e intentar interceptar los pases del quarterback o al menos desviarlos de su objetivo. En situaciones de acarreo, actúan como la última línea de defensa.

Safety (FS o SS)

Son los jugadores (generalmente dos) que forman la última línea de defensa (la más alejada de la línea de scrimmage) y generalmente ayudan a los cornerbacks en la defensa en los pases. Se dividen en strong safety (SS), generalmente el más fuerte y pesado, orientado a la defensa en los acarreos, y free safety (FS), más ligero y rápido, orientado a la defensa en los pases. Los safeties también pueden sorprender realizando blitz hacia los mariscales de campo adversarios. En situaciones de pase casi seguro, una defensa puede alinear safety (o cornerbacks) adicionales, cinco, seis o incluso siete. En este caso se llaman respectivamente nickelback, dimeback y defensive quarterback en analogía con el término estadounidense que se refiere al níquel de 5 centavos, la moneda de 10 centavos y el cuarto de dólar de 25 centavos.

PRÓLOGO

Autumn

Tengo todo bajo control, al fin y al cabo, es lo que siempre he deseado. He estudiado para esto y me he esforzado al máximo, ahora ha llegado mi momento. Sigo haciendo una lista de todas las ventajas que me han llevado hasta Los Angeles, mientras atravieso el aeropuerto y el teléfono comienza a sonar.

«Estoy aterrizada sana y salva», digo a Addison, mi mejor amiga, al otro lado del teléfono. Al menos por ahora.

«¿Ya lo has conocido?», pregunta en pánico. Debería ser yo la que se vuelva loca.

«Si te refieres a tu hermanastro, la estrella de los Rams de Los Angeles, aún no», respondo arrastrando el carrito en medio de la multitud que invade el LAX.

«¿Cómo puedes estar tan tranquila?», me reprocha. No lo estoy, diablos.

«Estoy aquí solo por trabajo», le recuerdo, luego le prometo llamarla en cuanto me haya acomodado y cierro la comunicación con un suspiro de frustración que se me escapa de los labios.

Miro a mi alrededor desconcertada por la cantidad de personas y, finalmente, veo la salida. Enderezo la espalda, respiro profundamente una vez más, sintiendo cómo se consume en mis pulmones, y me dirijo hacia las puertas automáticas.

Al fin y al cabo, ¿qué podría suceder tan terrible?

Ni siquiera tengo tiempo de formular ese pensamiento en mi mente cuando, tan pronto como pongo un pie en la acera, lo veo.

Gideon Brooks.

El quarterback de los Rams.

El hermanastro de mi mejor amiga.

Mi exnovio.

Han pasado cinco años desde la última vez que lo vi, desde aquella mañana en la que salí sigilosamente de su habitación como una ladrona y dejé atrás mis rastros.

Trago con dificultad mientras, paso a paso, me acerco a él.

Gideon está apoyado de espaldas en una Dodge negra con ventanas oscurecidas. El pelo oscuro está desordenado en todas direcciones, los brazos cruzados sobre el pecho resaltan los músculos rodeados por una serie de tatuajes, y la camiseta que lleva puesta me permite vislumbrar una cascada de abdominales bien definidos, por no hablar de las piernas gruesas como troncos de árbol enfundadas en unos vaqueros blancos rasgados.

«¡Autumn Rivers!», exclama, levantándose las gafas de aviador en la frente y permitiendo que esos dos charcos de un intenso color esmeralda, rodeados de destellos dorados, me recorran de arriba a abajo. «Pensé que no te reconocería con la ropa puesta, dado que, si no me equivoco, la última vez que te vi estabas desnuda debajo de mí y gritabas mi nombre», añade lanzándose hacia mí con ímpetu y tomando mi carrito.

Nuestras manos se rozan y un escalofrío recorre mi columna vertebral.

«Veo que tu memoria sigue funcionando bien, es sorprendente considerando todas las cabezas que ustedes reciben en el campo», replico, sosteniendo firmemente mi maleta.

Gideon esboza una sonrisa maliciosa, una de esas, las que lo distinguían incluso cuando

estábamos juntos; esa media sonrisa que le hacía curvar los labios hacia un lado y le creaba un hoyuelo en la parte izquierda de la boca, me hacía temblar las piernas, pero eso fue antes de que mi mundo se desmoronara entre mis manos.

«No te hagas la difícil, después de todo, nunca lo has sido. Solo vine a buscarte», replica tratando de apoderarse de mi carrito, que prácticamente me arranca de las manos y carga en el maletero de su auto.

Cruzo los brazos sobre el pecho, molesta.

«¿El quarterback de los Rams, la leyenda, siempre hace de conductor para el personal del equipo?», bromeo, refiriéndome al hecho de que formaré parte del equipo de preparadores físicos de los Rams.

«No, simplemente me gusta adelantarme», replica él pasando un brazo por encima de mis hombros.

«Adelantarse...»

«Sonríe, galletita», me interrumpe mientras una miríada de destellos nos cae encima, haciéndome sentir completamente aturdida.

Gideon abre la puerta de su auto y prácticamente me empuja al asiento del pasajero. Lo veo saludar a la prensa, que no logro entender de dónde diablos ha salido, mientras él da la vuelta al vehículo, se sienta a mi lado y me dedica otra de sus sonrisas de pillo malicioso.

«¿Qué significa esto?», digo señalando a los fotógrafos, que nos persiguen en cuanto parte con su bólido de interiores blancos, tablero de madera y una mini TV LCD de doce pulgadas.

«Toma», replica sin responder a mi pregunta, pero concentrándose para sacar algo del asiento trasero y luego deslizarlo sobre mis piernas: un paquete rojo con un lazo.

«¿Un regalo?»

«Uno de esos que no olvidarás fácilmente, galletita».

«¡Deja de llamarme así!», sentencio, mientras mi mente se llena de imágenes de él mordiendo suavemente el interior de mi muslo haciéndome perder completamente el control, al mismo tiempo que, como un mantra, sigue llamándome galletita.

«En otro tiempo te gustaba tanto que te empapabas, galletita», recita lanzándome una mirada llena de satisfacción. «¿Qué esperas, no quieres ver qué contiene mi regalo para ti?»

Sacudo la cabeza desconcertada, mientras rasgo el papel hasta encontrarme con un periódico en mis manos, pero no uno cualquiera, es Los Ángeles Times; lleva la fecha de hoy y en la portada está él, Gideon.

Comienzo para leer con el corazón latiendo desbocado en el pecho ante cada palabra que se clava en mi mente como pequeñas agujas:

La leyenda de Los Angeles Rams se revela, declarando estar comprometido. Al parecer, nuestro Hurricane ha decidido poner su cabeza en su lugar y ha querido aclarar que, aunque Autumn Rivers trabajará en el personal de los Rams como preparador físico, esto no afectará su rendimiento en el campo. Por su parte, Brooks ha expresado cuán fundamental será su presencia para dar lo mejor de sí mismo al equipo.

«¿Estás bromeando?», exclamé, arrugando entre mis manos esa página llena de mentiras.

«¿Crees que estoy bromeando?», respondió satisfecho.

«Voy a desmentirlo todo», le señalé.

«No te recomiendo que lo hagas si valoras tu trabajo», replicó, deteniéndose en el borde de la carretera que bordea la costa que da al Océano Pacífico. «Mira», continuó volteándose hacia mí,

«cuando supe que vendrías a mi ciudad y a mi equipo, pensé que podrías serme útil, no como preparador físico, sino como alguien que me ayudaría a limpiar mi imagen», explicó como si no estuviera en medio de un verdadero delirio.

Abrí la puerta y salí del auto, necesitaba respirar, pero, sobre todo, tenía que despertar de esta pesadilla.

Estoy segura de que aún estoy sentada en primera clase y me he quedado dormida; aún tengo que aterrizar en Los Angeles y todo esto es solo una terrible pesadilla.

Sigo repitiéndome mientras me vuelvo y veo a Gideon, con la cabeza inclinada a un lado, mirándome divertido.

Maldición, es todo desagradablemente real. Ese bastardo está tratando de atraparme.

«Lamento todas las tonterías que has dicho sobre mí, pero no tengo intención alguna de ayudarte en esta locura», le señalo, desafiando su mirada que todavía es capaz de retorcerme el estómago por la intensidad con la que me acaricia sin tocarme realmente.

«No es una solicitud, galletita. Solo tendrás que hacer lo que te diga y así podrás mantener tu trabajo; esos son los acuerdos, los mismos por los cuales estás aquí, en el maldito equipo que ganó el Super Bowl».

Maldito imbécil.

Sabe perfectamente que, a mi edad, tener un lugar en uno de los equipos más destacados de la NFL es una oportunidad única, que seguramente no se me presentará de nuevo, y él la está usando como un arma de doble filo.

«¿Quieres hacerme creer que el entrenador y el presidente de los Rams están de acuerdo contigo?».

«No quiero que lo creas, quiero que lo constates tú misma», ahora es él quien me desafía.

Vuelvo a subir al auto cerrando la puerta de un portazo, con la esperanza de que su precioso juguete se desmorone, pero obviamente es un coche de cientos de miles de dólares y mi deseo no se cumple.

Gideon, durante todo el trayecto que nos separa de las instalaciones de los Rams, sigue moviendo la cabeza al ritmo de la música y tarareando las canciones que se transmiten por la radio como si nada hubiera pasado.

Como si no me hubiera encerrado recién en una jaula.

Como si no me hubiera hecho prisionera.

Como si no hubiera atado nuestras vidas en doble vínculo.

Un vínculo que no podré romper.

«¿Por qué lo estás haciendo?» encuentro el coraje para preguntarle tan pronto como estaciona el auto en su estacionamiento reservado.

«Galletita, no lo tomes como algo personal, de verdad. Solo aproveché la oportunidad, simplemente agarré una parábola perfecta, eso es todo».

¿Eso es todo?

«¿No podías elegir a otra chica que fingiera ser tu novia?», digo.

«No quiero a una desconocida deambulando medio desnuda en mi villa».

¿En su villa?

«¿Qué... quiero decir, me estás diciendo...?».

«Oh, sí, olvidé decírtelo: te quedarás en mi casa para que todo sea más creíble, por supuesto».

Bajo del auto indignada y me dirijo hacia las oficinas del equipo, donde aún debo firmar mi contrato con los Rams.

Gideon me sigue silbando, como si estuviéramos yendo a un paseo campestre en lugar de mandar a la mierda mi existencia.

Nos sentamos en la lujosa sala de espera y cuando la secretaria pronuncia mi nombre, me levanto y me dirijo a la oficina, donde no solo encuentro al presidente, sino también a algunos directivos y a quien parece ser la agente de relaciones públicas de los chicos.

Es a ella a quien debo impresionar para que cambie de opinión.

«Señorita Rivers, es un placer tenerla aquí; espero que haya tenido un buen viaje», dice uno de los directivos estrechándome la mano.

«Sí, gracias».

El aterrizaje fue de emergencia.

«Supongo que ya sabrá que no está aquí solo por sus excelentes habilidades como preparador», agrega el presidente invitándome a sentarme en su mesa.

«Es precisamente de eso de lo que quiero hablarle. No creo que sea una buena idea, no daremos una buena imagen del equipo; en fin, ¿un miembro del personal con un jugador?».

«¿Usted qué opina?», replica la mujer de largos cabellos rubios y gafas de montura rosa llamativo.

«Sí, digo que es una locura», respondo, ganándome varias miradas que no puedo interpretar.

«Le mostraré algo que la sorprenderá», replica la rubia elegantemente vestida con un traje antracita, mientras en la pantalla grande comienza a reproducir todos los elogios en las redes sociales después de la entrevista de Gideon.

Lo detesto con todo mi ser.

«Y esto, ¿qué debería significar?», finjo desinterés, pero no puedo negarme a mí misma que sus fanáticos están en un verdadero delirio por la noticia.

«Ve, Brooks tuvo algunos problemas durante la temporada y restaurar su reputación es una prioridad para el equipo; usted, además de entrenarlo, deberá hacerse pasar por su novia para mantenerlo fuera de problemas», explica como si acabara de confundirme con una niñera.

«Y si no aceptara?», señalé, mostrándome segura de mí misma.

«Escuche, señorita Rivers, usted es talentosa, tiene habilidad en lo que hace y si no entendí mal, usted y Brooks ya han estado juntos. Rechazar esta oferta podría poner fin a su carrera. Un preparador físico despedido por un equipo como el nuestro, el primer día de trabajo, sería una mancha indeleble en su currículum».

«¿Me está diciendo que no tengo elección acaso?».

«Usted es libre de elegir lo que considere mejor para su futuro, claro está», replicó el presidente.

Estoy tentada de levantarme y marcharme, pero no puedo permitir que Gideon Brooks perturbe una vez más mis planes.

El Huracán de los Rams, antes de serlo para este equipo, ya lo era en mi vida, dejando una marca indeleble que sigo arrastrando.

«¿Tiene una pluma?», pregunté para firmar el contrato.

O tal vez mi condena.

Cuando salgo de la oficina, por supuesto él está allí esperándome, con esa expresión satisfecha que desearía poder borrarle de la cara a golpes.

«Supongo que todo salió bien», comenta.

«Supones bien, pero no pienses ni por un momento que eso te da permiso para tocarme una sola vez».

Gideon estalla en una risa estruendosa mientras recorremos el pasillo y regresamos al

estacionamiento. «Galletita, eres hilarante, había olvidado tu sarcasmo. ¿Realmente crees que necesito de ti para tener sexo?».

Esas palabras deberían resbalar sobre mí como pequeñas gotas de lluvia; sin embargo, tienen el poder de arañarme y hacerme sentir de nuevo ese agujero en el centro del estómago que hace que pierda un latido.

«Me está doliendo la cabeza, necesito descansar», digo para evitar tener que responder a su insinuación.

Claro, como si alguien como él no tuviera una fila de chicas dispuestas a hacer cualquier cosa por meterse en su cama.

Tonta, Autumn.

Tan pronto como llegamos a Santa Mónica, Gideon se detiene frente a una gran puerta, toca un botón en la capota del auto y veo cómo se abre ante lo que parece ser una de las mansiones más grandes que jamás haya visto.

«Demonios», escapo mientras recorre la entrada decorada con setos, altas palmeras y macetas de terracota desbordantes de rosas de todos los colores.

La casa se extiende en tres niveles, todos cubiertos de vidrio.

«Ven, te mostraré tu parte de la casa», dice mientras baja del auto y toma mi equipaje. Lo sigo completamente cautivada por lo que me rodea: una piscina, una cancha de baloncesto, un jacuzzi e incluso un minigolf, donde en cada hoyo hay una pequeña atracción de la ciudad de los ángeles.

«Ya sé que los jugadores de fútbol americano ganan bien, pero no pensé que tanto como para permitirse un parque de diversiones», comento mientras recorro el camino de guijarros que lleva a la entrada de la casa.

«Ven», dice con una sonrisa burlona.

Tan pronto como pongo un pie en el parqué, me vuelvo y noto que toda la casa ha sido construida de manera que permita una vista de trescientos sesenta grados sobre el Pacífico; a pesar de las ventanas, la privacidad está asegurada por el gran muro perimetral y los altos árboles que delimitan todo el perímetro.

«Pensé que me alojaría en uno de los muchos apartamentos del personal, en cambio...», digo dando voz a mis pensamientos, que en este momento están un poco confusos y bastante contradictorios.

Una parte de mí quisiera estrangularlo por la broma que me hizo, pero la otra no puede negar que quizás toda esta situación también tiene aspectos positivos.

«En cambio, este será tu espacio», replica señalando hacia el segundo piso, al que se accede a través de una escalera de cristal. «Tienes tu propia sala de estar, acceso externo al jardín y a la playa privada, dormitorio y baño personal. La cocina es compartida, por supuesto, en la planta baja; en el tercer piso está mi espacio y te aconsejo que no cometas el error de adentrarte en mi mundo», concluye, esperando una reacción por mi parte que no le concedo.

«No habrá peligro, Brooks».

«También dijiste eso hace cinco años», murmura casi en un susurro, mientras su cuerpo invade mi espacio personal haciéndome sentir tan pequeña frente a él.

«No soy la misma chica que recuerdas», encuentro el coraje para replicar, mientras él me sonríe y recoge un mechón de cabello detrás de mi oreja; sus nudillos rozan mi mejilla.

«Y yo ya no soy el chico del que huyes», dice casi como si fuera una amenaza, antes de darme la espalda y subir al tercer piso, dejándome atrapada en esa realidad que aún no estoy lista para enfrentar.

Capítulo 1
Gideon
ESQUEMA DE JUEGO

Cinco años antes...

El árbitro se coloca entre nosotros y los Tigers de Princeton; es mi segundo año en Brown y soy el quarterback del equipo, todo lo que deseaba una vez dejada la preparatoria de Rosemont. A través de la visera, fijo mi mirada en mi oponente y elijo el lado de la moneda que, poco después, es lanzada y comienza a girar en el aire, hasta caer en el césped asignando la posesión del balón al equipo contrario.

Todos nos posicionamos en la línea de Scrimmage, listos para iniciar la acción tan pronto como empiece el juego.

El balón pasa del Snapper al Quarterback, los Guardias Ofensivos corren hacia nosotros para derribarnos mientras sus Tight Ends intentan llegar a las diez yardas del primer Down, pero no han contado con nuestros Tackles Ofensivos que se lo impiden, haciéndolos caer con la cara al suelo.

El juego continúa desde allí, con la posesión del balón a nuestro favor.

Llamo al esquema: «Hut por tres. Hut. Hut. Hut». El balón vuela en una parábola perfecta y aterriza directamente en mis manos, lo agarro llevándomelo al pecho y comienzo a correr como si en ese momento no existiera nada más.

Detrás de mí, el delirio. Escucho los golpes de los cuerpos rivales que se desploman en el suelo, mientras nuestra ofensiva me permite avanzar, como un maldito huracán que succiona todo lo que encuentra a su paso para lanzarlo lejos; gano treinta yardas mientras el árbitro silba el final del primer Down.

Regresamos a los bancos y nuestro entrenador sonríe complacido hacia mí y luego nos pasa su carpeta para recordarnos el siguiente esquema, el que hemos estudiado en estas últimas semanas para prepararnos para este partido, uno de los más importantes del campeonato de la Ivy League.

Asentimos seguros de nuestros roles en el campo y volvemos a nuestras posiciones, listos para comenzar de nuevo.

Somos como rifles cargados, listos para explotar y es exactamente lo que sucede cuando el árbitro silba para la acción; avanzo más allá de las treinta yardas, Turner me intercepta desde el lado opuesto creando la confusión adecuada en el campo.

Uno de nuestros Receptores Abiertos atrapa mi pase, chocando con otro de nuestros Receptores Abiertos a quien le pasa el balón, sin que los Guardias Ofensivos rivales se den cuenta y tan pronto como supero las cuarenta yardas, llega el momento.

El balón vuela rasgando el cielo sobre nuestras cabezas, mientras mis pies se despegan del suelo y lo atrapo entre mis manos.

Lo mantengo apretado contra mi pecho donde mi corazón late rápido siguiendo mis mismos pasos, cada latido es una yarda menos que me separa de la meta.

Está allí frente a mí, la línea blanca que debo cruzar. Empujo al máximo, sintiendo los músculos arder por el esfuerzo, pero al final lo logro, anoto mi primer touchdown; la pelota

rebota más allá de la línea y la multitud estalla. Mis compañeros me alcanzan más allá de la meta y juntos nos sumergimos en una danza sexy en la que agitamos las caderas y fingimos dar nalgadas a nuestros oponentes.

Continuamos con el mismo espíritu y la concentración adecuada durante el resto del partido, que nos declara vencedores del cuarto y último Down.

«Tuvo suerte, Brooks», comenta Clarck, el quarterback de los Tigers, quitándose el casco protector.

«¿Sí? ¿Es así como se dice cuando te la meten por el culo?», replico dándole un golpe en el hombro, solo para seguir burlándome de él y de la derrota que tendrán que llevar consigo hasta Princeton.

Una vez en los vestuarios, los chicos y yo discutimos sobre la fiesta que se llevará a cabo en Delta Sigma Theta por nuestra victoria.

Llegamos a la fraternidad con nuestras camionetas cargadas de barriles de cerveza y comenzamos a preparar la sala de estar en lo que será una improvisada cabina de DJ.

«Gran partido, Brooks», me felicita uno de los chicos del equipo de remo.

«Gracias», respondo chocando las manos con él, luego continúo ayudando a los demás a descargar la compra de los autos.

«Yo abriré los paquetes de papas fritas», comenta Sheila, la líder de las animadoras.

«Para mí es mejor abriendo las piernas», dice Stuart dándome un codazo.

«¡Basta!», lo reprendo.

«Eres el único que no ha tenido éxito», señala mi corredor.

Quizás porque todavía tengo en la cabeza a una morena ardiente con ojos color chocolate.

Aún no puedo creer cómo fue posible, pero sucedió; Autumn Rivers y yo, en la víspera de Año Nuevo, estuvimos juntos en la cama, y desde esa noche mis manos no han vuelto a tocar a otra chica.

Maldita Autumn.

La noche se desarrolla como se esperaba; ríos de cerveza comienzan a tambalear nuestras mentes mientras los bajos de los altavoces al final de la sala laten tan fuerte que incluso hacen temblar el suelo.

Jugamos beer pong y otras tonterías por el estilo con algunos de mis compañeros, hasta que decido subir a mi habitación para llamar a mi hermano Maddox.

Tan pronto como piso el piso de arriba, veo a una chica forcejear con uno de esos idiotas de Princeton; al parecer, la derrota no fue suficiente para ellos, también necesitan algunos golpes en los dientes.

«¡Idiota! Suelta. A. La. Chica.», ordeno y el Receptor Abierto de los Tigers levanta las manos en señal de rendición, balanceándose sobre los talones. Podría derribarlo con solo usar mi dedo índice, pero sería como quitarle dulces a un niño; así que decido hacerlo marchar por sus propios pies. «¿Estás bien?», pregunto a la chica.

«¿Es así como intentas impresionar a las chicas?», replica ella volteándose y dejándome completamente sin palabras.

«¿Autumn?», digo sorprendido.

«Gideon Brooks», dice ella con esa sonrisa sexy que logra ponerme duro al instante.

«¿Qué demonios haces aquí?»

«Llegué esta mañana, justo a tiempo para unirme a esta fiesta», comenta mirando a su alrededor.

«¿Qué quieres decir con 'llegué esta mañana'?»

«Lo que dije», responde encogiéndose de hombros, moviendo su espesa melena color corvina que le acaricia la espalda. «Soy una nueva estudiante de Brown», agrega.

«Pensé que estabas en Columbia».

«Hasta hace unas horas, sí, pero luego decidí cambiar de campus; aún quedaban lugares disponibles para este semestre en Brown, y aquí estoy».

No sé qué decir, debería estar contento de verla, pero una parte de mí parece estar gritando que me aleje de ella.

Autumn no es como las otras chicas, es diferente.

Y eso es lo que ha vuelto loco completamente mi mente.

«No quiero parecer arrogante», digo apoyando las palmas de las manos abiertas contra la pared detrás de ella, atrapándola, «pero sabes, casi podría pensar que lo hiciste por mí», añado a centímetros de sus labios que huelen a vainilla y frutos rojos.

«Siempre has sido arrogante, Brooks, no tienes que esforzarte por serlo. Lamento pisotear tu ego desmesurado, pero no estoy aquí por ti».

«¿Estás realmente segura?», insisto apartando un mechón de cabello detrás de su oreja; sus ojos siguen ese gesto, mientras mis nudillos rozan la suave piel de su mejilla y lo siento, maldita sea. Ese maldito escalofrío que recorre mis terminaciones nerviosas.

Solo con un toque, afilado como una cuchilla.

Caliente como lava hirviendo.

Peligroso como un rayo que atraviesa el cielo en una noche estrellada.

«No lo sé, sabes, ahora que lo pienso...», su mano se desliza entre mis piernas y presiona contra la entrepierna de mis jeans, donde mi erección está a punto de romper mis pantalones, luego se levanta de puntillas, sus labios rozan el lóbulo de mi oído, «podría tener algunas dudas», su voz cálida susurra, «sobre haber estado en la cama con el chico equivocado. Ahora date una ducha fría, Brooks, parece que realmente la necesitas».

Autumn afloja su agarre, permitiéndome recuperar aire en mis pulmones, luego se da la vuelta y se aleja de mí moviendo sus ajustados jeans y sus vertiginosos tacones.

«¿Tu mejor amiga no te enseñó nada sobre nosotros, hermanos Brooks?», le grito mientras se va, refiriéndome a mi hermanastra, Addison.

«Sí, que debo alejarme de ti».

«Respuesta equivocada».

Está casi al final del pasillo cuando se voltea, una mano apoyada en una cadera que sobresale ligeramente.

«¿Y cuál sería la correcta? Vamos, dime», replica desafiándome.

«Que no podrás mantenerme alejado, eso es diferente», respondo metiendo las manos en los bolsillos, satisfecho con la expresión en su rostro.

Como si la hubiera tomado por sorpresa.

Como si supiera que ya es mía.

Y que no podrá hacer nada para cambiar las cosas.

Sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa antes de bajar las escaleras que conducen al piso inferior, mientras no puedo evitar pensar que este semestre acaba de volverse muy interesante.

Porque ya estoy empezando a pensar en el esquema de juego perfecto que la pondrá de rodillas, a mis pies.

Capítulo 2
Autumn
TENTACIONES

Cinco años antes...

Brown no estaba en mis planes hasta hace unas semanas, cuando, a través de una compañera de habitación, descubrí que había una plaza libre. Sabía que, además del programa de estudios al que siempre he aspirado, también lo encontraría: Gideon Brooks.

Un pequeño efecto colateral que puedo manejar.

Lo que tal vez me resulte difícil de manejar será mi compañera de habitación, Sheila, la líder de las animadoras de los Bears.

«Ayer por la noche te vi hablando con Brooks», comenta mientras se está poniendo brillo de labios frente al espejo.

«¿Y qué?», respondo poniéndome los jeans para prepararme para ir a clase.

«Entonces, ¿se conocen?»

Muy perspicaz, la chica.

«Sí, es el hermanastro de mi mejor amiga».

Y también el error de una noche bastante loca.

«Entonces definitivamente tenemos que convertirnos en mejores amigas», exclama con los ojos casi saliéndose de las órbitas.

Dios santo, ¿qué problema tiene?

«Escucha, ya tengo una mejor amiga y eso es suficiente, pero gracias por la oferta», digo tomando mis libros de texto para salir corriendo de la habitación lo más rápido posible.

«Vamos, sabes que lo conoces y.…»

«Y apuesto a que querrías salir con él», concluyo por ella.

No es tan difícil adivinarlo, Gideon Brooks grita «sexo» por todos los poros de su estatua de cuerpo, sin mencionar que es el quarterback del equipo, otro cliché al que las chicas no pueden resistirse.

«Sí, sería genial», dice con esa voz chillona.

«¿Por qué no se lo preguntas de una vez?», le sugiero, imaginando que su lista de aventuras de una noche desde que está en Brown ha crecido aún más.

«Porque él no sale con nadie», admite con cierta desilusión mientras se muerde la cutícula del pulgar.

¿Siempre estamos hablando de la misma persona?

«¿Me estás diciendo que Gideon Brooks no ha salido con ninguna chica desde que está en Brown?»

«Exactamente».

Asiento bastante impactada y salgo de la habitación, con la esperanza de que Sheila no me persiga el resto del día; tener que compartir la habitación del dormitorio femenino con ella ya es un gran esfuerzo.

Saco el celular de mi bolso y, mientras me dirijo al departamento de ciencias del ejercicio, llamo a Addison.

«Estaba esperando que me llamaras anoche», protesta tan pronto como contesta.

«Lo sé, pero aún tenía que arreglar algunas cosas y cuando terminé ya era tarde», admito.

«Dime todo, ¿cómo es Brown? Aunque obviamente lo sé por Gid que es genial», dice curiosa como una chismosa, porque sé a dónde quiere llegar; si menciona «Brown» y «Gideon» en la misma frase, es un código para averiguar si lo vi o no.

Por ahora, la dejaré con la semilla de la duda.

«Brown es increíble, justo estoy yendo a clase. ¿Y tú?».

«Estoy preparándome para el entrenamiento y.… entonces... ¿lo lograste...?».

«¡Addison!», la reprendo. «¿Es posible que solo te interesé saber si vi o no a tu hermanastro?».

«Me preocupo por él», se defiende la pésima mentirosa.

«De todas formas, todavía está vivo y bien», la informo.

«Autumn Rivers, te conozco desde que usábamos pañales», empieza a decir.

«¿Podrías saltarte las partes incómodas de nuestro crecimiento? Sería un alivio por la mañana».

«Como quieras, pero eso no cambia que estuviste con él».

«Sabes, creo que puedo recordarlo por mí misma».

Y cómo olvidar esa noche.

«Así que, ¿qué tienes pensado hacer al respecto?».

«Ignorarlo, Addison. Solo estoy aquí para estudiar, nada más».

Nada de Gideon Brooks.

«Hablamos de nuevo en unas semanas», dice cerrando la comunicación.

«Idiota», comento en voz alta, sin darme cuenta de dos ojos que me están desnudando literalmente.

Esos dos charcos verdes, salpicados de motas doradas, el percibo justo allí, entre mis muslos, que instintivamente aprieto y enderezo la espalda.

«¿Con quién estás enojada tan temprano?», pregunta Gid acercándose a mí.

Solo faltaba él para hacer que mi primer día sea realmente hilarante, no eran suficientes las animadoras ninfómanas y mi amiga demente.

«No son asuntos tuyos, Brooks, y ahora disculpa, pero tengo clase», le señalo evitando su mirada.

«Parece casi como si me estuvieras evitando», me provoca, colocándose frente a mí mientras sigue caminando hacia atrás.

«Parece que eres paranoico».

«Entonces, ¿por qué no me miras a los ojos y me dices que no te afecto en absoluto después de esa noche?».

Porque el efecto de esa noche duró varios días, en los que apenas podía sentarme, me gustaría decirle, pero tal vez es mejor guardármelo.

Mantengo su mirada pretendiendo ser inmune al mechón de cabello negro que roza su frente y a la forma en que con un gesto de la mano lo lleva hacia atrás; a cómo los músculos de su brazo se contraen dando vida a los tatuajes que marcan su piel, a esos hombros anchos como un armario y al aroma especiado de su colonia.

«Está bien, Gideon, si eso es lo que quieres: no me afectas en absoluto. Pero ahora, realmente tengo que irme».

Es mejor decir «huir», antes de que mi lengua malévola me traicione.

Sonrío, orgullosa de mí misma. Nunca me he dejado atrapar en una relación, no sería capaz de manejarla, porque no soy ese tipo de chica; esto no significa que no me guste divertirme,

aunque debo admitir que desde esa maldita noche no he salido con ningún chico.

Entro al aula orgullosa de haberme mantenido firme y me siento en el primer asiento libre que encuentro; lástima que no me diera cuenta de que Gideon «Stalker» Brooks me estaba siguiendo de cerca, y en cuanto me acomodo en mi pupitre, él hace lo mismo, sentándose a mi lado.

«¿Qué haces aquí?», digo mientras cojo el cuaderno de apuntes.

«¿Estudiar?», replica con esa sonrisa que le crea una ligera hoyuelo en la esquina derecha de la boca, mientras está completamente relajado en la silla con las piernas extendidas y los tobillos cruzados.

«Bien», me limito a decir y trato de concentrarme en el profesor Mitchell que acaba de entrar y comienza a explicar las teorías del control motor.

«Chicos, tomen apuntes, aquí no calentamos sillas», ordena Mitchell, mirándonos por encima de las gafas de lectura que se le han deslizado por la nariz. «Hay dos teorías principales sobre el control motor, la teoría de circuito abierto y la teoría de circuito cerrado. El control motor, como proceso fisiológico, es el resultado de una integración de las aferencias sensoriales a nivel de los centros superiores con su correspondiente respuesta eferente con la manifestación de respuestas motoras más o menos complejas», continúa y yo tomo apuntes.

«Recuerdo perfectamente que, en Año Nuevo, nuestro control motor también fue bastante complejo», comenta Gid en un susurro haciendo tintinear su lápiz contra mi hoja.

«Para ya», lo amonesto.

«No puedo, es demasiado divertido».

«¿Qué?».

«Ver cómo te pones roja cuando vuelvo sobre el tema», replica inclinándose hacia mí. «Apuesto a que ahora también estás pensando en el momento en que estaba dentro de ti y tus uñas me arañaban la espalda», añade soplando esas palabras calientes.

Arañadoras.

Peligrosas.

«Estás completamente fuera de lugar», trato de decir, evitando que el desierto que se acaba de formar en mi boca me traicione, «no recuerdo nada de esa noche, fue una como cualquier otra».

«Una como cualquier otra», repite sacudiendo la cabeza, mientras su mano se cuela entre mis piernas que cierro automáticamente, atrapándolo donde no debería estar.

«Estás... estás exagerando».

«¿Tienes calor?».

Idiota.

«No, pero desearía que quitaras tu mano de ahí».

«¿De aquí?».

Gid fuerza y logra su objetivo, mi intimidad.

«Gideon...», intento decir.

«Apuesto a que en este momento preferirías no llevar estos malditos jeans», me provoca.

«Te estás sobreestimando», replico, recupero el completo control de mi cuerpo; agarro su mano y la retiro bruscamente de mis muslos, «solo fuiste un error de una noche que ya he olvidado».

Mis palabras parecen no afectarlo en absoluto. ¿Cómo podrían? Es un maldito Brooks, famoso por su arrogancia, por tener una autoestima más allá del límite y por nunca haber recibido un «no» como respuesta en toda su vida.

«Así que fue un error».

«El peor que pude cometer».

«Te haré cambiar de opinión, Rivers».

Y es con esa última frase que, al sonar la campana, se levanta y se va como si nada, como si no acabara de lanzar un desafío a ambos: su objetivo es hacerme caer a sus pies, el mío es no ceder a sus provocaciones y ya tengo en mente cómo lograrlo.

«¿Te estás arreglando para salir?», pregunta Sheila.

«No, me encanta acostarme con botas y minifalda», replico con sarcasmo fingido.

A veces pienso que las animadoras reciben más golpes en la cabeza que todos los jugadores por los cuales menean sus traseros.

Termino de arreglarme atando mi cabello en una coleta alta; ha sido una semana completa en la que he estado tratando de llevar a cabo este plan, una semana en la que Gideon ha estado demasiado ocupado con los entrenamientos como para torturarme.

No me he divertido pestañeando y fingiendo interés en el capitán del equipo de remo, que también es amigo de Gid, pero ha sido necesario si quiero establecer un límite claro entre nosotros.

Un límite que sea capaz de mantenerlo a distancia de mí.

«¿Con quién sales?»

¿No se da cuenta de que no me gusta conversar? Sobre todo con ella.

«Con Owen Aiden», respondo solo para no parecer una completa perra, además Sheila podría serme de mucha utilidad; estoy segura de que, para mañana a la hora del almuerzo, todo el campus estará al tanto de mi salida, y eso es exactamente lo que quiero.

«¿El capitán del equipo de remo? Sí, es guapo», replica como si realmente me importara su opinión.

Cojo mi chaqueta de cuero y salgo; recorro el pasillo, es sábado por la noche y todas se están arreglando para salir más allá de los límites del campus.

Cuando abro la puerta del edificio de estudiantes, Owen ya está allí esperándome: cabello rubio ceniza, ojos azules como el océano, hombros anchos, piernas largas y tonificadas; sin embargo, no puedo pensar en él como guapo en lo absoluto.

Diría... más o menos aceptable.

Después de todo, no tengo que salir realmente con él, en el sentido de que no le permitiré siquiera darme un beso de buenas noches; pretenderé ser la típica chica buena, una de esas que llegan vírgenes al matrimonio.

«Estás hermosa», comenta con las manos en los bolsillos de unos pantalones chinos azul oscuro, en marcado contraste con la camisa blanca que se oculta bajo un jersey beige sin mangas.

¡Por Dios! ¿Se habrá mirado en el espejo antes de salir?

¿Debería decírselo?

No, dejemos eso y pongamos en marcha mi plan.

«Gracias. Entonces, ¿vamos?», digo mientras él me señala su coche, un Jeep Renegade blanco en el que me acomodo.

«¿Adónde te gustaría ir?», pregunta mientras sale del estacionamiento del campus.

«Podríamos tomar algo en el Trinity», propongo.

«¿Quieres ir al pub frecuentado por los equipos deportivos de Brown?».

Exactamente.

«¡Por qué no!», replico sonriéndole hasta el punto de casi quedarme paralizada.

Owen no parece convencido en absoluto, pero al final nos dirigimos allí y en cuanto

cruzamos la puerta de entrada, no me lleva mucho tiempo reconocer la mesa del equipo Bears.

Entrelazo mi mano con la de Owen, que obviamente está sorprendido, y camino hacia la primera mesa libre, aquella en la que la mirada de Gideon no podrá evitar tropezar una y otra vez.

«¿Qué quieres tomar?», pregunta Owen, mirando a su alrededor como si se sintiera incómodo.

«Un refresco, gracias», respondo y él se levanta para dirigirse a la barra.

El local tiene un estilo de pub irlandés, donde botellas de cerveza de todas partes del mundo llenan la parte superior de la barra. Las paredes están cubiertas de madera, en las que cuelgan varias fotos de los equipos del campus que inmortalizan sus mejores logros; las mesas y sillas son barriles viejos y las luces se filtran a través de pequeñas botellas de vidrio vacías que cuelgan del techo.

«¿Autumn Rivers y el capitán del equipo de remo?», comenta Gideon, sentándose en el lugar de Owen.

«Perdón, pero esta mesa está ocupada», le hago notar.

«¿Realmente quieres hacerme creer que viniste aquí con él?».

«No quiero que lo creas, Gid, es exactamente así», replico mirando a mi alrededor y fingiendo estar completamente desinteresada en su presencia.

Desde su cabello disparado en todas direcciones, hasta la camiseta blanca desde la cual casi puedo vislumbrar más tatuajes en su pecho musculoso, hasta la chaqueta de cuero que sostiene con un dedo en un hombro, podría decir que se parece un poco a John Travolta en «Grease».

«Eh, Brooks», comenta Owen regresando a la mesa con nuestras bebidas.

«Aiden, veo que conociste a mi amiga», replica Gideon quedándose cómodamente sentado, mientras Owen parece casi como un maniquí, inmóvil y con los vasos aún en las manos.

«No sabía que se conocían», dice Owen visiblemente avergonzado.

«No somos amigos, Gideon siempre exagera; estaba a punto de regresar con sus amigos y dejarnos disfrutar de la noche», digo dándole una patada a la espinilla al acosador del cual necesito deshacerme urgentemente.

No puedo arriesgarme a cometer el mismo error.

«Está bien, retiro la molestia», el quarterback de los Bears se rinde y finalmente nos deja en paz.

Owen comienza a hablarme de su vida y finjo estar interesada; cuando me doy cuenta de que Gideon nos está observando, estallo en una risa estruendosa, inclinando la cabeza hacia atrás y luego apoyando la mano en el muslo de Owen, quien me mira de reojo.

«¿Realmente te hace tanta gracia que haya perdido a mi perro?».

Mierda.

«Debes disculparme, pero verás, estoy nerviosa y.… y cuando lo estoy, me río. Perdóname, lamento lo de tu perro».

No podría haber quedado en una situación peor.

«¿Por qué estás nerviosa?».

¿Por qué nunca recuerdo cuándo quedarme callada?

«Porque estamos saliendo juntos; en fin, esto es una cita y eso me hace sentir incómoda, eso es todo», miento audazmente, apoyando esta vez mi mano en su brazo.

«Realmente eres dulce», comenta tomando mi mano en la suya justo en el momento en que escucho a alguien aclararse la garganta.

«¿Qué tal una partida de billar?», propone Gideon, mirando a Owen como si fuera un guardia

ofensivo para bloquear.

«No sé jugar al billar», digo sin dignarle siquiera una mirada.

«Pequeña mentirosa, solo tienes miedo de perder», me provoca y lo logra de verdad, porque me levanto y mantengo su mirada con los brazos cruzados sobre el pecho.

«¿Cómo, perdón?».

«Escuchaste bien, Rivers», repite riendo entre dientes mientras me guiña un ojo.

«Vamos, te mostraré cómo te pateo el trasero», exclamo dirigiéndome hacia la mesa de billar, mientras Owen no puede hacer otra cosa que tomar mi bolso y seguirme como un perrito.

«Uno contra uno», precisa Gid.

«Está bien. ¿Qué quieres apostar?», pregunto desafiante.

«Si gano yo, saldrás conmigo y no fingiendo, galletita», enfatiza con cierta solemnidad, haciéndome recordar su voz cálida y ronca en esa noche loca, mientras sus labios besaban el interior de mi muslo volviéndome casi loca, al mismo tiempo que decía: «tienes sabor a canela, a vainilla, a una galletita para morder hasta la última migaja y eso es exactamente lo que pienso hacer: devorarte».

«No existe», replico.

«Entonces, tengo razón, tienes miedo de perder», replica Gideon cada vez más seguro de sí mismo, mientras se quita la camiseta sobre la cabeza quedando desnudo de torso.

Trago difícilmente observando los músculos moverse con cada uno de sus pequeños movimientos, liberando esos tatuajes que parecen moverse con él.

«No, no tengo miedo y lo sabes. Está bien, acepto la apuesta, pero si gano yo, tendrás que fingir que no me conoces hasta el final del semestre», le advierto y él asiente con una leve inclinación de cabeza.

«Lo romperé», dice inclinándose sobre la mesa con el taco en la mano, golpea la bola blanca y mete las bolas semisólidas en los agujeros; luego, yo tendré las rayadas. Él realiza un par de tiros exitosos antes de fallar uno y cederme su lugar.

Me posiciono, tratando de embocar la bola diecisiete con un tiro de banda.

«¿Qué haces?», pregunto sintiendo su cuerpo detrás de mí.

«Sólo estoy viendo cómo haces el tiro. ¿No me digas que tienes dificultades para concentrarte conmigo tan cerca?», me provoca inclinándose hacia mi oído, donde la punta de su lengua cosquillea mi lóbulo.

«Aleja inmediatamente de mí, no soy como todas esas que te babean detrás; sé contenerme frente a un par de músculos y una linda cara», comento embocando mi bola.

«Así que admites que tengo una linda cara», dice tocándose la barbilla con expresión satisfecha.

«Tal vez deberías vestirte de nuevo», le aconsejo.

«¿Por qué? ¿Te excita lo que ves, galletita?».

«¡Mierda!», exclamo fallando el siguiente tiro.

«Deberías prestar más atención», continúa Gideon, embocando otras cuatro bolas.

Definitivamente estoy perdiendo.

«Ups...», digo doblando a noventa grados para recoger un pañuelo del suelo que fingí dejar caer; cuando me levanto, me giro, notando con satisfacción que falló el tiro, «deberías prestar más atención, Brooks».

Sonrío satisfecha y me posiciono para hacer mi tiro; estoy claramente en desventaja, pero aún puedo recuperarme, o al menos eso creo.

«Atenta», Gid me agarra por las caderas, acercándose a mí, «si quieres que entre en el

agujero, debes apuntar aquí», señala con su robusto cuerpo que se presiona contra el mío, y el aroma de su colonia especiada embriaga mis sentidos, es como si estuviera respirando por primera vez.

«Yo... yo sé lo que estoy haciendo», digo tratando de liberarme de su agarre.

«No, no lo sabes, galletita, de lo contrario no te empeñarías tanto en evitarme».

«No me estoy empeñando, solo quiero que me dejes en paz».

«¿En serio?», murmura en mi oído. «Porque los pezones que veo a través de la camiseta que llevas puesta dicen otra cosa».

Fallo la bola blanca y le toca de nuevo a él, que sonríe burlón preparándose para embocar una bola tras otra, que van directo a los agujeros, hasta la bola negra que cierra el juego, proclamándolo ganador.

«Ganaste, ¿estás contento?».

«Estaré aún más contento cuando seas solo mía por toda una noche», replica guiñándome el ojo.

Me giro y solo en ese momento me doy cuenta de que Owen se está yendo, así que lo alcanzo.

«Eh, ¿te vas sin despedirte?».

«Autumn, eres una chica bonita, de verdad, pero lo que sea que haya entre tú y Gideon, yo no quiero involucrarme», aclara, haciéndome sentir una completa idiota.

«Te garantizo que no hay nada entre nosotros».

«Tal vez deberías dejar de mentirte a ti misma, tómalo como un consejo de un amigo».

Capítulo 3
Gideon
PAGA LA DEUDA

Cinco años antes...

Los chicos y yo llegamos al campo para los entrenamientos, hace frío y siento los músculos entumecidos por el frío.

Nos dispersamos por el campo y comenzamos a correr alrededor del perímetro para calentar.

«Esa chica te está volviendo loco, hermano», comenta Turner mientras se coloca a mi lado en las primeras veinte yardas.

Le echo un vistazo a mi amigo y le sonrío.

Tiene razón, desde que Autumn llegó a Brown no puedo quitármela de la cabeza, es como una obsesión.

Una necesidad.

Un castigo.

El entrenador Sullivan silba y nos reúne a todos en un círculo, enviando a los novatos a colocar los equipos necesarios para los ejercicios.

Inclino el cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, sintiendo cómo crujen mi cuello; los ejercicios son lo que llamamos entrenamientos suicidas, al final de los cuales necesitas una bañera llena de hielo para apagar el fuego que arde en cada músculo.

Al segundo silbido, uno tras otro, comenzamos la preparación; nos chocamos con una barrera que simula el avance del oponente, en la que se colocan pesas que debemos empujar con el hombro, y los tacos se hunden en el césped segando mechones de hierba, mientras gritamos por el esfuerzo.

«Muévanse, maricas», grita el entrenador, mientras los demás son cronometrados por el asistente en una carrera de resistencia de diez segundos como máximo.

Después de veinte minutos interminables, corremos arrastrando pesos atados a los tobillos; ya no siento mis piernas y mi corazón parece querer salirse de mi pecho.

Cuando el entrenador emite el último silbido, me desplomo en el suelo, al igual que la mayoría de mis compañeros.

«Esta noche la llevaré a cenar afuera», digo mirando a Turner a mi lado, tendido.

«Gideon Brooks y una cena romántica? El infierno debe estar congelándose entonces».

Le doy un golpecito en el hombro a mi mejor amigo y ambos nos levantamos sacudiéndonos la hierba antes de dirigirnos a las duchas.

Es cierto, mi reputación me precede desde la secundaria; nunca he tenido una chica que se quedara en mi cama más allá del tiempo necesario, o al menos eso sucedió antes de que Autumn y yo pasáramos toda la noche de Año Nuevo juntos.

Aún recuerdo despertar con el aroma de su cabello acariciándome la barbilla, mientras su rostro estaba tan relajado; su mejilla presionaba contra mi pecho y un brazo me rodeaba la cintura, al mismo tiempo que nuestras piernas estaban entrelazadas.

Como si hubiéramos sido creados para eso.

Para encajar.

Para llenar esos vacíos que solos parecen demasiado grandes, pero que juntos no son más que pequeños puntos negros que vislumbras detrás de los párpados, logrando olvidarte de su existencia.

Cuando salgo del vestuario con la bolsa en un hombro, me dirijo hacia mi coche y, una vez adentro, llamo a la única persona que en este momento puede ayudarme.

«Acordamos usar FaceTime solo para emergencias», me recuerda Addison, con el maquillaje corrido y el cabello despeinado.

«¿Estaban teniendo sexo?», digo asqueado; no es precisamente mi prioridad ver a mi hermano después de un encuentro íntimo con nuestra hermanastra.

Aunque ella detesta que la llame así, ya que entre nosotros no corre ni una gota de la misma sangre, por suerte.

«Hermano, ¿qué quieres? Honestamente, aún no hemos terminado», me informa Maddox, mostrándome el dedo medio.

«Se trata de Autumn», digo, consciente de que así obtendré la total atención de Addison, quien después de pronunciar esas palabras se levanta de la cama mientras mi hermano mayor me lanza una maldición.

«¿Qué pasó?», pregunta preocupada.

«Esta noche la llevaré a cenar afuera», admito, sintiéndome extraño y confundido por la dirección que ha tomado esta cita.

«¿Tienes fiebre?».

«¿Por qué?».

«Porque no pareces alguien para cenas románticas».

«Pero ¿quién demonios inventó esta tontería de que una cena debe ser necesariamente romántica? ¿No se puede simplemente comer y ya?», le señalo; Addison parece reflexionar sobre ello por un momento y luego está de acuerdo conmigo en el tema.

«De todos modos, volvamos a esta cita, ¿cómo sucedió?».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Cómo llegaron a salir juntos?»

La engañé jugando al billar.

Debo admitir que fue tan fácil como robarle dulces a un niño; Autumn ama la competencia y odia perder, lástima que conmigo no podía hacer otra cosa.

«¿Es realmente importante?».

«Sí, Gid, lo es. Conozco a mi mejor amiga y no es del tipo de citas, paseos de la mano y cosas cursis por el estilo».

«A todas las chicas les gustan esas cursilerías», comento.

Sé que Autumn es diferente a todas las chicas que he conocido hasta ahora: no le gusta ser el centro de atención, no hace amistades con facilidad y no confía en los demás.

«No a ella y, sinceramente, estoy bastante preocupada», admite.

«¿Temes que le rompas el corazón?», digo sarcástico.

«No, tengo miedo de que sea ella quien te lo rompa a ti, Gid».

«Oye, oye, hermanita, cálmate, no es como si me hubiera enamorado de ella», le señalo.

«Entonces dime, ¿desde cuándo Gideon Brooks necesita consejos para salir con una chica?».

Desde que dos ojos como chocolate caliente se clavaron en los míos, confundiendo mi mente.

Haciendo que todo sea tan diferente.

Tan extraño como para desear solo una cosa.

Ella.

«Solo quería saber qué le gusta hacer, pero ya que no quieres ayudarme, lo haré por mi cuenta», finjo estar molesto y ella más allá de la pantalla sacude la cabeza exasperada.

«Está bien, le gusta bailar, el sushi y los parques de diversiones».

«¿Dijiste, parque de diversiones?».

«Sí, pero no te atrevas a comprarle un peluche o te lo hará comer».

«Entendido», agradezco a mi hermanastra y cierro la videollamada.

Durante toda la mañana no la veo en las diferentes clases que tenemos en común y tampoco la encuentro en la cafetería del campus o en el comedor; comienzo a pensar que tal vez para evitar salir conmigo, ha huido a otro estado.

Decido presentarme en el dormitorio femenino, no será tan difícil entrar, simplemente sonreiré a una de las chicas que me abrirá la puerta sin problemas; y eso es exactamente lo que sucede cuando me encuentro con una de las animadoras que está saliendo y le pido que me mantenga la puerta abierta.

Ella sonríe sonrojada y le guiño un ojo para agradecerle; por la expresión en su rostro, creo que necesitará cambiarse la ropa interior.

Subo las escaleras hasta el segundo piso y llego a la habitación que comparte con Sheila, que es la última persona que querría encontrarme en este momento, ya que desde el primer año me sigue como una desesperada y ya no sé cómo hacerle entender que no estoy interesado.

Golpeo la puerta mirando por el pasillo, donde otras chicas que pasan susurran algo entre ellas al verme.

«Adelante», escucho que dicen y entro.

«Solo quería saber si estás lista para esta noche», digo sentándome en la cama que obviamente no tiene la colcha de satén rosa, mientras observo la puerta del baño medio cerrada de donde sale vapor.

«¿Para esta noche?», exclama Sheila, apareciendo frente a mí con solo una pequeña toalla.

«Lo siento, buscaba a Autumn», listo para escabullirme.

«¿Sales con ella?».

«Sheila…», intento decir, pero en ese preciso momento la puerta se abre y Autumn entra a la habitación; todo sucede en un abrir y cerrar de ojos: Sheila deja caer la toalla al suelo quedando completamente desnuda.

«Oh, disculpa, Autumn, pensamos que teníamos más tiempo», dice la maldita psicópata.

Estoy a punto de decir que está hablando un montón de tonterías, pero Autumn estalla en una sonora carcajada que me deja aturdido.

«Tranquilos, sigan adelante, volveré más tarde; de hecho, gracias, Sheila, me has salvado de salir con un idiota».

«Autumn», digo alcanzándola en el pasillo.

«Gideon, no me debes ninguna explicación», dice siguiendo su camino a paso rápido.

El agarro del brazo y en un rápido movimiento la hago girar hacia mí.

«Entonces, ¿por qué estás huyendo?».

«No lo estoy haciendo».

«Sí, desde que me viste nuevamente, has estado evitándome».

«Solo…».

«Interesado en ti, Autumn», esas palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

«Pero soy yo quien no está interesada, Gideon, lo siento».

«Sal conmigo entonces, ¿qué podría pasar si no me intereso?».

«Regresa con Sheila».

«No me importa ella, y lo que viste fue solo un malentendido», no sé por qué lo hago, pero siento la necesidad de justificarme, de hacerle entender que entre ella y la compañera de habitación no pasó nada.

«Ahora le llaman así, ¿verdad? ¿Cuándo te quedas solo en una habitación con una chica desnuda? Mira, Gideon, tengo que estudiar, discúlpame».

Autumn me da la espalda e intenta irse, pero la detengo nuevamente, sujetándola contra la pared del pasillo.

Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa de mi acción, su respiración se acelera mientras la mía se consume en mis pulmones; sus labios carnosos se entreabren ligeramente y los míos imitan ese gesto tan lento.

Lujurioso.

Pecaminoso.

«Lo siento».

«¿Qué?».

«Tu corazón, la forma en que acelera sus latidos cuando estoy cerca de ti».

Sus manos presionan mi pecho, haciéndome retroceder un paso, sus ojos me escrutan con atención como si me estuvieran estudiando, y tal vez eso es exactamente lo que está haciendo.

Está tratando de averiguar si soy sincero.

«Pago la apuesta», exclama poco después.

«¿Qué?».

«La apuesta que perdí la otra noche, pago mi deuda. ¿Quieres una cita conmigo, Brooks? La tendrás, pero después tendrás que dejarme en paz, porque no habrá más».

Permanezco atónito mientras la veo alejarse, y no puedo evitar preguntarme por qué se comporta de esa manera; es como si tuviera miedo, pero me pregunto: ¿miedo a qué?

No me queda más que *averiguarlo*.

Capítulo 4

Autumn

CEDER A LA TENTACIÓN

Cinco años antes...

«¿Por qué no lo evitaste?», le digo a Addison al otro lado del teléfono; son las cinco de la tarde y me dirijo a la biblioteca del campus para estudiar, pero no puedo evitar pensar que esta noche estaré obligada a pasar tiempo con él.

Gideon.

«¿Evitar qué? ¿Acaso me perdí de algo?».

«¿Acaso de acostarme con tu hermanastro?», suspiro frustrada y me siento en un banco a la sombra de un olmo, cerca del departamento de literatura, luego pateo algunas piedrecillas y las veo rodar por el sendero empedrado.

«No sabía que te habías colado en su habitación en Año Nuevo», se justifica y tiene razón, nadie se dio cuenta.

Había bebido un poco de más, pero aún estaba lo suficientemente lúcida como para saber que me estaba adentrando en la guarida del lobo.

Su sonrisa, la forma en que me miraba y esa mirada magnética habían encendido un fuego incontrolable dentro de mí, solo que no pensé que esas llamas seguirían tan vivas en la mente de ambos.

«Lo sé, pero yo no puedo... no puedo hacerlo», admito, refiriéndome al hecho de no poder confiar lo suficiente en un chico como para permitirle entrar en mi vida.

No quiero encontrarme con el corazón roto y la autoestima pisoteada como mi madre, que sigue viviendo un amor que solo existe en su cabeza, mientras mi padre no tiene problemas en enredarse con su secretaria.

«Ya hemos hablado de esto, Autumn, no puedes comparar a cada chico que conoces con tu padre».

Sé que tiene razón, pero el ejemplo de amor que tuve en mi adolescencia me hizo comprender que este sentimiento es solo una gran farsa, exagerada por películas, novelas románticas y demás.

Al final, todos se dan cuenta de que tienen a la persona equivocada a su lado, les dieron la llave de su corazón y luego lo encuentran destrozado por un dolor que te consume y del cual recuperarse parece ser una tarea demasiado difícil.

«No quiero correr el riesgo», puntualizó, «pero esta noche igualmente tengo que salir con Gideon; así que, necesitas decirme qué odia el idiota».

Hacerme ver con Owen, el capitán del equipo de remo de Brown no sirvió para nada; al contrario, solo avivó en Gideon el deseo de marcar territorio como si fuera un perro, como si tuviera algún derecho, sin mencionar que, al parecer, todos le temen. Owen me vio jugando billar con él y se quedó inmóvil, sosteniendo mi bolso entre sus manos. ¡Maldita sea!

«¿Tomaste notas?», pregunta mi mejor amiga después de confiarme todo sobre Gideon «Stalker» Brooks.

«Puedes apostarlo».

«Autumn».

«¿Sí?».

«Si tal vez le dieras una oportunidad, quizás descubrirías que no es tan malo como crees».

Hago como si no hubiera escuchado esas palabras y saludo a mi amiga, prometiéndole que la llamaré para actualizarla sobre cómo se desarrolló la noche.

Estoy segura de que será memorable.

Una vez en la biblioteca, camino entre los estantes de madera, donde el aroma de las páginas impresas llena mi respiración; reviso los libros de texto en la sección de no ficción hasta encontrar lo que estaba buscando.

«Ayer no tuvimos la oportunidad de hablar sobre eso», exclama Sheila, mi compañera de cuarto.

«¿De qué, perdón?», le pregunto sin prestarle mucha atención mientras tomo otro libro del estante.

«De Gideon y yo», responde con una sonrisa tan falsa como sus extensiones y las uñas reconstruidas en un terrible rosa brillante.

Cuanto más la observo, más me doy cuenta de que se parece a una mala copia de Barbie.

«No creo que haya nada de qué hablar».

«Somos compañeras de cuarto y no quiero que lo que viste ayer cause problemas entre nosotras», continúa.

En mi mente vuelve a aparecer la imagen de ella desnuda frente a Gideon y no puedo entender por qué mi estómago se contrae en ese recuerdo, por qué mis manos se humedecen de sudor o por qué siento el deseo de arrancarle todas las extensiones. Una por una.

«Tranquila, Gid y yo solo somos amigos y ahora, si me disculpas», corto de manera abrupta pasando junto a ella para encontrar un lugar tranquilo donde estudiar.

Me siento al fondo de la sala, en una mesa aislada entre la sección de matemáticas y la de historia, saco de mi bolso mi bloc de notas y la computadora portátil, lista para hacer una sola cosa: concentrarme en el estudio.

Estoy aquí en Brown solo para alcanzar mi objetivo.

No permitiré que haya distracciones.

Cuando estoy más o menos a la mitad de mi investigación, el chirrido de las patas de la silla contra el suelo llama mi atención, haciendo que levante la vista de los libros.

«Está ocupado», digo refiriéndome al asiento libre frente a mí.

Gideon, con su chaqueta de los Bears, mira alrededor fingiendo estar concentrado, para luego sentarse de manera desgarbada y arrogante.

«No parece», comenta apoyando los pies con los tobillos cruzados en la mesa.

Cierro los libros irritada y lo miro fijamente. Mala idea, ya que no puedo evitar mirar su boca perfecta y carnosa que se curva en una sonrisa complacida, haciéndome recordar el sabor de esos labios contra los míos.

De su lengua en mi boca, explorándome con avidez, mientras sus manos estaban en todas partes, arrebatándome el aliento de los pulmones.

Mierda.

«¿Qué quieres, Gideon?», le pregunto, fingiendo desinterés por todos esos músculos que se contraen con cada movimiento suyo, mientras decide acomodarse mejor en la silla y apoyar los brazos sobre la madera pulida de la mesa.

«Solo saber qué es lo que quieres hacer para nuestra cita», responde, retirando ligeramente los labios para humedecerlos y ese simple gesto me hace apretar fuertemente los muslos para evitar que mi estúpida intimidad tome vida propia.

«Te recuerdo que no es una cita, solo estoy pagando la deuda por haber perdido la apuesta y, después de esta noche, me dejarás en paz», le recuerdo imperturbable.

«Oh, ¿lo dices en serio, galletita?»

Detesto cuando me llama de esa manera.

Detesto cómo sus ojos penetran en los míos, con tanta intensidad que los siento como si me estuvieran escudriñando por dentro.

Detesto el poder que su cuerpo ejerce sobre mí, como si fuera un imán que me atrae hacia él y no pudiera escapar de ninguna manera.

Y detesto que él, Gideon Brooks, pueda hacerme sentir así.

«Sí, lo digo en serio. ¿Te parece divertido?»

«Es hilarante».

«¿Por qué?»

Gideon se inclina hacia mí y esos dos charcos verdes, salpicados de destellos dorados, se estrellan con fuerza en mi mirada, mientras su boca se curva en una sonrisa que crea el maldito hoyuelo en la esquina izquierda. «Porque después de esta noche, serás tú la que no quiera dejarme», susurra esas palabras haciéndome sentir su sabor, que se posa en mi boca, rozándola apenas como una caricia ligera y peligrosa.

Niego con la cabeza, resignándome al hecho de que será una larga noche, luego cierro los libros de texto y guardo mis cosas en el bolso.

«Pensé que eras diferente», comento.

«¿De qué estás hablando?»

«Del hecho de que estás volviéndote ridículo, QB», trato de herir su orgullo, esperando lograrlo, mientras me dirijo hacia la salida, luego me vuelvo y añado: «Te espero a las siete frente al colegio. No llegues tarde, lo detesto».

«¿Vas a correr?», pregunta Sheila mientras me preparo para la cita con Gideon, vistiendo un cómodo atuendo deportivo y recogiendo mi cabello en un desordenado moño, sin ponerme ni una pizca de maquillaje.

«Algo así», respondo tomando mi bolso para salir del dormitorio.

En cuanto salgo, veo a Gideon esperándome en su auto, un Mustang eléctrico azul de los años cincuenta.

«¿Estás lista?», pregunta sin hacer bromas sobre mi atuendo.

«Sí, olvidémonos de eso», comento con poco entusiasmo mientras admiro los interiores de cuero negro, el tablero de raíz de nogal y dos divertidos dados colgados del espejo retrovisor.

«Como quieras», replica él saliendo del campus e incorporándose a la carretera principal.

«Pensé que podríamos ir al Luna Park», propongo, intentando llevar a cabo mi plan diabólico.

«No, lo siento. Esta tarde te pregunté qué querías hacer y fuiste lo suficientemente desagradable como para no responder, así que decidí por los dos», replica lanzándome una mirada molesta.

Después de dos cuadras, toma un camino de tierra bordeado de altos árboles, que pronto desaparecen para dar paso al Providence Rivers, mientras la carretera continúa al borde del río.

«¿Acaso quieres enterrar mi cadáver en medio de la nada?», exclamo arrancándole una risa.

«No, solo quiero mostrarte algo».

Estaciona el auto y me invita a bajar; la brisa despeina mis pensamientos mientras él saca algunas cosas del maletero y me indica que siga el acantilado hasta llegar al faro Pomham Rocks.

«¿Qué estás haciendo?», pregunto al verlo abrir la puerta.

«Tranquila, conozco al guardián», dice dejándome pasar.

Subimos por la escalera de caracol hasta la cima circular del faro, donde Gideon saca una manta del bolso que trajo consigo y la extiende en el suelo, luego coloca envases de sushi para llevar junto con cervezas heladas.

Debo admitir que el tío sabe cómo hacerlo.

Me siento mientras él enciende una pequeña linterna de gas.

Ha pensado en todo.

«¿Es aquí donde llevas a todas las chicas que llenan tu agenda?», le pregunto, tomando un Uramaki de salmón y aguacate.

Gideon estalla en una risa estruendosa y al mismo tiempo abre una botellita de Bud.

«No, es aquí donde me gusta venir a pensar», responde dejándome sin palabras.

«Y, ¿en qué piensa el quarterback de los Bears?», pregunto con la boca llena; Gideon me mira, sonríe negando con la cabeza y acaricia la comisura de mi boca con el pulgar.

«Tenías salsa de soja», me señala, llevando su pulgar a sus labios para chuparlo.

¿Por qué tiene que ser tan maldita, jodida y sorprendentemente sexy?

«No respondiste a mi pregunta», digo, tomando un pañuelo para evitar que se repita la misma escena, lo que provocaría un descontrol en mis hormonas.

«Pienso en mi futuro, en el deseo de entrar en la NFL y jugar como quarterback en uno de los mejores equipos. Y tú, galletita, ¿qué deseas?».

Poder volver a confiar en las personas que me rodean.

«Quiero convertirme en una entrenadora atlética y hacer que los jugadores como tú suden hasta el agotamiento».

Gideon asiente con la cabeza, divertido.

«No estaría mal ser entrenado por alguien como tú».

«¿Qué quieres decir con 'alguien como tú'?».

«Una chica sexy, pero inalcanzable».

¿Es esto lo que piensa de mí?

Le arranco la cerveza de la mano y tomo un gran sorbo, mientras mi cerebro asienta el significado de sus palabras.

«No estoy hecha para tener un novio, Gideon», encuentro el coraje para decir.

No estoy hecha para abrir mi corazón.

No estoy hecha para arriesgarme a sufrir.

No estoy hecha para alguien como tú.

«Lo sé, eso está bastante claro para mí, pero al mismo tiempo, es extraño. ¿Qué te asusta, galletita?», pregunta, quitándome la cerveza de las manos también.

Todo.

Tú.

«Nada, simplemente no quiero tener una relación. No es tan raro después de todo, solo quiero concentrarme en mis estudios y divertirme sin preocupaciones».

«Bueno, entonces creo que tengo la solución adecuada para ambos», dice de manera sugerente, mientras sus ojos se clavan en los míos y su boca se posa en el borde de la botella. Inclina la cabeza hacia atrás y, sin perder el contacto visual conmigo, toma un buen trago.

«¿En serio? Cuéntame», digo, mientras él se limpia los labios húmedos con el dorso de la mano.

«Podríamos ser amigos con beneficios, solo sexo sin ningún tipo de involucramiento emocional», propone, tomándome desprevenida.

«Amigos con beneficios».

«Tienes que admitir que nos divertimos mucho en Año Nuevo y, después de todo, se trata solo de sexo».

Un sexo increíble con el único chico del que debería alejarme.

«No lo sé, me gustaría sentirme más libre que esto», miento, por el temor de ceder a la tentación.

«¿De qué tienes miedo, galletita, de enamorarte de mí?».

«Estás completamente equivocado».

«Pruébamelo entonces».

Gideon se inclina hacia mí, su rostro está tan cerca del mío que, si intentara respirar, estoy segura de que nuestros labios se tocarían.

Su mirada pasa de mis ojos a mis labios, que se entreabren automáticamente, mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

«No te voy a besar», susurra.

«P... ¿por qué?».

«Porque serás tú quien lo haga, galletita».

Al diablo.

Mi boca se precipita sobre la suya, ávida, necesitada de sentir su sabor deslizándose por mi garganta.

Gideon me agarra por las caderas, presionando con fuerza mientras me sienta a horcajadas sobre él; sus labios juegan con los míos en una danza lujuriosa, luego tortura mi lóbulo con los dientes y se desliza por mi cuello.

Mis manos se enredan en su cabello, tirando suavemente, mientras, sin darme cuenta, comienzo a moverme contra su erección que presiona a través de los jeans que lleva puestos.

«Jesús», maldice, apretando mis nalgas en sus palmas mientras guía mis movimientos cada vez más desesperados sobre él.

Mi intimidad late deseando algo más.

Él dentro de mí.

Él que me hace gritar su nombre como la última vez.

Él que me saborea en todas partes.

Gideon captura nuevamente mi boca y su lengua me explora desesperadamente, pero cuando siento que sus manos intentan bajarme los pantalones del buzo, recupero el contacto con la realidad, separándome bruscamente de él.

«No puedo», digo poniéndome de pie, con su expresión confundida que me observa, esperando que añada algo más.

«¿No puedes?», repite como si estuviera consternado.

Y yo también lo estoy conmigo misma, porque nunca debí ceder a la tentación, pero después de todo estamos hablando de Gideon Brooks, la tentación personificada.

«No, lo siento y.… y ahora discúlpame, pero quiero volver al dormitorio», replico visiblemente avergonzada.

Gideon no dice una palabra, recoge sus cosas del suelo, las guarda en su mochila y en un completo silencio dejamos ese lugar mágico, donde por un momento olvidé mis miedos.

Subimos al auto y Gid sube el volumen del estéreo al máximo; las notas de «Scars to Your Beautiful» de Alessia Cara llenan el habitáculo durante gran parte del trayecto, en el cual no puedo evitar preguntarme qué pasaría si las sombras que cubren mi existencia se disiparan como niebla al sol, dejándome libre.

Pero tal vez nunca tendré una respuesta a esta pregunta.

El auto se detiene frente al dormitorio y Gideon, por primera vez desde que dejamos el faro, se voltea hacia mí para mirarme.

«Tu apuesta ha sido saldada y, como me pediste, te dejaré en paz, Rivers».

Era lo que quería y le había pedido, entonces ¿por qué ahora esas palabras parecen tener un sabor tan amargo en sus labios?

¿Por qué, mientras asiento y bajo del auto, desearía que me detuviera?

¿Por qué, mientras lo veo alejarse, siento como si hubiera algo presionando contra mi pecho?

Capítulo 5
Gideon
ESTRATEGIAS

Cinco años antes...

Si tuviera que pensar en Autumn como un partido de fútbol americano, definitivamente sería el Super Bowl; un desafío constante en cada encuentro con los equipos rivales, con el corazón latiendo fuerte en el pecho, la respiración quemando en los pulmones y los músculos contrayéndose en cada movimiento, hasta el decisivo: el touchdown.

El punto crucial, el que puede cambiar cualquier equilibrio posible, dar vuelta la situación y llevarte hacia el podio de la victoria.

Pero el camino por recorrer es largo, tortuoso y, a pesar de estar entre los mejores equipos en el campo, basta con un error para ver ese objetivo deslizarse de tus manos incluso antes de saborear el momento.

Ella es exactamente todo eso.

Impredecible como una estrategia de ataque.

Inalcanzable como una parábola perfecta que cruza la línea de meta.

Un sueño, como el Super Bowl.

«Hermano, te veo pensativo. ¿Tiene que ver, por casualidad, con la chica ardiente?», exclama Turner mientras estamos en la sala de pesas y él está detrás de mí contando los levantamientos que hago con la barra.

Bastó una maldita noche para ponerlo todo en cuestión.

Bastó estar dentro de ella para saber cómo sabe el paraíso, para alguien como yo que solo estaba acostumbrado al infierno.

Bastó ella, con sus ojos de cervatillo, para enloquecer mi mente.

«Concéntrate, amigo, no es momento para hablar de estas tonterías».

Sinceramente, después de la otra noche, quisiera poder desconectar mi mente por un instante, con la esperanza de que no sea ella la que consuma mis pensamientos.

«Sí, sí, se trata de ella», insiste mi mejor amigo, quien está a punto de recibir una patada en los cojones si no deja de provocar mi paciencia.

Turner agarra la barra y me levanto del banco, tomo una toalla y me la ato al cuello antes de dirigirme a la cinta de correr.

Comienzo para correr en la cinta a máxima velocidad, sintiendo cómo los músculos de mis pantorrillas arden por el esfuerzo, cuando escucho que mi teléfono celular suena.

Detengo la carrera y lo saco de mi bolsa.

«Estoy entrenando», le digo a mi hermano al otro lado del teléfono.

«Sabes que no eres el único deportista en la familia, ¿verdad?».

«Si me olvida siempre hablar con la estrella de los Kraken de Seattle», replico, refiriéndome al equipo de hockey en el que juega Maddox.

«Sólo quería recordarte el cumpleaños de Addison».

Mierda, lo había olvidado por completo.

«No sé si podré liberarme», digo, pero él no pierde tiempo recordándome que organizó todo de manera que no hubiera partidos que pudieran interferir con la fiesta sorpresa que está

preparando.

«Es importante que estés allí», sentencia, sin aceptar un «no» como respuesta, definitivamente.

El problema no es el cumpleaños de Addison, el lío es que también estará Autumn en el cumpleaños y yo, por ahora, solo quiero estar por mi cuenta y evitar verla.

«Recuérdame el día», digo resoplando.

«Dentro de dos días, miércoles».

Fantástico.

«Está bien, estaré allí».

A la mañana siguiente, voy al Theodore Francis Green State para tomar el vuelo directo a Seattle; son las cuatro y media de la mañana y cuando bajo del taxi, veo a Autumn haciendo lo mismo desde el que estacionó detrás del mío.

«Brooks», dice ella claramente avergonzada.

«Rivers», replico mientras tomo mi equipaje de mano.

Ambos, como si fuéramos dos extraños y como si ella, dos noches antes, no se hubiera frotado contra mi miembro, nos dirigimos hacia la puerta de embarque.

La azafata, cuando le entrego mi boleto, me lanza una sonrisa que ruega que le quite las bragas.

«Aquí tiene», dice Autumn apartándome con un ligero codazo.

No debería esperarla, pero lo hago.

«¿Te ha molestado?», digo mientras recorremos el pasillo para abordar.

«No sé de qué estás hablando».

«Claro», comento, luego tomo asiento en el vuelo.

Autumn se sienta tres filas detrás de mí, mientras no puedo dejar de pensar en por qué quiso detenerse.

No puedo.

Esas palabras siguen resonando en mis sienes como un maldito bucle.

Intento distraerme, no pensar en lo que sucedió entre nosotros y no pensar en ella, concentrándome en algunos patrones de ataque que debemos implementar en el próximo partido contra los Crimson de Harvard.

Dos horas después hacemos escala en Detroit, donde Autumn y yo nos encontramos en la sala de descanso del aeropuerto.

Tenemos que esperar una hora antes del próximo vuelo a Seattle.

«Siéntate, galletita, no te voy a comer», comento señalándole la silla libre junto a la mía, «aunque, por supuesto, la idea no me disgustaría en absoluto», agrego sonriéndole.

«Eres terrible, ¿te lo han dicho alguna vez?».

Me meto una cucharada de huevos revueltos en la boca y, con la boca llena, respondo: «Sí, tal vez cien personas, en su mayoría chicas», especifico.

«Por supuesto», dice ella rodando los ojos al cielo.

«Sabes, estaba pensando en algo», exclamo poco después.

«Tengo que escucharlo, supongo», replica ella fingiendo indiferencia, pero sé que no es así, de lo contrario no evitaría mirarme constantemente.

Sé que ella también sintió lo mismo que yo cuando estuvimos juntos.

Puede engañarse a sí misma si quiere, pero ciertamente no me engañará a mí.

«De todos modos, lo diré», replico apartando el plato que he limpiado, «creo que si hubieras seguido frotándote de esa manera contra mi erección, habrías llegado en un abrir y cerrar de ojos».

Autumn comienza a toser, el jugo de naranja parece haberle entrado mal.

«Eres... eres...», trata de decir, pero agarro su silla y la giro hacia mí, atrapándola.

«¿Qué? Dime, galletita, ¿qué soy? ¿El chico al que te empeñas en evitar pero que deseas al mismo tiempo?», la provoco, pronunciando esas palabras a un centímetro de sus carnosos labios que huelen a cereza.

«Sólo eres un estúpido egocéntrico», estalla poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta de embarque.

La sigo y, cuando llegamos allí, descubrimos que el vuelo a Seattle ha sido cancelado debido a las malas condiciones climáticas.

«¿Y ahora qué?»

«Alquilemos un coche», propongo. «Si nos damos prisa y conducimos por turnos, estaremos en Seattle para las seis de la tarde de mañana».

«Está bien», concuerda conmigo; sé lo importante que es para ella Addison y esta fiesta que Mad le ha organizado para sus veintiún años.

Una hora después, estamos bordeando el lago Michigan rumbo a Minneapolis.

«Sólo espero que lleguemos a tiempo», comenta Autumn, sentada a mi lado.

«Lo conseguiremos», le prometo y, cuando pasamos el centro de la ciudad después de otras cuatro horas en el coche, sugiero una parada.

«¿Quieres parar?»

«Sí», reviso mi reloj de pulsera, «podemos descansar un par de horas y luego seguir, recuperaremos tiempo en la autopista», la tranquilizo, aunque obviamente no está del todo convencida.

Me detengo en un motel en Monticello, después de aproximadamente otra hora de viaje.

«Lo siento, pero solo tenemos una habitación disponible», dice el hombre de recepción.

«Pero vamos, ¿en serio? Casi parece que me haya metido en una de esas tramas de novela rosa», comenta Autumn sacudiendo la cabeza.

«Está bien, la tomaré».

Entrego los documentos al hombre, quien poco después me entrega la llave y, al salir, se la paso a Autumn.

«Ve a descansar, te espero en el coche en dos horas».

«¿Qué significa eso?», pregunta sorprendida.

«Significa que tienes un problema y ese problema soy yo, Rivers, así que estoy resolviéndolo», replico con los nervios del cuello tensándose.

Tiene razón Turner, Autumn me está volviendo loco y ya no puedo controlarme. Tiene el poder de hacerme reír y enfadarme al mismo tiempo. Quisiera tomarla y besarla hasta dejarla sin aliento, para luego mantenerla a distancia antes de que destroce en un millón de pedazos cada uno de mis pensamientos.

«Espera, no seas tonto, nunca podrás descansar en ese coche», dice refiriéndose al utilitario que alquilé para el viaje. «Podemos compartir la cama, pero te advierto que, si intentas cruzar límites, lo pagarás», amenaza.

No le respondo, en este momento no estoy de humor para bromas; solo necesito descansar, así que la sigo hasta la habitación del motel en el tercer piso.

Entramos y dejo mi equipaje de mano en el suelo, pateo los zapatos, acomodo la chaqueta de

cuero en la silla y me quito la sudadera de la universidad que llevo puesta.

«¿Qué pasa?» digo, notando que me mira fijamente, aún inmóvil cerca de la puerta.

«Nada, eh... he notado que tienes nuevos tatuajes en los brazos», comenta señalándolos.

«Me los hice poco después de Año Nuevo», admito acariciando esos símbolos tribales que me envuelven el brazo entero.

«Ya veo», dice mordiéndose el labio inferior como si se sintiera avergonzada, como si fuera la primera vez que estamos solos en una habitación.

«Será mejor que descansemos, no tenemos mucho tiempo», le aconsejo, tumbándome en el colchón con un brazo doblado detrás de la cabeza.

Autumn solo se quita los zapatos y el abrigo, luego se acuesta también; quedamos inmóviles como estatuas de sal, temiendo que nuestros cuerpos apenas se rocen.

Cuando abro los ojos aún adormilados, al principio no entiendo qué está presionando contra mi pecho, pero los cabellos que me cosquillean el mentón, desprendiendo ese aroma afrutado, me hacen volver a la realidad.

Autumn está abrazada a mí, todavía dormida, con la mejilla aplastada contra la tela de mi camiseta.

Instintivamente aparto un mechón de pelo que le cubre la cara y solo por un breve momento disfruto de su rostro relajado, hasta que parpadea y se da cuenta de que está literalmente acostada sobre mi cuerpo.

«Lo siento», dice, casi cayendo de la cama cuando se aleja rápidamente de mí.

«Me debes una camiseta, Rivers, casi la babaste», replico quitándomela y quedando sin camiseta mientras busco otra en mi mochila.

«No babeo», protesta ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sonrío y sin darme cuenta me acerco a ella, Autumn retrocede hasta encontrarse con la espalda contra la pared.

«Oh, sí que lo haces», le respondo mirándola desde mi metro noventa; le tomo el mentón entre el índice y el pulgar, sin importarme el riesgo de que me aleje de ella de nuevo, «pero me gusta tener tu sabor impregnado en mis labios, no en mi ropa, dulzura».

No espero a que me responda, simplemente la beso.

Mi boca ansía la suya. Mi lengua está desesperada mientras la exploro y saboreo ese sabor tan letal que fluye por mis venas, como una descarga de adrenalina que no logra calmarme. Sus manos se enlazan en mi cuello y yo la agarro por las caderas, presionando con vehemencia sus redondos glúteos; en un gesto automático, sus piernas se enredan en mi cintura y, con ella aferrada a mi cuerpo, la guío hacia el escritorio de la habitación donde la deposito con delicadeza.

«Esta vez no te lo permitiré», digo mordiendo su labio inferior.

«¿Hacer qué?».

«Escapar de mí», respondo mientras le quito el suéter que lleva puesto y mi mirada se pierde justo ahí, entre sus generosos senos, libres de cualquier capa de tela posible.

Me inclino sobre ella para atrapar uno de sus rosados y turgentes brotes en mi boca, lo chupo y muerdo ligeramente mientras ella echa la cabeza hacia atrás y gime de placer.

«Gid...», gime cuando empiezo a jugar con el otro, pellizcándolo entre mi dedo índice y pulgar.

«Dilo, que me deseas. Ahora», la provoco, dejando que mi mano desabroche los jeans que lleva puestos, luego me aparto un poco de ella para quitárselos con un tirón.

«Yo...», trata de decir cuando le aparto las bragas y mi dedo se abre paso entre sus labios

mayores; sus uñas se clavan en mis hombros mientras me adentro más en ella, nutriéndome de su placer que rasguña su boca, que secuestro en la mía.

Trago sus gemidos y al mismo tiempo agrego otro dedo en su cálida y húmeda hendidura, aumentando el ritmo. Estoy enloqueciendo.

Con la mano libre desabrocho los botones de mis jeans, liberando mi erección que aprieto en un puño. Mierda, me estoy masturbando mientras la penetro con mi mano.

Autumn se da cuenta y comienza a moverse hacia mí, tan excitada como yo por lo que está sucediendo, mientras continúo besándola, lamiendo su cuello y chupando sus pezones.

«¡Dios!», maldigo.

«Gid...», jadea fuerte antes de que ambos nos consumamos en el placer que nos envuelve y nos sumerge en la lujuria.

Sin aliento, permanecemos así, frente a frente, ojos contra ojos, como si quisiéramos detener el tiempo. Borrar todas las tonterías y creer que todo esto está bien. Que nosotros lo estamos.

Pero la magia estalla, como una burbuja de jabón, cuando Autumn me pasa pañuelos y baja del escritorio para vestirse.

«Ahora debemos apurarnos de verdad», dice recogiendo su cabello en un moño alto. «Yo manejo», añade mientras me pongo los zapatos y yo termino de vestirme.

Antes de salir del motel, tomo algunas golosinas de la máquina expendedora y volvemos a la carretera.

De reojo la observo mientras conduce, tarareando algunas canciones que pasan por la radio mientras come M&M's; me gustaría intentar hablar de lo que acaba de suceder, pero por ahora es mejor que no.

Así es como empiezo a cantar una canción de OneRepublic que está sonando en la radio, «I Ain't Worried».

«¡Cielo santo, Brooks, desafinas como una campana!», comenta Autumn, riéndose de mi actuación.

Me pongo mis gafas de aviador, aunque sea plena noche, las uso moviendo la cabeza al ritmo, moviendo las manos y los brazos.

«Vamos, ¿no parezco Tom Cruise en Top Gun?», bromeo.

«No, en realidad pareces un idiota con gafas de sol en plena noche», responde riéndose, y yo sigo haciendo el tonto.

Me encanta el sonido de su risa.

La forma en que sus labios se curvan justo antes de reír.

O cómo sus ojos brillan sonriendo antes que su boca.

«Vamos, no arruines la diversión, Rivers, canta conmigo», finjo suplicar con las manos juntas.

«Ni lo pienses, me haces quedar mal», responde provocándome.

«Ah, olvidé que estaba hablando con la Rihanna de la situación», replico burlándola.

«Doble idiota insolente», contraataca fingiendo ofensa, luego comienza a cantar conmigo y, sin darnos cuenta, el amanecer comienza a aparecer frente a nosotros; otras siete horas de viaje y estaremos en Seattle.

Paramos en una estación de servicio para desayunar, obviamente ninguno de los dos saca el tema del motel y a los ojos de quienes nos ven, simplemente parecemos buenos amigos.

Continuamos el viaje y esta vez soy yo quien maneja, mientras Autumn se duerme a mi lado; miro la carretera y luego a ella, creo que nunca me cansaría de mirarla.

El celular comienza a vibrar y, sin mirar, lo tomo de donde lo pusimos cuando salimos: en la

consola central del auto; pero cuando veo la pantalla me doy cuenta de que no es el mío, sino el de Autumn, y la vista previa del mensaje muestra que es de Addison.

No debería hacerlo, pienso.

No es correcto.

Estoy invadiendo su privacidad, pero antes de que termine la lista de razones que podrían disuadirme, ya estoy leyendo el mensaje en el chat:

Addison: Deberías dejar de verlo, entonces, no quiero que salgas lastimada.

Frunció el ceño confundido y, asegurándome de que Autumn siga durmiendo, retrocedo en el chat para leer los mensajes anteriores.

Autumn: Gideon es el típico jugador de fútbol en busca de rollos de una noche, y además de eso, no me interesa. Nunca estaría con alguien como él.

Addison: No creo que solo seas eso para él.

Autumn: Pero eso es lo que él sería para mí. Me conoces, no quiero una relación y no quiero a Gideon Brooks en mi vida.

Este es el mensaje al que luego Addison respondió.

Estoy furioso y por primera vez en mi vida me siento burlado.

¿Realmente piensa esto de mí?

No niego que me haya divertido, ¿quién no lo hace en la universidad?, pero eso no cambia el hecho de que nunca la he considerado como una simple conquista de una noche.

Y tal vez, ese haya sido mi error.

Ella cree que encarno el estereotipo del jugador que no puede controlarse, bueno, haré que sus suposiciones se conviertan en cruda realidad; simplemente cambiaré mi estrategia y estoy seguro de que al final, Autumn Rivers solo deseará una cosa*: nunca haberme conocido.*

Capítulo 6

Autumn

FELIZ CUMPLEAÑOS

Cinco años antes...

Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que acabamos de pasar el letrero de Seattle.

«¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Por qué no me despertaste?», le pregunto a Gid mientras sigue conduciendo por la carretera.

«No me sentía cansado como para pedirte que tomaras el volante», responde seco y distante.

Me muerdo el labio inferior mientras nos adentramos en la ciudad; no sé qué ha cambiado su estado de ánimo, pero también sé que no quiero abordar el tema de lo que sucedió en el motel.

Estar entre sus brazos me reconforta y asusta de la misma manera.

Es como estar suspendida, atrapada en un limbo del cual sé con certeza que solo puedo caer al infierno.

Desearía que no fuera tan difícil confiar en alguien, pero el simple pensamiento de terminar hecha pedazos por haber entregado mi corazón a las manos equivocadas me aterra más que el deseo de intentar sentirme amada de verdad.

«Soy un desastre», comento mirándome en el espejo: el cabello es un revoltijo y las ojeras me llegan hasta las rodillas, sin mencionar lo que llevo puesto y huelo como un jugador después de una serie de ejercicios.

«Ya casi llegamos», dice Gideon, mientras pasamos frente al horizonte en el que puedo ver la Aguja Espacial.

Gideon estaciona frente al Hotel Lotte Seattle, uno de los más prestigiosos de la ciudad, cuya vista desde la terraza principal da directamente al estrecho de Puget, con una vista de trescientos sesenta grados de todo Seattle.

«Vamos, tenemos que arreglarnos», dice Gid, entregándome mi equipaje de mano.

Addison no sospecha nada de nuestra presencia; Maddox ha reservado toda la terraza, donde se llevará a cabo su fiesta de cumpleaños con familiares y amigos, pero la llevará aquí bajo el pretexto de pasar una noche romántica juntos.

Después de hacer el check-in, nos dirigimos a nuestras habitaciones en el último piso y, en su mayoría, una al lado de la otra.

«Bueno, hasta luego entonces», digo entrando en mi habitación y tan pronto como cierro la puerta detrás de mí, vuelvo a respirar.

He cometido otro error, de hecho, desde que lo volví a ver no hago más que cometer uno tras otro.

Solo quisiera olvidar cómo me siento cuando estoy con él, fingir que no es increíblemente sexy y ignorar esa mirada suya que me hace sentir única en el mundo.

Maldito Gideon Brooks.

Mi arreglo vistiendo un vestido de cóctel turquesa con la falda ligeramente por encima de la rodilla, y lo combino con unos tacones blancos de doce centímetros, del mismo color del bolero de encaje que llevo sobre el vestido. Recojo mi cabello en un chignon impecable y me maquillo

con tonos suaves que solo aportan un poco de luminosidad a mi rostro, luego aplico el brillo labial que luego guardo en el clutch plateado con detalles de estrás y salgo para dirigirme a la terraza.

Tan pronto como llego, encuentro a Rachel, la madre de los hermanos Brooks, y al padre de Addison, quienes han llegado desde Rosemont para la ocasión.

«Oh, Autumn, estás preciosa», dice Rachel dándome un beso en la mejilla, mientras el padre de Addison me pasa una copa de champán.

«Estoy de acuerdo. Recuerdo cuando eras solo una niña y ahora eres una hermosa mujer», comenta el Sr. Jansen.

«No nos adelantemos demasiado, apenas tengo veinte años», me defiendo, sacando risas de ambos.

Observo a los invitados a mi alrededor, hay algunos jugadores de hockey con sus novias y chicas que no conozco, supongo que son las nuevas compañeras de la Universidad Central de Washington que Addison frecuenta.

«Entonces, ¿cómo van los estudios?», pregunta Rachel.

«Bien, Brown es increíble y Providence es una ciudad hermosa».

Todo sería perfecto si no fuera por su hijo distrayéndome cada dos por tres, quisiera decirle, pero tal vez es mejor que me lo guarde para mí.

Autumn Rivers, eres una hipócrita.

Me recuerda mi conciencia, ya que solo unas horas atrás permití que sus hábiles manos me proporcionaran un orgasmo.

Santo cielo, creo que enloqueceré si sigo así.

«Estoy orgulloso de ti, Autumn», comenta el Sr. Jansen; siempre lo he visto como el padre que nunca tuve, ya que el mío estaba demasiado ocupado con sus viajes de negocios y atendiendo a azafatas, secretarias y cualquier otro ser viviente que respirara y tuviera una vagina.

«Gracias, realmente lo aprecio viniendo de usted», le sonrío sinceramente. «¿Han visto a Gideon?», agrego, notando su ausencia.

«Sí, fue a recoger a una amiga».

¿Amiga?

¿Aquí en Seattle?

¿Desde cuándo?

«Ah, entiendo», respondo, luego me alejo con mi copa de champán para acercarme a la barandilla de la terraza y disfrutar de la impresionante vista.

Aún estoy perdida en mis pensamientos cuando el padre de Addison nos advierte que nos preparemos, las luces de la terraza se apagan y tan pronto como Maddox y Addison hacen su entrada, vuelven a encenderse, mientras todos gritamos al unísono: «¡Feliz cumpleaños!».

Ella está sorprendida, con las manos cubriéndose la boca por la emoción mientras yo corro hacia ella para abrazarla.

«No puedo creer que estés aquí», comenta apretándome fuerte.

«Ni en un millón de años me lo habría perdido», digo, luego me alejo un paso y dejo espacio a los otros invitados que la saludan y le dan sus felicitaciones.

«¿Has visto a Gideon?», pregunta Maddox.

«No, pensé que estaría aquí».

«Estúpido, quién sabe dónde se habrá metido», exclama su hermano.

«Si quieres, puedo ir a ver si está en su habitación», me ofrezco.

«Me harías un favor, a Addison no le gustaría si él falta», me dice.

«Por supuesto», lo tranquilizo y me dirijo al piso donde están nuestras habitaciones; me detengo frente a su puerta y golpeo, mientras del otro lado escucho ruidos suaves, risas y algo que se derrumba al suelo.

«¿Sí?», Gideon abre la puerta, con una toalla alrededor de la cintura, el pecho empapado de sudor y el olor a whisky saliendo de su boca.

«Maddox te estaba buscando».

«Gid, ¿quién es?», escucho decir a una voz femenina.

Por un segundo, mi corazón parece dejar de latir y comienzo a sentir un extraño calor en mi rostro, sintiéndome completamente avergonzada.

«Estás... tú estás...»

«Teniendo sexo, Rivers. Mi hermanastra entenderá si llego unos minutos tarde. Ahora, discúlpame», me responde, cerrándome literalmente la puerta en la cara.

Permanezco inmóvil frente a la puerta blanca, aún incrédula por sus palabras y aturdida por verlo así, medio borracho y teniendo relaciones con cualquiera durante las celebraciones por Addison.

Regreso a la fiesta con las piernas temblorosas y tan pronto como llego a la terraza, tomo dos copas de champán de un camarero y las bebo de un trago.

«Oye, ¿estás bien?»

«Claro, ¿por qué no iba a estar bien?»

Solo porque siento el estómago revuelto.

Solo porque desearía abofetearme por sentir esa sensación de celos que se abre paso dentro de mí.

Solo porque Gideon Brooks acaba de confirmar que no puedo confiar en nadie, especialmente en él.

Después de media hora, la fiesta se anima, la música se extiende con la brisa y todos nos movemos al ritmo de la música.

«No eres de por aquí», dice un chico alto, rubio y con ojos color avellana.

«No, soy una amiga de Addison».

«JT, soy un compañero de equipo de Maddox», se presenta.

«Uno de los Kraken de Seattle, debe ser mi noche de suerte», comento, como una de esas chicas coquetas que están ansiosas por ligar con un chico.

«Podría serlo», me responde guiñándome un ojo mientras empieza a bailar conmigo.

Las canciones se suceden una tras otra, al igual que las copas de champán que sigo bebiendo, sin darme cuenta de un par de ojos verdes como esmeraldas que me rasguñan cada pedazo de piel expuesta.

Abrazo mis brazos al cuello de... ¿cómo dijo que se llamaba? ¿TJ? ¿DJ? No, ese es el chico que pone la música, no importa, lo llamaré Kraken y ya está.

«¡Amo esta canción!», exclamo refiriéndome a «Bailar Contigo» de Black Eyed Peas & Daddy Yankee.

Mis caderas se mueven por sí solas siguiendo esas notas que vibran en mis huesos, mis brazos se levantan al cielo para luego aferrarse a mi Kraken que me sigue rozando. «Vamos a encender la habitación. Hacemos fiesta, fiesta, fiesta», empiezo a cantar sobre la música, «Nena, tú y yo bailamos. Nena, así es como lo hacemos. Estamos fuera de control y volvemos locos. Enciende la mecha, hazlo explotar todo. Mueve ese trasero rápido, vamos, vamos», término realizando un auténtico baile de twerking, hasta que siento dos brazos fuertes levantándome en el aire, para luego encontrarme cabeza abajo mirando un trasero bastante familiar.

El de Gideon Brooks.

«Oye, ¿qué estás haciendo?», escucho decir a mi Kraken mientras golpeo ese trasero firme con las manos y continúo sacudiendo la cabeza, aunque parece que todo comienza a girar demasiado rápido.

«Amigo, más te vale dejarlo», amenaza el gran quarterback de los Bears.

«Vamos, Brooks, enciende la mecha y hazlo explotar todo», balbuceo con la boca empapada de champán.

«JT, déjalo, es mi hermanastro y ella es una amiga nuestra que ha bebido demasiado», oigo decir a Maddox.

JT, así se llama el Kraken.

«¿Qué pasa?».

Qué dulce mi mejor amiga preocupándose por mí.

«Estoy aquí», digo levantando ligeramente el brazo, Addison me mira inclinando la cabeza hacia atrás.

«¿Puedes decirme por qué estás tan borracha que no puedes mantenerte en pie?», pregunta como si aún no lo hubiera entendido.

«Pregúntale a tu hermanastro», respondo pellizcando las caderas de ese armario que no quiere soltarme.

«Detente, Rivers», me reprende y yo hago el saludo militar con la mano, luego saludo a todos mientras me lleva, aún sobre su hombro, como un saco de papas.

«¿Sabes que desde esta perspectiva tu trasero se ve aún mejor, Brooks?».

«Estás borracha», otra reprimenda.

«Solo un poquito», me defiendo moviendo las caderas.

«Detente, ahora me estás enfadando».

«Qué miedo, Gideon «idiota» Brooks», replico moviéndome aún más.

Poco después, Gid se detiene y me baja, sosteniéndome contra la pared con una mano mientras busca en mi bolso la tarjeta magnética de mi habitación.

«¿Dónde demonios la pusiste?».

«¡Aquí está!», digo sacándola de mi escote, «lista para usar. Siempre hay que estar preparados», añado parpadeando rápidamente.

«Me vas a volver loco», murmura, haciendo clic en la cerradura para arrastrarme adentro con él y levantándome de nuevo como un paquete en la cama.

Chuto mis tacones y comienzo a desvestirme.

«Hace demasiado calor aquí», digo mientras arrojo la ropa y Gid la recoge del suelo.

«Ahora te haré sentir fresca yo».

Ni siquiera tengo tiempo de preguntarle qué significa cuando me encuentro bajo un chorro de agua helada, con él presionándome contra la pared para que no me mueva.

«¿Te has vuelto loco?».

«Sí, gracias a ti estoy perdiendo mi cordura y no solo eso, te advierto, Rivers».

«¿Por qué no vuelves con tu amiguita?», se me escapa.

«¿Estás celosa, ¿verdad?», me provoca el desgraciado.

«No, al contrario, no me importa en absoluto. Me estaba divirtiendo con el Kraken y tú arruinaste todo», le hago notar.

«El Kraken, ¿eh?», repite apagando el agua mientras me pasa una toalla. «Te dejé divertirte un poco, pero nunca habría permitido que te fueras con él», agrega mientras regresa a la habitación.

«¿Tú no lo habrías permitido?», le grito persiguiéndolo.

«Exactamente», responde volviéndose hacia mí, «¿sabes por qué?».

«¿Por qué?», mi voz tiembla, la borrachera parece haber desaparecido de repente y estoy perfectamente sobria.

«Porque nadie puede tocarte», dice dejando que el dorso de su mano se deslice por mi brazo, «besarte», sus dedos rozan mis labios, «tenerte», concluye atrayéndome hacia él.

«Eres un loco si crees que lo permitiré», trato de zafarme.

«Y tú eres aún más loca si crees que me acosté con otra», dice frunciendo el ceño por la confusión.

Se dirige hacia la puerta y la abre, poco después entran Mad y Addison.

«¿Qué significa esto?».

«Puedo explicarlo», dice mi mejor amiga y no me gusta nada lo que empiezo a escuchar.

«¿Explicar qué?», insisto, mientras Gideon se acomoda cómodamente en el sillón y Maddox imita su gesto sentándose en el brazo del sillón.

«Gideon leyó nuestros mensajes».

«¿Tú, ¿qué?», pregunto incrédula.

«Lo sé, no debería haberlo hecho, pero estaba convencido de que era mi teléfono», se defiende el traidor imbécil.

«Y entonces...».

«Estaba enojado, herido, especialmente después de que...», Addison continúa mientras sigo lanzando insultos contra él, quien levanta las manos en señal de rendición, con esa expresión en su rostro que me gustaría abofetear.

«Fui yo quien le dijo que te pusiera a prueba. Sé que ahora estarás furiosa conmigo, pero era la única forma que tenía de saber si para ti era solo una aventura o si tenías miedo de confiar en él».

Miro a mi mejor amiga sin poder creer que haya sido capaz de hacerme algo así.

«¿Conspiraste a mis espaldas con él para ponerme a prueba?», repito atónita.

«Créeme, no lo hubiera querido, pero nunca había visto a Gid así por una chica», explica siguiéndome al baño, donde cierro la puerta detrás de mí, quedándonos solo ella y yo.

«Sabes que no puedo, no puedo confiar y, además, ¿quién demonios era la chica en su habitación?»

«Una compañera de clase mía que accedió solo para hacerme un favor».

«¿Qué tipo de amigas tienes en la WCU?», comento sorprendida.

«Solo quería entender, Autumn, darse cuenta si estás jugando con él, porque, créeme, Gid no está jugando contigo. Intenté persuadirlo para que se mantuviera alejado, pero no sirvió de nada, y no parece que estés haciendo lo mejor para mantenerlo a distancia».

«¡No inviertas la situación! El hecho de que algo haya sucedido entre nosotros no justifica lo que has planeado».

Estoy furiosa y, por primera vez en mi vida, me siento traicionada por la única persona en la que siempre he confiado: *mi mejor amiga*.

«Mírate, Autumn», continúa Addison, mientras yo, abrumada por todo, me siento en el borde de la bañera y empiezo a morderme las cutículas del pulgar. «Cuando creíste que él estaba con otra, perdiste el control; ¿dónde crees que te llevará todo esto? ¿Estás realmente segura de que, independientemente de todo, no sufrirás si lo dejas ir?», concluye, arrojándome a la cara esa amarga verdad que he seguido ignorando todo el tiempo en el que solo he intentado hacer una cosa: *sacármelo de la cabeza sin lograrlo.*

Capítulo 7
Gideon
TACLEADO

Cinco años antes...

«Entonces, ¿cómo fue el cumpleaños de tu hermanastra?», me pregunta Turner, sentado a mi lado en el autobús rumbo a Cambridge para el partido contra los Crimson.

«¿Qué parte de la historia quieres saber primero? ¿La en la que arruiné la sorpresa para mi hermanastra, la en la que logré hacerla pelear con su mejor amiga, o la en la que estuve a punto de patearle el trasero a uno de los Kraken de Seattle?», replico sintiéndome como un idiota.

Después de descubrir esos mensajes, estaba tan enojado que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ver alguna emoción en Autumn. Arruiné por completo la sorpresa para Addison.

Quería herir a Autumn y también tenía una larga lista de números de chicas en mi agenda que no dudarían en desnudarse para mí, pero no pude hacerlo; en cambio, fui a ver a mi hermanastra, arruiné la sorpresa para ella y le supliqué que me ayudara.

Ella también, al igual que yo, quería entender qué siente su amiga por mí, así que la involucré en mis sucios juegos, con el resultado de que Autumn se enojó y ahora solo puedo sentirme culpable.

«Maldición, hermano, ¿lograste hacer todo eso en una sola noche?», comenta Turner.

«Sí», admito.

«Creo que deberías cortar con esto. Eres Gideon Brooks, diablos, podrías tener a cualquier chica», me recuerda y tiene razón.

Podría tener a cualquier persona, pero ninguna sería ella.

Autumn se metió bajo mi piel arañándome.

Dejando que esas marcas se volvieran indelebles.

Así, con un beso.

Con una mirada.

Una sonrisa y su cuerpo ardiendo contra el mío.

«Tal vez tengas razón, debería simplemente sacarla de mi cabeza», confieso más para mí mismo que para él, con la cabeza cayendo hacia el respaldo del asiento del autobús, mientras me pongo los AirPods y pongo en marcha una lista de reproducción que tengo guardada en mi teléfono, la de OneRepublic.

Mi mente se aleja y trato de concentrarme solo en una cosa, el partido contra los Crimson de Harvard.

Una hora y media después, cruzamos las puertas del campus camino al campo de juego, donde chicas esparcidas por el césped nos saludan con sonrisas coquetas.

«Nos divertiremos esta noche de todos modos», comenta divertido Curtis, uno de nuestros Running Backs.

«Manténganse en sus pantalones», les recuerdo a todos. «Estamos aquí para patearles el trasero a esos idiotas, no para cortejar a sus novias», agrego levantándome e clavando la mirada

en mis chicos, quienes simplemente asienten. «No estoy bromeando. Si los descubro coqueteando con alguna de ellas, habrá entrenamientos extra para todos. ¿Quedó claro?».

«Sí, QB», responden al unísono.

Las presas se cazan solo en nuestro territorio, esa es la regla principal; la rivalidad debe existir solo en el campo, no podemos arriesgarnos a crear más tensiones que arruinen nuestros resultados.

Poco después estamos allí, en la entrada de las gradas que delimitan la entrada al campo, con los cascos apretados entre los dedos. Un estruendo explota en todo el estadio, rasgando el cielo, cuando las animadoras hacen su entrada, realizando su número.

Los primeros en entrar son los anfitriones, que rompen el círculo de papel para llegar al centro del campo; ahora nos toca a nosotros.

Echó un vistazo a mi equipo y todos asienten.

Nuestra hinchada se emociona mientras corro y los otros jugadores me siguen de cerca, levantando los cascos en el aire para saludar a los chicos de Brown que han venido a animarnos. Me vuelvo y, desde el lado opuesto al nuestro, veo a los Crimson realizando una extraña danza que imita: «te lo meteremos por el culo». Sonrío a mis compañeros y con un chasquido de dedos nos abalanzamos sobre ellos, que comienzan a avanzar.

El campo es un enredo de jugadores y árbitros tratando de calmar los ánimos, mientras nosotros saltamos en su lugar, manos firmes en nuestra entrepierna y devolvemos la danza, imitando un: «chúpenla».

Miro a Mathias, el quarterback de los Crimson, un idiota engreído hijo de papá que cree que ya tiene la victoria en sus manos.

Separados por el árbitro, ambos retrocedemos, alineándonos en el campo con los miembros respectivos de nuestros equipos; el árbitro lanza una moneda que gira en el aire, luego silba y señala para la posesión del balón.

Nos posicionamos en la línea de scrimmage, manos abiertas entre las piernas de mi snapper, listo para que me pase el balón en cuanto llame la jugada.

Miro a mis jugadores y asiento con la cabeza a mi liniero ofensivo. «Hut for Fire. Hut for Fire. Hut! Hut! Hut!», el balón rueda en mis manos y los guardias ofensivos avanzan para bloquear a la línea defensiva rival. Paso el balón a Turner, quien corre unas veinte yardas antes de pasárselo a Nelson, nuestro liniero ofensivo, que lo lanza hacia atrás, tomando a todos por sorpresa, mientras el balón cae entre mis brazos y me derriban en las treinta yardas.

La acción se reanuda desde ahí. Turner me ayuda a levantarme y estamos listos para dar un espectáculo.

«Hut two three. Hut two three. Hut! Hut! Hut!», grito, el balón se mueve y me alejo fingiendo haberlo atrapado, cuando en realidad cae en las manos de Turner. Corremos hacia las cuarenta yardas, hasta que Curtis se da palmadas en el pecho y en ese momento comienza el juego real.

Turner, nuestro corredor, hace un amago hacia el receptor abierto y los adversarios están listos para perseguirlo, pero al final es hacia mí que se lanza el pase perfectamente arqueado. Arranco separando los pies del suelo y lo atrapo

llevándolo al pecho, luego empiezo a avanzar yardas como si no supiera hacer nada más en el mundo, mientras dejo atrás a los alas cerradas y guardias ofensivos de los Crimson.

Cruzo la línea de meta, aplastando la pelota contra el césped y comienzo a bailar moviendo las caderas de manera seductora, al mismo tiempo que mis compañeros se unen a mí. Turner se inclina a noventa grados y finjo darle una palmada en el trasero, lo que acabamos de hacerle a

esos idiotas de los Crimson.

Avanzamos durante los cuatro downs, nuestros oponentes están exhaustos y cuando Turner anota el siguiente punto en el silbido final del partido, solo podemos decir que les hemos dado literalmente en el trasero.

«Gran partido, Brooks», me felicita Mathias, tendiéndome la mano.

«Verás muchos más así y siempre seremos nosotros quienes ganen», le señalo apretándole la mano.

Después de ducharnos, subimos nuevamente a nuestro autobús para regresar a Brown y los chicos están emocionados; cantan nuestro himno a todo pulmón y lanzan papas fritas de un asiento a otro, mientras nuestro entrenador no puede evitar sentirse orgulloso de nosotros.

Hemos dado lo mejor de nosotros, no nos hemos reservado nada y nunca lo haremos, porque cada uno de nosotros tiene un solo objetivo: el Draft.

«Oye, hermano», digo respondiendo al teléfono.

«Entonces, ¿cómo fue el partido?», me pregunta Maddox al otro lado del teléfono.

«Deberías saberlo, los hermanos Brooks nunca pierden», respondo orgulloso.

«Me alegra, eso era lo que quería escuchar de ti», replica él.

Después de la muerte de nuestra hermana, me sentí solo; él y yo no teníamos ese vínculo especial que tenía con su gemela, éramos casi como dos hijos únicos. El dolor y el paso del tiempo, sin embargo, lograron acercarnos y la presencia de Addison, que entró en nuestras vidas, fue fundamental.

«¿Qué me dices de Autumn?», pregunto sin poder contener ese pensamiento. Se quedó en Seattle y no tengo ni idea de cuándo volverá al campus; solo espero que esto ayude a que se aclare con Addison.

No podría soportar haber arruinado su amistad.

«Está regresando a Brown, salió esta mañana», responde, pero conozco a mi hermano, es como si detrás de esas palabras simples estuviera ocultando algo más grande.

Casi impronunciable, mientras una extraña sensación comienza a abrirse camino en mí.

«¿Eso es todo?», insisto.

«Gideon».

«Sí».

«No dejes que esta maldita situación te lleve al fondo», se limita a decir, sin saber que acaba de encender una bomba de tiempo en mi cabeza.

Cierro la comunicación y pienso que tal vez tiene razón, no debería dejarme llevar por todas estas emociones que no puedo controlar.

Debería simplemente concentrarme en mi futuro, pero es como si desde que ella apareció en mis sueños, ya no pudiera visualizarlo en mi mente.

En mis pensamientos.

En mi corazón.

Lo que creía no poseer, que no ser capaz de latir por ninguna otra persona más que por mí mismo. Estaba equivocado.

Maldita sea, estaba equivocado.

Autumn Rivers ha movido dentro de mí todo lo que creía que nunca podría sentir.

Incluso el odio, aquel que comienza a fluir por mis venas cuando, una vez que bajo del autobús y me dirijo hacia la fraternidad, me encuentro con un chico.

«Perdón, estaba buscando la residencia femenina», dice.

«Estás completamente perdido», le señala Turner, «está al otro lado del campus», agrega

señalándole el camino.

«Quiero sorprender a mi novia, pero creo que me perderé antes de encontrarla», admite el chico.

«Puedo acompañarte», me ofrezco, él acepta y juntos nos dirigimos hacia la residencia femenina. «¿No eres de por aquí, ¿verdad?».

«No, no estás equivocado, soy de Boston», responde con las manos en los bolsillos, la mirada oculta tras unas gafas de sol y el cabello rubio perfectamente arreglado.

«Boston, mi amiga también es de Boston», replico estudiando al chico con cierto interés, casi como si fuera uno de mis muchos adversarios en el campo.

«Ah, sí, ¿y cómo se llama?», pregunta deteniéndose un momento en el sendero entre el departamento de sociología y el de arte gráfico.

«Autumn Rivers».

«Es realmente un pequeño mundo», comenta.

«¿La conoces?».

«Sí, diría que sí, es mi novia», responde arrancándome el suelo de debajo de los pies, desgarrando con esas palabras todo lo que hubo entre nosotros y destrozando cualquier atisbo de esperanza que hubiera depositado en ella.

La chica que me volvió loco.

La que se burló de mí.

La misma a la que ya no podré perdonar el verdadero Gideon Brooks.

Tacleado, así es como me siento, con el cuerpo presionado contra el césped mientras el sabor de la tierra roza mis labios, haciéndome sentir cuán amargo es ese sabor, todas las veces que he sufrido un ataque similar en el campo, siempre he hecho una sola cosa: me he levantado, prometiéndome a mí mismo que nada me haría caer al suelo nuevamente, porque sería más rápido, más astuto y despiadado.

Capítulo 8
Autumn
SECRETOS

Cinco años atrás...

Cuando llego a Brown, el sol acaba de ponerse, todavía me siento confundida y asustada por lo que siento.

Es un torbellino de emociones contradictorias que no puedo controlar y todo es culpa de esa estúpida noche de Año Nuevo. Nunca debí acercarme a él, sabía que sería peligroso y que dejaría una marca en mí que no puedo borrar a pesar de mis esfuerzos.

Arrastro mi maleta hasta la residencia y veo la figura de un chico sentado en uno de los bancos ocultos entre los densos árboles.

¿Como se dice? ¿Quitado el diente, quitado el dolor?

Me digo a mí misma, imaginando que es Gideon y que espera respuestas de mí que no sé si podré darle, pero al menos debo intentarlo.

Addison y yo hemos hablado mucho en estos días y a pesar de que me enfadé con ella, sé que lo hizo solo para que entendiera que estaba arruinando las vidas de ambos.

Pero no pensé que se arruinarían aún más, pienso mientras logro ver mejor al chico que se levanta del banco y se acerca hacia mí.

No es Gideon.

«Marcus, ¿qué haces aquí?».

«También estoy feliz de verte, pequeña», comenta sonriéndome.

«No me llames así», le recuerdo.

«¿Por qué no debería? ¿Solo porque escapaste de Columbia y te mudaste a otro campus?».

«¿No olvidas algo? ¿Quién sabe, tal vez te sorprendí en tu habitación con otra?», replico tratando de superarlo.

«¡Mira quién habla! Tú me traicionaste la noche de Año Nuevo; diría que estamos empatados, ¿no crees?», insiste siguiéndome hasta los escalones de la residencia.

Conocí a Marcus en Columbia y puedo decir que encarnábamos el típico cliché, ya que yo era la novata y él era mi tutor; un tutor encantador, seductor y muy hábil con las palabras.

No confiaba en él en absoluto y no hice ninguna excepción a mi regla, simplemente continué viéndolo; tal vez de una manera un poco demasiado íntima, ya que después de unos meses, prácticamente me mudé a su apartamento.

Pero estaba pasando por otro de mis malos momentos y tenía un único deseo, escapar.

Escapar de los problemas de mis padres, de esa fachada predecible y de ese falso amor mutuo que presumían mostrar como una tarjeta de presentación a todo el vecindario.

Estaba cansada, consumida y definitivamente vulnerable. Marcus estaba allí y le permití entrar en mi vida, sin imaginar que no haría más que confirmar todas mis suposiciones y teorías sobre el sexo masculino, es decir, que era un idiota que solo le gustaba divertirse.

«¿Por qué estás aquí, Marcus?» le pregunto, aunque en realidad no debería importarme su respuesta.

«Ya sabes por qué, eres mi chica, Autumn».

«No, ya no lo soy, ¿recuerdas?».

«Oh, pequeña, no juegues. Mírame, hice dos horas de auto solo para verte».

«Si quieres te devuelvo el dinero de la gasolina, solo desaparece de mi vista», le aconsejo mientras busco la tarjeta magnética para abrir la puerta de entrada.

«No juegues conmigo, sabes que no puedes permitírtelo», su tono de voz se vuelve tan oscuro y serio que me estremezco.

Me volteo hacia él casi a cámara lenta, dejando que mi mirada caiga en la suya, en esa oscuridad que guarda un secreto que nunca debí confiarle.

«¿Por qué?».

«¿Por qué quiero que seas mi chica? Simple, a mis padres les gustas, tu padre es uno de los abogados más importantes de la ciudad y yo estoy estudiando derecho, ¿recuerdas? Sin mencionar que tu madre es una excelente fiscal, ¿me equivoco?».

«No, no te equivocas, pero si solo quieres que te recomiende con ellos, puedo hacerlo sin ser tu chica».

«No funciona así, no para mí, pequeña», Marcus se acerca a mí y el aroma de su colonia me revuelve el estómago, al igual que su mano que roza mi rostro.

«¿Hasta cuándo durará esta estupidez?», pregunto sintiéndome acorralada, porque si se llegara a saber lo que hice, mi existencia estaría acabada y arrastraría conmigo a las personas que más amo en el mundo.

«Estoy en mi último año y primero tengo que graduarme. Después de que tus padres me hayan recomendado adecuadamente y haya obtenido un puesto prestigioso, podrás dejarme como si solo hubieras sido uno de tus caprichos», dice Marcus con una sonrisa desagradable.

El desgraciado ha pensado en todo en el más mínimo detalle.

«¿Y mantendrás la boca cerrada?».

«Puedes apostar a eso».

«¿Y cómo puedo confiar en ti? Podrías reaparecer en mi vida en cualquier momento solo para chantajearme».

«Es cierto, pero cuando sea abogado, firmaremos un acuerdo confidencial y tu secreto quedará sepultado conmigo», promete.

No debería confiar, pero no tengo otra opción y la culpa es solo mía.

Yo, que no confío en los demás, he revelado un secreto peligroso a la última persona en el mundo que debió saberlo.

«Está bien, ¿qué debo hacer?».

«Presentarte a mi lado en una cena benéfica organizada por Harris Brooks».

«Brooks, dijiste?».

«Sí, uno de sus hijos juega para los Kraken de Seattle. ¿Lo conoces?».

Esto sí que es un gran problema.

«No, solo me pareció un apellido familiar, eso es todo», digo con cautela.

Marcus finalmente decide irse, con la promesa de que vendrá por mí el próximo viernes por la noche para ir juntos a Boston. Ahora lo único que debo hacer es ir donde Gid y contarle sobre el lío en el que me he metido, aunque solo tendrá que conformarse con conocer una parte de la verdad.

Acomodo la maleta en mi habitación donde Sheila se está arreglando para salir.

«Te perdiste un gran partido, los Bears le dieron una paliza a los Crimson», me informa mientras se pone tanto maquillaje que parece casi una muñeca de porcelana.

Es cierto, me olvidé por completo del partido mientras trataba de aclarar mis pensamientos y lo que siento por Gideon.

Pero presentarme ante él y decirle: «Oye, ¿sabes que mi exnovio acaba de pasar? El que dejé atrás y al que le confié un secreto inconfesable. Bueno, ahora tengo que ser su novia hasta el final del semestre.» No parece la mejor manera de empezar a disculparme por mi comportamiento.

Para explicarle que él realmente me ve.

Que su mirada me penetra.

Que me hace sentir única, la única que ha querido tener a su lado.

«Me alegra que hayan ganado, supongo que en la hermandad estarán celebrando», digo mirándome en el espejo, con una sudadera dos tallas más grandes, jeans rotos y zapatillas en los pies.

No, definitivamente no puedo presentarme así.

«Aciertas, ¿te unirás a nosotros?», pregunta con énfasis.

«Creo que sí».

«Bien, entonces nos vemos allí; perdón, pero llego tarde», se apresura a decir antes de tomar su bolso y salir de nuestra habitación.

Me siento en la cama por un momento a pensar, a reflexionar sobre cómo puedo arreglar este gran lío, pero la verdad es que no tengo salidas.

Ni siquiera Addison sabe lo que hice y si tan solo hablara con mis padres, solo empeoraría la situación.

Debo arreglármelas sola, al final de cuentas es lo que siempre he hecho.

Envío un mensaje a Addison, diciéndole que llegué sana y salva a Brown, dejando de lado la inesperada y poco agradable sorpresa que encontré esperándome frente a la puerta de entrada; mi mejor amiga me llama de inmediato.

«Te dije que estoy bien», le repito.

«Solo quería oírte».

Su voz me reconforta por un momento. Sé que podría hablar de cualquier cosa con ella, pero no es el caso y lo último que quiero es involucrarla en un error estúpido que se ha convertido en el secreto más grande que he arrastrado.

«Yo también quería oírte», confieso con cierta nostalgia a pesar de que nos separamos hace apenas unas horas.

«Entonces, ¿qué estás haciendo? Escuché que los Bears ganaron», exclama.

«Al parecer, sí».

«¿Irás a la fiesta? Maddox me dijo que organizaron algo espectacular».

«Bueno, veo que estás mejor informada que yo», comento irónica.

«¿Piensas hablar con él?».

Al final, la fatídica pregunta se abre camino en nuestra conversación y en mi mente confusa; en mi corazón, quizás por primera vez, sé exactamente qué debo hacer y no tengo más opción que seguirlo.

«Creo que sí; al menos eso espero», le respondo.

«Mantente actualizada y recuerda, Autumn, que el amor puede dar miedo, pero también es el único sentimiento capaz de llenar tu existencia y hacerte sentir viva».

«Lo tendré en cuenta», le prometo despidiéndome.

Observo mi reflejo en el espejo y veo a esa adolescente que huía por la ventana de su casa y corría hacia su mejor amiga, porque sus padres estaban discutiendo una vez más y ella estaba

cansada de consolar a su madre, que siempre terminaba perdonando a su marido por sus escapadas.

A medida que crecía, me prometí a mí misma que no sería como mi madre, que nunca permitiría que el amor me convirtiera en una víctima de mí misma, pero creo que no todo se puede controlar.

Lo que evitas con todas tus fuerzas, al final, te atrae como un imán.

Finalmente, lo sientes, el corazón comienza a rodar en tu pecho y a agitarte el estómago, haciéndote sentir el efecto de esas montañas rusas de emociones que, subida tras bajada, siempre están ahí, tatuándose en ti.

Y te encuentras sonriendo sola porque descubres que eres feliz, de verdad, por primera vez en tu vida.

Y eres como una mariposa que sale de su capullo para aprender a volar, yo solo quiero aprender a amar.

Después de media hora, recorro el camino del campus donde se encuentran todas las fraternidades y no es difícil saber cuál de ellas está dando una fiesta; chicos están dispersos en el césped y en el porche con vasos de cerveza en las manos, algunos pasan el balón de fútbol americano reviviendo las jugadas que imagino usaron en el campo para vencer a sus oponentes.

La música está tan alta que hace vibrar los vidrios y cuando entro, me doy cuenta de que es realmente ensordecedora; empiezo a abrirme paso entre la multitud que baila, salta y grita en cada rincón de la casa.

«Una cerveza», grito al chico detrás de una mesa bien surtida de bebidas alcohólicas.

Cojo el vaso y, evitando que me salpiqué sobre el vestido negro que decidí ponerme, me aparto tratando de ver si puedo encontrar a Gideon.

Algunos chicos intentan entablar conversación, pero los desprecio en el mismo instante en que la música se detiene y Sheila, desde encima de una silla, con el micrófono en mano, exclama: «¿Quién juega a verdad o reto?».

Santo cielo, ¿acaso he caído en la trama de la película After?

Revuelvo los ojos cuando veo que en el centro de la habitación los chicos están formando un círculo para permitir que quien quiera juegue tomando asiento.

Sheila es la primera en acomodarse, seguida por otras amigas suyas animadoras; no se pierden la oportunidad de intercambiar un poco de saliva con alguien.

Levanto la mirada y me encuentro con la de Gid al otro lado de la habitación; él lleva el vaso a sus labios y se lo bebe de un trago, sin perder el contacto visual, lo estruja en su puño y luego lo arroja al suelo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

«Verdad o reto», dice con una sonrisa malévola; sus ojos están inyectados en sangre mientras los deja recorrer mi cuerpo por última vez.

Me quedo ahí, inmóvil, observándolos jugar. Un chico se pone de pie, se quita la camiseta quedando torso desnudo y como castigo se hace untar miel, luego una de las amigas de Sheila, creo que se llama Tamara, le lame el pecho. Pero, por supuesto, eso no me interesa, ni siquiera cuando una de las animadoras, como castigo, se bebe casi media botella de vodka o cuando otro jugador de los Bears se queda en calzoncillos, revelando sus boxers con corazones.

No, toda mi atención está en él.

Gideon.

«¿Verdad o reto?», le pregunta Tamara.

«Reto», responde mientras mi corazón se acelera como si quisiera salirse de mi pecho.

«Bien, debes besar a Sheila durante exactamente un minuto; preferiblemente con lengua,

Brooks», dice Tamara.

La escena parece aparecer ante mis ojos en cámara lenta: él se levanta, Sheila se acerca y Tamara cronometra, pero es cuando veo su boca posándose en la de otra chica que lo siento.

Ese crujido que retumba en mis oídos.

Lo siento, el dolor que quería evitar.

Siento sus ojos que se clavan en los míos mientras besa a otra y decido irme, pero cuando estoy en el umbral, retrocedo.

No puedo permitírselo, me lo prometí a mí misma.

Voy a la cocina, donde encuentro una botella de vodka; la tomo y me uno a los otros chicos en el jardín trasero, reunidos alrededor de una fogata.

«¿Puedo ofrecerte algo para beber?», le pregunto a Owen, quien se gira hacia mí con una gran sonrisa.

«Por supuesto», responde tomando un vaso para que le vierta ese líquido transparente que quema como gasolina.

«Salud», digo haciendo chocar los vasos antes de beberlo de un solo trago.

«Veo que las cosas entre tú y Gideon no van bien», exclama Owen, señalando la ventana desde donde veo a Gid con Sheila cargada sobre su hombro mientras suben al piso de arriba.

No hace falta ser un científico para entender lo que van a hacer.

El estómago se retuerce y trato de aliviar la tensión tomando otro trago de vodka.

«No, digamos que no van en absoluto», admito y por un momento me doy cuenta de que es mi culpa; si tan solo no me hubiera comportado de esa manera y no lo hubiera rechazado constantemente, tal vez sería yo la chica que lo acompañaría a su habitación.

«No te conozco, Autumn, pero no pareces alguien que se rinda fácilmente», señala; una forma amable de decirme que soy terca.

«¿Y qué crees que puedo hacer? ¿Entrar en su habitación y evitar que tenga sexo con otra?», en el preciso momento en que pronuncio esas palabras, sonrío para mí misma, paso la botella de vodka a Owen y subo las escaleras de un salto.

Tiene razón, no soy alguien que se rinda. Debo enmendar mis errores y sé perfectamente cómo hacerlo.

Cuando llego a la habitación que un chico me señaló, ni siquiera me molesto en golpear, la abro de un tirón y me preparo para el espectáculo.

Sheila está encima de Gid, todavía con ropa interior, balancea sus caderas contra su cuerpo como si estuviera practicando danza del vientre; lo admito, realmente es ágil la perra.

«Pero qué diablos...», exclama Gid cuando me ve y por poco no hace caer al pobre de Sheila, que afortunadamente aterriza en la alfombra con sus nalgas.

«Lo siento, no pretendía interrumpirlos, pero no podía quedarme callada, Sheila».

«¿De qué demonios estás hablando?», exclama ella indignada.

«Gideon, de ti no lo habría esperado nunca».

«Autumn, por favor, lárgate. No te lo diré de nuevo», amenaza el quarterback de los Bears como si eso pudiera intimidarme.

Además, debería agradecerme, lo estoy salvando de la noche de sexo más tonta de su vida.

«¿Realmente quieres acostarte con Sheila a pesar del problema que me confiaste? ¿Al menos le has hablado de ello?».

Sheila, después de escuchar la palabra «problema» insertada en un contexto sexual, se pone de pie y recoge su ropa sosteniéndola contra su pecho, antes de mirar a Gideon y preguntarle: «¿De qué problema está hablando?».

«Gonorrea, lo siento».

Gideon ni siquiera tiene tiempo de hablar cuando Sheila huye como si la habitación estuviera a punto de incendiarse.

«¡No lo puedo creer!», grita Gid pasándose la mano por el cabello. «¿Puedes decirme qué diablos quieres de mí, Rivers?».

«Solo pedirte disculpas por haber sido tan estúpida», confieso.

Gideon, con una sonrisa burlona en los labios, se acerca a mí y por un momento su altura parece llenar todo el espacio en el que estamos.

«¿Me estás pidiendo disculpas, caramelo, en serio?», pregunta dejando que el dedo índice de su mano siga el contorno de mi rostro hasta levantarme el mentón. «Y dime, ¿por qué exactamente? ¿Por haberme tomado el pelo todo este tiempo?».

«Yo... yo...».

«Desde este momento, tú, Rivers, ya no existes para mí», susurra esas palabras en mi oído, mientras mi cuerpo está completamente presionado contra la pared detrás de mí.

«No estás hablando en serio», balbuceo.

Sé que tiene razón en estar enojado conmigo, sé que lo lastimé con esos mensajes que le envié a Addison, pero eran solo mentiras que inventé para convencerme a mí misma de que con él, por primera vez, todo era diferente.

«¿De verdad? No te conviene ponerme a prueba, Rivers, porque solo terminarás lamentándolo amargamente», amenaza, luego abre la puerta de su habitación y, agarrándome del brazo, me empuja hacia afuera, cerrándome la puerta en la cara.

Capítulo 9
Gideon
ASUNTOS FAMILIARES

Cinco años atrás...

Harris Brooks no es conocido por ser un padre cariñoso; de hecho, ni siquiera sabe lo que significa. Solo recuerdo que le gustaba exhibir a mi hermano y a mí en sus cenas importantes, presumiendo de cuán destinados estábamos a convertirnos en estrellas del deporte.

«Gideon, me alegra verte aquí», dice en cuanto me ve; a su lado, otra mujer que debe tener la mitad de su edad, mostrándola como un trofeo.

«No me dejaste muchas opciones», le señalo mientras entro a su ático en el centro de la ciudad de Boston.

Mi padre pasó de ser profesor universitario para convertirse en empresario; un día simplemente decidió que estaba cansado de su trabajo y consideró adecuado tomar las riendas de nuestra familia, uniéndose a mi tío en la compañía.

«No actúes así, habrá personas importantes, y me refiero a algunos agentes de los Patriots», me informa tratando de captar mi atención.

«Enfrentaré el Draft, si llego a eso; no quiero atajos en mi carrera, pero, sobre todo, no quiero nada de ti», aclaro, tumbándome en el lujoso sofá de piel negra y cruzando los tobillos sobre la mesa de cristal. «Me gustaría algo para beber», agrego dirigiéndome a su novia.

«Gideon, ella no está aquí para servirte».

«¿Ah, ¿no? De hecho, con esa minifalda y la blusa medio abierta, no parece para nada una camarera».

«Nancy, espérame arriba», le sugiere mi padre, dejándole un beso en la mejilla que me revuelve las tripas. «No olvides que estás en mi casa, Gideon», añade mirándome.

«Y tú no olvides que tienes hijos solo cuando te conviene. Bueno, ¿puedo saber por qué demonios estoy aquí?».

«Habrá hijos de otras personas importantes con las que colaboro y me pareció justo...»

«¿Exhibir a uno de los tuyos para pretender ser la feliz familia que no somos, ¿verdad?», concluyo por él.

No espero a que me responda, pero me preparo para esta maldita noche; al final, solo estoy aquí para divertirme y estoy seguro de que encontraré a alguien que quiera pasar tiempo conmigo, ya que Sheila se encargó de difundir la noticia de mi ficticia gonorrea por todo el campus.

Muchas gracias, Autumn Rivers.

Todavía no puedo creer que haya sido tan idiota como para que alguien como ella se riera de mí; joder, incluso logró engañar a Addison, de lo contrario, estoy seguro de que nunca me habría ayudado a ponerla a prueba si hubiera sabido que tenía un novio.

Maddox intentó llamarme un par de veces, estoy seguro de que quería saber qué había pasado entre Autumn y yo, pero no tengo la intención de seguir siendo humillado por ella.

Ha jugado con un Brooks, bien, ahora descubrirá a su costa lo que significa.

Una hora después, mi padre y su crisis de la mediana edad, junto a mí, ingresamos al Four Seasons para dirigirnos al último piso del hotel, donde se llevará a cabo la recaudación de fondos organizada por la empresa de mi padre.

Ya hay invitados y camareros dando vueltas por la sala como trompos, tratando de servir a estos ricos caprichosos con un paladar exquisito.

Crecí en una familia acomodada, pero nuestra madre siempre nos enseñó el significado del sacrificio; aunque no nos gustaba, nos enviaba a ayudar a la iglesia de Rosemont, donde pasábamos tiempo haciendo voluntariado, que incluía la limpieza del centro recreativo para niños.

No estaba exactamente emocionado, solo era un niño pequeño, pero ahora me doy cuenta de que soy diferente de todas estas personas vestidas de traje y corbata que solo se preocupan por saber cuánto dinero tienen en sus cuentas bancarias.

«No dejes que me hagan quedar mal», murmura mi padre antes de sonreír a uno de los muchos invitados con los que se detiene a hablar, mientras yo me dirijo al único rincón interesante de toda esta noche: el bar.

«Un whisky», pido, aunque obviamente no tengo la edad legal para beber, pero dado que es una fiesta privada, el barman no se molesta en pedirme una identificación.

«El beneficio de las fiestas privadas», escucho decir, me doy la vuelta y a mi lado veo a ese idiota que se presentó en Brown por Autumn: su novio.

La noche parece tomar un giro interesante.

«Sí, nos volvemos a ver, al parecer», digo levantando mi vaso hacia él.

«Sabes, sin la chaqueta del equipo no te habría reconocido», comenta con cierta superioridad.

«No sabía que un esmoquin pudiera hacerme irreconocible», comento.

«Así que juegas al fútbol americano, ¿verdad?».

Realmente perspicaz, el idiota.

«Sí, y tú, ¿qué haces? No, mejor no me lo digas, no me importa», replico, luego dejo mi vaso en el mostrador y le doy la espalda.

Al parecer, las sorpresas no han terminado, ya que al otro lado de la sala veo a Autumn.

Caminando hacia ella, tomo dos copas de champán de uno de los camareros y me acerco.

«No pensé que tú también frecuentaras lugares como este», exclamo llamando su atención mientras le ofrezco la copa que, accidentalmente, vuelco sobre su vestido. «Perdón, soy tan torpe».

«No, Gid, ¡eres solo un idiota!», responde ella corriendo hacia los baños, exactamente lo que esperaba.

La sigo, asegurándome de que su galán no nos vea y entro, cerrando la puerta principal con llave.

«¿Qué haces?».

«Me estaba aburriendo y pensé en matar el tiempo», respondo, con la espalda apoyada contra la pared, los tobillos cruzados y la mirada que ansiosa recorre su cuerpo perfecto.

El mismo que he sostenido entre mis brazos.

Aquel que conozco hasta el más mínimo lunar que lo marca.

El mismo del que no puedo sacar su aroma de mi cabeza.

«¿Te aburriste y luego pensaste que sería una buena idea rociarme con champán?»

«Podría ser, o tal vez realmente se me cayó accidentalmente, Rivers. Pero más bien, dime, ¿viniste con tu novio?»

Parece sorprendida por mi afirmación, tal vez creía que podría seguir jugando conmigo y

divirtiéndose con ese idiota.

«Yo...»

«¿Tú qué?», digo avanzando hacia ella, mis manos agarrándose al mármol del lavabo mientras mi cuerpo la domina. «¿Le dijiste incluso cómo gritabas mi nombre cuando te hacía el amor?», continúo, apartándole un mechón de cabello que enmarca su rostro para llevarlo detrás de su oreja; su piel es como fuego mientras la toco con los nudillos. «O tal vez le contaste cómo me suplicabas que te tocara?», añado. «¿Cómo dejaste que mi mano te diera placer?».

Autumn me empuja y poco después mi cara se mueve hacia el lado opuesto al suyo, después de que su mano me golpea.

Una sonrisa amarga se forma en mis labios, los humedezco apenas con la punta de la lengua, *satisfecho.*

Diabólico.

Oscuro.

Es lo que siento creciendo dentro de mí mientras simplemente la observo en silencio, pero a veces, las palabras no dichas y dos ojos que te miran como si fueras el peor error que jamás hubieran cometido, tienen el poder de desmoronarte.

«No sabes nada de mí, Brooks», sentencia en tono áspero antes de pasarme y dirigirse hacia la puerta.

Nunca me has permitido saber nada, Autumn.

Vuelvo a disfrutar de la noche, o al menos finjo hacerlo, sonrío a algunas chicas y me detengo a hablar con otra mientras Autumn no aparta sus ojos de mí.

«Ven, quiero presentarte a algunas personas», dice mi padre llevándome hacia mi presa. «Él es mi hijo, estos son los señores Rivers», agrega mi padre.

«Nunca hubiera imaginado que conocería a tus padres de esta manera, biscottino», comento estrechándoles la mano, mientras sus miradas se posan en su adorable hija y en el chico que la rodea con un brazo.

«¿Se conocen?», pregunta la madre algo confundida.

«Claro, Autumn y yo somos casi inseparables. Estudiamos en Brown y ella es mi fanática número uno; una vez apareció en las gradas con solo unos shorts y una camiseta para mostrar su cuerpo pintado con los colores del equipo».

La pareja al lado del gran idiota que la abraza, supongo que son sus padres, me mira como si acabara de blasfemar y ese era exactamente el resultado que esperaba obtener.

«Gideon le gusta exagerar las cosas», se defiende el biscottino.

¿Quieres desafiarme, Rivers? Te complazco de inmediato.

«Sabes muy bien que la única cosa que se exagera es...»

«¡Gideon!», me reprende mi padre.

«¿Qué hice? Solo estaba diciendo que la única cosa que se exagera es una mentira, pero yo no estoy mintiendo, ¿verdad Autumn?».

«Sí, digamos que a veces me dejé llevar por mi entusiasmo por el equipo», responde la pequeña serpiente mintiendo como si estuviera interpretando un papel: el de la perfecta zorra.

«¿Solo por eso?», la sigo interrogando mientras la madre de Autumn, claramente avergonzada, traga todo el contenido de la copa de champán que tiene en las manos.

«¿Podría saber cómo se conocieron?», irrumpe Marcus, que finalmente quiere demostrar tener agallas, el idiota.

«En una fiesta de cumpleaños suya cuando todavía iba a la preparatoria», respondo sosteniendo su mirada.

«Así que han sido amigos por un buen tiempo, nunca me habló de ti», continúa el idiota.

«Nunca me habló de ti tampoco, y siendo su novio me habría sentido un poco ofendido si hubiera estado en tu lugar», le señalo, echando la cabeza hacia atrás para beber mi trago. «Ahora, si me disculpan, tengo otras amigas a las que saludar».

Conozco a algunas de las hijas de los colaboradores de mi padre, pero no me acostaría con ninguna de ellas ni, aunque fueran las últimas chicas en la faz de la tierra. Si te acuestas con una de ellas, al día siguiente ya están organizando la boda de sus sueños.

«¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?», grita Autumn, tirando de mi brazo mientras intento dirigirme hacia la terraza panorámica.

«Nada, ¿por qué? ¿Acaso te avergüenzo a ti y a lo que hicimos?».

«No entiendes, Gid, esta noche es importante para mí».

«¿Para ti o para Marcus? No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que solo quiere impresionar a tus padres».

«Y aunque así fuera, ¿a ti qué te importa?», replica, poniendo a prueba mi paciencia.

¿Qué me importa?

Maldición, me importas tú.

Detesto verte en brazos que no sean los míos.

Y detesto, en este momento, no poder abrazarte y besarte como deseo.

Eso es lo que, malditamente, malditamente, me importa.

«Solo me importa arruinarte la vida, después de todo, me debes eso», le señalo.

«He venido a verte para... para intentar explicarte, pero...»

«Pero ¿qué? ¿Era demasiado difícil admitir que tenías un novio? ¿Era por eso por lo que me rechazabas constantemente?», digo abriendo los brazos mientras no hago más que hundirme, caer en un mundo al que pensé que no pertenecía.

Soñaba con la universidad, divertirme con cualquier chica hasta llegar a los Draft, pero ella lo puso todo en tela de juicio, jodiéndome el cerebro. «Sabes, simplemente no puedo entenderte, Autumn, eres más retorcida de lo que jamás podría haber imaginado», agrego.

«¿Solo porque no caigo a tus pies como todas las demás?», me provoca y pierdo el control, agarrándola y atrayéndola hacia mí con toda la posesión que me quema en las venas.

Deseo que oscurezca la razón.

Es ira que me ciega la vista.

«No, solo porque me has vuelto loco», susurro contra sus labios mientras apoyo mi frente en la suya. «Solo porque no creía que fuera posible».

«¿Qué?», pregunta.

«Enamorarme de la persona equivocada».

Capítulo 10
Autumn
DULCE-AMARGO

Cinco años antes...

«Enamorarme de la persona equivocada», sus palabras siguen resonando en mi cabeza mientras él se aleja, dejándome allí, con mis pensamientos dispersándose en la brisa, ocultándose en la oscuridad de la noche y con ese peso que empieza a presionar demasiado fuerte en el centro de mi pecho.

«¿Quieres explicarme?», exige Marcus, arrancándome de esa amarga y dulce verdad que no esperaba.

«¿Qué exactamente quieres saber?», pregunto con tono defensivo.

«Ese payaso me ridiculizó frente a mis padres», grita furioso, señalando un punto en casa dentro de la sala.

«No es culpa mía», me defiendo, aunque no debería.

No debería estar aquí.

No debería fingir.

No debería permitirle arruinar mi vida.

Apuesto a que es él, el chico con el que te divirtieron en Año Nuevo imagina con una sonrisa burlona que le arruga los labios mientras mantiene su postura impecable, para no dejar en evidencia que estamos discutiendo.

«No te conviene apostar, porque perderías», digo volteándole la espalda, pero él me agarra del brazo impidiéndomelo.

«No olvides que tú y yo tenemos un acuerdo».

Mi secreto.

«No olvides que podría cambiar de opinión en cualquier momento», bluffeo, como si estuviera jugando una partida de póker.

No quiero que tenga control total sobre mi existencia ni que crea que lo tiene, aunque al final, es exactamente así.

«Chicos, la subasta está empezando», nos informa mi madre, ambos asentimos y nos dirigimos hacia la sala. «Cariño, ¿podrías acompañarme al baño?», agrega, mostrándole a Marcus una sonrisa cálida.

Tan pronto como cerramos la puerta del baño a nuestras espaldas, ya sé que mi madre quiere aclarar las cosas y eso es precisamente lo que hubiera querido evitar.

«Supongo que quieres saber qué está pasando», digo cruzando los brazos sobre el pecho mientras me encojo de hombros en evidente vergüenza.

«Sí, pensé que habías terminado con Marcus», me recuerda.

Así era, pero él... él lo sabe todo.

Mi madre toma una gran bocanada de aire, como si después de mis palabras hubiera perdido el aliento en sus pulmones.

«Así que te está chantajeando, ¿verdad?».

«Sí».

«Y tú, Autumn Jennifer Rivers, ¿le estás permitiendo esto? ¿No se te ocurrió hablar de esto conmigo y con tu padre?», se enfurece.

«¿Crees que habría servido de algo? Los padres de Marcus son unos codiciosos bastardos en busca de favores especiales y yo soy su pase libre; es por eso por lo que él quiere que finja ser su novia, además de asegurarse un lugar destacado una vez que se gradúe», aclaro.

«¿Crees que ese chico vestido de pingüino me intimida? ¿Tienes la más pálida idea de las personas con las que me encuentro tratando? No permitiré que ese idiota te chantajee de nuevo», sentencia mi madre, dejándome completamente sorprendida. Nunca la había visto tan decidida, pero, sobre todo, tan enojada.

«¿Y si revelara lo que hice? ¿Si encontrara la manera de llegar al fondo de ese asunto? Sabes muy bien que la primera en enfrentarme serías tú».

«No lo permitas. Deja que yo me ocupe de todo y, una última cosa, nunca permitas que nadie tenga el control sobre tu vida».

Tiemblo, el recuerdo de lo que hice me persigue y nunca podré perdonarme a mí misma; será una herida siempre abierta, que nunca sanará.

«¿Puedo hacerte una pregunta?», pregunto antes de que ambas salgamos del baño.

«Claro, lo que quieras».

«¿Por qué nunca lo dejaste? ¿Por qué le permitiste tener el control sobre tu vida?», digo refiriéndome a mi padre, a todas las veces que lo traicionó.

Mi madre sonríe amargamente, luego coloca su clutch en el mármol del lavabo, saca un lápiz labial rojo de Chanel y lo aplica lentamente en sus labios, y mientras se mira en el espejo, responde: «Porque lo amo y el amor a veces es complicado, cariño. He intentado dejarlo, más de lo que puedas creer, pero siempre he vuelto sobre mis pasos. Hicimos terapia de pareja y, al final, me rendí. Tu padre me ama, a su manera, y yo lo amo a él. Esta es una elección mía, que no espero que entiendas, pero quiero que comprendas que el amor tiene muchas facetas y debes tener el coraje de verlas todas, desde cualquier perspectiva, sin perderte nada».

No puedo pronunciar palabra. Por primera vez, siento que no puedo juzgar a la mujer que me trajo al mundo, ya no siento compasión por lo que eligió hacer por sí misma, pero la admiro por la valentía que ha tenido.

Porque ella quiso amar incondicionalmente, por sí misma, sin importar el riesgo de sufrir.

Sin importar las lágrimas que tuvo que derramar.

Sin importar a todas las mujeres que intentaron ocupar su lugar, sin éxito.

«Perdón», digo mientras volvemos a la sala.

«¿Por qué?».

«Por haber pensado siempre que eras débil, cuando eres la mujer más fuerte que conozco, mamá, y estoy orgullosa de ti».

Ella me sonríe y, tomándome de la mano, nos dirigimos a sentarnos junto a mi padre y la familia de Marcus.

«¿Cómo están mis chicas?», pregunta mi padre.

«Sí, ahora estamos bien», responde mi madre por ambas.

Marcus intenta tomar mi mano y yo la aparto.

Debo confiar en mi madre, no puedo permitir que Marcus arruine mi vida más de lo que ya ha hecho por sí mismo.

«Te conseguiré algo en la subasta, solo dime lo que quieres», exclama Marcus, como si nada.

«¿Sinceramente?», replico en voz baja volteándome hacia él.

«Claro».

«Quisiera que desaparecieras», digo y él se voltea hacia sus padres mostrándoles una sonrisa forzada.

«Mi paciencia está llegando a su límite», amenaza.

«¿Decías, Marcus? ¿No tienes paciencia para qué?», estalla mi madre, lanzándole una mirada poco amable.

«No tengo paciencia para las subastas, siempre estoy ansioso por conseguir el objeto más hermoso», miente el idiota y ni siquiera se da cuenta de las tonterías que está diciendo para salvar su pellejo.

«Sabes, Marcus, estaba pensando que mañana podrías venir a mi oficina, así podríamos hablar de tu futuro», dice mi madre y él casi comienza a lloriquear de felicidad como un niño.

Patético.

Lástima que el encuentro con mi madre no será lo que espera y realmente estoy curiosa por saber qué hará una vez que ella le hable.

La subasta comienza y no puedo evitar mirar a mi alrededor en busca de Gideon y, finalmente, lo veo sentado en la mesa con su padre mientras trastea con su teléfono móvil.

Me pregunto con quién estará enviando mensajes y dentro de mí crece ese sentimiento de celos que casi parece ahogarme.

Debo hablar con él.

«Mira», dice mi madre, refiriéndose a un cuadro de Valentine de Saint-Point, un pintor futurista francés que siempre me ha impresionado con su arte y sus colores tan vibrantes, como si tuvieran vida propia.

Sus obras son una narrativa en la que te pierdes sin darte cuenta.

«La puja comienza en doscientos cincuenta mil dólares, ¿quién ofrece más?», dice el hombre en el micrófono.

«Marcus, ¿no le preguntaste a Autumn qué le gustaba?», dice mi madre, mientras él traga con dificultad y levanta la mano para hacer su oferta.

«Doscientos sesenta mil dólares por el número treinta y seis», dice el subastador.

«Trescientos mil», replica Gideon levantándose de su asiento, luego dirige su mirada hacia mí.

El poder que emanan sus ojos me deja aturdida, haciéndome olvidar por qué, durante todo este tiempo, lo mantuve a distancia, cuando solo debería haber cedido y dejado que el destino siguiera su curso.

Que lo que sentimos lo hiciera.

Donde sea que nos llevara.

«Bien, parece que tienes un rival, Marcus», exclama mi madre dándome un suave codazo y yo sonrío.

Hechizada.

Embelesada.

Rota.

Sí, porque Gideon Brooks es el bien y el mal de mis días y estoy condenada a él, a vivir enredada en la oscuridad que se esconde en su alma, vislumbrando solo la luz que su corazón está dispuesto a brindarme.

«Es solo un payaso que desperdicia su tiempo jugando al fútbol», comenta Marcus, como si a alguien le importara su opinión, y estoy deseando que esta noche termine.

«Ese payaso es una gran promesa del fútbol», replica mi padre, sorprendiéndome.

«Entonces, ¿quieres hacerme este regalo o no?», lo provoco.

«Trescientos mil dólares, uno, dos y tres: adjudicado al número veintidós, el señor Gideon Brooks», concluye el subastador.

«Como imaginaba», digo refiriéndome a Marcus, claramente avergonzado.

La subasta continúa, entre una copa de champán y deliciosos canapés que se sirven en la mesa, cuando un hombre se acerca a nosotros con el cuadro comprado por Gideon envuelto en film transparente.

«Es para usted, señorita», dice entregándomelo.

«¿Cómo?»

«También esto», agrega entregándome una nota, que abro y comienzo a leer:

Un recordatorio, para que cada vez que lo mires, pienses en mí, en lo que tú y yo podríamos haber sido, pero que al final, nunca seremos.

La respiración, con cada palabra escrita en negro sobre blanco, se me agota en los pulmones, mientras el corazón parece querer estallar en mi pecho. Levanto la mirada, dándome cuenta de que Gid ha dejado su mesa y ni siquiera está en el mostrador del bar.

«Perdón, pero me está explotando la cabeza», digo solo para liberarme de la velada.

«Te acompaño a casa», se ofrece Marcus.

«No creo que sea una buena idea», replica mi madre, guiñándome un ojo de manera cómplice.

Cojo mi cartera y dejo la sala, llego al ascensor y lo veo allí esperando.

«Necesito hablar contigo», encuentro el coraje para decir.

Gid se voltea sobre el hombro, apenas echándome una mirada.

«No creo que me interese saber lo que tienes que decirme», replica con tono aburrido.

«Sé que estás enojado conmigo...»

«¿Enojado?», se voltea hacia mí en un instante. «No estoy enojado, Autumn, estoy furioso, es diferente, y la única persona con la que debo lidiar es conmigo mismo, porque nunca debí permitir que todo esto sucediera».

«¿Que te enamoraras de mí?»

Gid niega con la cabeza y luego, en un gesto de frustración, se pasa la mano por el cabello hacia atrás.

«¿Disfrutas todo esto, ¿verdad?»

«No, no es como crees y si tan solo me dejaras explicar, entenderías».

Las puertas automáticas se abren y Gideon entra en el ascensor. Lo sigo y en cuanto presiona el botón para la planta baja, yo aprieto el botón para detener el descenso.

«¿Qué diablos estás haciendo?»

«Te obligo a escucharme», le señalo, aunque no tengo la más mínima idea de por dónde empezar. No estoy acostumbrada a expresar mis sentimientos, siempre me he escondido tratando de reprimirlos, porque era más fácil convivir con ello.

No quise reconocer el dolor por la crisis de mis padres, pensando que así dolería menos.

Ignoré deliberadamente cómo mi corazón latía fuerte cuando estaba con él, creyendo que eventualmente dejaría de hacerlo.

Hice como que no sentía lo bien que me sentía estar cerca de él, rezando para que eventualmente todo desapareciera.

Pero solo me engañé a mí misma, porque ahora lo siento.

Siento el caos que nuestras almas causan cuando apenas nos rozamos.

Siento cómo nuestras miradas se comunican, mientras nosotros nos limitamos al silencio.

Siento cómo encajamos, aunque no coincidamos a la perfección.

Porque la perfección no existe, solo existe la manera perfecta de mirar las cosas, comprendiendo el valor que tienen en nuestras vidas.

Y Gideon Brooks ha llenado todos esos rincones vacíos que desesperadamente intenté dejar así, por temor a que, si lo hubiera dejado entrar, no habría podido dejarlo ir.

«Como quieras, escuchemos qué otra tontería planeas soltarme».

«Estoy enamorada de ti, creo que lo estuve desde el primer momento en que te vi, pero... tenía miedo de que pudieras lastimarme y así... intenté mantenerte alejado, luchando contra el deseo de tenerte en cada día de mi vida», digo de un tirón.

Espero a que él diga algo, cualquier cosa, pero se queda en silencio y reinicia el ascensor, con las manos en los bolsillos de su traje, la corbata aflojada y la camisa desabotonada en algunos botones.

Levanto la vista, dándome cuenta de que falta poco para que las puertas se abran, pero no puedo dejarlo ir sin que diga algo, cualquier cosa, incluso un «no te creo» estaría bien, cualquier cosa menos este ensordecedor silencio que rebota en las paredes en las que ambos estamos atrapados.

El ascensor se detiene y Gid, con un leve impulso, se separa de la pared de espejo en la que estaba apoyado; debería detenerlo, evitar que se vaya y cuando estoy a punto de hacerlo, él me agarra la mano y la entrelaza con la suya.

Se voltea hacia mí, sus ojos, esos dos charcos de esmeralda, caen sobre mí como ácido y solo quiero arder bajo esa mirada.

«No es suficiente solo con esto, Rivers, quiero saber todo y esta vez no debes omitir nada, si realmente quieres que te crea».

Asiento débilmente, sin saber bien a dónde puede llevarme esa agridulce verdad, pero ahora sé que estoy lista para compartirla con la persona adecuada.

Él.

Capítulo 11

Gideon

POR EL CAMINO PARA EMPEZAR DE NUEVO

Cinco años antes...

Nunca supe lo que significaba amar a alguien incondicionalmente, nunca entendí el poder que este sentimiento podía tener. Nunca pude darle el peso o el espacio adecuado en mi existencia.

Todo eso fue antes de que un par de ojos color chocolate se encontraran con los míos, complicando mi existencia.

Era solo un chico al que le gustaba divertirse, pasando de una chica a otra sin siquiera recordar sus nombres, pero el suyo, no pude sacármelo de la cabeza.

Autumn.

Como la estación de las hojas que caen de los árboles.

De las primeras lluvias, donde las gotas caen detrás de una ventana con la chimenea encendida.

Con los colores robados al sol que iluminan nuestros días.

Sigo conduciendo, con ella sentada a mi lado mientras regresamos a Brown, con el silencio que nos rodea y sus palabras que se me clavan como espinas en el pecho.

No puedo soportarlo.

No puedo.

Me detengo al borde de la carretera, me desabrocho el cinturón y me vuelvo hacia ella, quien simplemente me mira con una intensidad que logra hacerme temblar por dentro.

En el alma.

«Quiero saberlo todo, ahora», digo con el temor de que las palabras que saldrán de su boca puedan destrozarme una vez más.

Mantenerme en equilibrio.

Atrapado.

«Marcus y yo estuvimos juntos por un corto tiempo», comienza a decir. «Recién había llegado a Columbia y él era mi tutor», agrega, atormentándose las manos en el regazo.

«Hablas en pasado, ¿entonces por qué se presentó en Brown como si todavía fuera tu novio y por qué estabas con él en la noche benéfica?», pregunto sintiéndome confundido, como si no pudiera encontrar una conexión, una motivación válida para su comportamiento.

«Porque él sabe cosas sobre mí y si no hubiera fingido estar con él, me habría metido en problemas», responde con los ojos llenos de lágrimas.

«¿Ese desgraciado te estaba chantajeando?», truena mi voz y, por un momento, logro dejar de lado la necesidad de saber más.

«Sí, y me fui de Columbia por una sola razón».

«¿Cuál?».

«Tú, no podía olvidar la noche que pasamos juntos», admite dejándome completamente sin palabras.

Miro la carretera a través del parabrisas, los autos que pasan junto al coche y siento que esa respuesta me ha caído encima con el peso de una losa.

Pienso en el tiempo desperdiciado.

En la rabia que sentí corriendo por mis venas.

En esos besos que le robé con el temor de que no hubiera más.

«¿Por qué no me lo dijiste?», pregunto frustrado.

Confuso.

incrédulo.

«Porque no sabía cómo hacerlo, no quería que... que...».

«¿Qué?».

«Que para ti no fuera lo mismo y que me rompieras el corazón», confiesa, haciéndome esbozar una sonrisa carente de emoción.

«Entonces, ¿preferiste intentar romper el mío?», le reprocho. «¡Maldición!», estallo saliendo del coche y empezando a caminar de un lado a otro por el borde de la carretera.

«No quería, Gid, créeme», exclama siguiéndome, «tantas veces quise decirte lo que sentía, pero tenía miedo. Miedo de amar, de ser amada, y justo cuando creía estar lista para dar ese paso, Marcus se presentó en mi puerta», intenta explicar.

Sacudo la cabeza con las manos entrelazadas sobre mi cabeza, mientras pateo unas piedrecillas en el camino.

«¿Qué sabe él que sea tan grave como para obligarte a jugar su juego?», pregunto dando la espalda, porque la verdad no siempre tiene el mismo sabor.

El mismo color.

La misma forma que esperamos.

A veces puede doler más que una mentira.

Puede cambiar cualquier equilibrio.

Y puede esclavizarte para siempre.

«No puedo hablarte de eso, tienes que verlo con tus propios ojos».

Me vuelvo frunciendo el ceño.

«¿Qué significa que debo verlo con mis propios ojos?».

«Es la única forma en que podrás comprenderlo, con la esperanza de que puedas perdonarme».

¿Perdonarla?

Autumn regresa al coche y la sigo, volviendo a ponerme al volante. «Regresa a Boston», añade.

Hago marcha atrás y poco después pasamos el letrero de la ciudad, mientras ella sigue indicándome el camino a seguir y el temor se apodera de mí.

El miedo a que todo entre nosotros esté a punto de cambiar, para siempre.

«¿Dónde debo girar?», pregunto mientras cruzamos el puente.

«En la próxima a la derecha», giro donde me indicó, «detente», agrega.

Estaciono a lo largo de la acera y me giro hacia el edificio a nuestro lado, un edificio de ladrillos blancos.

«¿Qué hacemos aquí?», pregunto.

«Ven conmigo, Gid, por favor».

La sigo dentro del edificio llamado St. Rose, Autumn se detiene a hablar con una mujer que parece ser una enfermera.

«Señorita Rivers, hace un tiempo que no la veíamos», comenta la mujer.

«He estado muy ocupada con los estudios, sé que no es hora de visitas, pero aun así quería saludarla», dice casi suplicante a la mujer, quien le concede una cálida sonrisa antes de guiarnos

por el pasillo aséptico.

Llegamos a una puerta y la enfermera solo nos da un par de minutos para entrar. Autumn, antes de abrirla, respira profundamente y luego posa su mano temblorosa en la manija y la abre. Por un momento, me quedo en el umbral observándola mientras se acerca a una cama en la que una chica, más o menos de su misma edad, está entubada.

«Ven, ella es mi secreto», dice en un susurro mientras las lágrimas resbalan por su rostro deshaciendo su maquillaje.

Me acerco y miro a la chica indefensa, que está siendo ventilada por una máquina, y poco después retrocedo notando el gran parecido.

«¿Quién... quién es?», pregunto.

«Se llama May, May Rivers, mi hermana».

¿Su hermana?

«Pensé... yo creía que eras hija única».

«Así lo piensan todos. Simplemente las personas se olvidaron de ella».

«¿Por qué?»

Autumn se sienta un momento en la silla junto a la cama de su hermana y le acaricia la mano.

«May nació con deficiencias cognitivas y nuestra madre nunca la dejaba salir porque era un peligro para sí misma y para los demás; a los cinco años, lamentablemente, mis padres se vieron obligados a llevarla a un instituto. No la abandonaron, simplemente trataron de darle la mejor atención posible; recuerdo que íbamos a visitarla todos los días y yo me sentaba con ella en su mesita, donde jugábamos juntas durante horas».

«Addison nunca mencionó nada acerca de ella».

«Sabe que no me gusta hablar de ello. Es una parte de mi vida que sigo arrastrando con un dolor tan grande que desgarra mi alma», dice con voz temblorosa mientras saca un cepillo del cajón de la mesita y peina los largos cabellos negros de May.

«¿Qué tiene que ver tu secreto con tu hermana? ¿Por qué estamos aquí?», pregunto sintiéndome cada vez más confundido.

«Porque es solo culpa mía, Gideon», admite. «Cuando tenía dieciséis años, decidí ir a buscarla. Solo quería regalarle un día normal, era lo que más deseaba, y a pesar de su discapacidad, gracias a los cuidados había mejorado, aunque solo por un tiempo», sigue contando.

«¿Qué sucedió ese día?»

«Estábamos escuchando música, May parecía tranquila y le había dicho que solo daríamos un paseo; esto antes de que en la clínica descubrieran que se había escapado. Cuando se dio cuenta de que la estaba llevando de vuelta, comenzó a gritar, a golpearme hasta hacerme perder el control del coche».

Autumn deja el cepillo y se lleva las manos al rostro, rompiendo en llanto; me acerco, inclinándome a su altura, y la abrazo permitiéndole que se desahogue.

«Estoy aquí», la tranquilizo.

«Yo... en el accidente que tuvimos, atropellé a una... a una persona», solloza esas palabras aferrándose con los puños a mi chaqueta. «No sabía qué hacer», agrega y levanto su mentón para que encuentre en mi mirada un lugar donde sentirse segura.

«¿Y luego?», pregunto, y esta vez soy yo quien toma sus manos en las mías y las aprieta fuerte.

«Era una carretera poco transitada, me aseguré de que May estuviera bien, pero estaba inconsciente; tomada por el pánico llamé a mi madre y.… y cuando llegó», se detiene con la

mirada perdida en el vacío.

«¿Qué hizo tu madre cuando llegó?», pregunto.

«Me pidió que me fuera», confiesa, «y así lo hice, regresé a casa a pie sin saber cómo estaban mi hermana y la mujer a la que atropellé. Solo cuando encendí la televisión, mientras esperaba que mi madre regresara, entendí lo que había hecho», agrega, volteándose hacia su hermana. «La mujer murió en el acto y ella hizo creer que May la había atropellado, después de robar mi coche. Eso es lo que hizo, y fue solo mi culpa», concluye arrojándose en mis brazos.

«Está todo bien, estoy aquí».

«May aún podría estar hablando con nosotros, teniendo su bonita habitación en la clínica, y yo... yo la he dejado en este estado. He matado a una persona», esas palabras son sofocadas por el llanto, mientras su cuerpo tiembla contra el mío.

«No fue tu culpa, perdiste el control del coche porque ella te estaba golpeando, Autumn, de lo contrario no habría pasado nada», trato de reconfortarla, pero no puedo imaginar cómo se siente, aunque ese mismo dolor lo vi reflejado en la mirada de Maddox cuando perdimos a nuestra hermana y él se atormentaba sintiéndose culpable.

Sé cuánto un peso como ese puede arrastrarte hacia el fondo, cuánto puede consumirte día tras día, pero no permitiré que esto también le suceda a ella.

«Sí, es culpa mía, nunca debí sacarla de la clínica», replica.

Con dos dedos levanto su mentón: «Mírame», digo en un susurro. «Solo querías darle a tu hermana un día normal, como los que tú vivías cada día, no podías saber que terminaría de esa manera, solo tenías dieciséis años, Autumn».

Le tomo la mano y la ayudo a levantarse de la silla, antes de que despida a su hermana y salgamos de esa habitación; Autumn saluda a la enfermera y una vez afuera, le abro la puerta para que se acomode, luego doy la vuelta al coche y me pongo al volante. «No tienes que pedirme perdón por nada, Autumn, no tienes que pedir perdón a nadie, no lo olvides», le digo, con la esperanza de que encuentre consuelo en mis palabras, mientras dentro de mí quisiera dar una patada en el trasero al bastardo que trató de usar esta historia para su beneficio.

«He puesto a mi madre en una situación en la que tuvo que elegir entre sus dos hijas», dice, como si estuviera dando voz a todos esos pensamientos que ha mantenido prisioneros en un rincón remoto de su corazón y su alma.

«Tu madre solo quiso protegerte, quiso que tuvieras todavía una vida por delante; tú habrías terminado en la cárcel, Autumn, mientras May habría seguido conectada a un respirador. ¿De qué serviría, en este caso, ¿la verdad? Solo habría destruido a una familia que ya había sufrido lo suficiente».

Autumn no dice nada y yo simplemente conduzco; enciendo la radio y dejo que la música la lleve lejos de esa realidad, de esos recuerdos y del peso que pesa sobre su alma, mientras solo pienso en una cosa: protegerla.

Porque ahora su secreto también es mío y no permitiré que nadie lo use para arruinarle la vida.

No permitiré que ese «nosotros» que perseguimos se nos escape nuevamente de las manos.

No permitiré que en este camino no haya nuestro nuevo comienzo.

Porque es desde aquí y en este momento, que ella y yo comenzamos de nuevo.

Capítulo 12
Autumn
EL PODER DE LA VERDAD

Cinco años antes...

Parpadeo varias veces y me levanto apoyándome en un codo, mientras con la otra mano me froto la cara. La noche anterior me ha dejado sin fuerzas, revivir todo ha sido aterrador, pero al mismo tiempo, hablar con Gid también me ha hecho sentir aliviada.

Me levanto de su cama, en la que pasé la noche porque no quería que regresara al dormitorio femenino, mientras él decidió dormir en la habitación de Turner al lado de la suya. Con una de sus camisetas, que me llega casi a las rodillas, me acerco a la ventana, aparto las cortinas y me doy cuenta de que algunos jugadores de los Bears están preparando una barbacoa. Mi mente vuelve a aquel día, a lo que tuvo que hacer mi madre, es decir, mentir para hacer recaer la culpa sobre mi hermana y no sobre mí.

Nunca me perdonaré por ello.

Aquella noche, cuando ella regresó a casa junto con mi padre, estaba destrozada; incluso tenía el maquillaje corrido por las muchas lágrimas derramadas, pero seguía preocupándose por mí y preguntándome si estaba bien, mientras me explicaba que mi hermana, tal vez, no se despertaría del coma por el fuerte golpe que había recibido en la cabeza.

No tuve el coraje de preguntarle cómo había logrado hacer creer que no era yo quien conducía; sabía que, al ser una fiscal del distrito, sabía muy bien cómo moverse y también tenía muchas personas que le debían un favor.

Todo para salvarme a mí, que debía pagar por lo que había hecho, por el dolor que había causado a mi familia y a la de la mujer que perdió la vida en el accidente.

Una donación a su familia no la trajo de vuelta a la vida y a mí no me alivió en absoluto la culpa.

Con el paso de los años, he tenido que aprender a vivir con ello, pero esa carga sigue siendo demasiado pesada para soportarla, incluso ahora que Gideon sabe todos los detalles.

«Estás despierta», su voz me saca de esos pensamientos.

Me giro hacia él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

«Espero que no te importe», digo refiriéndome a la camiseta que llevo puesta.

«Tal vez no la lave más»

«¿Por qué?»

«Porque así siempre tendrá tu aroma, galletita», responde arrancándome una leve sonrisa. «Te traje el desayuno: jugo de naranja, rosquillas de chocolate y un café negro».

«Pero ¿cómo...?»

«Me acordé de cuando desayunaste con Addison, al día siguiente de Año Nuevo; esto es lo que comes para desayunar, ¿verdad?», sonrío nuevamente, sorprendida de que lo haya recordado.

«Sí, esto es definitivamente lo que como», digo, tomando la bandeja de sus manos para sentarme en la cama; por un momento, miro el contenido y siento que mi estómago está completamente cerrado.

«Tienes que comer, Autumn, por favor», dice como si pudiera leer mis pensamientos.

«A tus órdenes», replico imitando un saludo militar, luego tomo la rosquilla y le doy un buen mordisco, haciendo que el chocolate salga y me ensucie el mentón, como de costumbre.

«Espera», dice Gid tomando un pañuelo para limpiarme, nuestros ojos se encuentran y él realmente me ve.

Ve mi dolor.

Mis debilidades.

Y mis miedos.

Lo siento en la intensidad con la que sus ojos entran en los míos, como una promesa silenciosa que araña mi alma de manera indeleble, tatuando: nunca te dejaré.

«¿Qué harás hoy?», pregunto tratando de hacer un poco de conversación y evitar volver sobre lo que le confié anoche.

«¿Quieres saber qué haremos?».

«¿Por qué hablas en plural?».

«Porque es domingo y tú y yo pasaremos el día juntos». No me lo está preguntando, es casi una orden a la que no tengo el poder de resistirme.

«Bien, entonces supongo que tendré que volver al dormitorio a cambiarme», le señalo.

«Sí, pero tal vez primero te vistas», sugiere.

«¿Por qué?», finjo no entender, mientras me levanto de la cama y vuelvo a poner la bandeja en su escritorio; de repente, sus brazos rodean mi cintura y su pecho poderoso presiona contra mi espalda.

«Porque ninguna mirada, que no sea la mía, puede posarse en tu cuerpo», su voz cálida y ronca susurra contra mi oído, haciendo que me tense.

Cojo sus manos en las mías y me vuelvo hacia él, luego entrelazo sus brazos alrededor de su cuello: «No recuerdo haberme convertido en tu novia, Brooks».

«Oh, Rivers, lo serás muy pronto, te lo aseguro», dice dándome un beso en la frente. «Ahora cámbiate que te acompaño al dormitorio».

Muerdo mi labio inferior y bajo la mirada, no quiero que piense que estoy huyendo de él nuevamente, pero en este momento necesito estar un poco sola.

«¿Te importa esperarme aquí?», pregunto y él me sonríe en un tácito sí.

Me pongo el vestido de la noche anterior y cuando salgo del baño de su habitación, encuentro una nota en mi bolso:

No me hagas esperar demasiado, galletita, hay demasiados momentos que hemos perdido y que debemos recuperar, juntos.

Como una adolescente con su primer enamoramiento, siento que mis mejillas arden. Pongo esa nota en mi bolso y salgo de su habitación, luego bajo las escaleras y los chicos a quienes encuentro me saludan sin mirarme; me vuelvo hacia ellos, pensando que hice algo mal.

«No les hagas caso, Gideon amenazó a cualquiera de ellos que intentara mirarte o hacer algún comentario estúpido», me informa Turner, a quien encuentro en el salón de Delta Sigma Tau.

«Oh...», digo, «pero supongo que tú puedes hablarme», añado, sabiendo bien que Turner es el mejor amigo de Gideon desde la secundaria.

«Sí, a mí me lo ha concedido», admite guiñándome el ojo. Lo saludo y salgo, me giro a lo largo del porche y veo a Gid en el césped haciendo algunos pases con la pelota junto a algunos de sus compañeros de equipo. Saco mi celular de la cartera y llamo a mi madre.

«¿Todo bien?», pregunto. «En realidad, quería saber cómo estás tú», encuentro el coraje para

decir por primera vez. La rabia por lo que había sucedido me había alejado de mi madre, pero la verdad es que solo estaba enojada conmigo misma por haberle causado un dolor así, del cual nunca me había considerado responsable.

«Estoy definitivamente bien ahora que he arreglado las cosas con ese advenedizo de tu exnovio», me informa, había olvidado por completo que lo había invitado a su estudio a pesar de ser domingo.

«Así que...» - «Así que todo está bien. Ahora solo tienes que concentrarte en tus estudios y en tu futuro, Autumn, y debes vivir. ¿Recuerdas lo que te decía cuando eras pequeña?» Sonrío apenas al recordar cuando solo era una niña de ocho años que hacía muchas preguntas sobre por qué su hermanita no quería jugar con ella.

«Que siempre debo vivir por dos». «Exacto, vive por ambas, mi pequeña». Mi madre me lo repetía constantemente: «Vive por ti y por ella, siempre, porque May te mirará y verá el reflejo de la vida, la verdadera».

«Mamá», digo antes de colgar. «¿Sí?» - «Te quiero». «Yo también te quiero a ti, cada día más, pero ahora tengo una pregunta que hacerte». Ya imagino cuál es, pienso mientras camino hacia el dormitorio, pasando por el barrio de las fraternidades.

«Escucho». «¿Te fuiste con el hijo de Harris Brooks?» - «¡Mamá!» - «Solo tengo curiosidad por la vida amorosa de mi hija, no es como si fuera un crimen, de lo contrario, lo habría sabido», ironiza haciendo que ruede los ojos al cielo.

«Sí, pero esa es la única respuesta que te concedo», aclaro. «Está bien, te prometo que no seré más fisgona, pero te sugiero que lo retengas». «Ni siquiera lo conoces», le señalo. «A una madre le basta con darse cuenta de cómo un chico hace sentir a su hija, y él te hace feliz, eso me basta; nos hablamos, cariño», cierra la comunicación y yo sacudo la cabeza, consciente de que mi madre acaba de convertirse en una fan de Gideon Brooks.

Llego al residencial, paso mi tarjeta magnética, el portón se abre y subo las escaleras para llegar a mi habitación, mientras encuentro a algunas chicas que susurran entre ellas en cuanto me ven, para luego reír divertidas. Las ignoro. A pesar de ser una chica, nunca he entendido ciertas dinámicas de patos o la necesidad incontenible de destacar, enterrando bajo toneladas de basura a otras compañeras. Solo cuando llego a la puerta de mi habitación me doy cuenta del motivo

de sus risas: mi ropa está dentro de algunas bolsas de basura, mis zapatos apilados encima y los libros amontonados uno al lado del otro en la pared. «¿Estamos bromeando?»

Abro la puerta, pero está cerrada con llave, así que busco la mía e inserto la llave en la cerradura, pero no funciona, hasta que Sheila me la abre desde el umbral.

«Como ves, he arreglado todas tus cosas, Autumn».

«¿Acaso te has vuelto loca?», grito furiosa.

«No, simplemente me di cuenta de que no eres una buena compañera de cuarto».

«¿De qué diablos estás hablando?».

«De la jugarreta que me hiciste para impedirme estar con Brooks».

La tonta rubia realmente se lo ha tomado mal.

«Escucha, solo quería ahorrarte ser utilizada; Gid quería enfadarme y.…».

«Escúchame tú, Rivers, llegaste a Brown a mitad del semestre y traté de ser una buena compañera de cuarto, mientras tú estabas hablando a mis espaldas; no puedes imaginar cómo me sentí, incluso estoy yendo a un psicólogo por cómo me has tratado».

Un psicólogo, cariño, tal vez lo necesitabas desde el nacimiento porque estás completamente fuera de lugar.

«Mira, ahora deja de actuar y déjame entrar», casi le ordeno, tentada de tomarla del pelo y

arrastrarla por todo el pasillo.

«No puedo, lo siento, tu lugar ya ha sido ocupado».

«¿Cómo es posible? Me correspondía por derecho», le señalo.

«Deberías aprender que todos son capaces de jugar sucio, así que me ayudé con un amigo mío que hizo desaparecer tu solicitud de alojamiento; lo siento, ahora está lleno y creo que tendrás que encontrar otro lugar donde dormir», concluye cerrándome la puerta en la cara.

Grrr.

¿Y ahora qué hago?

Saco mis cosas, haciendo varios viajes para llevarlas a la entrada del dormitorio, todavía con mi vestido de cóctel y tacones de doce centímetros, que al tercer viaje decido quitarme para ponerme unos zapatos deportivos que encuentro en el fondo de la bolsa.

Todavía no puedo creer que haya hecho algo así.

«Oye, pensé que me habías dejado plantado», exclama Gid bajando de su Mustang. «¿Pero estás mudándote?».

«Más o menos», respondo limpiando el sudor de mi frente con el dorso de la mano. «Sheila me ha echado y ahora no tengo dónde ir», confieso.

Gideon no parece preocupado en absoluto, mientras yo empiezo a estarlo seriamente cuando una sonrisa asoma en sus carnosos labios.

«Tengo una idea», responde divertido.

Seré sincera, tengo miedo de descubrir de qué se trata.

Después de cargar las maletas y bolsas en su auto, me lleva a una fraternidad.

«No creerás que me voy a mudar aquí, ¿verdad?».

«¿Crees que permitiría que mi novia viva en una casa llena de jugadores de fútbol obsesionados con el sexo?».

«¿Mi novia, ¿eh?».

«O mi futura novia, como prefieras», dice guiñándome un ojo. «Espérame aquí», añade entrando en la casa, mientras yo envío algunos mensajes a Addison para ponerla al día, sobre todo, excepto sobre mi secreto.

He sido una cobarde, el temor de ver la decepción en su rostro me ha bloqueado por completo para hacerlo.

La conozco y sé que nunca me juzgaría y que, como siempre, encontraría la manera de consolarme, pero lo que hice, o, mejor dicho, lo que mis padres hicieron para protegerme, está mal.

Turner sale de la fraternidad junto a Gideon.

«Ven conmigo», dice Turner abriéndome la puerta, mientras Gid se queda quieto en el césped.

«¿Tú no vienes?», me vuelvo hacia él sobre un hombro.

«Es mejor que no, confía en mí».

Está bien.

«A Gideon le han prohibido acercarse a la hermandad Theta Sigma Tau».

«¿Perdón?».

«Es la hermandad femenina de las activistas contra el sexo antes del matrimonio», explica.

«¿Estás bromeando, ¿verdad?».

«Por supuesto, te estaba tomando el pelo», replica mientras cruzamos la calle y nos dirigimos hacia la residencia. «Es la de las animadoras del equipo», agrega.

«¿Estás bromeando de nuevo?», comento riendo, mientras él permanece completamente

serio.

«Esta vez no, lo siento», dice subiendo las escaleras de Theta Sigma Tau.

«¿Animadoras, entonces?».

«Sí», responde Turner golpeando la puerta, que poco después es abierta por una chica de largos cabellos rojos, rizados a la perfección, y unos intensos ojos negros que destacan en su tez clara. «Ella es Ruby, mi hermana», añade poco después.

«Mucho gusto, soy Autumn», digo extendiéndole la mano.

«El gusto es mío», replica Ruby estrechándola. «Estoy contenta de tenerte con nosotros, justo estábamos buscando un reemplazo», agrega.

No puedo usar falditas y pompones, definitivamente está descartado.

«Yo... verás, creo que ha habido un error, nunca he sido animadora y también soy un tronco de madera cuando bailo», la advierto, pero eso no parece inquietarla en absoluto, de hecho, le divierte.

«Nosotras nos haremos cargo de eso, no te preocupes, haremos lo que sea necesario para librarnos de Sheila».

¿Sheila, mi excompañera de cuarto?

«De acuerdo», me limito a decir.

Definitivamente, he caído de la sartén al fuego.

«Pero, obviamente, hay una pequeña cosa que deberás hacer para tener tu lugar en el equipo y tu propia habitación», explica.

«¿Qué?».

«Pasar la iniciación. Es un rito para prestar juramento y lealtad a la hermandad, algo que Sheila definitivamente rompió el año pasado. Fuimos compasivas con ella, su castigo fue no vivir más con nosotras, aunque todavía formaba parte del equipo, pero cruzó el límite cuando intentó ocupar mi lugar», argumenta claramente.

Creía que ella era la jefa de las animadoras, conociéndola, no me sorprende en absoluto que haya jugado sucio, basta con pensar que esa bruja de las extensiones rubias prácticamente me echó de mi habitación.

No me atrevo a imaginar lo que hará cuando se entere de que he ocupado su lugar.

«Entendido», me limito a decir, mientras Turner permanece a mi lado con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando que diga algo más.

Considero la posibilidad de alquilar un apartamento, pero eso significaría tener que encontrar un trabajo que me permita cubrir todos los gastos y después de los sacrificios que mis padres hicieron para enviarme a la universidad, no tengo intención de pedir su ayuda.

Esta vez debo arreglármelas sola.

Después de todo, ¿qué será escabullirse un poco con pompones en la mano?

Capítulo 13
Gideon
TOUCHDOWN

Cinco años antes...

«¿Por qué no puedes acercarte a Theta?», pregunta Autumn mientras paseamos por el Luna Park de la ciudad.

¿Por dónde empiezo?

«Sabes, no es una historia tan divertida», digo rascándome la nuca con torpeza.

«¿Ah sí? Intenta contármela, quizás me haga reír».

Lo dudo mucho.

«De acuerdo, no más secretos, eso es lo que nos prometimos», replico.

«Exactamente».

Respiro profundamente y suelto esa noticia como un misil recién lanzado desde un caza bombardero: «Durante el primer año estuve con todas o, mejor dicho, con todas menos Ruby y Sheila», confieso, esperando su reacción.

Pero Autumn sigue caminando en silencio, uno de esos silencios que me atraviesan aumentando los latidos de mi corazón y haciéndome consumir el aire de mis pulmones.

«Pero ¡te has esforzado!», comenta.

«¿Solo eso?», digo poniéndome frente a ella y bloqueando su camino.

«¿Acaso quieres una medalla?».

Fruncí el ceño confundido, creía que se enfadaría conmigo, que me arrojaría las avellanas praliné que está comiendo del paquete que tiene entre las manos o que se detendría en uno de los muchos puestos para tomar cualquier bebida pegajosa y arrojármela a la cabeza, pero nada de eso sucede, al menos hasta que dice: «Vamos a dar una vuelta en la rueda panorámica».

Trago saliva con dificultad mirando la gran rueda, que tiene unos ciento sesenta pies de altura.

«¿Qué te parece si damos primero una vuelta en otra atracción?», propongo, incapaz de decirle que sufro de vértigo.

Decir «No puedo» sería como patear mi propio ego.

«No, vamos allí primero, vamos», insiste tirando de mi mano.

Pago los boletos en la taquilla y, con las piernas temblando como si fuera una maldita niña, me siento en la cabina; Autumn está a mi lado.

«De acuerdo, ahora empezaremos a movernos», digo como si estuviera tratando de tranquilizarme a mí mismo.

«¿Quieres avellanas?», me ofrece Autumn.

Creo que podría vomitar.

«No, gra... gracias».

La rueda panorámica comienza a moverse y la cabina se eleva, permitiendo que otros suban a las cabinas detrás de la nuestra.

«¿Acaso quieres romperme la mano?», comenta Autumn.

«¿Qué... qué?», replico, dándome cuenta en ese momento de que la tenía agarrada. «Perdón, ya sabes, a veces olvido controlar la fuerza», miento, pero la verdad es que estoy aterrado.

¡Maldito Luna Park! Y pensar que la idea fue mía. Felicitaciones, Brooks, eres un genio.

«¿Qué dices de tomarnos un selfie y enviarlo a Addison y Maddox?».

«Oh... claro», respondo.

Autumn configura la cámara de su teléfono inteligente, la aleja un poco de nosotros y yo muevo ligeramente mi cabeza para acercarme a la suya.

«Veamos cómo salió», comenta mirando la pantalla del celular. «Parece que has visto un fantasma», agrega mostrándome la foto, en la que tengo los ojos tan abiertos que parece que estuviera drogado. «¿Estás seguro de que te sientes bien?», continúa.

«¿Yo? Claro, ¿por qué no...?», casi grito, alargando la última palabra mientras seguimos subiendo más y más alto, hasta quedar suspendidos en el aire.

Autumn sonríe y toma mi mano en la suya: «Sabes, ahora sería un buen momento».

«¿Para qué exactamente?», digo entrecerrando los ojos para evitar mirar hacia abajo.

«Quién sabe, tal vez para preguntarme si quiero ser tu novia», sugiere.

Confía en mí, definitivamente no es un buen momento.

«No... no quería hacerlo de esta manera», miento, creo que nunca he dicho tantas mentiras juntas.

«Anda, no te hagas rogar, Brooks; si estuviera en tu lugar, no perdería esta oportunidad, la próxima vez podría incluso rechazarte», me provoca.

Miro a la chica sentada a mi lado y, por su astuta sonrisa, la forma en que me provoca y cómo pestañea para distraerme, entiendo todo.

«Lo sabes, ¿verdad?», pregunto mientras finalmente nos movemos y descendemos lentamente.

«¿Que sufres de vértigo? Por supuesto, Brooks, ¿a quién te crees que tengo por delante?», admite metiéndose un puñado de avellanas en la boca.

«Eres malditamente diabólica, Rivers», la reprocho sacudiendo la cabeza.

«Y tú eres malditamente perfecto».

«¿Por qué?», pregunto.

«Porque lo hiciste por mí. Dejaste de lado tus miedos solo para hacerme feliz», dice apoyando la cabeza en mi hombro, y no puedo ni siquiera abrazarla, es como si estuviera embalsamado, «mientras que yo lo hice solo para castigarte por haberte acostado con casi toda la hermandad, de la cual, muy probablemente, formaré parte», agrega, haciéndolo todo mucho más claro.

La cabina se detiene y finalmente vuelvo a pisar tierra firme, con las manos en las rodillas mientras intento respirar profundamente.

«Agradece solo que estoy enamorado de ti, de lo contrario, juro que te lo haría pagar».

«¿Y cómo, dime?», en su mirada veo un brillo travieso y sin pedirle permiso, tomo su mano para llevarla al laberinto de espejos; me muevo rápidamente mientras las imágenes distorsionadas de nosotros se reflejan en las diferentes superficies y en cuanto encuentro un punto sin salida, la atraigo hacia mí.

«¿Realmente quieres que responda a tu pregunta?», digo abrazándola contra el espejo detrás de ella.

«Sí», pronuncia en un susurro corto.

Mi boca captura la suya.

Ávida.

Deseosa.

Necesitada.

Mi lengua se nutre de su sabor paradisíaco, mientras mis manos vagan por su cuerpo hasta deslizarse entre sus muslos.

«Muéstrame cuánto me deseas, galletita», esta vez soy yo quien la provoca y ella, en respuesta, toma mi mano y la presiona contra su intimidad ya húmeda; con un dedo aparto el encaje de su ropa interior y ella, con pasión, se penetra con dos de mis dedos. Las cálidas paredes se contraen con cada movimiento mientras sigo besándola, alimentándome de ella, del aroma que emana de su piel, el frutado aroma de su cabello que me acaricia la cara cuando me aparto y lamí su cuello, hasta encontrarme de rodillas entre sus piernas, donde me drogo con los fluidos que emana su coño. «Fóllame la boca», casi le ordeno.

Sacaré mi lengua, colocándola contra su intimidad y Autumn comienza a mover las caderas, con las manos agarradas a mis hombros mientras me folla la boca, fuerte.

«Gid...», gime, cuando la penetro con la lengua haciéndola girar dentro de ella, saboreando ese sabor que trago.

Drogado.

Embrujo.

Condenado.

Así es como me siento al estar a su lado, su belleza es como el canto de una sirena que me atrapa.

Estar lejos de ella es imposible, porque le pertenezco: hoy, mañana y siempre.

Es la droga por la que me sobredosis cada minuto, para despertar a su lado, condenado a un amor que sé que me consumirá cada vez más.

«Así», la animo, acariciando su clítoris lo suficiente para hacerla temblar contra mi boca que succiona sus labios mayores, mientras ella, sacudida por el orgasmo que la recorre de pies a cabeza, se apoya en mí.

«Oh... Gid... sí», disfruta cayendo literalmente en mis brazos, luego separo un mechón de cabello de su rostro y la beso nuevamente, como si nunca tuviera suficiente.

«Sientes tu sabor?», le digo entre un beso y otro; ella asiente. «Y sientes cómo me has jodido, Rivers», digo poniendo mi mano sobre mi pecho, donde mi corazón parece querer explotar fuera de mi caja torácica.

«Y tú sientes esto», replica haciendo el mismo gesto y haciéndome sentir los latidos de su corazón que corren rápidos, como si estuvieran persiguiendo los míos.

«Ahora puedo hacerlo».

«¿Qué?», pregunta.

«Preguntarte si quieres ser solo mía, Autumn Rivers», respondo enmarcando su rostro con mis manos.

Ella sonríe y sus carnosos labios, de color rosa claro, aún mojados con mi sabor, se curvan mostrándome la verdadera felicidad.

La que está impresa en su boca.

Que brilla en sus ojos.

Que siento en sus manos que, llegando a las mías, empiezan a temblar.

«Sí, Gideon Brooks, quiero ser solo tuya y de nadie más», responde, pasando sus brazos alrededor de mi cuello.

«Incluso podrías omitir la palabra «nadie más», porque no me permitiré perderte», prometo presionando mi frente contra la suya.

Nuestras miradas se encuentran.

Nuestras almas se rozan.

Y nuestros pensamientos flotan en el aire, envolviéndonos en una burbuja.

Nuestra burbuja.

«¿Están bien?», pregunta un chico que supongo que es uno de los guardianes de la atracción.

Autumn y yo, conteniendo apenas una risa, nos levantamos del suelo, luego aclaro mi voz y respondo: «Sí, mi novia solo tropezó».

El hombre asiente y salimos de allí antes de que se dé cuenta de lo que acabamos de hacer.

«¿Tropezó?», repite ella una vez afuera.

«Sí, solo omití que lo hiciste con mi lengua», replico, ganándome un puñetazo en el hombro.

«Casi me arrepiento de mi respuesta», comenta, mientras yo la abrazo y le rodeo el brazo por los hombros.

«Dijiste 'casi', no que te arrepintieras, mi pequeña galleta», le señalo dándole un beso en la sien.

Una vez que volvemos a la fraternidad, los chicos ya están todos en la cama y yo tengo mucha hambre, así que la llevo a la cocina donde me preparo un sándwich; ella se quedará a dormir aquí esta noche, hasta que mañana enfrente la prueba de iniciación. Solo espero que Ruby no sea demasiado dura con ella.

«No puedo creer que después de todo lo que te has comido todavía tengas hambre», comenta.

«Recuerda que sufrí un trauma», me defiendo, tomando jamón cocido, queso, mostaza, tomate y algunos pepinillos del refrigerador; ah, casi olvido la mayonesa.

«¿Un trauma?», se burla.

«Sí», respondo mientras preparo mi sándwich; cuando levanto la mirada, encuentro a Autumn mirándome. «¿También te está dando hambre?», agrego.

«Sí, pero ya sabes, Brooks, no es ese tipo de hambre», responde retrocediendo hacia las escaleras y la sigo como un lobo a su presa.

Al diablo el sándwich.

Autumn comienza a correr escaleras arriba, yo la sigo riendo, y una vez en mi habitación, cerramos la puerta detrás de nosotros.

Desde la noche de Año Nuevo que no estamos juntos y aunque puede parecer absurdo, porque no es ciertamente la primera vez, me siento nervioso.

La miro mientras empieza a desnudarse frente a mis ojos, que tatúo en su piel, para que queden allí, siempre, en cada centímetro de su cuerpo.

Con la punta de la lengua me humedezco el labio inferior y con largos pasos la alcanzo, mientras me quito la sudadera de la cabeza, me quito los zapatos y la tomo entre mis brazos; sus piernas se ciñen a mi cintura en un gesto automático.

Mi boca, hambrienta y deseosa, se apodera de la suya, la lengua acaricia su labio inferior y es como si fuera atravesado por una descarga eléctrica que me recorre de pies a cabeza.

Nuestras lenguas se persiguen, se acarician sin pudor y se desgastan, mientras las manos, frenéticas e impacientes, comienzan a despojarnos de las últimas capas de tela que nos mantienen prisioneros.

«Te deseo».

«No deseo otra cosa», responde, mientras pongo una rodilla en el colchón y la coloco sobre él, como si fuera lo más preciado del mundo, y realmente lo es.

Su boca comienza a dejar una estela imaginaria en mi pecho, besando cada uno de mis tatuajes, hasta llegar a mi erección, que tomo con una mano y froto suavemente contra sus labios

hinchados, que lo reciben en su boca.

«¡Dios mío!», exclamo mientras sostengo su cabeza y la guío, mientras su lengua lame mi pene duro como una piedra. Me siento arrebatado en ese paraíso que finalmente puedo tocar, dejando que las llamas del infierno que solo yo conozco reduzcan todo a cenizas al menos por esta noche. «No aguanto más», pronuncio deseando más, deseándola a ella.

La aparto y me acuesto a su lado, alcanzándola; mis ojos vagan por su cuerpo desnudo como si estuviera drogado con él. Mis dedos rozan sus pezones, que se ponen inmediatamente erectos, mi boca atrapa uno de ellos sintiendo ese dulce sabor esparcirse en mi lengua, mientras con los dedos pellizco el otro haciéndola retorcerse de placer.

«Oh, Dios mío», gime y yo apenas he empezado a disfrutarla. Sigo chupando y mordiendo ese capullo hinchado que juega con mi lengua, con mi lujuria, convirtiéndose en un fuego que arde cada vez más fuerte.

Me deslizo por su vientre y mis ojos buscan los suyos justo en el momento en que mis manos separan con fuerza sus muslos. «Tócate», le ordeno sin apartar la mirada.

«¿Qué... qué?», balbucea.

«Tócate, déjame ver cómo quieres ser follada», la provoco, empujándola más allá de un límite que solo quiero traspasar con ella.

Sus dedos alcanzan el clítoris, con el cual comienzan a jugar y yo no me pierdo ni un solo momento de esos gestos, de su boca que se abre cautivada por el placer o de sus ojos que se revuelven hacia atrás, perdidos en un mundo donde el deseo tiene el control.

Donde ella misma es.

Sin pudor.

Sin miedos a contaminarse, sino solo ella en su totalidad. Sus dedos bajan más, penetrándola, me inclino y permito que mi boca succione con fuerza su monte de Venus, hinchado, deseoso y listo para explotar de placer.

Es un instante, sus piernas comienzan a temblar y antes de que el orgasmo la alcance, agarro su muñeca apartándola y la penetro con fuerza, sintiendo el final de su existencia.

«¡Maldita puta!», maldigo una vez más, mientras, con embestidas firmes y decididas, me apodero de todo ella.

Y no solo nuestros cuerpos se fusionan.

Son los latidos de nuestros corazones que se entrelazan.

Son nuestros pensamientos que encajan.

Son nuestros deseos que se mezclan entre sí, creando lo inexplicable.

«Gideon», mi nombre en sus labios es el único sonido que quiero escuchar por el resto de mi existencia.

«Autumn», disfruto, explotando dentro de ella, para luego dejarme caer sobre su cuerpo; sus brazos me rodean y mis ojos buscan de inmediato los suyos, que descubro llenos de lágrimas. «¿Te he hecho...?».

Su dedo índice presiona contra mi boca para impedirme continuar: «No, solo estoy feliz, por primera vez», confiesa y yo le doy un beso en la nariz.

«Ni yo creo haber sido tan feliz», confieso a mi vez. Me acomodo de costado y la atraigo hacia mí, cubriéndola con el edredón mientras la abrazo fuerte. «Prométemelo», lo saco de la nada.

«¿Qué?».

«Que tú y yo seremos el «para siempre»

«Te lo prometo, Gideon Brooks», y con esas palabras que siguen zumbando en mi cabeza,

cierro los ojos, detrás de los cuales comienzo a imaginar mi futuro y lo único que veo es a ella.

Autumn Rivers.

Capítulo 14

Autumn

PUEDES CONTÁRMELO TODO

Cinco años antes...

Nunca había pensado en formar parte de una hermandad, y mucho menos de las animadoras; no tengo nada en contra de este deporte, que tiene campeonatos nacionales de verdad, pero definitivamente no soy la persona más adecuada.

Mientras camino a clase con Gideon a mi lado, sosteniéndome de la mano, es extraño que por primera vez no sienta la necesidad de huir.

De evitar con todas mis fuerzas experimentar sentimientos.

Es extraño confiar.

Pero desde el principio él logró conquistar mi corazón, y desde entonces ha sido como sentirme parte de algo, de alguien.

Él.

«Entonces, ¿quieres graduarte en historia del arte?» pregunta Gid, mientras nos detenemos en la cafetería del campus para llevarnos un café para llevar.

«Sí, solo por pasión», respondo evasiva.

Siempre me ha fascinado el arte en general, amo las exposiciones y descubrir nuevos talentos que se adentran en este mundo lleno de colores, pero mi mayor pasión, aunque no la practique, siempre ha sido el deporte.

Quiero convertirme en una entrenadora atlética, entrenar a jugadores y prepararlos para dar lo mejor de sí mismos en el campo, pero no tengo intención de decírselo a Gid, porque estoy segura de que se burlaría de mí.

El fútbol es un ambiente predominantemente masculino, y si se lo confiara, creo que pensaría que estoy totalmente delirando.

«¿Qué significa 'solo por pasión'? ¿No es lo que quieres hacer una vez que salgas de Brown?».

Cojo mi café de caramelo con doble vainilla y antes de que comiencen las clases, me siento en uno de los bancos del patio.

«Tú ya sabes lo que harás. Yo no sé si querré dedicarme al arte toda mi vida, sé que es lo que quiero hacer ahora, pero el futuro parece tan lejano para decidir hoy qué hacer mañana», explico.

«Yo quiero jugar al fútbol, creo que no sería capaz de hacer otra cosa», admite mientras se sienta a mi lado.

«Pero te estás graduando en economía y negocios; supongo que eso es tu plan B, lo que harás si no logras realizar tu sueño. ¿Me equivoco?».

«Bueno, ocuparme del negocio familiar es mi último recurso», responde justo en ese momento Ruby, la hermana de Turner, se acerca a nosotros interrumpiendo nuestra conversación.

«Disculpa, pero debo darte esto», me dice entregándome una carta negra que no augura nada bueno. «Dentro encontrarás el lugar y la hora de la iniciación; te recomiendo ser discreta, porque

además de nosotras», hace una pausa mirando de reojo a Gideon, «nadie debe saber dónde estarás», añade.

«Está bien», me limito a decir mientras ella me saluda agitando las manos y luego se une a las otras chicas; algunas de ellas no parecen nada entusiasmadas con mi futura presencia en la hermandad, y me refiero a las que he visto frecuentemente junto a Sheila.

«¿Estás lista para tu prueba?» pregunta Gid.

«Sinceramente, no, pero creo que no tengo otra opción», guardo la carta en mi bolso y juntos nos dirigimos al primer curso que tenemos en común, el de literatura inglesa.

«Verás, solo se trata de algunas tonterías, no debes estar nerviosa», trata de tranquilizarme, pero sinceramente, con todo lo que he oído sobre las iniciaciones, no me siento para nada tranquila.

«¿Por qué Sheila fingió ser la capitana de las animadoras?», pregunto, curiosa por conocer la disputa entre ella y Ruby.

«No fingió, realmente lo era, pero solo estaba reemplazando a Ruby que estaba lesionada; obviamente, eso no le bastaba y trató de poner a todo el equipo en su contra para eliminarla, pero Ruby es una chica dura y al final, la que está en el suelo ahora es ella», cuenta divertido.

Tendré que anotar esto sobre Ruby, definitivamente evitaré hacerme su enemiga.

Cuando entro en el aula, encuentro una escritura en la pizarra que dice: «De Columbia a Brown solo para acostarse con el quarterback de los Bears».

Ni siquiera tengo tiempo de decir una palabra cuando Gideon se acerca a la pizarra y comienza a borrar la escritura.

«¿Quién demonios lo hizo?», pregunta furioso, pero todos permanecen en silencio. «Sabéis muy bien que al final lo descubriré y en ese momento será demasiado tarde», amenaza a toda la clase.

«Gid, déjalo estar», digo poniendo una mano en su hombro, «al fin y al cabo es verdad», continúo haciendo que arquee una ceja. «Me trasladé a Brown por ti, para estar contigo», concluyo desconcertando a todos presentes por mi tranquilidad desarmante.

«Nadie puede permitirse faltarte al respeto», comenta, luego se gira hacia algunos de nuestros compañeros y les muestra una sonrisa decididamente malévola que no augura nada bueno.

Tan pronto como entra el profesor, nos sentamos, pero Gid sigue nervioso, moviendo incesantemente la pierna debajo del escritorio mientras saca su teléfono móvil del bolsillo de los pantalones y empieza a enviar mensajes.

«Olvida eso», trato de disuadirlo, pero es inútil.

«¿Estás bromeando? No dejaré que una banda de imbéciles se burle de ti insultándote de esa manera», promete.

Pero yo solo quiero que finja que no pasa nada. Nunca he sido una de esas chicas que se escondían en un rincón llorando porque alguien las apuntaba, me encantaba reírme y seguir adelante con mi vida, sin dar importancia a esas personas que solo tenían una forma de enriquecer sus días: interesarse por la vida de los demás.

«Entonces, ¿qué piensas hacer?», le pregunto, aunque no estoy segura de querer conocer su respuesta.

«Descubrir quién fue y ponerlo en su lugar».

«¿Arriesgándote a una suspensión o quién sabe qué más?», le hago notar.

Gideon se gira hacia mí rápidamente, con los brazos a ambos lados de mi cuerpo, su rostro tan cerca que puedo sentir su respiración golpear violentamente contra mis labios.

«No has entendido nada, Autumn, ¿verdad? Por ti estoy dispuesto a todo, nunca lo olvides».

Trago saliva con dificultad, tratando de asimilar el significado de esas palabras y al mismo tiempo concentrándome en la clase que no veo la hora de que termine.

Nunca nadie me ha dicho algo así.

Nunca nadie ha pensado en mí de esta manera, tan *protectora.*

Especial.

Única.

Nadie más que Gideon Brooks.

Cuando suena la campana, Gid se levanta rápidamente y se dirige hacia la salida sin esperarme.

Creo que es mejor que deje que se le pase la rabia. Me dirijo a la próxima clase que tenemos juntos, pero él no está presente, al igual que en la siguiente, y solo al final de las clases me doy cuenta de que las ha saltado todas.

Ruby se levanta de la mesa de las animadoras cuando me ve entrar en el comedor, haciéndome señas para que me una a ella.

Cojo la bandeja, un plato de ensalada, agua y me uno a ellas.

«Vamos, siéntate con nosotras; aunque aún no sea oficial, te convertirás en una de nosotras», comenta Ruby, haciendo que a Sheila se le atragante el refresco que está bebiendo.

«Oh, Sheila, se me olvidó decírtelo: estás fuera del equipo, pero gracias por tu contribución», explica Ruby con una sonrisa falsa en su rostro.

Debería ser actriz en lugar de animadora.

«¡No puedes hacerlo!», grita Sheila, levantándose y golpeando las manos sobre la mesa como una niña caprichosa a la que acaban de quitarle los caramelos.

«¿Realmente crees que no tengo este poder, especialmente después de lo que has hecho?», continúa Ruby, mirando a todas las integrantes del equipo, mientras yo todavía estoy de pie con mi bandeja en las manos, indecisa sobre si unirme o no a esta situación.

«No sé de qué estás hablando», replica Sheila teatralmente, cruzando los brazos sobre el pecho.

«Abigail», dice Ruby, y la chica de pelo azul oscuro en forma de casco se levanta y, mirando directamente a Sheila, dice: «Te vi escribir esa frase en la pizarra sobre Autumn».

Estallo en una risa estruendosa, atrayendo la atención de todos, luego coloco la bandeja y me cubro la boca porque realmente no puedo dejar de reír.

«Lo siento, pero es realmente divertido que haya sido ella quien lo hizo», comento.

«¿Por qué encuentras esto tan divertido?», pregunta Barbie, sin intentar en absoluto disculparse.

«¿Estás segura de que quieres saberlo?», la desafío.

«Por supuesto».

«Es divertido porque eres patética; tienes un enamoramiento por Gideon y no soportas que él esté conmigo ahora, por eso me echaste de la residencia, pero al ver que eso no era suficiente para deshacerte de mí, decidiste escribir esa ridícula frase, como si eso me hiciera salir corriendo. Eso es lo que me hace reír, Sheila, tú y tu miserable existencia», concluyo, viendo a la pequeña Barbie huir.

«Bien, podemos seguir con nuestro almuerzo», sugiere Ruby. Me siento a su lado mientras las demás me miran y sonríen, continuando sin problemas para terminar su comida. «Cuando abras el sobre, después de lo que ha sucedido, no creo que tengas ningún problema para completar tu tarea en nombre de la hermandad», agrega Ruby.

Vale, tal vez ha llegado el momento de abrir esa maldita carta.

Después de las últimas dos horas de clase, regreso a la fraternidad de los Bears, con la esperanza de encontrar a Gideon.

«Hey, ¿cómo estás? Me enteré de la broma», dice Turner tan pronto como me ve.

«Estoy bien, pero Gid está furioso», explico con un suspiro, mientras coloco mi bolso en el sofá y me siento en el brazo.

«Dale tiempo, se le pasará, solo necesita...»

«Solo necesita ¿qué?», pregunto.

«Solo necesita superarlo», responde evasivo, como si me estuviera ocultando algo.

«Espero que sí, ¿está en su habitación?», pregunto.

«Uh ... no, creo que fue a entrenar».

Otra respuesta evasiva.

«Turner?»

«Sí?»

«También puedes dejar de decir tonterías, no eres nada convincente, así que dime dónde está Gideon. ¡Ahora mismo!»

«Me rompería las piernas si te lo dijera».

«No es mi problema, además, creo que podría hacer algo peor», le señalo, levantándome y poniendo las manos en las caderas con una mirada amenazante.

«¿Tú?», replica sonriendo y mirándome de arriba abajo, a pesar de mi metro sesenta.

«Turner, ¿quieres seguir teniendo una vida sexual activa en este campus? Entonces te aconsejo que me digas todo lo que sabes», lo amenazo, y él, sorprendido, saca un papelito del bolsillo de los jeans y me lo entrega.

«Pensé que eras una dulce e inocente chica», comenta.

«No lo soy en absoluto», replico, robándole las llaves del auto para dirigirme a la dirección que me mostró.

Conduzco hasta el centro de Providence, escuchando la horrible música trap de la playlist de Turner, mientras intento mantener el control.

Después de girar en una calle lateral de un barrio poco recomendable, veo el lugar en cuestión: puerta negra, un gorila en la entrada y tipos sospechosos entrando y saliendo.

Aparco, tomo mi bolso y me dirijo hacia el gorila con calma.

«Necesito entrar», le digo.

Él me mira como si fuera una estúpida muñeca sin cerebro y antes de que pueda replicar, le muestro un fajo de billetes que acabo de sacar de mi cuenta.

«Creo que se puede hacer», responde, con una sonrisa que muestra sus dientes dorados mientras me abre la puerta, dejándome entrar.

El lugar, si se le puede llamar así, es bastante oscuro, con solo algunas luces tenues cerca de la zona del bar y cuando me acerco, veo de inmediato a Gideon sentado en una mesa.

«¿Qué vas a tomar?», me pregunta el barman.

«Nada, solo quiero sentarme en esa mesa», le digo señalándola.

«Lo siento, está completa», replica el chico.

«¿Todavía está completa?», pregunto, deslizando dos billetes de cien dólares sobre el mostrador.

«Creo que se puede agregar un asiento», responde.

Espero a que el chico acomode mi lugar y en cuanto está listo, me dirijo hacia la mesa. Gideon está demasiado concentrado para darse cuenta de mi presencia, solo levanta la mirada y

palidece visiblemente cuando me siento frente a él.

«¿Autumn?»

«Sorpresa, entonces, ¿quieres seguir jugando o prefieres salir de aquí conmigo?», le propongo.

«Yo... yo no puedo ahora», replica, mientras los otros jugadores sentados en la mesa se ponen nerviosos.

«Como quieras», saco el dinero de mi bolso y lo pongo sobre la mesa, «entonces juguemos».

Gideon aprieta la mandíbula mientras tomo mis cinco cartas y hago mi apuesta.

Mi abuelo me enseñó a jugar al póker, y él era de los que apostaba fuerte. Los hombres a mi alrededor no me asustan, ni su muy obvia forma de bluffear y, al final, ganar la partida resulta más fácil de lo esperado.

Continuamos por otras dos horas, durante las cuales vacío sus billeteras, incluida la de Gideon.

«Basta, yo me rindo», dice uno y se va, y el que está a su lado lo sigue, hasta que solo quedamos Gideon y yo sentados en la mesa.

«¿Quieres la revancha, Brooks?»

Gideon se levanta rápidamente, yo tomo el dinero de la mesa y lo sigo hasta el estacionamiento.

«¿Qué demonios te ha pasado por la cabeza?», grita tan pronto como estamos afuera, señalando el lugar detrás de nosotros.

«¿Qué me ha pasado por la cabeza? ¿Acaso te volviste loco al frecuentar lugares clandestinos de apuestas?», le hago notar.

«¡No es asunto tuyo!».

«Ah, ¿no? De acuerdo, como quieras», me dirijo hacia el auto de Turner, pero él me detiene agarrándome del brazo.

«Espera, fui un idiota», admite.

«Gid, ¿por qué?», pregunto.

«Porque... porque yo... yo metí la pata».

«A mí me puedes contar todo, ¿recuerdas? Sin más secretos», le recuerdo.

«Pero lo mío no es solo un secreto, Autumn».

Capítulo 15
Gideon
NO TE DEJARÉ CAER

Cinco años antes...

Sigo mirándola a los ojos, en esos charcos de color chocolate, y el temor de que puedan reflejarse en los míos de manera diferente una vez que descubra todo, me recorre como ácido.

«¿Qué significa que tu secreto no es solo un secreto?», exige saber. No respondo, simplemente tomo su mano y la conduzco hacia mi auto, mientras le aviso a Turner que se haga acompañar para recuperar el suyo. «¿Adónde me llevas?», insiste.

«Adonde sea más fácil hablar, para mí», admito.

Durante el trayecto, ambos permanecemos en silencio, mientras no hago más que pensar en cómo me metí en este lío que desde hace tiempo se ha convertido en mi infierno personal.

Una vez que llegamos al faro Pomham Rocks, donde la llevé la primera vez que salimos, entramos en el espacio circular y subimos por la escalera de caracol que conduce a la cima, donde el gran haz de luz recorre el gran Providence Rivers.

«Gid, ¿quieres decirme qué pasa?».

No sé por dónde empezar. Tal vez por eso no me sorprendió su secreto, porque cada uno de nosotros tiene uno que nunca querría que se revele.

«Después de la muerte de mi hermana, no podía contener la rabia y el dolor, odiaba sentirme así», comienzo a decir. «Solo quería encontrar una forma de olvidar, de pretender que nunca sucedió y que mi vida, aunque destrozada, era perfecta», sonrío amargamente, con las manos apretadas a la barandilla de hierro, mientras mi mirada se pierde en el espejo de agua que, silencioso y de manera casi imperceptible, sigue fluyendo lejos. «Una noche terminé en una fiesta, me invitaron a una sala y me senté en una mesa», admito. No pensé que esa estúpida noche movería algo dentro de mí a tal punto que casi podría sentirlo consumiéndome. «Comencé a jugar y a ganar», otra sonrisa amarga se imprime en mis labios, mientras sacudo el cabeza avergonzado de mí mismo.

«¿Y luego qué pasó?», pregunta Autumn, poniendo su mano en mi hombro; me giro para mirarla, con el miedo de ver la decepción impresa en su mirada, pero no hay rastro de eso, solo encuentro el cálido resplandor que emanan sus ojos.

Ese en el que me gusta refugiarme.

Perderme.

Y encontrarme.

«A partir de ese momento, la adrenalina tuvo el control. Estaba ansioso por ganar, me sentía invencible y no pensaba en nada más, porque por un momento dejé de pensar en cómo mi maldita existencia se estaba desmoronando», confieso, al mismo tiempo que el dolor por la pérdida de mi hermana resurge como una cuchilla cortante que me corta la respiración en la garganta.

Hope era la hermana gemela de Maddox, ellos tenían una relación tan especial que a menudo los envidiaba; pensé que, al crecer, al final yo también podría haber construido una relación

única con ella, pero no tuve tiempo de descubrirlo.

«Entonces, ¿seguiste jugando?».

«La respuesta correcta es que, a partir de ese momento, nunca dejé de hacerlo», encuentro el valor para decir volteándome hacia ella, «pero lo peor es que perdí casi todo», añado sintiéndome simplemente un fracasado.

«¿Qué... qué significa que has perdido casi todo?», pregunta Autumn, mientras me meto las manos en los bolsillos y me encogí de hombros, dándome cuenta de que no he hecho más que arruinar mi futuro. Me he engañado a mí mismo todos los malditos días diciéndome que sería la última vez que me sentaría en una mesa de juego, pero era solo una ilusión momentánea, porque bastaba que algo no saliera según mis planes para encontrarme nuevamente allí, ardiendo en las llamas de un infierno que acabaría reduciendo a cenizas todo por lo que he trabajado duro.

«De acuerdo, ahora solo tenemos que pensar», comenta Autumn, caminando de un lado a otro mientras se muerde la uña del pulgar.

«Pensar en qué?»

«¿Cuánto has perdido?»

«No quiero tu compasión, Autumn».

«No la tendrás, pero no te dejaré caer solo», promete tomando mis manos en las suyas.

«He perdido ciento cincuenta mil dólares», admito avergonzado de mí mismo.

«Bien, es una suma importante, pero no imposible».

«¿De qué estás hablando?»

«De que te devolveré cada centavo de tu fondo fiduciario, pero tendrás que hacer algo por mí».

Fruncí el ceño confundido y aturdido por sus palabras.

«Autumn...», intento decir, pero ella me lo impide.

«Gid, promete que harás lo que te diga».

«Lo haré».

«Bien, yo me encargaré del resto; ahora volvamos a Brown».

No tengo ni la más mínima idea de lo que tiene en mente y parece que no quiere decírmelo, pero no puedo permitir que se meta en algún lío por mi culpa.

«No puedo aceptar», digo una vez que llegamos al coche.

«Ni siquiera sabes qué voy a hacer», me señala.

«Cualquier cosa que sea, no quiero que lo hagas». Autumn da la vuelta al coche y me alcanza, enmarca mi rostro entre sus manos y se eleva de puntillas para luego poner su boca contra la mía. «¿Y esto para qué era?»

«Para recordarte que ahora somos un equipo, tú y yo, Gideon. Solo nosotros contra todo y todos, nunca lo olvides».

Al llegar a Sigma Tau, me siento casi loco mientras estoy sentado en el sofá bebiendo cerveza con los chicos sin saber qué demonios tiene en mente Autumn.

«Relájate, QB, las Theta no serán tan despiadadas para la iniciación», exclama Novak, mientras juega con el control de la PlayStation.

«¿Qué?».

«Estás preocupado por Autumn, ¿verdad?».

Mierda, la iniciación, se me había olvidado por completo.

«Oye, ¿todo bien?», pregunta Turner en cuanto entra por la puerta de la fraternidad, tira sus llaves sobre la mesa y se sienta a mi lado, quitándome la cerveza de las manos.

«Debería romperte el culo», le recuerdo, refiriéndome a la información que le dio a Autumn.

«Créeme, hermano, tu chica sabe amenazar mejor que tú», me señala haciéndome esbozar una sonrisa. «¿Quieres hablar de ello?», agrega poco después.

Asiento con la cabeza y salimos al porche de la casa, nos sentamos en los escalones y Turner me pasa mi cerveza o, más bien, lo que queda de ella.

«No quería que lo supiera», admito, «que descubriera mis debilidades», añado.

«Cada uno de nosotros las tiene, Gid, y si no las mostramos a quienes amamos, toda nuestra vida no tendría sentido».

Tal vez tenga razón, pero no quiero que ella sea quien recoja los pedazos de mi vida; soy yo quien decidió arruinarla de esta manera y solo yo tengo que enfrentar las consecuencias, incluso si eso significa decir adiós a la NFL.

«No sé qué tiene en mente», confieso.

«Simplemente dale la oportunidad de ayudarte y por una maldita vez en tu vida, hermano, permite que alguien lo haga», me reprende.

Turner es mi mejor amigo desde la secundaria, me ha visto acercarme al precipicio y, aunque ha intentado sacarme de ahí más de una vez, nunca lo he escuchado, prefiriendo precipitarme en la oscuridad.

Donde era más fácil esconderse.

Donde las emociones no existían.

Donde no tenía miedo.

«¿Y si termino arruinando también su vida?»

No tengo idea de qué tiene en mente Autumn, pero una cosa es segura, no es nada bueno.

«Tu chica no parece ingenua, sabe lo que hace, especialmente si logró sacarte de esa casa de juego clandestina. ¿Me equivoco?»

Me giro hacia Turner y gracias a sus palabras finalmente entiendo lo que Autumn quiere hacer.

No tengo tiempo para responder, nuestras atenciones son atraídas por las voces de las Theta cantando su himno por la calle del campus.

Turner y yo nos acercamos a la calle y los otros chicos del equipo también salen, atraídos por el alboroto que están armando, mientras llevan a Autumn en hombros como si fuera un trofeo.

«Brooks, parece que tu chica se ha convertido en una Theta», comenta Cruise.

«Parece que sí», me limito a decir al alcanzarla, pero Ruby Donovan parece tener otros planes para mí.

«Brooks, da otro paso y te haré jugar de rodillas en el próximo partido».

«Vamos, Ruby, solo quiero felicitar a mi chica», le señalo a Autumn, quien baja de los hombros de sus nuevas compañeras con una sonrisa victoriosa en los labios.

«Off Limits, ¿recuerdas? No se te permite acercarte a las Theta o a cualquiera de ellas».

«Eso era antes de que mi chica se uniera», le señalo, porque no puede ser que quiera llevar adelante esta absurda teoría, ¿verdad?

«Puedo aceptar que te veas con Autumn en cualquier lugar, pero no pondrás un pie en nuestra hermandad, ni hoy, ni mañana, ni nunca, Brooks», amenaza. «Y ahora discúlpanos, pero debemos continuar con las celebraciones», agrega mientras Autumn encoge los hombros y es arrastrada dentro de la casa.

«Tu hermana es una verdadera perra», le digo a Turner.

«¿Y me lo dices a mí?».

«Tengo que encontrar la manera de hacerme perdonar. Vamos, es ridículo, me conoce desde siempre y podría cerrar un ojo», comento.

«Recuerda que estamos hablando de Ruby, ella no está hecha para cerrar un ojo o para complacer a los demás, fue creada para hacer la vida de los demás imposible».

«Creo que solo necesita tener un buen sexo reparador».

«Amigo, recuerda que todavía estás hablando de mi hermana», subraya Turner.

«Tienes razón», digo levantando las manos en señal de rendición, mientras no me queda más que esperar a que las celebraciones terminen para poder hablar con Autumn.

Los chicos y yo volvemos adentro, y mientras ellos creen que pueden seguir holgazaneando, decido tomar el control de la situación.

«Pero qué demonios haces?», gruñe Novak cuando apago la PlayStation.

«Les recuerdo que tenemos un partido contra los Bulldogs de Yale, debemos terminar de estudiar sus tácticas de juego», explico al poner el video de su último partido contra los Tigers de Princeton.

Sutter, el Quarterback de los Bulldogs, es un verdadero hijo de puta; en uno de los últimos partidos dejó completamente fuera de juego a un Wide Receiver del equipo contrario, lo que le costó una lesión que lo mantendrá en la banca hasta el Draft.

El desgraciado juega sucio y no podemos permitir que comprometa la carrera de uno de nosotros.

Siempre y cuando continúe existiendo una carrera para mí, ya que no tengo ni idea de cómo podré pagar la próxima colegiatura de Brown.

No quiero pedirle dinero a mis padres, eso implicaría tener que explicarles qué pasó con el dinero de mi fondo fiduciario, causando otro disgusto a mi madre y ganándome una reprimenda de parte de Maddox, cuando en cambio, al menos por una vez, quiero que se sienta orgulloso de mí.

«Miren a sus Offensive Guard», exclama Turner señalándolos en la pantalla.

«Esos idiotas son armarios demasiado rápidos», coincide Novak.

«Por eso deberíamos duplicar el entrenamiento, para evitar que nos superen», les advierto.

«¿Duplicar?», replica Cruise, como si tuviera cera en los oídos.

Detengo el video y me coloco frente al televisor, mirándolos a cada uno.

«¿Por qué juegan al fútbol americano?», les pregunto con los brazos cruzados sobre el pecho.

«¿Para tener una lista siempre actualizada de chicas con las que pasar la noche?», responde Novak, haciendo que todos se rían y ganándose unas palmaditas en el hombro, mientras yo tomo uno de los muchos videojuegos esparcidos sobre la mesa y se lo lanzo. «Estabas a punto de golpearme en la cara, ¿estás loco? No puedes arruinar mi bonita cara», protesta acariciándose la barbilla.

«Esa era precisamente mi intención, idiota. No bromeemos, chicos, ¿por qué demonios estamos aquí?», repito.

«Porque no sé hacer otra cosa que jugar al fútbol», responde Thomson.

«Porque sueño con llegar lejos», agrega Turner.

«Porque es lo único que quiero hacer en la vida», irrumpe Cruise.

«Así es, estamos aquí para alcanzar un único objetivo en común, pero para lograrlo debemos sudar sangre, sufrir y sacrificar todo lo que tenemos si queremos que sea posible», les explico, y ellos bajan la mirada sintiéndose unos completos idiotas por haber dicho solo tonterías. «Ahora concentrémonos en nuestros oponentes», ordeno.

Dos horas más tarde, tenemos claro cómo darles una paliza a los Bulldogs; miro por la ventana y me doy cuenta de que las luces de Theta están todas apagadas. Pensé que podría verla y hablarle, pero es justo que disfrute de su noche.

Le envío un breve mensaje para desearle buenas noches y me voy a mi habitación a dormir; me dejo caer de espaldas en la cama, que de repente parece ser demasiado grande solo para mí, y con su pensamiento flotando en mi mente, me duermo, con el único deseo de poder abrazarla al día siguiente por la mañana.

Lástima que ese deseo, una vez despierto, no se pueda cumplir, porque lo único que encuentro entre mis dedos es una nota, que sigo leyendo y releyendo sin poder darle sentido.

Capítulo 16
Autumn
FULL

Cinco años atrás…

«Cuando me pediste pasar un fin de semana juntas, imaginé cualquier cosa menos esto», comenta Addison mientras entramos en el Caesar Palace de Las Vegas.

No pude decirle que estamos aquí por Gideon, porque sé que no podría mentirle a Maddox; así que le mentí diciéndole que soy yo la que necesita hacer algo de dinero.

«No te quejes, te traje a una de las ciudades más hermosas de Estados Unidos», le hago notar.

«Tienes razón en eso», replica, mientras mi tío se acerca para recibirnos.

Se sorprendió de recibir mi llamada, no he puesto un pie aquí desde que mi abuelo falleció y dejó su imperio a mi padre.

«Mi sobrina favorita», comenta el tío Zack.

«La única y verdadera, diría», le recuerdo, y él me abraza con fuerza.

«De todos modos, lo habrías sido», replica acariciando mi rostro para observarme mejor. «Pero mírate, te has convertido en una mujer», agrega orgulloso.

Será un poco menos orgulloso cuando le explique por qué estoy aquí.

Después del check-in, le digo a Addison que me espere en nuestra suite, mientras yo me siento en el bar del hotel con mi tío.

«Entonces, ¿extrañabas este lugar de perdición?», dice, refiriéndose al casino al que mi abuelo solía llevarme cuando era solo una niña y el lugar estaba cerrado al público.

Me enseñó todos los juegos inapropiados para una niña de ocho años, lo que volvía loco a mi padre.

«Necesito tu ayuda», admito y él me mira perplejo.

Nunca he pedido nada a nadie, ni siquiera a mis padres, siempre he tratado de arreglármelas por mí misma mientras pude, sobre todo después de la herencia que mi abuelo me dejó tras su desaparición.

«Interesante», comenta mi tío mirándome con sus intensos ojos oscuros, su frente marcada por algunas arrugas de expresión.

«Necesito sentarme en una mesa importante esta noche», digo de un tirón, mientras el barman nos sirve nuestras bebidas; la mía, por supuesto, sin alcohol.

«Conoces las reglas, Autumn, no tienes la edad para sentarte en una mesa de póker», me recuerda.

«Faltan solo unos meses para mi cumpleaños, es como si ya tuviera veintiún años», intento corromperlo.

«Entonces vuelve aquí cuando los hayas cumplido», mi tío no cede, pero yo sé ser más persuasiva de lo que él imagina.

«¿Tengo que recordarte mi papel en el contrato del Caesar Palace?»

«¿Me estás chantajeando, Autumn?»

Quizás.

«Nunca lo haría, solo estoy tratando de hacerte razonar».

Podría haber ido al banco para conseguir la cantidad que Gid perdió, pero sé que él nunca los aceptaría, mientras que, si los ganara de manera legítima, al menos tendría una pequeña posibilidad de convencerlo.

«¿Realmente tienes que jugar, Full?», pregunta usando el apodo que mi abuelo me había dado.

«Sí, realmente lo tengo que hacer, y esta noche debes encontrarme la mejor mesa», digo inclinándome para darle un beso en la mejilla antes de irme.

Tan pronto como llego a la suite presidencial, Addison está sumergida en un mar de burbujas y sales de baño, con dos rodajas de pepino en los ojos. «Parece que te has adaptado rápidamente», comento, quitándome la ropa para ponerme el traje de baño y unirme a ella en el jacuzzi con dos copas de champán.

«Sí, sabes, estaba reflexionando sobre este viaje inesperado y sobre el hecho de que tus padres odian que vengas aquí, así que me pregunté: ¿qué demonios está pasando?», dice, volviéndose hacia mí y dejando caer las rodajas de pepino en el agua.

«Solo tengo que jugar un par de partidas, eso es todo».

«No puedo creerlo», exclama casi estallándome un tímpano.

«Addison, me he metido en un lío y necesito dinero», miento y tal vez no sea una buena idea ya que ella es mi mejor amiga y sabe perfectamente que este lugar es mitad mío.

Al igual que ella, no puedo mentirle a Gid dándole mi dinero y fingiendo haberlo ganado; tengo que jugar y ganar, no hay otras soluciones. No puedo permitir que destruya su futuro.

«¿Te das cuenta de que prometiste que no volverías a jugar?».

Digamos que no es la primera vez que me cuelo en un casino.

«Lo sé, pero esta vez será realmente la última», prometo.

«Al menos ¿puedo saber en qué lío te has metido?».

«¿Podemos hablar de eso solo cuando lo haya resuelto?».

Addison asiente y tratamos de disfrutar la tarde relajándonos, mientras mentalmente me preparo para el juego más importante de mi vida.

Han pasado varios años desde que jugué, excluyendo el día en que me senté en la mesa con Gideon, y me prometí a mí misma que no lo haría de nuevo, porque fue el juego lo que mató a mi abuelo, su mayor obsesión. Lo último que querría que se apoderara de Gid.

A las nueve de la noche, recibo la décima llamada de Gideon, a la que no respondo, y junto a Addison salimos de nuestra suite, bajamos las escaleras y entramos en el casino del hotel, uno de los más grandes de Las Vegas.

«¿Tengo que comportarme como en el pasado?», pregunta Addison, ya sabiendo mi respuesta.

«Por supuesto», replico, contando con ella para diluir todas las bebidas que me ofrezcan en la mesa.

Observo la sala, veo a Rex y le guiño el ojo, él asiente con la cabeza invitándome a seguirlo. Es uno de los chicos encargados de la seguridad del casino, pero también es un viejo amigo de la infancia con el que solía jugar cada vez que pasaba aquí mis veranos.

«Full, es bueno verte de nuevo», comenta tan pronto como lo alcanzo.

«Sí, también lo es para mí, pero ahora déjame sentarme en la mejor mesa que tengas», replico, mientras él nos guía a una sala privada a la que solo se puede ingresar por invitación.

Tan pronto como Rex aparta las gruesas cortinas de terciopelo negro, veo a los cuatro hombres a los que voy a vencer esta noche.

Me acerco a la mesa, cambio mi dinero por fichas de juego y, sin decir una palabra, me siento en mi silla.

«¿Estás segura de estar en la mesa correcta, señorita?», comenta uno de los hombres soplando el humo de su cigarro en mi cara.

Sonrío, extiendo la mano y tomo uno de sus puros, llevándolo a mi boca: «Sí, definitivamente estoy sentada en la mesa correcta», replico inclinándome hacia él para que encienda mi cigarro.

El juego comienza, se reparten cinco cartas a cada uno, con una apuesta ciega inicial, luego reviso lo que tengo en la mano mientras me sirven una bebida de inmediato.

Addison, detrás de mí, está lista para diluir mi bebida sin que nadie se dé cuenta, todos están demasiado ocupados en su propio juego.

«Dos cartas», le digo al crupier, colocándolas boca abajo sobre la mesa de fieltro verde.

El chico toma las cartas y me da otras dos, que voy descubriendo poco a poco.

«Doblo la apuesta», replica un jugador, apostando el doble del bote.

«Veo», digo.

El segundo jugador se une a nosotros y también el tercero, mientras el cuarto se retira.

«Tres ases», comenta el hombre que duplicó la apuesta, mostrando sus cartas.

«Full», digo mostrando las mías, mientras los otros dos lanzan las suyas sobre la mesa al no tener suficientes puntos para ganar.

Recojo mis fichas y continuamos el juego. En este tipo de mesas, las apuestas son muy altas, por lo que puedo permitirme perder algunas manos para evitar ser descubierta; nadie sabe quién soy, ya que no aparecí en el periódico donde se mencionaba la herencia de mi abuelo para mí y mi tío, pero es mejor no desafiar a la suerte.

Solo aquellos que han jugado contra mí en el pasado saben que soy Full, ciertamente no estos caballeros presentes a los que estoy a punto de ganarles una buena cantidad de dinero.

«All in», digo poniendo en el bote todo lo que he ganado durante las diversas manos.

El jugador a mi derecha se retira y también el de mi izquierda, mientras los dos que están frente a mí son lo suficientemente tontos como para ver la apuesta. «Póker de ases», digo dejándolos completamente boquiabiertos.

«No puedo creerlo, una chica nos ha timado», comenta uno de ellos.

«Es solo un juego, no se lo tomen a pecho», replico, recogiendo mis fichas y dirigiéndome a cobrar mi premio.

«No sé cómo lo haces», dice Addison mientras salimos de la sala privada.

«Cuando creces en este entorno, o aprendes a ganar o te resignas a perder; yo, como bien sabes, no me gusta perder. Nunca», respondo, entregando mis fichas al cajero para que las cuente una máquina y poco después me entregan mi maletín lleno de dinero.

Rex se me acerca de inmediato y, como es habitual en estos casos, escolta al ganador hasta su habitación.

«Veo que no has perdido el toque», comenta mientras estamos en el ascensor.

«Creo que es un don del que no es fácil deshacerse».

«Tu abuelo estaría orgulloso de ti».

Un poco menos lo estaría mi padre si se enterara.

Al llegar a nuestra habitación, saludo a Rex y guardo el dinero en la caja fuerte, tomo una botella de champán y la descorcho para celebrar.

«Bien, has ganado, ahora dime por qué demonios volviste a jugar», exige saber Addison.

«Te lo dije, hice un lío y necesitaba dinero», digo vagamente, quitándome los tacones y

sentándome en el sofá con las piernas dobladas bajo el trasero, mientras disfruto de la vista de las fuentes del Bellagio.

«¿Desde cuándo nos ocultamos cosas?»

Desde que fui yo quien puso a mi hermana en coma, me gustaría decirle, pero no tengo el coraje.

«No te estoy ocultando nada, solo utilicé mis ahorros en malas inversiones y no quería pedirles nada a mis padres», otra tontería.

«Entonces, ¿quieres decirme que no habrías necesitado tomar parte de la ganancia de esta noche para compensar tus malas inversiones?».

Addison se sienta a mi lado, acomodándose en el sofá de cuero blanco, con la mirada fija en mí.

«Dios, Autumn, soy yo, tu mejor amiga; he estado aquí para todo, ¿es posible que no quieras decirme la verdad?».

Me rindo.

«Está bien», digo poniendo mi copa en la pequeña mesa de cristal frente a mí. «El dinero no es para mí, sino para Gideon».

«Gideon? ¿Qué le ha pasado?».

«Está bien, pero parece que mi alma gemela y yo tenemos más en común de lo que creíamos», respondo de manera irónica.

«¿Gideon juega al póker?».

«Sí, lo descubrí el otro día y al parecer ha perdido gran parte de su fondo fiduciario», explico frustrada.

«¿Por qué no me lo dijiste de inmediato?».

«Tal vez porque convives con su hermano mayor. Tal vez porque Maddox habría intervenido humillándolo. Tal vez porque no quiere que nadie lo sepa».

Addison niega con la cabeza y se bebe todo el champán de un trago, luego se queda en silencio por un momento como si estuviera asimilando esta absurda situación.

«No se lo diré a Maddox y fingiré no saber nada con Gid, pero debes prometerme que lo harás dejar de jugar», dice.

«Te lo prometo», digo apoyando la cabeza en su hombro. «Sabes, creo que me estoy enamorando de tu hermanastro», añado.

«¿Cuántas veces debo decirte que no lo llames así? Es inquietante ya que está relacionado con mi hermano», responde Addison, haciendo que ambas estallen en una risa estruendosa.

«Está bien, pero no cambia el hecho de que me estoy enamorando de él», repito.

«Nunca habría imaginado verte con los ojos de corazón y la mirada soñadora de una adolescente en su primer amor».

«Escucha quién habla», replico refiriéndome a su relación con Maddox.

Seguimos bromeando, recordando el pasado que por un momento parece tan lejano, mientras pienso en un futuro que no imaginaba tener y que tiene un solo nombre.

Gideon Brooks.

Aquel que se tatuó en mi alma.

Que arañó mi corazón.

Y que se perdió en mis ojos, que solo ven y buscan a él.

El único chico del que realmente me he enamorado.

Capítulo 17
Gideon
ATRAPADO

Cinco años atrás...

Me volví loco cuando Autumn no respondió a mis llamadas, solo me tranquilicé cuando recibí un mensaje suyo diciendo que estaba fuera por el fin de semana con Addison; sin embargo, ahora que quiere que nos encontremos en nuestro lugar habitual, no sé por qué comienzo a sentirme preocupado.

Llego al faro y la encuentro allí esperándome, sentada en el capó de un Jeep negro.

«¿De quién es este auto?», pregunto.

«Es mío. Hace un par de semanas que tenía que recuperarlo en Boston para llevarlo a Brown», explica, saltando para abrazarme.

La sostengo fuerte, permitiendo que mi aliento se llene del aroma frutal de su cabello.

«¿Puedo saber dónde has estado?»

«Te dije que somos un equipo», responde, abriendo el capó de su auto para mostrarme una maleta llena de dinero. «Lo gané en el póker y es tuyo, úsalo para restablecer tu fondo fiduciario», agrega como si nada.

«¿Fuiste a jugar al póker por mí?»

«Sí, no es un regalo convencional entre novios y trataremos de evitarlo durante los próximos cincuenta años», dice irónicamente.

«Yo...»

«Gideon Brooks, no te atrevas a pronunciar las palabras 'no puedo aceptar', porque te juro que te daré una patada en el trasero. Arriesgué mi trasero por ti y no solo eso», responde cruzando los brazos sobre el pecho.

No estoy acostumbrado a aceptar la ayuda de nadie, ni siquiera la de Maddox, siempre he querido vivir según mis propias reglas; ahora me doy cuenta de que debería empezar a cambiarlas, porque mi vida ya no es solo mía, la comparto con Autumn.

«Está bien. Está bien, recibí el mensaje», digo levantando las manos en señal de rendición, «pero tendrás que contarme todo», agrego guiñándole un ojo.

«Está bien, pero primero vamos a depositar este dinero en tu cuenta».

La sigo con mi coche mientras nos dirigimos al centro de Providence, estacionamos frente al banco y entramos juntos. Pido hablar con el director, quien se presenta poco después, y le entrego mi dinero que se destinará a compensar todo lo que he perdido jugando.

«No sé qué decir», comento cuando salimos, las manos en los bolsillos por la vergüenza.

«Un simple 'eres la chica que todos quisieran tener' estaría bien».

«No me gusta pensar que todos quieren precisamente a mi chica», comento, ganándome un golpecito en el hombro, «pero gracias, pequeña galleta, en serio».

Decidimos sentarnos en una cafetería cercana, continuando, perdiendo algunas horas de clase, que recuperaremos durante la semana.

«Sabes que tienes un problema y que esto debe enfrentarse», exclama Autumn después de

que nos sirvan los cafés.

«Soy consciente y buscaré ayuda para eso, te lo prometo».

«Y yo estaré a tu lado», promete a su vez, extendiendo la mano sobre la mesa para apretar la mía.

«Sin embargo, ahora debes contarme cómo lo lograste», digo refiriéndome a todo ese dinero que logró ganar.

«Solo tuve suerte», se limita a decir guiñándome un ojo.

«¿Afortunada?»

«Full siempre lo es», replica.

«¿Full?»

«Sí, así me llaman en el Casino que es de mi propiedad».

Abro la boca para decir algo y luego la cierro, pero simplemente no puedo contenerme: «Pero, ¿quién eres tú, Autumn Rivers?», comento dándome cuenta de que cada día descubro una pieza de su existencia que inevitablemente encaja con la mía.

«Solo una animadora de Theta», responde guiñándome el ojo.

«¿Un casino?», repito aún desconcertado.

«En el cual nunca pondrás un pie», sentencia, mientras después de pagar la cuenta, nos dirigimos a nuestros autos.

«Todavía no te he agradecido lo suficiente», digo atrayéndola hacia mí, haciendo que su cuerpo sinuoso se apoye contra la carrocería de su auto.

«¿Y qué esperas, Brooks?»

Mi boca cae sobre la suya, mi lengua hace cosquillas en su labio inferior y poco después saboreo su sabor, *letal.*

Dañino.

Lujurioso.

Con la conciencia de haber encontrado otro infierno en el que arder, porque si la perdiera, no quedaría nada más que cenizas de mí.

Nos separamos sin aliento, mi frente presionada contra la suya, mientras ella muerde la comisura de sus labios y luego los retira.

Me vuelve loco cuando lo hace y lo único que quiero hacer en este momento es llevármela de aquí para tenerla solo para mí.

«Tengo que irme».

«Lo sé», dice.

«Pero no quiero».

«Yo tampoco».

Definitivamente llegaré tarde a los entrenamientos.

«Tal vez podríamos dar solo un pequeño paseo en tu auto», propongo insinuante.

«Por qué no», replica.

Le quito las llaves de las manos y me siento al lado del conductor, mientras ella se sienta a mi lado y se abrocha el cinturón.

Diez minutos más tarde, estamos corriendo descalzos por la playa de Rhode Island, dirigidos al pequeño bosque de pinos que se alza frente a nosotros, en la pequeña colina rocosa.

«Estás completamente loco».

«Definitivamente por ti, y además, estoy haciendo mi Atrapa».

«¿Tu qué?», repite, mientras me giro sobre un hombro y le sonrío.

«Acabo de atrapar el pase perfecto, eso es lo que es un Atrapa, pequeña galleta».

Autumn me sonríe sacudiendo la cabeza y poco después de entrar en el espeso bosque, encuentro un lugar tranquilo para extender una toalla, que hemos sacado de las cosas que Autumn trajo de Boston.

«Y ahora, ¿qué planeas hacer con tu pase perfecto?», me provoca, mientras se quita la ropa y se extiende completamente desnuda frente a mis ojos ansiosos y la sed de lujuria que empieza a quemarme en las venas.

«Quiero llevarlo a la meta», respondo quitándome la camiseta de la cabeza y luego acostándome sobre ella y cubriendo su cuerpo con el mío. «Estás temblando», agrego.

«Sí, pero no es por el frío», responde justo antes de besarme.

Sus manos se aferran a mis hombros y poco después nos movemos juntos con nuestros cuerpos. «Maldición...», gruño, penetrándola en un impulso que la hace gemir de placer, con los ojos revoloteando al cielo. «Eres jodidamente perfecta», continúo hundiéndome en ella con posesión. Beso la punta de su nariz, con las palmas extendidas a ambos lados de su cabeza, los músculos se tensan y contraen, completando el imperfecto encaje de lo que somos. «Amo tu voz», gruño en otro embate que hace que clave las uñas en mi carne.

«Gid…», gime mordiéndose el labio inferior, mientras me inclino para lamer el rojo ardiente de su boca.

«Te amo, Autumn», pronuncio, arqueando la espalda para sentir cada centímetro de su cuerpo recibiendo al mío, mientras su mirada está perdida en la mía. «Dilo», casi le ordeno, al mismo tiempo que nuestros cuerpos se cubren de sudor, los alientos se aceleran y presiono mi frente contra la suya.

«¿Qué... ¿Qué quieres que diga?», pronuncia en un susurro tenue rodeando sus piernas alrededor de mi cintura.

«Que eres mía, hoy, mañana y para siempre», empujo con más fuerza, su aliento se atrapa en su garganta mientras siento su cuerpo latir y contraerse contra mi miembro.

«Soy tuya... Gideon...», murmura, apretando más su agarre alrededor de mi cintura, y esas palabras son suficientes para llevarla al olvido, suspendidos entre el sueño y la *realidad.*

Infierno y paraíso.

Oscuridad y luz.

Colapso sobre ella, nuestros corazones martillando en el pecho son los únicos sonidos que llenan el espacio circundante, como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido. El abrazo entre mis brazos y ruedo hacia un lado llevándola conmigo.

«Te amo», repito besándole la frente, sus manos me rodean en un abrazo que logra paralizarme.

No sabía lo que significaba amar a alguien y necesitarlo desesperadamente hasta que la conocí. Meto los dedos en su cabello, su mejilla presiona contra mi pecho aún jadeante y me doy cuenta de que la vista que tengo frente a mí en este momento es la única que quiero ver por el resto de mi existencia.

«También te amo, Gid», dice levantando la cabeza para encontrarse con mis ojos.

«No tienes que decirlo necesariamente», replico acariciándole el cabello, «yo me sentía listo para decirlo, pero si tú...», Autumn presiona su dedo índice contra mi boca, impidiéndome continuar.

«Debo enseñarte cuándo es el momento de cerrar esa boca grande tuya, Brooks», responde sonriente, luego me deja un beso casto en los labios.

Llego al campo en un retraso absurdo.

«¿No íbamos a tener entrenamientos dobles para el partido contra los Bulldogs?», comenta

Turner.

«Lo sé, pero tuve cosas que hacer», replico a mi mejor amigo mientras me preparo.

«Supongo que cuando dices que tenías cosas que hacer, te refieres a Autumn, ¿o me equivoco?».

«No es asunto tuyo, pero sí, estuve con ella, hermano».

Poco después llegamos al centro del campo, donde encontramos a los demás del equipo; el entrenador me lanza una mirada furiosa y ya sé que después tendré que ir a su oficina para una buena reprimenda.

Después del calentamiento, nos alineamos para un juego amistoso y puedo presentar el esquema ofensivo que he ideado para esos perros rabiosos de Yale.

«¿Qué hacemos con nuestros oponentes?», grito a los chicos mientras nos posicionamos en la línea de scrimmage.

«¡Los hacemos llorar!», responden al unísono.

«Sí, maldita sea, los hacemos llorar», repito mientras me coloco detrás de Thomson, listo para el snap. Solo entrecierro los ojos por un momento para liberar mi mente y concentrarme al máximo, como si fuera un partido decisivo. Ahora estoy aquí, en mi campo, en mi territorio y les he prometido a cada uno de ellos que los guiaría hacia el draft, y eso es lo que planeo hacer.

Perder contra los Bulldogs no es una opción.

Me inclino hacia adelante, doblando las rodillas: «¿Estás listo para mí?», bromeó con Thomson, metiendo las manos semiabiertas entre sus piernas.

«Siempre para ti, Hurricane», me río, miro alrededor y Novak asiente; es la señal, seguida por Turner listo para lanzar.

«Baby one. Baby two. Baby three...», fijo mi mirada en mi oponente como si estuviera enfrentando a Sutter. «¡Hut!», grito y en ese mismo instante, el balón rueda entre mis manos; retrocedo, Turner choca de inmediato contra uno de los defensores que intentan placarme, mientras yo esquivo a dos que se interponen en mi camino.

Tengo a mi chica apretada contra el pecho y estamos casi allí; en las veinte yardas, Cruise se coloca a mi lado, un movimiento apenas perceptible, fluido y rápido, arranca con la mano pegada al pecho y deja atrás a todos los oponentes mientras sigo avanzando con el balón aferrado al pecho. Intercepto a Novak en la línea opuesta, libero la mano, doblo el brazo y un estruendo explota en el campo, proveniente de algunos estudiantes que han venido a vernos entrenar; solo entonces comprenden que, aunque Cruise haya sido derribado, aún tenemos la posesión del balón y el juego acaba de comenzar.

El cuerpo se lanza y el balón corta el aire cuando lo libero para que flote sobre nuestras cabezas, los rostros alzados hacia el cielo hasta el momento mágico, aquel en que Novak lo atrapa con un salto a un metro de la línea de gol; los oponentes están demasiado lejos y él, aunque sea solo un partido amistoso, no pierde tiempo burlándose de ellos, retrocediendo, tambaleándose hasta cruzar la línea de gol, para luego dejar caer el balón al suelo y ganar nuestros primeros puntos.

Terminamos el partido con el entrenador felicitándonos por la estrategia que hemos ejecutado.

«Esos perros de Yale estarán temblando», comenta Novak.

«Puedes apostar a eso», replico, mientras mi mirada es capturada por las animadoras que entran al campo, pero por supuesto, solo una en particular hace que mi corazón explote fuera de mi pecho.

Autumn.

Pensé que me enojaría por lo que hizo por mí, pero al final, me encontré comprendiendo que es cierto, ella y yo somos un equipo.

Uno de esos equipos que nunca pierde.

Que persigue los sueños y los atrapa firmemente.

Uno que ya ha logrado su perfecto Catch y nada ni nadie podrá cambiarlo jamás.

Capítulo 18
Autumn
ADIÓS

Cinco años antes...

Siempre pensé que la palabra «positivo» significaba algo bueno, pero no esta vez.

Doblo la carta que he recibido y la meto en el cajón de la mesita de noche de mi habitación en Theta.

«¿Autumn, estás bien?», pregunta Ruby desde el umbral de la puerta.

«Sí, todo está bien», miento descaradamente, porque no podría ir peor que esto.

He estado en la hermandad durante casi tres semanas y he tenido que reconsiderar muchos aspectos de ser una animadora, porque aquí, entre estas paredes, no solo encontré compañeras, sino verdaderas hermanas.

«Bree acaba de hacer galletas, te esperamos en la sala de estar para el té», me informa y asiento, luego, una vez sola en mi habitación, me siento en la cama abrumada por demasiadas emociones.

Decido pegarme una sonrisa falsa en el rostro y disfrutar de este último día aquí en Brown, porque ya he decidido: debo desmontar el campamento de este lugar antes de que sea demasiado tarde.

Antes de arruinar la vida de Gideon; si eso sucediera, nunca podría perdonármelo.

«Estábamos esperándote», exclama Bree, ofreciéndome desde la bandeja sus famosas galletas de nuez pacana y trozos de chocolate.

Cojo una y me siento con las demás que están discutiendo sobre el campeonato de animadoras, del cual, obviamente, no formaré parte porque no soy experta como animadora, pero las chicas aún me han dado un papel en el equipo: el de entrenarlas físicamente.

Al fin y al cabo, es lo que siempre he deseado, entrenar a un equipo completo y llevarlo a la victoria.

«Estaba pensando que deberíamos intensificar la coreografía», dice Ruby, con su taza de té entre las manos y el meñique perfectamente levantado.

«¿Quieres agregar más levantamientos y acrobacias?», le pregunto, fingiendo por un solo instante que mi vida no se está desmoronando.

«Sí, exactamente, en el campeonato nacional también estarán los equipos de la Ivy League y no podemos permitirnos quedar mal», sentencia.

La rivalidad entre las ocho universidades de élite del país es realmente despiadada, serían capaces de cualquier cosa para no quedar en segundo lugar ante nadie.

«Estudiaré algo con la entrenadora», la tranquilizo, antes de cambiar de tema y hablar sobre su futuro, mientras el mío acaba de cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Ayudo a Ruby a guardar el juego de té en el mueble después de lavarlo y secarlo cuidadosamente.

«Sabes, no te conozco muy bien todavía, pero estoy segura de que me estás ocultando algo», dice Ruby pasándome la tetera de cerámica inglesa.

«¿Por qué debería?», replico fingiendo una sonrisa que estoy segura de que no la ha convencido en absoluto.

«Autumn Rivers, siéntate», me ordena, apartando la silla de la mesa.

«Está bien, supongo que no tengo mucha elección».

«Exacto», responde Ruby, asegurándose de que todas las chicas de Theta hayan salido de la casa. «Entonces, ¿qué está pasando? ¿Gideon Brooks hizo algo? Porque si es así, te ayudaré a hacerlo pagar», agrega guiñándome un ojo con una sonrisa astuta en los labios.

Parece que está ansiosa por encontrar una excusa plausible para desquitarse con él.

«Realmente no le agradas mucho, ¿verdad?», trato de cambiar de tema.

«¿Bromeas? Crecí con ese idiota, pero eso no significa que apruebe su comportamiento», responde encogiéndose de hombros.

«Pero parece que realmente lo odias», le hago notar.

«En parte es así, supongo que nunca superé mi enamoramiento adolescente por él».

¿Qué?

¿Escuché bien?

¿Ruby tuvo un enamoramiento por Gideon?

¿Mi novio?

«Ah...», escapa de mis labios.

«Tranquila, solo estaba bromeando, no niego que me gustara cuando estaba en la secundaria, pero solo era la hermana de su mejor amigo y creo que me sentí herida porque nunca se interesó», dice riendo y yo definitivamente finjo que me divierte. «Pero volviendo a ti, ya que estás haciendo todo lo posible para no responder a mi pregunta, ¿qué te pasa, Autumn?», agrega y en su mirada encuentro la sinceridad de querer realmente saber qué me preocupa.

Con las manos que torturo en mi regazo, comienzo a contarle sobre la carta que recibí hoy y cómo me siento atrapada sin poder cambiar mi futuro, con el riesgo de arruinar también el de Gid.

Le cuento todo, incluso mis dudas, hasta decirle lo que planeo hacer: «Me iré mañana temprano».

«¿Qué?».

«Es lo mejor, créeme, he estado pensando en ello durante mucho tiempo y aunque solo recibí esa carta hoy, sabía que al final las cosas terminarían así», confieso.

«No puedes irte así nomás, ¿por qué no intentas hablarlo con Gideon? Estoy segura de que juntos encontrarán una solución».

Una sonrisa amarga se forma en mis labios mientras trato de contener las lágrimas.

«Ese es precisamente el problema, Gideon estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por mí y no puedo permitirlo», le explico con el corazón hundiéndose en el estómago y escucho ese crujido que retumba en mis oídos.

Debo poner fin a todo esto y luego desaparecer, porque sé que él me buscaría en cualquier lugar y terminaría cediendo y llevándolo conmigo, pero ese no es el futuro que imagino para él.

No puedo permitir que eso suceda.

«¿Estás realmente segura de que esta es la mejor elección?», pregunta Ruby y no escapa su preocupación reflejada en su rostro.

«Sí, es lo único que me queda y tendrás que mantener mi secreto, Gid nunca debe saber por qué me fui».

«Te lo prometo», dice, luego se levanta y viene a abrazarme, «pero no te olvides de tener una hermana Theta lista para ayudarte siempre», agrega mientras devuelvo su cálido abrazo.

«No lo olvidaré».

Por la tarde preparo mis maletas sin que nadie más que Ruby lo sepa, y antes de que anochezca me dirijo al faro donde he citado a Gideon.

Llego antes que él, tomo la llave que el cuidador esconde bajo una piedra falsa y entro con mi cesta de picnic.

Alcanzo nuestro pequeño rincón secreto, oculto a los ojos del resto del mundo, extiendo la manta en el suelo, enciendo las velas, saco la botella de champán con las copas y las coloco junto a las fresas, y espero a que llegue.

«Si querías dejarme sin palabras, lo has logrado de nuevo», comenta Gideon en cuanto me ve, luego se sienta a mi lado y me atrae hacia él para besarme.

No quiero perderme ni un poco de su sabor en mis labios.

De sus manos que me abrazan fuertemente.

Del aroma que emana de su piel.

Quiero grabar en mi mente cada pequeño detalle, para que me recuerde que estoy haciendo lo correcto para ambos.

«¿Puedes abrir tú la botella?», le pregunto, permaneciendo sentada a horcajadas sobre sus piernas.

«Solo si me dices por qué estamos celebrando. ¿Olvidé tu cumpleaños o algo así?»

«No, tonto, a veces no se necesita ninguna razón para que dos personas recuerden lo perfecto que es todo tal como está», digo, mientras él descorcha el champán y yo sostengo las copas mientras vierte.

«Entonces, a la perfección de un momento», exclama, mientras apenas contengo las lágrimas con la conciencia de que estas serán las últimas horas que pasaremos juntos.

«A la perfección de un momento», repito tomando un sorbo, luego me acurruco junto a él y comienza a hablarme de un buscatalentos que lo contactó, insinuándole que un equipo importante de la NFL ha puesto los ojos en él.

Mientras escucho sus palabras y la emoción que se refleja en su voz, tengo la confirmación de que desaparecer de su vida es lo mejor que podría hacer por él, aunque me odie, aunque nunca me perdone.

Pero por cada sueño que se realiza, siempre hay otro que permanece cerrado en un cajón, tal vez para siempre.

«No podría haberlo imaginado», dice un poco después.

«¿Qué?»

«Que me robarías el alma, Autumn», responde, levantando mi mentón con dos dedos para que mis ojos puedan perderse en los suyos una última vez.

«Y que tú robarías la mía», replico, con un nudo apretado en la garganta que ahoga esas palabras que pronuncio con dificultad.

Su boca encuentra la mía de nuevo y permito que en ese beso haya todas las palabras no dichas.

Los te extrañé.

Los pensamientos ocultos.

Y ese futuro en el cual no estaré a su lado.

«Desearía poder detener el tiempo», susurro contra sus labios impregnados con mi sabor.

«No es necesario, dulzura, tenemos todo el tiempo del mundo para pasar juntos».

Desearía que fuera así.

Desearía decirte que estaré aquí y te seguiré a cualquier lugar, pero no puedo, y tal vez nunca

me entenderás, pero está bien así.

Porque no quiero mirarme al espejo mañana y darme cuenta de que he arruinado tu vida destruyendo tu único sueño.

«Tienes razón, tenemos todo el tiempo del mundo», repito abrazándome fuertemente a él. «¿Podemos simplemente abrazarnos aquí, en nuestro lugar secreto?», agrego, deseando que esta última noche juntos sea especial y única, solo una última vez.

«Por supuesto», responde acostándose y haciéndome recostar contra su cuerpo, un brazo que me rodea la cintura, la punta de su nariz que me hace cosquillas en el cuello y su cálido aliento que se cuela entre mi cabello.

Esto es lo que nunca olvidaré.

Él.

Gideon Brooks.

Parpadeo varias veces, dándome cuenta de que nos hemos quedado dormidos, y me giro un poco hacia él: el cabello despeinado, el flequillo rozándole la frente y esa expresión relajada de alguien que no se imagina que todo está a punto de cambiar.

Justo como el resultado de un partido que se da vuelta en el último Down.

Sin hacer ruido, me levanto, recojo mi bolso del suelo y le dejo solo una pequeña nota:

Perdóname.
No me busques.

Sin explicaciones, sin un «te amo» escrito en negro sobre blanco, solo tres palabras que puedan hacer que él me deteste, para asegurarme de que ni siquiera intente buscarme.

Porque haré todo lo posible para evitar que lo haga.

Nunca debe conocer la verdad, al menos no por ahora, y no importa si lleva años o si tal vez nunca sucederá, pero ahora es lo único correcto que puedo hacer por ambos.

Aumento el volumen de la radio de mi auto mientras recorro la carretera y solo cuando paso el letrero que dice «Hasta pronto, Providence», llamo a Addison.

«Oye, ¿qué pasa?»

«Me estoy yendo».

«¿Qué?»

«No puedo explicarte ahora, pero por favor, asegúrate de que Gid no intente buscarme».

«Autumn, ¿qué demonios está pasando?»

«Te llamaré en cuanto pueda», digo colgando la llamada y, con una mano en el volante, saco la tarjeta SIM del teléfono y la arrojo a lo largo de la carretera; el viento que entra por la ventana despeina mis pensamientos y como si estuviera viendo la película de una vieja cinta, cada imagen de Gideon y yo llena mi mente, acompañándome en un nuevo camino que me encontraré teniendo que recorrer sola, pero con él siempre en mi corazón.

Adiós, Gideon Brooks.

Capítulo 19
Gideon
ESTRATEGIAS

Cinco años después...

Cuando supe que tendríamos una preparadora atlética mujer, habría esperado a cualquiera menos a la chica que huyó dejándome un maldito billete en las manos mientras desaparecía sin dejar rastro.

Autumn Rivers.

Aquella que me rompió el corazón.

Que dejó un abismo en mi alma.

La misma que detesté por lo que me hizo pasar.

La busqué en todas partes. Ni siquiera Addison sabía dónde estaba y sus padres la contactaban esporádicamente, pero estoy seguro de que no me habrían querido decir dónde encontrarla.

Fueron semanas en las que pensé que estaba enloqueciendo, temiendo que le hubiera pasado algo o que se hubiera metido en problemas, pero cuando fui a Las Vegas, convencido de que se escondía en el Caesar Palace, mi mundo se desmoronó una vez más.

La vi sentada en el restaurante del hotel y estaba a punto de acercarme, gritarle qué demonios le pasaba por la cabeza, pero luego llegó un chico, la saludó con un beso y se sentó a su lado; él le sostenía la mano y ella sonreía, luego apoyó su cabeza en el hombro de ese idiota que la tenía abrazada.

En ese momento entendí que no valía la pena ser el chico celoso, así que volví a mi auto y me miré en el espejo retrovisor, sin reconocer la imagen reflejada: la sombra de la barba en mi rostro, las ojeras y el pelo más largo de lo que jamás lo había llevado.

Ella me había destrozado.

Estaba hecho pedazos.

Consumido por un dolor que nunca había sentido, pero al que ya no le permitiría seguir devorando mi existencia, así que dejé Las Vegas y pasé la página, concentrándome en una sola cosa: mi futuro.

Pero el rencor es una bestia fea con la que lidiar cada día; decidí que no permitiría que arruinara mi vida una segunda vez, actuaría con anticipación, la atraparía en su peor pesadilla, la mía.

Soy el quarterback de Los Angeles Rams.

Soy el órgano que llevó a este equipo a ganar el Super Bowl.

Y soy uno de esos jugadores que necesita que su imagen sea limpiada de todas las tonterías que ha hecho, y ¿quién mejor que una exnovia universitaria para resolver esta situación?

«Sé que los jugadores de fútbol americano ganan bien, pero no creí que tanto como para permitirse un parque de diversiones», comenta mientras recorre el sendero de piedras que conduce a la entrada de mi casa.

«Ven», digo riendo. Sabía que no renunciaría a su papel como preparadora en uno de los

equipos más destacados de la NFL, y también sabía que mis directivos no querrían perderme, así que fue fácil negociar: ella sería parte del equipo solo en mis términos. Ellos, por supuesto, aceptaron en un abrir y cerrar de ojos.

En cuanto pone un pie en el piso de parquet, se da vuelta, cautivada por la vista de trescientos sesenta grados sobre el Pacífico.

«Pensé que me alojaría en uno de los muchos apartamentos del personal, en cambio...», comenta.

Y perderme toda la diversión de torturarte, ¿verdad, mi pequeña galleta?

Después de llevarla en un recorrido por mi mansión, que no será más que su prisión, le muestro dónde puede colocar sus cosas.

«Este será tu piso», indico señalando el segundo, al que se accede a través de una escalera de vidrio. «Tienes tu sala de estar, acceso externo al jardín y a la playa privada, dormitorio y baño personal. La cocina es compartida, por supuesto, en la planta baja; en el tercer piso estoy yo y te aconsejo que no cometas el error de adentrarte en mi mundo», concluyo, esperando su reacción, que por supuesto la maldita no me concede.

Realmente creo que nos divertiremos juntos.

«No habrá peligro, Brooks».

«También lo dijiste hace cinco años», pronuncio casi en un susurro, mientras mi cuerpo invade su espacio personal y mis ojos la recorren como si fuera la primera vez.

Pero no le permitiré volver a enloquecerme.

No permitiré que arruine mi vida.

Solo quiero devolverle el favor y hacer que experimente solo la mitad del dolor que ella me infligió.

«No soy la misma chica que recuerdas», encuentra el valor para replicar con la voz temblorosa, sonrío y le acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja; mis nudillos rozan su mejilla.

«Y yo ya no soy el chico del que huyó», digo como si fuera una amenaza, antes de darle la espalda y subir al tercer piso; me encierro en mi habitación para ducharme y prepararme para la velada que han organizado para la presentación de los nuevos uniformes del equipo, pero sus gritos me hacen salir corriendo después de solo diez minutos.

Con el cuerpo aún enjabonado y una toalla alrededor de la cintura, la alcanzo, encontrándola sobre la mesa de la cocina.

«Por favor, haz que se vaya», dice señalando a mi pequeña perrita que le está ladrando.

«¿Tienes miedo de ella?», replico señalando a la cachorrita.

«Sí, yo... yo le tengo miedo a cualquier perro».

«No lo sabía. Después de todo, hay muchas cosas que no sé de ti y que quizás me has ocultado a propósito», comento. «Vamos, Autumn, vámonos».

«No iré a ningún lado si primero no la haces marchar», responde señalando a mi perrita.

«No te estaba hablando a ti, sino a ella», replico recogiéndola en brazos para acariciarla debajo del cuello.

«Tú... tú llamaste a tu perrita, ¿verdad, Autumn?».

«Sí, la encontré en la playa y cuando la llevé a casa, no hacía más que escaparse en cuanto tenía la oportunidad. Me parecía el nombre más apropiado», respondo sacándola afuera y dándole una galleta; me agacho en las rodillas para acariciarle la cabeza y cuando me levanto, la cachorrita me muerde la toalla, haciéndola caer. «¿Ves? Tiene tus mismos hábitos, siempre saltándome encima», añado, girándome completamente desnudo hacia ella.

«¡Santo cielo, Gideon!», comenta Autumn, cubriéndose los ojos.

«Sí, 'santo cielo' es lo que todos dicen cuando me ven así, pero no deberías fingir estar escandalizada, después de todo, no es nada que no hayas visto ya y.…», me acerco a ella que aún tiene la mano en la cara, mientras sigue agachada en la mesa de mi cocina, «...probado, mi pequeña galleta», añado, antes de volver a mi habitación.

Cuando bajo al salón, encuentro a Autumn caminando de un lado a otro frente al gran ventanal que da al océano; se gira al notar mi presencia y, por un breve instante, me encuentro conteniendo la respiración mientras la observo con atención, vestida con un vestido de cóctel turquesa para la presentación de la noche.

«Tenemos que hablar», exclama con las manos en las caderas.

Está en perfecta forma y sigue siendo malditamente hermosa, tal como la recordaba, pero esto solo aumenta mi furia por lo que me hizo.

«¿De qué, mi pequeña galleta?», le pregunto, y me dirijo hacia la barra de cócteles para servirme un vaso de whisky.

«De nosotros».

Me volteo con el vaso apretado en una mano y voy hacia el sofá para acomodarme, estallando en una sonora risa.

«¿De nosotros?», repito. «No hay ningún 'nosotros', mi pequeña galleta», le recuerdo.

«Sabes perfectamente a qué me refiero y entiendo que todavía estés enojado conmigo, pero mira...», trata de decir y la interrumpo de inmediato.

«Escúchame bien, Autumn, no me importa una mierda por qué o el cómo desapareciste hace cinco años», le hago saber.

«Entonces, si realmente es así, ¿por qué me extorsionan para que pierda mi trabajo y me veo obligada a vivir contigo fingiendo ser tu novia?».

«Porque eso es lo que han decidido los directivos y nuestra PR», respondo.

«No es cierto, está claro que quieres castigarme y yo...», me levanto furioso, apoyando el vaso en la mesa de cristal.

«Eres solo una ingenua», digo acercándome a ella, que retrocede unos pasos hasta encontrarse con la espalda presionada contra el cristal de la ventana detrás de ella, atrapada. «Si crees que castigarte es suficiente para que olvide, mi pequeña galleta», acaricio su mejilla con el dorso de mi mano. «Quiero destruirte, es diferente, y ahora apúrate, estamos retrasados», añado tomando las llaves de mi coche para dirigirme fuera de la casa.

Me siento en el auto, con el corazón latiendo fuerte en el pecho como si quisiera explotar fuera de él, mientras aprieto fuertemente las manos contra el volante.

Fue su elección venir a mi ciudad.

Ella, ser parte del equipo de mi equipo.

Ella quien encendió una bomba de tiempo que no podrá detener.

Llegamos a The Peninsula Beverly Hills para la fiesta en la piscina, bajamos del auto, entrego las llaves al valet parking y manteniendo a Autumn cerca de mí, me vuelvo hacia los fotógrafos más allá de las vallas, que nos inundan con destellos.

«Sonríe, mi pequeña galleta, finge que estás feliz, al menos por una vez», le susurro al oído haciéndole como si le diera un beso, mientras ella responde a mi comentario pellizcándome el costado, lo que me hace tensarme.

«¿Así está bien?», replica.

«Perfecto, estaba seguro de que sabías actuar bien», digo a su vez mientras nos adentramos en el hotel y llegamos a la piscina, iluminada por hilos de luces colgando en el aire, velas a los

lados y mesas altas de cristal.

«Ahí está», escucho decir y al voltearme, veo a Turner, mi mejor amigo, acercarse para saludar a Autumn. «Pensé que estaban bromeando cuando me dijeron que estarías en el equipo de nuestros preparadores atléticos», agrega abrazándola.

«Ninguna broma, excepto la pésima de tener que fingir ser la novia de Gideon, y ahora discúlpenme, pero necesito beber. Ahora», dice mientras se aleja.

La miro alejarse mientras Turner me pasa una copa de champán que nos sirve uno de los camareros de la sala. «¿En qué estás pensando?», me pregunta mi amigo.

«Sinceramente, no lo sé, pero seguramente hacerle la vida imposible está en mis planes», le hago notar, llevándome la copa a los labios para mojarlos con uno de los mejores vinos elegidos para la ocasión.

«¿Por qué no le preguntas simplemente por qué lo hizo? Al final, eso es lo que siempre te atormentó, no saber por qué se fue», me recuerda Turner.

Tiene razón, solo quería explicaciones que nunca llegaron y aunque me esforzaba por encontrarlas, de todos modos, no podía entender por qué se fue de mí de esa manera.

Pero no sé si estoy realmente listo para descubrirlo.

Para reabrir esa herida que apenas ha sanado.

Para sufrir otra vez por ella.

«Porque no quiero escuchar sus tonterías. Sabes perfectamente que después de solo tres semanas la vi entre los brazos de otro», replico, mientras la rabia que sentí aquel día fluye por mis venas como si estuviera reviviendo todo, como si esa imagen fuera tan nítida que pudiera casi tocarla con los dedos.

Sentirla quemándome.

Destrozándome.

Consumiéndome.

«Entonces, ¿por qué la obligaste a vivir contigo?», me pregunta, como si después de todos estos años, en los que me conoce como la palma de su mano, no supiera ya la respuesta.

«Porque solo quiero tomar una pequeña revancha por mi ego herido», respondo, tragando el tercer vaso de champán antes de ir a buscarla.

Me detengo a estrechar algunas manos entre los presentes, a fingir sonrisas de cortesía y en cuanto puedo desvincularme, miro a mi alrededor para encontrarla y finalmente la veo sentada de espaldas, hablando por teléfono.

Me acerco solo para decirle que la presentación está por comenzar, cuando lo que pronuncia al teléfono me paraliza.

«Te lo prometí, nos vemos pronto. También te amo.»

Capítulo 20

Autumn

GIRO INESPERADO

Cierro la llamada y me uno a Gideon; la presentación está a punto de comenzar y me pongo a su lado, con una sonrisa falsa en mis labios.

No sé cuánto tiempo podré aguantar todo esto, a él y a lo que arrastro detrás de mí como un equipaje demasiado pesado.

Pensé que, viniendo aquí, con el tiempo, quizás podría arreglar las cosas, al menos decirle la verdad, pero a pesar de que han pasado cinco años, me doy cuenta de que su dolor, convertido en odio y desprecio hacia mí, todavía está demasiado vivo.

«Te vi hablando por teléfono. ¿Con quién estabas? ¿Con tu novio?», exclama, bebiendo un largo trago de champán.

«No, solo era Addison», miento.

«¿La misma Addison con la que también yo estaba hablando?», sus ojos se clavan en los míos con fuerza, mientras una sonrisa irónica se forma en sus labios carnosos y un escalofrío recorre mi columna vertebral. «Las mentiras nunca han sido tu punto fuerte, biscottino», agrega.

No tengo tiempo para responder, ya que el presidente de Los Angeles Rams comienza su discurso frente a todos los presentes y luego muestra al público y a los periodistas los nuevos uniformes de la temporada.

«Y ahora, le cedo la palabra a nuestro capitán», dice dirigiéndose a Gideon, quien inclina la cabeza hacia atrás para beber otro vaso, quizás uno de más.

«Gracias a todos por estar aquí esta noche», dice sonriendo y levantando la mano para saludar. «Estoy orgulloso y emocionado por nuestro equipo, por estar aquí con ustedes celebrando y mostrándoles las nuevas equipaciones de los Rams, agradeciéndoles como siempre por su apoyo y prometiéndoles otra temporada llena de logros», agrega, mostrando la camiseta con su nombre y el número quince impresos.

Quince, como la primera vez que nos vimos en mi cumpleaños.

Quince, como el día en que, después de la fiesta de Año Nuevo, lo volví a ver.

Quince, como el día en que, en el laberinto de espejos, me pidió que fuera suya.

¿Por qué eligió precisamente ese número?

«Brooks, nos enteramos de tu chica, una antigua llama de la universidad», dice un periodista. «¿Cómo se reencontraron?», añade.

Su mirada, entrecortada por un conjunto de emociones que no logro descifrar, cae en mí, haciéndome sentir un hueco en el centro de mi pecho.

Veo el dolor.

Aquel que se empeña en esconder.

Veo el odio.

Que siente por mí.

Veo la decepción.

Por ese pasado que ambos no podemos olvidar.

«Diremos que fue ella la que me encontró a mí», replica haciendo que todos estallen en risas, luego aclara su garganta y continúa. «Autumn siempre ha estado en mis pensamientos, es difícil

olvidar a la persona que amas y cuando la tienes frente a ti, te das cuenta de que nada ha cambiado, que ese sentimiento todavía está ahí, volviéndote loco», concluye, mientras siento un latido de mi corazón perderse en la oscuridad de mis secretos.

«Entonces, ¿decidió arreglar las cosas?», dice irónicamente otro periodista.

«Sí», sus ojos no me sueltan ni por un momento mientras pronuncia, «esta vez no la dejaré ir», agrega, casi como una amenaza.

Le gambe mi tremano. Gideon saluda a todos y se acerca a mí, sus manos rodean mi cintura y un escalofrío se abre paso dentro de mí; cuando su boca cae sobre la mía, la respiración se consume en mis pulmones mientras me besa con desesperación.

Es un beso doloroso.

Que araña.

Que me envenena.

Haciéndome caer en la oscuridad de su alma.

Porque siento que su boca no persigue la mía, la acecha.

Que su lengua no me acaricia, sino que me castiga.

Que sus manos no me sostienen, sino que me atrapan.

Cuando se separa de mí, todavía estoy aturdida, mientras todos aplauden y los fotógrafos siguen tomando fotos de nosotros.

Inmortalizando la nada que queda de un «nosotros» ya olvidado.

Roto.

Astillado.

Roto para siempre.

«Señorita Rivers, ¿cómo se siente estar en los brazos de una leyenda?», pregunta una periodista.

Da miedo.

Duele.

Es peligroso.

«Me siento la persona más afortunada del mundo y sin duda la más envidiada», miento, porque la verdad es que nadie querría estar cerca de alguien que te odia más que cualquier otra cosa en el mundo.

La noche continúa, presentándome a otros miembros del personal, a los jugadores de los Rams y estrechando manos de personas cuyos nombres olvidaré una vez que dejemos el lugar.

«Puede que nos vayamos», exclama Gideon tomando mi brazo.

«No he saludado a Turner», digo y no me sorprende en absoluto que los dos hayan terminado jugando para el mismo equipo, era lo que siempre habían prometido.

«Lo verás mañana en los entrenamientos», replica mientras esperamos que nos traigan el auto.

Me siento a su lado todavía conmocionada por sus palabras y no puedo contener las mías: «Somos dos mentirosos perfectos», comento.

«¿En qué mentiste, Rivers?».

En nada, porque estar a tu lado sería realmente una fortuna si no hubiera arruinado todo.

«A todas las preguntas que me hicieron, por supuesto», miento, miento descaradamente, incluso a mí misma, mientras sigo repitiéndome que ese beso no fue más que una ficción para vender bien a los periodistas.

«Bien, sigue así y nos llevaremos bien», replica mientras se dirige hacia Santa Mónica.

«¿Por qué no me haces dar un paseo por la ciudad?», se me escapa, como si quisiera detener

el tiempo pretendiendo que nuestro pasado nunca existió.

«Tal vez otro día», responde evasivo acelerando a lo largo de la costa, bajo la ventana y respiro profundamente el aire del océano que se cuela entre mi cabello, que desenredo reviviéndolo un poco con mis manos.

«Todo esto no tiene sentido, ¿lo sabes?», digo dando voz a mis pensamientos.

«Puede ser, pero el hecho es que realmente necesito limpiar mi imagen y tanto los periódicos como los fans se vuelven locos por estas historias».

«¿Realmente quieres que crea que es solo por eso?».

«No, pero de todos modos me serás útil», responde deteniéndose frente a la puerta de su villa, que se abre automáticamente. «Ahora baja, tengo cosas que hacer», añade inclinándose para abrirme la puerta.

No le pregunto a dónde va, después de todo no tengo ningún derecho; además, como él mismo dijo, solo le sirvo para limpiar su imagen y entonces, ¿por qué mientras lo veo alejarse siento un nudo apretándome el estómago?

¿Por qué querría detenerlo?

¿Por qué me metí en esta situación?

Suelto un bufido sonoro mientras me dirijo hacia la entrada de la casa, abro la puerta y cuando la cierro, Autumn, su perrita, está acostada en la alfombra con un hueso entre las patas; levanta la cabeza apenas al mismo tiempo que me deslizo hacia un lado a lo largo de la ventana.

«Quédate ahí, Autumn, no te muevas», digo tratando de evitar que me salte encima; es tan pequeña que dudo que pueda lastimarme, pero es mejor no confiar. «Así está bien, guapa, buena chica», añado señalando las escaleras frente a mí, pero basta un pequeño gesto, quitarme los tacones, para atraer más atención de la necesaria. «¡No, Autumn, para!», grito mientras me sigue corriendo escaleras arriba, pero resbalo y lo único que puedo hacer es dejarla mordisquear mis Louboutin, así que, mientras está distraída arruinando un par de zapatos de mil dólares, logro refugiarme en mi habitación.

Odio a Gideon Brooks con todo mi ser.

«¿Llamó a su perro como tú?», repite Addison al otro lado del teléfono.

«Sí, así puede humillarme aún más mientras dice «Autumn, a la cucha», refiriéndose al perro, cuando estoy segura de que querría decirlo de mí», comento, tumbada sobre las suaves sábanas de seda negra mientras, con las piernas extendidas y los tobillos cruzados, disfruto de la vista de la luna reflejada en el espejo de agua.

«¿Por qué no te vas y ya está? No tienes que soportar todo esto».

Tal vez sí, después de todo, me lo merezco.

Fui yo quien lo empujó a odiarme.

«No quiero que él gane y además solo tengo que pretender ser su novia», digo, escondiéndome detrás de la delgada verdad de que esta situación, por absurda que sea, no me molesta en absoluto.

Una parte de mí, una parte muy grande y confiada, espera que las cosas entre nosotros puedan volver a la normalidad; solo ser amigos sería suficiente para encontrar el valor de contarle todo.

«Sí, pero no fuiste a Los Ángeles por eso», me recuerda mi mejor amiga.

«Lo sé, pero no puedo decírselo, no ahora que todavía está enojado conmigo y luego sabes que he estado esperando que un equipo de la NFL me contrate durante mucho tiempo», le recuerdo a su vez.

«Entonces explícame por qué rechazaste la oferta de los Seattle Seahawks o la de los Giants,

o mejor aún, ¿hablamos de los Patriots?».

«Vale, entendí, capté la idea».

«Autumn, fuiste allí por una sola razón, porque Gideon merece saber la verdad».

Permanezco en silencio, repasando mentalmente el discurso que me he repetido a mí misma durante todos estos años, el que pensé que podría funcionar, pero ahora cada palabra me parece inverosímil, inútil e insensata.

«Encontraré la manera de hacerlo», prometo, luego me despido de mi mejor amiga, mientras escucho que se abre la puerta principal, la voz de una chica riendo y luego pasos rápidos subiendo las escaleras.

Tal vez sería mejor encender la televisión.

Trato de concentrarme en el episodio de un documental que, casualmente, trata sobre reproducción, pero es casi imposible seguirlo ya que arriba parece que están haciendo una mudanza.

Cojo la almohada y la coloco alrededor de mi cuello para intentar taparme los oídos, me doy vueltas en la cama, pero todo es inútil, los gemidos y los suspiros son tan fuertes que casi tengo un ataque de nervios.

Pero la verdad es una sola: no soporto que el chico que amé esté teniendo relaciones sexuales con otra persona. Mucho sexo, sexo realmente extremo.

«Oh... sí».

Quizás han terminado.

Pero es solo una ilusión, porque el cabecero de su cama vuelve a golpear contra la pared y casi estoy convencida de que, si siguen así, terminarán directo en el jardín.

Lástima que el problema no sea ese, sino la ironía que me esfuerzo por tener al soportar esta situación, solo para no admitir que estoy literalmente ardiendo de celos. Tiro la almohada al suelo, me levanto y decido dirigirme a la cocina; tal vez desde ese punto de la casa no escuche sus orgasmos, o al menos eso espero.

Después de asegurarme de que mi tocaya no esté cerca, abro la nevera y me preparo un sándwich. Sí, comer parece una buena idea ya que no tengo ningún derecho de patear traseros, así que hago un sándwich club relleno con lo que encuentro, luego cierro la puerta de la nevera con el pie mientras sostengo la cerveza con la barbilla, en una mano el sándwich y en la otra un paquete de helado de chocolate.

Estoy mordiendo mi último pedazo de sándwich cuando veo a una chica con la camisa que Gideon llevaba en la Fiesta, con los muslos al descubierto y los pies descalzos, buscando algo para reponer su energía después de todas las calorías que ha quemado.

«¿Necesitas algo?», pregunto relajada en el sofá.

«En realidad... ¿Autumn?»

«¿Ruby?», me levanto de un salto, derramando la cerveza que sostenía en la mano sobre la alfombra blanca, pero me ocuparé de eso después, definitivamente.

Ruby encoge los hombros, cruzándose la camisa con los brazos en el pecho.

«No... yo no sabía que estabas aquí, si no...»

«Si no, ¿qué? Fuiste la primera en saber por qué me fui y ¿cómo lo dijiste? Ah, sí: 'No olvides que tienes una hermana Theta siempre lista para ayudarte'. Sí, ayudarme a meterme con mi exnovio», grito.

«Autumn, desapareciste y han pasado cinco años. ¿Te das cuenta?»

«¿Y tú te das cuenta de que eras la última persona que pensé que estaría en la cama con Gid?», le hago notar sosteniendo su mirada, que no está para nada avergonzada, al contrario,

parece casi satisfecha.

Menuda hermandad.

«Lamento que hayas tenido que enterarte de esta manera, pero explícame, ¿por qué estás aquí?».

«No es asunto tuyo».

«Creo que sí lo es», replica, acercándose con una sonrisa malévola que le arruga los labios, «desde que vives en la casa de mi chico».

¿Su qué?

Está bluffeando. Sé reconocer un farol, nací y crecí en un Casino, y ella solo está jugando con mi paciencia.

«Bueno, entonces dime, ¿por qué no sabías que tu chico necesita de mí para limpiar su imagen? ¿No lees los periódicos?», digo golpeando nerviosamente la planta de mi pie en el suelo.

«Sí, estaba al tanto de todo eso, excepto que la chica en cuestión eras tú, y no tuve tiempo de leer los periódicos porque estaba fuera de la ciudad por trabajo», replica, en absoluto perturbada por mi presencia, como si no pudiera ser una amenaza de ninguna manera.

«Explícame por qué él necesitaría de mí si ya te tiene a ti», replico, tratando de entender toda esta absurda situación. «Porque si mi hermano Turner supiera de nosotros, se volvería loco, y por ahora preferimos que nuestra historia permanezca en secreto. ¿Sabes guardar un secreto, ¿verdad? Después de todo, me lo debes».

¿Me está chantajeando? No puedo creer que sea ella, la que está al tanto de todo lo que he tenido que hacer para asegurar que Gideon tenga un futuro, la que está exigiendo esto de mí.

«¿Qué te debe, pequeña?», Gid baja las escaleras llevando solo pantalones de baloncesto, se acerca a Ruby, la rodea con un brazo y le da un beso en la frente. «No creo que necesitemos presentaciones, ¿verdad?», agrega, permitiendo que sus ojos me recorran como lava hirviendo.

«Voy a dormir, buenas noches», digo, renunciando a jugar su juego.

Solo cuando cierro la puerta a mis espaldas, me deslizo contra ella, con las rodillas pegadas al pecho, mientras lágrimas silenciosas surcan mi rostro. No pensé que sería tan difícil. No pensé que me dolería tanto. No imaginé que todavía podría tener mi vida en sus manos, las únicas a las que le permití sostener mi corazón.

A la mañana siguiente, me despierto temprano, y después de una ducha y vestirme para mi primer día de trabajo, recojo mi cabello en una coleta alta y bajo a la cocina para el desayuno. Gideon está sentado en la mesa leyendo el periódico y no hay rastro de Ruby.

«¿Dormiste bien? Espero que Ruby y yo no te hayamos molestado demasiado», comenta divertido.

«Me desplomé como una piedra», digo mientras sirvo café caliente en la taza. Siempre he sido una jugadora perfecta y es exactamente lo que tengo la intención de hacer. ¿Quiere castigarme? Bien, me lo merezco. ¿Cree que me pondré a llorar de desesperación? Está muy equivocado, no le daré esa satisfacción. ¿Decidió burlarse de mí buscando una reacción? No la obtendrá.

«Bien, entonces solo nos queda ir al campo», exclama mirándome de arriba abajo; admito que los leggings negros ajustados con mi micro-top ciertamente no pasan desapercibidos, pero eso es precisamente lo que quiero.

Una vez en la sede donde el equipo se entrenará, me uno a los otros miembros del personal para repasar sus pautas de entrenamiento y preparación. Estoy concentrada, decidida y estoy dispuesta a dar lo mejor de mí.

«Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?», pregunta Nathan Adams, el otro preparador físico del equipo.

«Creo que la defensa necesita fortalecerse», explico refiriéndome a los últimos partidos que jugaron, «y nuestro quarterback debe dar ejemplo, entrenando el doble que los demás», agrego. Quiero que regrese a casa arrastrándose debido a los dolores musculares y que ni siquiera pueda levantar un brazo para comer.

«Estoy de acuerdo», concuerda el entrenador Douglas.

«Bien, hagamos algunos cambios en los entrenamientos y unámonos a los chicos», concluyo, y luego, después de unos buenos treinta minutos, estamos en el campo donde los chicos se están calentando. El entrenador los reúne en el centro del césped, Nathan y yo nos unimos a él mientras no escapo las miradas de aprobación de algunos de ellos.

«Este será el nuevo plan de entrenamiento», dice Douglas, pasando hojas a los jugadores.

«Es el doble de entrenamientos de los que usualmente hacemos», se queja inmediatamente Nelson, uno de los Running Back recién adquiridos por los Giants.

«¿Quieren que este equipo gane?», les pregunto. «Entonces tendrán que dar el doble de lo que dieron en la temporada pasada, porque los otros equipos también lo harán para vencerlos», les recuerdo.

No sabe cuánto está equivocada.

Nathan y yo nos posicionamos en el borde del campo, junto con otros preparadores físicos, para cronometrar a los chicos en las carreras de velocidad; en total somos cinco y, sorprendentemente, soy la única mujer.

«Debes ser una fan de los The Patriots, he oído que eres de Boston», comenta Nathan: alto, pelo rubio y ojos azules; el clásico californiano que podrías confundir con un surfista.

«Así es, agregaría apasionada, pero estoy aquí ahora, y solo me preocuparé por este equipo», especifico, y de inmediato queda claro que está tratando de entablar una conversación. ¿Por qué no? En definitiva, sería descortés no darle cuerda para hacerlo.

«Es extraño que un preparador físico esté con un jugador del mismo equipo que entrena».

Ahí está la frase que estaba esperando.

«Lo sería si fuera cierto, pero no lo es. Gid y yo estuvimos juntos en la universidad, pero ahora solo somos amigos; lo estoy ayudando a limpiar su reputación, eso es todo», detengo el cronómetro cuando Nelson se detiene. «¿Por casualidad necesitas una almohada? Vamos, levanta ese trasero y vuelve a correr», ordeno al Running Back.

«Vaya, ¿pero en verdad sabes lo que haces?», comenta Nathan divertido.

«No quiero que piensen que pueden burlarse de mí solo porque tengo una vagina», replico tomando notas, luego me vuelvo hacia los chicos y miro a Gideon, quien me lanza una mirada fulminante, tan decidida a no escatimarme. «Disculpa por mi expresión», añado apoyando una mano en el brazo de Nathan, quien me sonríe cálidamente como si acabara de darle acceso libre a mis bragas, que, por cierto, olvidé ponerme para esta ocasión.

«¡Autumn!», truena Gideon corriendo hacia mí, sus anchos hombros que, con cada movimiento, parecen cortar el aire circundante.

«Soy Rivers cuando estamos en el campo», le recuerdo. Gideon lanza una mirada a Nathan, quien decide moverse para seguir a otro jugador.

«Está intentando algo contigo, ¿es posible que no te des cuenta?», casi me reprende, como si le importara algo.

«¿Y qué? Soy adulta y sé cuidarme».

«Sí, pero también eres mi chica, no lo olvides».

«Por fingir, Brooks, solo por fingir, no lo olvides tú», replico pasándolo, pero él me agarra del brazo, deteniéndome junto a su poderoso cuerpo.

«No llevas bragas y ¿sabes qué significa eso?».

«¿Qu... qué?», pregunto sintiendo que mi voz falla.

«Que me estás enojando. Mucho», enfatiza, y luego me suelta mientras demasiadas preguntas comienzan a llenar mi mente. Preguntas para las cuales no sé si estoy lista para conocer las respuestas.

No sé si lo está mi corazón.

Capítulo 21

Gideon

SCRIMMAGE

La Línea de Scrimmage, en el fútbol americano, es una línea imaginaria que cruza el campo en su lado corto y que no puede ser cruzada antes de que la acción comience; es la misma línea que Autumn y yo pusimos en práctica durante nuestra convivencia forzada.

Forzada por mí, por supuesto.

Después de la primera semana, ambos decidimos que, para evitar caer en análisis, tal vez era necesario establecer reglas; reglas que romperé cada vez que quiera. Sólo otra forma estúpida de molestarla.

Después de todo, ¿por qué no debería hacerlo? Ella lo hace constantemente.

«Estoy aquí, este es mi horario en la cocina», declara mientras se prepara la cena.

«Lo sé, pero tenía sed. ¿No querrás que me deshidrate, ¿verdad?», replico, abriendo los brazos como si estuviera ofendido.

«¿Sinceramente?»

«No, no quiero saberlo, de todos modos, me lo imagino», digo mientras abro la nevera para tomar una cerveza fría, la destapo contra la encimera de mármol y la llevo a mis labios.

No pasa desapercibido cómo me mira de reojo mientras estoy apoyado contra el fregadero con el torso desnudo y una sonrisa divertida.

«Tomaste tu cerveza, ahora puedes volver arriba», casi ordena.

Me volteo en su dirección, presionando la palma de mi mano libre contra el armario negro brillante, inclinándome hacia ella.

«¿Tienes miedo de seguir distrayéndote, bombón?», la provoco, mientras ella intenta mantener la compostura.

«¿Distrayéndome de qué? Estoy rodeada todos los días de jugadores de fútbol americano musculosos, muchos de los cuales, debo admitir, tienen unos traseros bastante lindos», replica con una sonrisa victoriosa en los labios y yo, sin darme cuenta, aprieto los dientes solo al pensar en que alguno de ellos pueda mirarla de manera sugerente.

«Recuerda que cada uno de ellos sabe que eres mi novia», le recuerdo por millonésima vez.

«Y tú nunca podrás controlar mis fantasías».

No quiero escuchar más, termino mi último trago de cerveza y regreso a mi habitación después de arrojar la botellita en la basura, pero antes de hacerlo, distraídamente abro la puerta del jardín para dejar entrar a mi cachorrita.

Estoy a medio camino de las escaleras cuando escucho a Autumn gritar, la que no tiene pelo y no es nada amigable conmigo.

«¿Qué está pasando?», pregunto mientras estallo en una carcajada estruendosa al ver a Autumn, esta vez la peluda, mordiendo y tirando del dobladillo de los pantalones de mi insoportable compañera de cuarto.

«No te quedes ahí como un idiota, ¡ayúdame!»

«Ni siquiera lo estoy considerando. Será mejor que se lleven bien; no puedo dejarla afuera para dormir siempre».

«¿Qué?»

«Gana terreno, debo salir», la corto así y me alejo, seguro de que la pequeña Autumn nunca sería capaz de lastimarla; de hecho, estoy bastante seguro de que eventualmente se llevarán bien.

Después de media hora, cuando bajo a la sala de estar, encuentro a Autumn sentada en la mesa con las piernas cruzadas, cenando.

«Espero que te estés divirtiendo», comenta mirando a su alrededor, como si en cualquier momento la perrita pudiera saltarle encima.

«Sí, no puedo negarlo», digo. «Autumn, vamos, ve a tu lugar».

«Estabas ansioso por decirlo, ¿verdad?».

«Me conoces bien, pero quizás no lo suficiente», replico antes de tomar las llaves de mi auto para encontrarme con Ruby en una suite en el hotel The West Hollywood.

Ella dijo que necesitaba hablar conmigo y sé perfectamente que el tema será Autumn y su presencia en mi casa.

Ni siquiera sé cómo comenzó nuestra relación, en realidad sí, lo recuerdo muy bien; Ruby apareció en mi casa y me sorprendió verla, pero sobre todo me sorprendió que estuviera coqueteando conmigo.

Terminamos en la cama después de la segunda copa de vino blanco, y me arrepentí de inmediato, pero lamentablemente ella no compartía mi opinión. Al contrario, quería seguir viéndonos, y aunque su compañía no estaba mal, la idea de traicionar a mi mejor amigo me atormentaba, aunque tal vez no lo suficiente, ya que ha pasado casi un año desde nuestro primer encuentro.

Esperaba algo así como amigos con beneficios.

En cambio, me encontré escuchando las palabras «compromiso, matrimonio e hijos», todas en la misma frase.

Ese día evité decirle que nunca obtendría eso de mí; era su cumpleaños y no quería arruinarlo. Pero ahora, con la excusa del regreso de Autumn, creo que es apropiado aclarar las cosas de una vez por todas.

Estaciono en la parte trasera del hotel, asegurándome de que no haya paparazzi cerca, llamo a Ruby y poco después, un camarero me abre la puerta de servicio y me deja entrar.

Llego al ascensor y diez pisos después, camino por el pasillo hacia su suite.

Golpeo la puerta y cuando Ruby la abre, solo lleva puesto un babydoll blanco que no deja mucho a la imaginación.

«Te estaba esperando», comenta seductora, rodeando sus brazos alrededor de mi cuello para que entre en la habitación, la levanto medio en el aire sosteniéndola por las muñecas.

«Dijiste que necesitabas hablar y que era importante», le recuerdo, mientras ella arquea las cejas con una mirada indignada.

«Pensé que te gustaría una pequeña sorpresa», replica mientras se sirve una bebida.

«Sabes muy bien que no puedo ser visto con otras chicas».

«Oh, claro, olvidé: Autumn Rivers», dice en tono histérico.

«Escucha, sé que no hemos hablado de ello, pero recuerda que solo es una fachada para mi imagen; solo aproveché la oportunidad cuando supe que se uniría a los Rams como preparadora física».

«Claro, aprovechaste la oportunidad de tenerla siempre por aquí en casa», responde molesta, luego coloca la copa en la mesa y cruza los brazos sobre el pecho. «¿Todavía estás enamorado de ella?».

Nunca la he olvidado.

«No, me importa un carajo».

«¿No deseas tenerla solo para ti otra vez?».

Cada maldito instante del día.

«No, puedo tener a quien quiera, ¿por qué precisamente ella?».

«Así que, si ella sale con alguien más o tiene otra relación, ¿no te molestaría?».

Me mataría por segunda vez.

«Puede hacer lo que quiera, pero solo después de que mi imagen esté en claro y nuestras vidas se hayan separado», respondo mientras me sirvo una bebida, porque necesito silenciar el deseo, el miedo y los recuerdos de nosotros que continúan atormentándome.

«Bien, eso es suficiente y.…», dice mientras desliza sus uñas rojas por el tejido de mi camiseta, «me basta con ser la única chica que puedas tener», añade antes de elevarse de puntillas para darme un beso.

Uno de esos que no sabe a algodón de azúcar.

Que no me envía escalofríos por la espalda.

De aquellos que no tienen el sabor de la perdición.

«Ahora creo que debo irme», digo, haciéndola enojar.

«La otra noche parecía que no tenías suficiente de mí, ¿y ahora qué pasa?».

Lo que pasa es que en ese momento no estaba pensando en ti.

Lo que pasa es que solo veo a ella.

Lo que pasa es que no puedo tocarte sin desear un cuerpo que no sea el suyo.

«Estoy cansado», miento, dándole un beso en la frente. «Tenemos el partido contra los Giants», añado, fingiendo un bostezo.

Ruby no parece del todo convencida, pero al final cede a mis palabras; me abraza fuerte y me despide, prometiéndome que la llamaré al día siguiente.

A lo largo del camino a casa, no puedo mantenerme lúcido, como si mi pasado, nuestro pasado, me estuviera tragando en las profundidades más oscuras.

Me detengo al costado de la carretera, salgo del auto, me quito los zapatos y comienzo a caminar por la playa de Santa Mónica, mientras saco el teléfono celular del bolsillo y llamo a mi hermano.

«¿Todo bien?», pregunta de inmediato.

«No, no está bien en absoluto», admito.

«Supongo que se trata de Autumn», comenta Maddox al otro lado del teléfono.

Siempre se trató de ella.

Para bien o para mal, ella ha sido mi amanecer y mi atardecer.

La noche estrellada, pero también la más oscura y sombría.

El arco iris que coloreó mi existencia y también la que hizo que viera todo en blanco y negro.

«Pensé que sería más fácil», confieso.

«Fingir que no te importaba», alude Maddox.

«Sí».

«¿Y no es así?».

«No, porque ella es capaz de absorber todo lo que me rodea, es capaz de trastornar mis equilibrios y es capaz de verme de verdad», encuentro el coraje para decir.

«¿Por qué no hablan y ya está?», sugiere, pero quisiera que fuera tan simple sentarme con ella en una mesa, preguntarle por qué desapareció y aceptar su respuesta. Pero sé que nada puede borrar el dolor gratuito que me causó.

Nada puede aliviar mis heridas, que todavía siento sangrar.

Nada puede silenciar todas mis dudas.

«Porque prefiero no saberlo».

Tengo miedo.

Soy un maldito cobarde.

La he escuchado pronunciar un «te amo», lo que dejó que mi corazón sintiera.

No puedo conocer lo que esconde en su vida.

No puedo permitir que me destruya otra vez.

Saludo a Maddox y regreso a mi auto para dirigirme a casa, solo que cuando llego, me doy cuenta de que un auto está estacionado justo al lado.

Un maldito auto que conozco como la palma de mi mano.

Nathan.

Maldito idiota.

Furioso, estaciono dentro de mi propiedad, salgo del auto y cuando abro la puerta de entrada, los encuentro a ambos sentados en el sofá bebiendo mi reserva de vino fino y riendo como si nada.

Aclaro mi garganta para llamar su atención.

«Gideon, perdona la intrusión», se disculpa Nathan, como si me importara, como si no supiera que su único propósito es meterse en sus bragas.

«No sabía que pasarías», digo sorprendido, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en Autumn, sentada en el sofá con un ligero vestido de algodón blanco, las piernas dobladas bajo ella y una copa de champán entre las manos, mientras el cabello le acaricia los hombros y cae por su espalda.

«Olvidé decírtelo. Mira, Nathan sabe de nuestro acuerdo secreto», explica ella, como si eso fuera suficiente para que aceptara verla en compañía de otro hombre en mi casa.

«Bien, pero creo que es hora de despedirnos por ahora, estoy muy cansado y quiero descansar», digo sin preocuparme por ser descortés, en este momento es lo último en lo que pienso.

«¡Gideon!», casi encuentra el valor para reprenderme, Autumn.

«Tiene razón, se ha hecho tarde», concuerda el maldito californiano. «Nos vemos mañana», agrega, mientras yo le abro la puerta, conteniéndome de patearle el trasero.

«Has sido realmente grosero y descortés», exclama Autumn tan pronto como estamos solos.

«¿Tú crees? Disculpa si no me emociona encontrar extraños en mi casa», replico mientras ella se dirige a la cocina para dejar los vasos en el fregadero y yo la sigo.

«No puedes esperar que, si tú sales, yo me quede aquí encerrada como Rapunzel», sentencia.

«¿Y quién diablos es Rapunzel?», pregunto.

«Olvídalo», responde levantando las manos en el aire. «Estoy cansada, me voy a dormir». La veo subir las escaleras y no puedo, no me contengo.

«¿Por qué estaba aquí?», pregunto, sabiendo que no tengo derecho alguno; fui yo quien la encerró y no le dejé elección, así como ella lo hizo conmigo hace cinco años.

«¿Por qué estoy aquí?», pregunta a su vez.

Porque no querría que estuvieras en ningún otro lugar.

«Tú lo sabes», simplemente digo, reteniendo todas esas palabras que emergen como si el tiempo entre nosotros se hubiera condensado, como si estos años no hubieran sido los peores de mi existencia.

«Por supuesto, por tu imagen», comenta exasperada.

No, no es por eso, siempre has sido tú, tú y nadie más.

«Entonces, ¿por qué sigues insistiendo en quedarte?», pregunto, dejando que mi mirada

vagabundee sobre ella, sobre la piel expuesta de sus piernas, sobre su rostro sin maquillaje y perfecto tal como es, natural y fresco, y en esa mirada que me ha cautivado sin dejarme libre.

«Porque no me dejaste otra opción», replica con cierta vergüenza mientras se encoge de hombros.

«¡Tonterías!», digo avanzando hacia ella, un escalón a la vez. «¿Sabes por qué estás aquí?», digo tan pronto como mi aliento puede mezclarse con el suyo.

«¿Por qué?», su voz tiembla.

«Porque es lo que deseas».

Es lo que deseo.

Nuestras miradas se encuentran en un tiempo que no puedo cuantificar y así permanecemos.

Suspendidos.

Atrapados.

Prisioneros de nuestros sentimientos.

Antes de que ella me dé la espalda una vez más y huya de mí, cerrándose en su habitación.

Sonrío amargamente, me detengo frente a la puerta de su habitación con la mano en el aire, lista para entrar, para gritarle todo lo que he pasado, cuando la escucho sollozar y sus manos se aprietan en dos puños.

Maldición.

Capítulo 22

Autumn

REUNIÓN

«¡Ya voy! ¡Ya voy!» Grito mientras bajo las escaleras, aunque obviamente, quien esté tocando el timbre de entrada no puede escucharme, pequeño detalle. «¿Sí?», respondo en el intercomunicador.

«¿Quieres abrirnos o prefieres que nos quedemos afuera?»

No puedo creerlo, salto como una niña en la mañana de Navidad; descalza, corro hacia ellos mientras la puerta se abre y Addison y Maddox entran al camino.

«¿Qué hacen aquí?», pregunto mientras salto al cuello de mi mejor amiga, luego abrazo también a su novio, es decir, el hermano de mi ex.

¿No parece una telenovela encantadora?

«Hemos venido a ver el primer partido de la temporada», responde Maddox.

«Genial», comento realmente emocionada, al menos en su presencia, Gideon dejará de atormentarme, o al menos eso espero.

«Eh, pequeñita, ven aquí», dice Maddox agachándose sobre sus rodillas, mientras mi homónima peluda corre hacia él.

Esa pequeña bastarda solo me detesta a mí.

«Trata de mantenerla lejos de mí», le advierto.

«¿Cómo puedes tener miedo de un cachorro tan pequeño?», replica Addison, acariciándole la cabeza.

«Sabes que siempre le he tenido miedo a los perros», me justifico con los brazos cruzados sobre el pecho.

«Sí, pero pensé que solo a los que realmente imponen miedo», especifica mi amiga.

«Te juro que no es tan buena y dócil como parece», comento en mi defensa, mientras la pelusa, como si entendiera que estoy hablando mal de ella, me mira mostrándome los dientes.

Finalmente, Maddox decide soltar a la cachorrita para que todos podamos entrar a la casa; por supuesto, ambos están al tanto de la pequeña broma que me gastó Gideon; así que no hacen preguntas incómodas sobre mi presencia aquí. Incluso evitan preguntarme cómo me siento, porque creo que temen que pueda estallar en cualquier momento, en todos los sentidos.

«¿Dónde está el legendario?», pregunta Maddox.

Quizás esté teniendo una rápida sesión con su chica.

Odio cómo me siento.

Odio que ciertas emociones tengan el control total de mi vida.

Que él lo tenga.

«¡Aquí estamos!» Exclama Gideon entrando por la puerta trasera de la cocina con una caja de donas en las manos. «Pensé que sería más rápido», agrega.

«¿Sabías que vendrían?», pregunto señalándolos.

«Por supuesto.»

«Y, ¿por qué demonios no me lo dijiste?», replico con las manos en las caderas.

«Debió pasárseme por alto», dice el idiota, abriendo la caja para tomar una dona y

ofrecérselas a los demás. Todos, excepto yo.

«Quería sorprenderte», interviene mi mejor amiga, pero estoy casi segura de que también ella es solo una víctima de este plan diabólico ideado por Gideon.

Realmente estaría curiosa por saber qué tiene en mente.

Todos nos sentamos alrededor de la mesa y Gideon le cuenta a Maddox sobre el partido contra los New England Patriots de Boston; Addison hace algunos comentarios al respecto, advirtiéndole que se sentará en la tribuna del equipo contrario, pero cuando Gideon le promete un autógrafo y una foto con el quarterback del equipo, llegan a un compromiso.

«Tengo que arreglar algunas cosas», dice Addison, refiriéndose a su equipaje.

«Ven, te acompañaré a la habitación de invitados», Gideon la invita a seguirlo por las escaleras, mientras yo retiro las tazas de la mesa y las coloco en el lavavajillas, después haré como si fuera a mi habitación para prepararme. No tengo ninguna intención de quedarme a solas con el hermano mayor de los Brooks.

Por supuesto, él tiene otros planes.

«¿Te gustaría dar un paseo por la playa?», propone Maddox.

«¿En la playa? ¿Ahora?»

«Sí, Autumn, ahora», replica dirigiéndose hacia la puerta de la cocina que da al jardín, luego se voltea por encima de un hombro, esperando a que lo siga.

Como si me hubiera dejado otra opción.

Recorremos el pequeño sendero que conduce a la playa en total silencio y llegamos a la orilla; Maddox se quita los zapatos y yo hago lo mismo, luego caminamos por la orilla con el agua que, ola tras ola, nos rodea los tobillos.

«¿Por qué regresaste?», exclama rompiendo ese agotador silencio entre nosotros.

Maddox no conoce la razón por la cual, hace cinco años, desaparecí en la nada; le pedí mucho a mi mejor amiga, suplicándole que no se lo dijera.

«He recibido una oferta de trabajo y aquí estoy, solo que no pensé que tu hermano me enredaría en todo esto», explico encogiéndome de hombros.

«Autumn, ¿por qué has regresado?», repite casi como una amenaza, deteniéndose en sus pasos y volviéndose hacia mí.

«Estaba convencida de que podría arreglar las cosas», admito.

«Podrías empezar por decirme por qué desapareciste de esa manera».

«Esas son respuestas que algún día solo tendré que darle a tu hermano», le hago notar, retomando la marcha.

«No quiero que arruines su vida de nuevo», dice en tono duro y esta vez soy yo quien se detiene.

«¿Crees que fue fácil para mí? ¿Crees que la pasé bien? ¿Que no pasé noches en vela tentada de llamarlo? ¿Y sabes por qué no lo hice?», no espero a que responda, no me importa lo que tenga que decir. «Porque no quería arruinar su futuro», le doy la espalda, recojo mis zapatos de la arena y corro hacia la villa.

Cuando entro en la casa, subo corriendo las escaleras, ignorando a Addison que me llama, cierro la puerta detrás de mí, exhausta.

Consumida.

Con un agujero en el pecho.

Me siento en la cama, tomo el celular y empiezo a desplazarme por algunas fotos, hasta encontrar aquellas en las que él y yo estábamos en Brown. Nunca tuve el coraje de borrarlas.

De borrarlo de mi vida.

«¿Puedo?», pregunta mi mejor amiga asomándose por la puerta entreabierta. «¿Mad te tendió una emboscada?», quiere saber al alcanzarme después de que le hago señas para que entre.

«Sí, y tiene todas las razones del mundo para estar enojado conmigo», admito apretando una almohada contra mi pecho, mientras ella se sienta a mi lado. «Sabes que traté de arreglar todo hace mucho tiempo, pero siempre hubo algo que me lo impidió, como si el destino me enviara señales bastante claras», agrego conteniendo a duras penas las lágrimas.

«Y ahora que vives aquí con él, ¿qué te lo impide?», pregunta.

«El odio que siente por mí, la rabia que sembré en su corazón y el miedo de que nunca me perdone de verdad», confieso, mientras todos esos miedos se abren más espacio dentro de mí.

«En algún momento tendrás que explicarle todo, Autumn; ahora estás aquí y podría descubrirlo por sí mismo».

Solo el pensamiento me paraliza, pero sé que Addison tiene razón; además, no debo olvidarme de Ruby, no puedo confiar en ella.

«Encontraré la manera», le prometo.

Cuando regresamos a la sala de estar, no me sorprende encontrar a Ruby sentada en las rodillas de Gideon, porque desde que vivo aquí, casi se ha mudado para marcar mejor su territorio.

«¿Y quién es ella?», Addison murmura sin hacerse notar, con una sonrisa falsa pegada en los labios.

«Ah, ¿no lo sabes? Es la novia de Gideon», respondo.

«Oh...», es lo único que le sale de la boca antes de presentarse ante la «bruja», mientras tomo mi bolso de encima del mueble.

«¿A dónde vas?», pregunta Gid mientras observo su pulgar acariciando la piel expuesta del costado de Ruby.

«Tengo una reunión con los otros preparadores, estaré de regreso para el almuerzo, tal vez», respondo, luego le guiño el ojo a mi mejor amiga y salgo, encontrando a Nathan esperándome estacionado frente a la puerta principal.

Lo saludo y juntos nos dirigimos a la sede central de los Rams, donde hemos decidido reunirnos con todo el personal antes del partido, para revisar el plan de entrenamiento y hacer un balance, tratando de entender si llevará al resultado esperado.

Los jugadores solo pueden rendir al máximo en el campo si tienen una excelente preparación detrás, en eso se basa mi trabajo.

Al final, no me gradué en historia del arte y decepcioné a mis padres, que ya me imaginaban como una exitosa galerista en el corazón de Manhattan.

Seguí mi pasión, lo que me hace sentir viva y feliz de lo que hago cada minuto de mi vida.

«¿Qué piensas de los chicos?», me pregunta Nathan en el camino.

«Que algunos de ellos no deberían darlo todo por sentado», respondo. Muchos de ellos, solo porque están en la National Football League, creen que lo han logrado, pero aún no han entendido que todo comienza justo ahora.

Los diferentes equipos de las dos conferencias están siempre listos para hacer nuevos fichajes para hacer su equipo imbatible, porque todos son útiles, pero nadie es indispensable.

Durante el Draft, podrían ser reemplazados en un abrir y cerrar de ojos y encontrarse vendiendo hamburguesas en McDonald's, lo cual no tengo nada en contra, pero si aspiras a ser «el jugador» y no «un jugador», debes marcar la diferencia en el campo.

Ese es nuestro papel, prepararlos al máximo llevándolos más allá de sus límites, con la conciencia de que siempre pueden dar más, porque lo máximo nunca es suficiente, no en la NFL.

«Estoy de acuerdo», concuerda Nathan estacionando el auto a lo largo de la costa.

«¿Qué estamos haciendo aquí?», pregunto.

«¿Alguna vez has surfeado?»

«Tuvimos una reunión», le recuerdo, pero él se voltea hacia mí, extendiendo el brazo más allá del respaldo del asiento detrás de mí.

«¿Y si te dijera que te mentí solo para traerte aquí?», replica sonriéndome, con una expresión astuta en su rostro.

«Yo... yo no creo que sea una buena idea».

«Solo unos cuantos chapuzones y luego te llevo de regreso a casa, lo prometo», dice haciendo el signo de la cruz en su pecho.

No puedo negar que el aroma del océano no sea tentador y que, tal vez, tomarme un descanso y desconectar mi mente de todo, especialmente de Gideon Brooks, no sea una mala idea.

«Solo un par», aclaro, Nathan asiente y salimos del auto, lástima que no tenga el traje de baño conmigo. «Creo que tengo un problema», agrego señalando mi atuendo deportivo.

«No es nada que la tienda al comienzo de la playa no pueda resolver», comenta guiñándome un ojo.

Lo sigo y antes de dirigirnos a la playa, me detengo en la pequeña boutique justo junto al mar, donde compro un cómodo bikini, luego nos dirigimos a la orilla para alquilar dos tablas de surf.

«¿Prometes que no te reirás?», digo, porque ni siquiera sé cómo sentarme en esta cosa, pero al final lo logro, obviamente después de caer al agua unas diez veces.

Me acuesto sobre la tabla como Nathan me explicó y con amplias brazadas seguimos la primera ola, pero no tengo la agilidad para ponerme de pie y montarla, más bien es ella la que me monta a mí.

Salgo a la superficie después de tragar un poco de agua salada, me echo el pelo hacia atrás y lo miro tomar con seguridad la siguiente ola, con un toque de locura y la dosis justa de sex appeal.

«Entonces, ¿qué te parece?», pregunta.

«¿Sinceramente?»

«Por supuesto.»

«Definitivamente soy pésima», admito y él estalla en risas. Regresamos a la orilla, Nathan extiende una toalla grande en la arena que tenía en el maletero y después de comprar dos hot dogs en un quiosco cercano, se sienta a mi lado y me ofrece uno.

«Espero que al menos hayas disfrutado», dice dando un bocado.

«Sí, aún no había tenido un baño en el Pacífico», confieso. «Pero ¿por qué me mentiste?».

«Porque nunca habrías aceptado salir conmigo».

«Así que eso es lo que haces, ¿verdad? Engañas a las chicas llevándolas a una cita de la que no tienen idea», lo bromeo y él entra en el juego.

«Más o menos».

«Gracias», digo sinceramente, necesitaba desconectar de todo lo que sigo arrastrando.

«Espero que podamos hacerlo de nuevo», responde mirándome con sus intensos ojos azules, cualquier chica se habría derretido ante esa mirada y seguramente no habría dicho «no» como respuesta, pero yo no soy una de esas chicas.

«Pienso que deberíamos ser solo buenos amigos y colegas de trabajo», explico con cierta vergüenza esperando no ser descortés.

«Lástima», es todo lo que dice.

«Mi vida está complicada en este momento y.… y mi corazón todavía está ocupado», confieso más para mí misma que para él.

«He recibido el mensaje, buenos amigos y colegas», repite fingiendo un saludo militar que me hace sonreír.

Cuando me lleva de regreso a casa, encuentro a Gideon en el jardín con Maddox preparando la barbacoa.

«¿Qué haces? Tenemos un partido», le recuerdo a Gideon, quien apenas me mira a la cara.

«Si realmente hubieras tenido una reunión con el personal, sabrías que se pospuso para mañana por la noche, porque el vuelo desde Boston fue cancelado debido a las malas condiciones climáticas», explica.

Abro la boca para decir algo, pero no logro emitir ni un aliento.

Entro en la casa, donde encuentro a Addison charlando y bebiendo vino con Ruby.

Claro, qué tonta, me olvidé por un momento de su existencia. Debo dejar de soñar despierta.

«¿Quieres algo de beber?», me pregunta la tonta en cuanto se da cuenta de mi presencia.

«No, gracias, voy a darme una ducha», le sonrío a mi mejor amiga y me dirijo a mi habitación.

Estoy debajo de la ducha cuando la puerta de cristal se abre de golpe, tomándome por sorpresa.

«¡Gideon!», grito tratando en vano de cubrirme. «Estoy desnuda», agrego, aunque esto es bastante obvio. ¿Quién se ducha vestido?

«Lo veo», comenta, dejando que sus ojos me recorran de arriba abajo y yo me quedo allí, sintiendo el calor de su mirada que ha estado guardada solo en mis sueños más prohibidos.

«¿Podrías dejarme en paz?», digo intentando cerrar la puerta de la ducha, pero él me lo impide.

«Me gustaría, pero sabes, simplemente no puedo», admite sacudiendo la cabeza y frotándose la barbilla, mientras con la punta de la lengua humedece su labio inferior, «¿y sabes por qué?».

Me encuentro tragando con dificultad mientras niego con la cabeza en señal de desaprobación, al mismo tiempo que él entra a la ducha vestido; el agua lo empapa de pies a cabeza y él, con un gesto que tensa los músculos de su antebrazo tatuado, se echa hacia atrás el cabello mojado. «Porque estoy maldita, jodida y perdidamente enojado contigo», dice mientras mi cuerpo está completamente presionado contra la pared de azulejos.

«¿Por qué?», le pregunto provocándolo, como si estuviéramos jugando al gato y al ratón, y en este momento, solo quiero ser su presa.

«Porque saliste con Nathan y, mierda... mierda, Autumn, no lo soporto», confiesa presionando posesivamente su frente contra la mía.

En un gesto automático, las palmas de mis manos presionan contra la camisa mojada que se adhiere perfectamente a sus musculosos brazos, sin dejar espacio a la imaginación.

«Tú estás con Ruby ahora», le recuerdo y sus ojos, que se encuentran con los míos con autoridad, están llenos de un conjunto de emociones contradictorias.

«¿Quieres saber qué hago cuando me la follo?», pregunta descarado, esbozando una sonrisa que arruga sus labios mientras sus manos están a ambos lados de mi cabeza.

«Sí», respondo atrevida, aunque solo pensar en ellos dos juntos me consume día tras día, pero tal vez esta sea mi condena.

El famoso Karma que devuelve todo al remitente.

«¿Estás segura?», pregunta nuevamente, rozando el lóbulo de mi oreja con sus labios; asiento y él permanece allí, con su mejilla rozando la mía. «Pienso en ti mientras estoy dentro de ella,

imagino tenerte debajo de mí y que seas tú la que me rasgue la espalda, imagino que es tu boca la que roza la mía y tu voz la que gime mi nombre. Eso es lo que hago, pastelito».

Se aleja un paso, lanzándome una última mirada *ardiente.*

Peligroso.

Magnético.

Antes de salir y dejarme allí, con el agua que ahora está fría acariciando mi cuerpo, cuando desearía que fueran sus manos las que lo hicieran.

Deseando solo su perdón, para comenzar de nuevo donde lo dejamos, pero cuanto más tiempo pasa, más me doy cuenta de que se vuelve cada vez más difícil tener que decirle la verdad.

Una verdad que podría hacer que ahora me odie aún más.

Capítulo 23

Gideon

UN CORAZÓN EN MIL PEDAZOS

Durante la cena no puedo apartar mis ojos de ella: el cabello recogido en una alta coleta, el vestido ligero de color melocotón acariciando sus curvas sinuosas y esa mirada que me quema por dentro, arruinándome el cerebro.

«¿Escuchaste lo que dije?», interviene Ruby, atrayendo mi atención.

«No, perdón», respondo mientras observo a Autumn charlando con otros miembros del equipo; los invitamos a propósito a esta improvisada barbacoa, así Turner estaría presente y Ruby no tendría la oportunidad de clavarme sus garras.

«Estaba pensando que tal vez es hora de hablar con mi hermano, después de todo, no estamos haciendo nada malo y creo que él aprobaría», explica como si no conociera las tres reglas fundamentales del fútbol: el campo es nuestro reino, los compañeros de equipo son como hermanos y la última, la más importante, las hermanas y exnovias están fuera de límites.

«¿Acaso te volviste loca? Turner ya no me dirigiría la palabra».

«¿De verdad es eso lo que te preocupa, o debo creer que quizás hay algo más?»

«¿De qué demonios estás hablando?»

«De quién sería más apropiado. Me refiero a Autumn, ¿sabes? Desde que está aquí tú... tú has cambiado; pensé que la habías olvidado después de lo que te hizo».

Lo intenté con todas mis fuerzas, pero siempre quedó atrapada en los recuerdos.

Anclada a un corazón que luchaba por dejar de latir por ella.

Flotando en sueños en los que todo era perfecto, nosotros lo éramos.

«No tengo ganas de hablar de esto», corto y me acerco a mi hermano, que está charlando precisamente con Turner, tomo una cerveza helada y la destapo.

«Ve con cuidado, mañana tenemos un partido», me recuerda mi mejor amigo.

Me siento un idiota por haberme metido con su hermana todo este tiempo sin tener nunca las agallas de decírselo.

Turner es como un hermano para mí y fue el único que estuvo a mi lado cuando Autumn me destrozó. ¿Y cómo le devolví el favor? Traicionándolo.

«Lo sé, tranquilo, una cerveza no derribará a tu quarterback», lo tranquilizo, mientras Novak lo agarra del brazo y lo arrastra para luego tirarlo a la piscina.

«¿Te acostaste con su hermana?», exclama mi hermano con desaprobación.

«No fue una de mis mejores elecciones», admito mirando a Ruby que se balancea en su bikini blanco para sumergirse en el jacuzzi.

«¿Y si Turner se entera? ¿Realmente quieres poner en riesgo su amistad por un revolcón?»

«El problema no es ese, ojalá solo se tratara de un revolcón», admito.

«¿De qué demonios estás hablando?»

«Ruby piensa que entre nosotros es algo serio», digo sintiéndome atrapado, porque la conozco y sé que en el momento en que termine con ella, irá corriendo a contarle a Turner todo, destruyendo la amistad con mi mejor amigo.

¿Puedo ser más idiota que esto?

«Tienes que encontrar la manera de salir de esto y rápido», sugiere Maddox preocupado.

«¿Qué pasa? Nunca te había visto así, porque estás llevando a la cama a la chica equivocada», le señalo, mientras él toma un gran sorbo de cerveza y sus ojos se posan en Autumn.

«Arregla esta maldita situación, Gid», repite apoyando la botella vacía en la mesa, luego se aleja y se une a Addison, que está bailando junto a Autumn al borde de la piscina, pero ella se aleja un momento con el celular apretado entre los dedos, y no puedo evitar seguirla.

Doy la vuelta a la casa y entro por la parte trasera sin que ella se dé cuenta, mientras la veo sentada en las escaleras que conducen a los pisos superiores.

«Lo sé, también te extraño», dice. Sus manos se cierran en dos puños mientras siento la rabia fluir por mis venas. «Te lo prometí, después del partido de mañana vuelvo contigo», agrega, y siento el vacío que me absorbe y me arrastra al fondo por segunda vez, una vez de más, que no puedo soportar.

Cuando cuelga la llamada, doy un paso atrás y salgo, llegando a la playa privada, camino mirando la luna reflejada en el océano mientras me pregunto para qué sirve todo esto.

Está claro que tiene a otro, mientras yo sigo haciendo el ridículo solo para castigarla, cuando a ella no le importa una mierda.

Me ha olvidado.

Lo hizo aquella noche cuando desapareció de mi vida.

Y aunque ella todavía está aquí pulsando en mis sienes, para ella soy solo un recuerdo descolorido.

Nada más.

«Gideon?», Me vuelvo y veo a Addison acercarse a mí. «Estaba sacando algo de beber en la cocina y te vi desde la ventana. ¿Estás bien?»

«¿Cómo se llama?», pregunto.

«¿Quién?»

«El chico de Autumn. La escuché hablar por teléfono y no soy estúpido, Addison. Sé que tiene a otro y aunque no debería importarme, esto me está destrozando», admito furioso mientras ella baja la mirada.

«Gid, créeme, no es así».

«¿En serio? Entonces, ¿a quién le dice 'te amo', a quién promete volver a casa pronto? ¿A quién, mierda?», trueno, mientras una sonrisa amarga asoma en mis labios. «Déjalo, de todos modos, sé que nunca me dirías la verdad», me dispongo a irme, pero Addison me detiene sujetándome del brazo.

«¿Confías en mí?»

«¿Qué tiene que ver eso?»

«Responde y ya está».

«Por supuesto, eres como una hermana para mí, lo sabes».

«Entonces, créeme cuando te digo que no tiene a otro, pero no puedo ser yo quien te diga quién es», explica, frunciéndome el ceño por la confusión.

«¡Basta! Todo esto es absurdo, ya no quiero saber nada. ¿Sabes qué? No me importa», miento y vuelvo a la fiesta que organicé decidido a hacerla inolvidable.

Cuando llego al jardín, todos están ocupados bailando y bebiendo, detengo la música atrayendo su atención, aunque alguien protesta por mi gesto. «Mañana jugaremos el primer partido del campeonato, somos los ganadores del Super Bowl y no podemos permitirnos

equivocarnos», digo y mis chicos silban en aprobación a mis palabras. «He reflexionado mucho sobre esta decisión, porque conozco bien las reglas que nos unen como familia, pero espero que tú, mi amigo, puedas entenderme y perdonarme», agrego, acercándome a Ruby, rodeo su cintura con mis brazos y la atraigo hacia mí besándola con una pasión que no existe.

Con un deseo que no enciende ningún fuego indomable.

Con un amor que nunca podrá existir entre nosotros.

Pero solo porque quiero y necesito pasar la página de una vez por todas y quiero hacerlo ahora, mientras ella me mira indefensa y luego escapa.

Y dentro de mí solo tengo la esperanza de que esta vez salga de mi vida para siempre.

Cuando me separo de Ruby, todos aplauden, todos excepto mi mejor amigo, a quien alcanzo antes de que quite las lonas.

«Espera, Turner», intento detenerlo.

«¿Mi hermana, Gideon? ¿Qué demonios estás haciendo, se puede saber?».

«Yo sé que debía habértelo dicho, pero solo estaba esperando el momento adecuado para hacerlo», miento de nuevo.

«El momento adecuado para lanzárselo a Autumn. Joder, hermano, te conozco como la palma de mi mano, sé que todavía estás enamorado de ella. Estuve a tu lado cuando te dejó plantado, estuve ahí cuando intentaste pasar la página y siempre estuve ahí cuando tramaste toda esta historia para que ustedes dos pudieran vivir bajo el mismo techo. ¿Ahora quieres que crea que realmente te importa mi hermana?».

He metido la pata de una manera increíble.

Pero estaba tan fuera de mí y tan cansado de no tener respuestas, que solo deseaba una cosa, cerrar este asunto de una vez por todas, pero a mi manera.

«No... no puedo decirte que estoy enamorado de ella, pero hemos estado saliendo un tiempo. Sé que no querías que sucediera, pero pasó y yo... yo, mierda, realmente estoy tratando de hacer que funcione», intento convencerme a mí mismo de que es así.

Tal vez con Ruby podría tener un futuro que no se desmorone entre mis manos en cualquier momento, porque incluso si eso sucediera, no podría dejar otra vez un agujero en mi alma.

Me esfuerzo por creer que tal vez, al final, realmente lograré olvidar a Autumn de una vez por todas.

Pero yo mismo sé que solo estoy contándome una tonelada de mierda.

«Gid, sabes que eres como un hermano para mí, y sí, estoy enojado contigo por no habérmelo dicho, porque yo te lo hubiera impedido. No porque sea mi hermana, ella es adulta y puede estar con quien quiera, pero eres tú el que está con la persona equivocada y lo sabes bien».

«Autumn tiene a otro, ¿no lo entiendes? Terminó. Intenté olvidarla, pero cuando supe que vendría aquí, a mi equipo, perdí la cabeza. Estaba furioso y quería hacerle pagar, pero como siempre, fue ella quien me rompió de nuevo», confieso. «Perdóname, yo... yo no quería que fuera así», agrego refiriéndome a la escena que acabo de hacer delante de todas las personas a las que no tengo ninguna intención de ver en este momento. Decido dirigirme al anexo, creo que pasaré la noche allí, pero cuando entro, escucho a Ruby hablando con alguien en el dormitorio.

«Sí, todavía no lo puedo creer, hizo pública nuestra relación frente a todo el equipo», comenta haciendo una pequeña pausa, mientras yo sigo detrás de la puerta escuchando su conversación. «No, esa tonta no le dijo nada. Gideon no sabe que tiene una hija de Autumn Rivers».

¿Una hija?

«¿De qué demonios estás hablando?», trueno al abrir la puerta de golpe.

Ruby deja caer el teléfono al suelo de susto.

«Gid, cariño, no sé qué escuchaste, pero créeme...»

«Ruby, deja de decir tonterías, sé lo que escuché. ¿Qué diablos significa que no sé qué tengo una hija de Autumn?», grito avanzando hacia ella, que retrocede en sus pasos.

Eleva las manos en señal de rendición: «Está bien, te explicaré todo», dice.

«Bien, entonces dime todo lo que sabes y asegúrate de no omitir nada, Ruby, no estoy de humor para más tonterías», la advierto.

Ruby comienza a contarme sobre el día en que Autumn descubrió que estaba embarazada, el último día en que la vi antes de que desapareciera sin dejar rastro.

«Intenté disuadirla, pero ella decía que nunca podrías criar a un hijo, porque eras solo un niño», explica.

«¿Tú lo sabías y durante todo este tiempo no me dijiste nada?», trueno llevándome las manos a la cabeza por el peso de esas palabras, que siento presionarme el pecho.

«Solo quise protegerte, ella te dejó sin poder elegir lo que querías hacer. Te negó la posibilidad de criar a tu hija todos estos años», continúa tratando de abrazarme, pero levanto las manos en el aire impidiéndoselo.

«No me toques», le advierto.

«Gid, habría deseado tanto decírtelo, pero...»

«Pero no podías porque sabías que correría hacia ella», le digo bruscamente, dándole la espalda.

«¿A dónde vas?», me grita mientras la ignoro.

Recorro el jardín empujando a algunos de mis compañeros, mientras mi corazón late fuerte en mi pecho.

No veo nada ni a nadie.

Mi hermano intenta detenerme para preguntarme qué pasó, Addison me llama mientras subo los escalones de dos en dos que conducen a su habitación, en la cual entro sin golpear.

«Yo... nosotros... ¿tenemos una hija?», pronuncio con la voz temblorosa, mientras Autumn levanta la mirada de las maletas que estaba haciendo, con el rostro marcado por las lágrimas.

Y eso es suficiente como respuesta.

Una respuesta que he buscado durante todos estos años.

Una de esas respuestas que cambian tu vida para siempre.

Y siento que mi corazón se rompe en mil pedazos, mientras noto mi rostro húmedo y me paso las manos en la cara con rabia, porque no puede haber ocultado algo así.

Porque no puede haberme excluido así de la vida de una hija que hasta hace unos minutos no sabía que tenía.

Una niña que ahora tendrá cuatro años y que ha crecido sin un padre, con la idea de que la abandoné, cuando en realidad no tuve elección porque ella no me la dio.

No puede haberlo hecho, de verdad.

Capítulo 24

Autumn

EL PASADO QUE SE CONVIERTE EN PRESENTE

Había imaginado mil veces este momento en mi cabeza, pero nunca pensé que sería así.

Que Gideon lo descubriría de alguien más, sintiéndose aún más traicionado por mí.

«Autumn?», su voz tiembla cuando pronuncia mi nombre y dejo caer un suéter en la maleta y, agotada por todo, me siento al borde de la cama, con las manos apretadas contra la tela del edredón.

«He intentado decirte tantas veces», pronuncio apenas.

«¿Cuándo?», truena, y yo, sin mirar atrás, repaso todos esos momentos en los que pensé que era el adecuado.

El primero de todos fue el día de su graduación, cuando me presenté en Brown sin que siquiera Maddox y Addison lo supieran; me escondí en un rincón y vi la ceremonia, vi su rostro emocionado al recibir el diploma, vi a su madre abrazándolo, y cuando estaba a punto de acercarme, lo vi abrazando a otra chica. En ese momento, entendí que había pasado página y que tal vez me había olvidado; mi deseo de que él estuviera presente en el primer cumpleaños de nuestra hija se desvaneció en una burbuja de jabón que estalló entre mis manos antes de que me diera cuenta.

También estuve presente en su primer partido con los Minnesota Vikings, cuando finalmente alcanzó su sueño, porque no se lo impedí; durante el juego se lesionó y, a través de Addison, supe que no lo estaba llevando bien. Le costó seis meses de fisioterapia y quedó fuera del equipo, mientras su primer contrato se desvanecía entre sus manos.

Nunca hubo un momento perfecto en realidad, y no tuve elección, me enfoqué en criar a nuestra hija sola, mientras él estaba en el mundo al que quería pertenecer para alcanzar su sueño.

El que yo nunca quise destrozar.

No quería que Gideon lo dejara todo por mí, por nosotros, porque sabía que lo haría, pero un día, nunca quise ver la decepción en su rostro por haberle impedido ser lo que siempre había deseado: un quarterback de la NFL.

Cuando se me presentó la oportunidad de trabajar para Los Angeles Rams, pensé que era una señal del destino, que este sería nuestro momento para empezar de nuevo, pero lo arruiné, una vez más.

«Lo intenté», confieso después de haberle enumerado todas las veces en que realmente intenté decirle la verdad.

«¿No pensaste que sería más fácil hacerlo desde el principio?», grita, caminando de un lado a otro en la habitación con las manos perdidas entre su cabello.

«No podía, habrías dejado todo y yo...»

«Tú, ¿qué?», me interrumpe.

«Yo no quería que renunciaras a tu sueño».

«¿Y si mi sueño fueras simplemente tú, nosotros? ¿Alguna vez lo pensaste, Autumn? ¡Dios mío!».

Me encogí de hombros mientras el peso de esas palabras, que nunca imaginé escuchar, me

aplasta, cortándome el aliento en la garganta.

«La he cagado, pero pensé que estaba haciendo lo correcto», confieso mientras lágrimas silenciosas siguen recorriendo mi rostro.

Mientras siento nuevamente mi corazón producir ese crujido que resuena en mis oídos.

Mientras miro sus ojos, me doy cuenta de que el odio y el desprecio que sentía por mí se han convertido en una amarga decepción.

Mientras intento pronunciar algo que pueda detenerlo, no puedo, y lo veo salir de mi habitación furioso.

Después de haber estado sentada en la cama mirando al vacío, vuelvo a empacar mis cosas porque ya no puedo quedarme aquí.

«Hey», dice Addison.

«He arruinado todo», admito a mi mejor amiga.

«Todos cometemos errores sin quererlo, es la vida, Autumn, y cuando lo hiciste, eras solo una chica asustada», intenta reconfortarme.

«Creo que aún lo soy», replico abrumada por todo lo que he pasado en estos cinco años, en los que quizás me he escondido detrás de la excusa de querer protegerlo, cuando en realidad, la única que estaba protegiendo era yo misma.

El temor de quedarme sola con una niña por criar porque la vida que Gideon soñaba no era esta, era una preocupación constante en mi mente.

No quería que él se fuera.

Preferí hacerlo yo.

Preferí elegir por mí, por nosotros.

Solo por miedo a que las cosas no fueran como esperaba.

Solo porque no lo habría soportado.

Solo porque no quería sufrir.

«Sin embargo, este no es el modo de resolver la situación», comenta Addison, comenzando a deshacer mi maleta. «No puedes repetir el mismo error dos veces», agrega.

Tiene razón, no puedo hacerlo, esta vez tendré que enfrentar todo, incluso el hecho de que nunca me perdonará.

Asiento con la cabeza, mientras me doy cuenta de que todos se han ido de la fiesta; con una taza de manzanilla caliente en las manos, que me trajo Mad, miro por la ventana, viendo a Gid caminar cerca de la orilla, la luna apenas iluminando su figura.

«Tienen que hablar», aconseja su hermano.

«Lo sé, pero no creo que él quiera hacerlo».

«Sabes que no es así, Autumn», me anima.

Sonrío ligeramente, agradecida de que tanto él como Addison estén a mi lado en un momento como este, cuando todo parece escaparse de mis manos; luego reúno coraje y salgo de la habitación para alcanzar a Gid en la playa privada.

Pies descalzos con los granos de arena entre mis dedos, avanzo hacia él paso a paso hasta estar lo suficientemente cerca como para decir: «Se llama Charlotte y tiene tus ojos».

Gideon se voltea hacia mí sacudiendo la cabeza.

«¿Sabe... sabe que existo?», pregunta con la voz temblando; nunca lo había visto así, y solo desearía poder borrar su dolor, pero fui yo quien se lo causó.

Un dolor que nunca olvidará.

«Sí, su habitación está llena de tus fotos», respondo acercándome aún más a él. «Siempre le he hablado de ti y le he dicho que su papá estaba lejos por trabajo y que, tarde o temprano,

volvería a nosotros», agrego.

«Debe haber creído que la abandoné», dice, dando espacio al miedo que he estado evitando durante todos estos años.

«No, no lo permití, te lo juro», encuentro el coraje para extender las manos y tomar las suyas, apretándolas fuertemente. «Ella sabe quién eres y sabe que eres y siempre serás su papá, nadie ha ocupado tu lugar y nunca lo hará».

Su mirada penetra en la mía y queda atrapada en medio del mar de emociones que intentan llevarnos lejos, pero él y yo siempre tendremos algo que nos impedirá hundirnos, que nos mantendrá a flote contra las corrientes del dolor, que nos evitará perdernos en las olas del arrepentimiento de un pasado que debe ser solo un recuerdo.

Tendremos nuestra luz guía.

Tendremos a ella.

Charlotte.

«Te busqué», pronuncia poco después, «y también te encontré», sonríe amargamente, «pero estabas con otro y me fui».

«Nunca ha habido nadie más en mi vida, Gideon, nadie más que tú y nuestra niña».

«Entonces, ¿quién demonios era ese chico en el Caesar Palace?».

«Rex, solo un amigo que me ayudó, eso es todo».

El silencio entre nosotros vuelve a mezclarse con el sonido de las olas rompiendo en la orilla, en la suave brisa movida por el océano, en medio de un cielo estrellado que no puede brillar lo suficiente en una noche como esta.

«No sé... no sé si alguna vez podré perdonarte por haberme privado de todos esos momentos que nunca volveré a vivir», confiesa.

«No espero que lo hagas, lo merezco; solo quiero que seas parte de su vida, incluso si quizás ya no serás parte de la mía», encuentro el coraje de decir, mientras mi corazón pierde un latido que se rompe en mil pedazos en el abismo de mi alma.

Suelto sus manos, doy un paso atrás y me vuelvo para regresar a la villa, cuando su mano me agarra del brazo, impidiéndomelo.

En un instante, mi cuerpo choca con el suyo, con rabia y *deseo.*

Con amor y odio.

Con esperanza y miedo.

«No puedo», dice apenas a centímetros de mis labios.

«¿Qué?»

«Dejarte ir otra vez».

Su boca captura la mía tomándome por sorpresa, es un beso que raspa el alma dejándola en pedazos.

Es un beso que llora en silencio mientras repasa los recuerdos de un pasado alegre y triste al mismo tiempo.

Es un beso que arde en las venas, reduciendo a cenizas lo que hemos sido y quizás seremos.

Porque la cicatriz que he creado en nuestras vidas nunca desaparecerá, siempre estará ahí para recordarnos lo que fui capaz de hacer a ambos.

Haciéndonos perder cinco años de nuestras vidas que nunca recuperaremos.

Poco después, su frente presiona con fuerza contra la mía.

«¿Por qué?», pregunto.

«Porque soy capaz de amarte y odiarte al mismo tiempo», dice dejándome ir, antes de pasar junto a mí y dejarme allí.

Sola con mis decisiones equivocadas.

Sola con un corazón agrietado.

Sola con la conciencia de que a partir de ahora solo tengo una cosa que hacer, ser el faro que fue nuestro rincón de paraíso.

Nuestro comienzo y nuestro final.

Y que ahora tendré que traerlo de vuelta hacia mí.

Capítulo 25

Gideon

UN PAPEL INESPERADO

Pasé toda la noche pensando en todo lo que me cayó de golpe sin previo aviso, aplastándome y evitando que me levantara.

Aún me siento paralizado.

No me asusta ser padre, me asusta haber perdido todo este tiempo.

Me asusta no saber si alguna vez podré perdonar a Autumn por lo que hizo y me asusta que mi hija, en el futuro, pueda pensar que la abandoné.

«¡Maldición!», digo dejando caer la pesa al suelo.

«Aquí tienes», dice Turner pasándome una botellita de agua, mientras estamos en el gimnasio de los Rams entrenando para el partido de esta noche. «Mi hermana me contó todo», agrega sorprendiéndome, no pensé que Ruby lo haría.

«Así que sabes que tengo una hija de la cual, hasta hace doce horas, ni siquiera sabía de su existencia», replico sarcástico.

«Sí, y también que estás furioso, pero ahora debes superarlo», me sugiere.

«Tranquilo, no haré tonterías en el campo, si eso es lo que te preocupa».

«Idiota, no es eso lo que me preocupa, sino que dejes que lo que sientes te consuma arruinándolo todo. Te conozco demasiado bien, Gid».

Hasta el punto de saber que una parte de mí ya está empezando a arder en las llamas de un infierno que no elegí.

«Entonces, ¿qué me aconsejas que haga? ¿Actuar como una familia feliz como si nada hubiera pasado?», le pregunto, atando una toalla alrededor de mi cuello antes de subir a la cinta de correr.

«No, pero puedes intentarlo», dice como si fuera fácil.

Como si la única chica que he amado me hubiera roto el corazón más de una vez.

Como si no me hubiera quitado todo.

Como si no me hubiera traicionado.

«¿Intentarlo?», repito.

«Sí, maldita sea, Gideon», explota, apagando la cinta de correr y deteniendo mi carrera. «Hace cinco años solo pensabas en el fútbol americano, querías ser un jugador de la NFL y tu fondo fiduciario apenas era suficiente para cubrir los gastos en Brown», continúa. «Creo que Autumn solo quería evitar que tuvieras que elegir entre eso y ella», concluye como si sus palabras fueran suficientes para justificarla.

«¿Y si la hubiera elegido a ella? Porque lo habría hecho un millón de veces», confieso.

«Lo dices ahora, ahora que estás viviendo tu sueño, Gideon. Piénsalo», replica dejándome solo con todas esas palabras que giran en mi cabeza demasiado rápido.

Cuando termino el entrenamiento, no me sorprende encontrar a mi hermano esperándome apoyado en mi coche en el estacionamiento del campo.

«¿Tú también estás aquí para decirme que debo perdonarla y fingir que no ha pasado nada?»,

ironizo, poniendo mi bolsa en el maletero.

«No, porque no sé cómo demonios te sientes, pero ¿sabes qué sé yo?».

«¿Qué?»

«Que nunca dejaste de amarla y eso debe significar algo», responde.

Sí, que estoy atrapado.

Condenado a un sentimiento del cual nunca pude liberarme.

Non sono mai riuscito a liberarmi di lei, mai.

«No estoy de humor para estas tonterías en este momento, tengo un partido que jugar esta noche y solo quiero concentrarme en eso», le señalo mientras subo al auto.

«¿Realmente quieres pensar solo en eso?»

«¡Maldita sea, Mad!», grito golpeando el volante con el puño. «¿Qué demonios crees que debería hacer, ir a verla y luego qué? ¿Qué me presente a mi hija, demonios, mi hija, te das cuenta?»

Maddox se queda en silencio, sentado a mi lado mientras me siento caer en la oscuridad.

Mientras pienso que el ejemplo de padre que tuvimos no es lo que quiero ser yo.

Mientras, al mismo tiempo, tengo miedo de cometer los mismos errores que él.

Mientras desearía poder retroceder en el tiempo para saber qué habría respondido, qué habría hecho si solo lo hubiera sabido.

Pero a todas estas preguntas nunca tendré una respuesta.

«Solo quiero que hagas lo correcto y esta vez no por ti o por Autumn, sino por esa niña que no eligió ser un secreto para ti».

Maddox baja del auto, sabiendo muy bien que lo único que necesito en este momento es estar solo, pero mi hermanastra, al parecer, no comparte su opinión.

«¿Qué quieres, Addison?»

«Estoy en el Pacific Park», me informa.

¿Qué diablos hace en el parque de atracciones?

«¿Debería importarme?»

«Sí, así que muévete y ven aquí, ¡ahora!», ordena antes de colgar abruptamente.

Debería ser yo quien esté volviéndose loco, no ella.

El Pacific Park está en el muelle de Santa Mónica, llego en unos diez minutos desde donde estoy y cuando estaciono, no veo a Addison en la entrada del parque de atracciones.

«Oye, no estoy de humor para juegos de escondite. ¿Dónde estás?»

«En el carrusel de caballos».

Genial.

A pesar de que es casi mediodía, el parque está lleno de gente; alguien me detiene para pedirme un autógrafo y otros me gritan que gane el partido de esta noche, sin saber que acabo de perder el más importante de mi vida.

Veo a Addison sentada en un banco frente al carrusel que me indicó, me acerco a ella.

«¿No podías elegir otro lugar para hablar?», le señalo.

«Siéntate», dice sin apartar la mirada de lo que tiene frente a ella.

«De acuerdo, estoy sentado, ¿qué quieres?», pregunto.

«Solo que enfrentes la realidad y dejes de estar enojado con Autumn, aunque tengas todo el derecho».

«Si tengo todo el derecho, ¿por qué debería hacerlo entonces?»

«Por esto», dice señalando el carrusel.

«Mira, tía Addison, mírame», grita alegremente una niña de cabello oscuro sentada en el

caballo blanco pintado; mi corazón se detiene de repente, como si esa voz lo hubiera atrapado, para siempre.

«Te estoy mirando, Charlotte, eres genial», dice Addison saludándola con la mano. «Por tu hija», agrega girándose hacia mí, «así que deberías dejar de odiar a Autumn».

Mi hija.

Hechizado por esa visión, me doy cuenta de que su cabello es del mismo color que el de Autumn, incluso su boca se parece y su mirada... maldición, su mirada es la mía; esa pequeña princesa, mía, tiene mis mismos ojos.

Mis manos tiemblan cuando baja del carrusel y corre hacia Addison, quien la recoge en brazos.

«Fui buena, ¿verdad?»

«Oh, sí, lo fuiste», le dice Addison frotando su nariz contra la de ella, «pero tía, hoy, tiene otra sorpresa para ti».

Charlotte se voltea hacia mí, su mirada penetra en la mía rasgando mi alma y haciéndome sentir un amor incondicional, algo que nunca creí que experimentaría en toda mi vida.

«Pareces mucho a mi papá, ¿lo sabías?», dice la niña señalándome, mientras apenas retengo las lágrimas.

«Yo... yo...»

«Charlotte», la voz de Autumn me hace estremecer mientras me giro y nuestras miradas se encuentran, «¿recuerdas lo que mamá te dijo sobre tu papá?», le pregunta tomando a la niña en sus brazos.

«Sí, que algún día volvería a nosotros», pronuncia con una voz tan dulce que me aprieta el corazón en un agarre que consume el aliento en mis pulmones.

«Ese día ha llegado», Autumn baja a la niña de sus brazos mientras yo, en un gesto automático, me arrodillo a su altura y Charlotte, dando pequeños pasos y con una mirada curiosa, se acerca a mí.

«Así que no te pareces a mi papá, eres mi papá, ¿verdad?», pregunta apoyando su pequeña mano en mi mejilla.

«Sí... sí, pequeña, soy tu papá», digo abrazándola fuertemente por primera vez, el momento que nunca olvidaré en toda mi existencia.

«¿Ya no trabajarás tanto, ¿verdad?», susurra en mi oído y niego con la cabeza, luego tomo ese pequeño rostro entre mis manos.

«No, papá ha regresado para estar siempre contigo, te lo prometo», digo jurándomelo a mí mismo y Charlotte emite un gritito, luego salta hacia mis brazos.

«Vamos, tía te comprará algodón de azúcar», exclama Addison, dejándome solo con Autumn.

«¿Estuvo aquí en Los Angeles todo este tiempo?», pregunto con las manos en los bolsillos, mientras observo a esa niña, mi hija, saltar contenta.

«Sí, mis padres se mudaron aquí antes de que yo llegara; estaba con ella de quien me escuchaste hablar por teléfono, decir 'te amo'«, confiesa.

«Addison no es buena guardando secretos conmigo, pero contigo fue impecable», comento.

«Sé que estás enojado ahora y no me importa si siempre estás enojado conmigo, me lo merezco, pero quiero que formes parte de la vida de Charlotte».

«Con cinco años de retraso, pero lo haré, por ella», estoy a punto de darle la espalda cuando me detengo a su lado y agrego: «Y esta vez lo haremos a mi manera».

El Estadio Sofi está lleno para el primer partido de la temporada, mientras yo y los chicos

solo esperamos entrar.

Pienso en este partido, en todos los que he jugado y en los que todavía quiero jugar, dándome cuenta de que lo único que realmente quiero ganar es la oportunidad de ser un buen padre para Charlotte.

No sé si podré lograrlo.

Pero lo intentaré con todas mis fuerzas, para alcanzar cada vez el corazón de ella.

Para asegurarme de que nunca mire hacia atrás lamentando haberme tenido en su vida, que debe ser maravillosa.

Sin sombras en el pasado.

Sin secretos.

Mentiras.

«Y aquí están los anfitriones, Los Angeles Rams», la voz del comentarista flota en el aire y nosotros hacemos nuestra entrada, con los cascos apretados entre los dedos y nuestra mascota que abre el baile de lo que será un baile demasiado movido.

Nuestros rivales, los New England Patriots, desde que los vencimos en los playoffs para el Super Bowl, están ansiosos por darnos una paliza.

Una moneda decide la posesión del balón, el cronómetro comienza y nos alineamos, listos para ganar a toda costa.

Me posiciono detrás de Cruise para el snap, observo a los linieros defensivos elevarse en la línea, los linebackers detrás de ellos, atentos a interceptar cuál será nuestro movimiento, con los guardias ofensivos listos para detenerlo.

Me inclino hacia adelante, listo para agarrar el balón, pero antes echo una rápida mirada a la tribuna VIP, donde, por primera vez, ocupa ese lugar la única persona para la que quiero ser el mejor.

Mi hija.

Ganaré por ella, por nosotros.

Y prometo nunca dejar de hacerlo.

Miro fijamente al QB de los Patriots, desafiándolo, y digo: «¡Hut! ¡Hut! ¡Hut!». Cruise hace su snap, agarro el balón y lo sostengo cerca de mi pecho, mientras todos se dispersan por el campo; luego empiezo a avanzar yardas como nunca, porque esta vez no lo hago solo por mí, no, corro hacia ese futuro que quiero y seguiré dando a esa pequeña princesa que no deja de gritar «papá». Sin embargo, una

parte de mí no está corriendo para ganar, porque dentro de mí sé que ya he perdido; esa parte corre para sobrevivir al desgarro que siento formarse en el pecho, con cada paso que piso en el suelo y que duele cada vez más.

Ella me duele.

Autumn.

Mirarla y ver solo secretos y mentiras.

Mirarla, percibir el odio y el amor fusionándose.

Mirarla con la conciencia de que, tal vez, ya no seremos los mismos que antes.

Ya no seremos nosotros.

Echando un vistazo a mi derecha, veo a uno de los Tight Ends rivales que está a punto de placarme y, al mismo tiempo, intercepto a Turner, luego dejo rodar el balón en la mano hasta arquear la espalda para darme impulso, doblo el codo y lanzo con todo el dolor que me recorre la piel. Observo cómo el balón aterriza en sus manos como en un manual, Turner se dirige hacia la meta y, finalmente, el balón salta sobre la hierba como un misil.

«¡Touchdown!», grita el comentarista mientras alcanzamos a Turner para un baile que desata la emoción en la tribuna.

Todos celebran emocionados por ese pase, por la velocidad con la que lo ejecuté, pero no me importa un carajo. Miro mi vida, el fútbol americano, y no puedo sentirme libre, como siempre lo había sentido cuando mis pies tocaban este campo mágico: el aroma de la hierba, los cuerpos empapados de sudor por la carrera implacable hacia la victoria y por primera vez desde que todo me cayó encima, me doy cuenta de algo.

Que hace cinco años no lo habría pensado así.

Que habría dejado todo sin dudarlo, pero también sin saber cómo sería.

Con ese signo de interrogación que me habría perseguido.

Mientras ahora que estoy aquí, en mi reino, soy capaz de tomar una decisión y sobre todo de comprenderla.

Comprenderla a ella.

Que fue un paso que no supe tomar.

Un touchdown fallado.

Un placaje que me dejó fuera de combate desde el momento en que la vi.

Lideramos por otros tres downs, la mente emerge de sus pensamientos, mientras en la mitad del cuarto nos separan solo unos pocos puntos.

«¿Están listos?», pregunto a mis chicos.

«Puedes apostar a eso».

«Bien, entonces pongamos en juego el huracán», replico refiriéndome a mí mismo, al apodo que me dieron durante el Super Bowl por una carrera interminable hacia la zona de anotación.

Los Patriots saltan como perros rabiosos sujetos por una correa, mientras nuestros guardias ofensivos los ponen en su lugar y Turner se encarga de placar a su receptor abierto.

La acción se reanuda desde las cuarenta yardas, a un paso de la meta.

«Cruise, abre las piernas para mí», bromeo mientras se coloca para el snap.

Le echo un vistazo a mis compañeros de equipo, que asienten con la cabeza al mismo tiempo que llamo a la jugada y el balón aterriza en mis manos; lo sostengo cerca de mi pecho y corriendo como un maldito huracán capaz de succionar cualquier cosa, dejo atrás a una estela de tight ends que no pueden placarme.

Nadie puede hacerlo.

Miro la línea blanca que me separa de mi objetivo, que por primera vez no representa el final, es decir, el punto de llegada, sino mi nuevo comienzo, el inicio de mi nueva existencia.

Touchdown, el perfecto, inalcanzable, insaciable, el que anotas una sola vez en la vida.

Y no lo estoy anotando ahora, mientras el tiempo se agota proclamándonos ganadores del partido, no, lo anoté cuando conocí a la chica que cambió mi vida.

Autumn.

Porque para bien o para mal, ella me cambió.

Después de las duchas, todos están de humor para celebrar y en otras circunstancias me habría unido a ellos, pero no esta noche.

Encuentro a Maddox en el estacionamiento, donde también están Addison, Autumn y mi pequeña.

«Ganaste. Ganaste», dice con su pequeña voz aplaudiendo.

Sí, gané lo más preciado que el destino podría haberme dado: a ti.

«Sí, pequeña», digo tomando sus brazos.

«Tendremos que despedirnos», exclama mi hermano.

«Pero ¿cómo?, pensé que se irían mañana por la mañana», respondo sorprendido.

«Cambio de planes», responde él guiñándome un ojo.

Autumn y yo, junto con Charlotte, los despedimos antes de que suban al taxi, y luego los vemos alejarse mientras nos damos cuenta de que, por primera vez, solo somos nosotros tres, solos.

«¿Qué tal si volvemos a casa y comemos helado?», propongo y Charlotte da un grito de felicidad, mientras Autumn se queda en silencio, y no me escapa la emoción en su mirada que se cruza con la mía por un momento.

Llegamos a casa, Charlotte corre hacia mi peluda perrita, mientras su madre, como de costumbre, se sube a una silla de jardín, aterrorizada.

«Qué linda, ¿cómo se llama?», pregunta acariciándole la cabeza, mientras yo me rasco la nuca por la vergüenza.

«Autumn», digo al mismo tiempo que la verdadera Autumn me fulmina con la mirada, encogí los hombros.

No puedo empezar una relación con mi hija mintiéndole.

«¿Como mamá?»

«Sí, como mamá; ves, a papá le faltabas tanto que decidí adoptar a una perrita para hacerme compañía», le explico agachándome a su altura para mimar un poco a la peluda Autumn.

«Yo todavía estoy aquí», exclama.

«Mamá, baja, mira, no pasa nada».

«No para mí, ese perro no me soporta», replica Autumn con los brazos cruzados sobre el pecho.

«Tal vez solo está celosa porque tienes su nombre», hace entender Charlotte, haciéndome soltar una risa.

«También pienso lo mismo. ¿Qué te parece si entramos? Así quizás mamá haga amistad con la perrita y nosotros podamos comer el helado».

«Está bien», consiente.

«Gideon Brooks, no te atrevas a dejarme aquí», protesta Autumn y yo le sonrío burlón.

«En algún momento tendrás que acostumbrarte a ella, ahora somos una familia», subrayo, llevando a mi pequeña adentro de la casa.

Agarro helado y sirvo un poco para ambos, le paso el tazón y ella se sienta en la mesa conmigo.

«Mamá sigue gritando tu nombre», dice Charlotte, con la boca llena de chocolate.

«Lo sé, pero déjala un rato más, pronto la traeré», susurro como si fuera nuestro pequeño secreto.

Miro a la niña frente a mí, viendo una mezcla perfecta de mí mismo y de Autumn; siempre creí que la perfección no existía, hasta que vi a Charlotte.

Porque ella es la pieza perfecta que faltaba en mi vida.

Es la perfección de cada momento que llenará mi vida.

Es la perfección de un amor imperfecto.

Mientras la dejo frente al televisor viendo dibujos animados, salgo al jardín donde Autumn aún está encaramada en la silla, mientras mi peluda amiga está acostada debajo de ella como si estuviera montando guardia.

«Espero que estés disfrutando», comenta.

«No tanto como quisiera», replico insinuante.

Envío a la perrita a su cama y hago que Autumn baje, pero tropieza y termina entre mis

brazos.

«¿Y ahora qué haremos?», pregunta con el miedo que atraviesa su mirada.

«Recuperaremos el tiempo perdido», respondo, «pero eso no significa que te haya perdonado, todavía estoy enojado contigo», agrego.

«Lo sé y lo entiendo...», intenta decir mientras le robo un beso, pero al no ser suficiente, le robo otro y luego otro más.

El abrazo fuerte, dejando que todo, poco a poco, se desvanezca: «Seguiré enojado contigo», sentencio, «pero eso no me impedirá besarte, tenerte o ser tuyo», casi amenazo y ella sonríe cómplice.

No sé cómo será mañana, en un mes o en un año, pero sé que esta noche será nuestra, de nosotros tres, y nada ni nadie podrá cambiarlo.

Capítulo 26

Autumn

MORDIDAS Y BESOS

Después de tres semanas, la noticia de la existencia de Charlotte se había extendido como reguero de pólvora; teníamos fotógrafos y periodistas acechando afuera de la villa, en la entrada de las instalaciones de los Rams, y nos seguían incluso cuando íbamos simplemente a hacer compras.

Las cosas entre Gid y yo estaban estancadas, ambos viajábamos en el mismo avión sin saber si, al final, seguiría volando o se estrellaría.

«Disculpe la demora», digo al entrar en la sala de reuniones, donde esperaba encontrar a Gideon, pero él no está.

«Buenos días, señorita Rivers, quería hablar con usted», dice el directivo con una mirada que no me gusta para nada.

Para ser honesta, ese hombre no me ha agradado desde el principio, desde que aceptó que yo fingiera ser la prometida de Gideon para limpiar su imagen.

«Dígame, ¿algo anda mal en mi programa de entrenamiento?», pregunto, imaginando que esta reunión tenía que ver con mi trabajo, pero por supuesto, estaba equivocada.

«No, su programa es perfecto, no puedo decir lo mismo sobre el escándalo que está surgiendo con esa niña».

¿Esa?

«Esa niña, como usted la llama, tiene un nombre, se llama Charlotte y es la hija de Gideon; no hay ningún escándalo, solo hay una masa de periodistas que quieren sacarle provecho a un artículo», le señalo.

«Sí, pero debe entender que estamos hablando de una hija de la cual él no sabía nada, así que creo que deberíamos remediarlo», interviene las relaciones públicas rubia oxigenada.

«¿Remediarlo?».

No tengo ninguna intención de usar a mi hija para sus propios beneficios.

«Por supuesto, hacer una rueda de prensa en la cual Gideon diga la verdad, que nunca supo de su existencia y que...», interrumpo de inmediato a la idiota al ponerme de pie.

«Esto nunca sucederá, no permitiré que algún día mi hija descubra algo así solo para que ustedes puedan salvar su trasero hoy», sentencio, sosteniendo la mirada de todos los presentes.

No me importa si me despiden, no les permitiré usar nuestras vidas como títeres en sus manos.

«Ve, Rivers, tenía que limpiar la imagen de Gideon, pero no se da cuenta de que la está destruyendo y también está haciendo lo mismo con la suya. ¿Se da cuenta de cuántas mujeres ha tenido Brooks? ¿Qué pensará la gente de él ahora que tiene una hija? ¿Que siempre ha traicionado a su familia? Los estadounidenses son católicos, van a la iglesia la misma cantidad de veces que van al campo, y nosotros, como equipo, no estamos enviando un buen mensaje», sigue balbuceando la bruja rubia, pero no tengo ninguna intención de seguir escuchándola, salgo de la oficina chocando con Nathan.

«Eh, ¿estás bien?».

«No», admito, mi vida es como un enredo de hilos que no puedo desenredar de una vez por todas.

«¿Te gustaría hablar de esto en un café?», propone y acepto, realmente necesito hablar con alguien.

Bajamos al piso de abajo y mientras nos dirigimos a la cafetería, nos encontramos con Gideon.

Gideon Brooks que se quita los lentes de sol y me fulmina con la mirada.

Camina con amplias zancadas en mi dirección.

Y agarra a Nathan por el cuello de la camisa, empujándolo contra la pared detrás de él.

«¿Qué demonios estás haciendo?», grito tratando en vano de detenerlo.

«Estoy dejando en claro a este idiota que debe mantenerte alejada», dice sin darse cuenta del peso de esas palabras. «¿Fui lo suficientemente claro o debo seguir golpeándote contra la pared?», agrega dirigiéndose a Nathan.

«Solo somos amigos», intenta defenderse él.

«No me lo trago, desde que ella llegó, la has estado mirando, pero ella es mi chica», declara, y luego lo suelta frente a las miradas atónitas de los presentes, mientras me toma de la mano y me arrastra lejos.

«Tú... «.

«Sí, casi lo golpeo».

«Tú... «.

«Lo sé, lo sé, exageré, pero... «.

«Has dicho que soy tu chica», encuentro el coraje para decir, deteniéndome frente a su auto.

Gideon se gira hacia mí, casi en cámara lenta, su mirada penetra en la mía, mordiendo mi alma y aliviando esas heridas con besos.

Mordidas y besos que me hacen temblar entre mis piernas sin que él me toque de verdad.

«Sí, siempre lo has sido, Rivers, nadie ha ocupado tu lugar, nadie», dice sinceramente dejándome sin palabras.

«Y esto, ahora, ¿qué significa?», encuentro el coraje para preguntarle, mientras él sonríe con una sonrisa burlona y mira a su alrededor evasivamente. «Necesito saberlo», añado.

En ese mismo instante, me toma de las muñecas, levantándolas en el aire, mientras me presiona contra la carrocería de su auto.

«Y yo necesito saber que no huirás de nuevo», su boca roza la piel sensible de mi cuello, «que no me mentirás más», la punta de su lengua traza un camino imaginario, «y que no habrá más secretos que puedan destruirnos», añade, luego encuentra mi mirada en busca de una respuesta.

Asiento a todo lo que ha dicho, aturdida y embrujada por el poder de su cuerpo sobre el mío, de su voz en mi cabeza y de sus ojos que me envuelven como braseros ardientes, al mismo tiempo que sus labios encuentran los míos y se quedan allí.

Atrapados en un beso desesperado.

Angustioso.

Necesitado.

«Estamos... Gideon, estamos en un estacionamiento», le recuerdo, mientras su mano se desliza entre mis piernas y yo, desde detrás de su hombro, sonrío a una anciana que nos mira con asombro mientras se dirige a su auto.

«¿Quiere un autógrafo?», le pregunta Gideon haciéndome morir de vergüenza; la señora cubre su rostro con el bolso y se esconde en su auto. «Y tú, dulzura, ¿quieres un autógrafo

mío?», dice tomando mi mentón entre su índice y pulgar.

«Quiero todo lo que tenga que ver contigo, Brooks», digo y él sonríe complacido.

Subimos al auto y ni siquiera necesito preguntarle adónde vamos, porque ambos miramos el reloj y sabemos que, como padres, solo tenemos tres horas antes de recoger a Charlotte del jardín de infantes.

Haré que me alcancen.

Gideon estaciona el auto a lo largo del camino de entrada y en cuanto bajo, me toma entre sus brazos, pegando su boca a la mía, mientras yo rodeo sus piernas con la cintura.

Abre la puerta y presiona mi cuerpo contra la pared, al mismo tiempo que sus manos se deslizan bajo la tela de la camiseta que llevo puesta, acariciando un seno y haciéndome gemir de placer.

«Gid...», gimo cuando sus hábiles dedos estimulan mi pezón que se endurece al instante con ese toque.

Con amplias zancadas sube las escaleras mientras yo beso su cuello y me aferró a su fuerte cuerpo, abre la puerta de mi habitación de una patada y me recuesto en la cama; lo observo tomar un momento, dejando que sus ojos me desnuden antes de que lo hagan sus manos.

«He pensado en este momento tantas veces, Autumn», admite mientras me hago morder el labio inferior por la emoción.

«Yo también, aunque no lo merezca, aunque no te merezca», confieso, porque el recuerdo de lo que hice a ambos siempre permanecerá indeleble en nuestras vidas.

«Y yo, tal vez, no te merezca por rendirme a nosotros demasiado pronto», dice, recordando aquella vez en que vino a buscarme al Caesar Palace y deteniéndose frente a las apariencias que solo lo confundieron.

Sus manos corren sobre mí, despojándome de la ropa que flota en el aire como un nuevo cielo solo para nosotros.

Su boca quema cada centímetro de mi piel, mis manos se pierden en su cabello cuando su rostro se pierde en mi intimidad, que late con un deseo incontenible.

Gimo, retorciéndome contra su lengua que me lame y me penetra haciéndome temblar.

«Gid...», murmuro completamente cautivada por él, que se quita los pantalones de baloncesto liberando su erección, que roza contra mis labios mayores.

«¡Dios!», exclamo entrecerrando los ojos, mientras él repite ese gesto agotador que me quita el aliento en la garganta. «No... no resisto», admito tragando con dificultad, deseando más, deseándolo a él.

«Tampoco yo, dulcecito», comenta y poco después de pronunciar esas palabras, cada centímetro de su erección me llena y vacía con un ritmo que me hace aferrarme fuertemente a su espalda.

Siento que me aprieta contra él mientras se mueve rápidamente dentro de mí, como si nunca tuviera suficiente.

Como si quisiera que este momento nunca termine.

Como si fuera nuestra primera vez.

Mágico.

Un sueño.

Inolvidable.

«Nunca he dejado de hacerlo», pronuncia sin aliento, mientras su boca atrapa la mía en un beso que siento hasta los huesos.

Que araña mi alma y la muerde.

Porque somos esto.

Mordiscos y besos.

Arañazos y caricias.

Sonrisas y lágrimas.

«¿Nunca has dejado de hacer qué?», repito mientras él disminuye su ritmo, haciéndome sentir su carne que roza contra mis cálidas paredes haciéndolas contraerse.

«Amarte. Incluso cuando creía odiarte, en realidad seguía amándote», confiesa presionando su frente contra la mía.

«Yo tampoco he dejado de hacerlo», digo besando la punta de su nariz, al mismo tiempo que siento cómo se mueve dentro de mí con más urgencia.

Con una necesidad agotadora.

Con un deseo que nos consume a ambos.

Y en ese momento nos desmoronamos en un millón de fragmentos, mirándonos a los ojos, con la boca semiabierta liberando su placer, con los cuerpos temblando empapados en sudor, mientras las promesas que no necesitamos pronunciar se convierten en la banda sonora de nuestro nuevo comienzo.

Donde sea que nos lleve.

Donde sea que estemos, pero siempre nosotros.

Juntos.

Él, mi mar, y yo, su faro.

Yo, su tormenta, y él, mi faro.

Nosotros, un huracán, y ella, nuestra hija, nuestro faro.

Porque solo así nunca nos perderemos.

Solo así podremos creer en el «para siempre».

Capítulo 27

Gideon

PROM

Ser el quarterback de un equipo de la NFL no significa solo liderarlo hacia la victoria, ser el mejor en el campo o no perder nunca un pase, no, también implica que tu imagen no se vea comprometida y yo, sinceramente, en el pasado no me detuve mucho a reflexionar sobre cómo mis acciones interferirían en esto.

Es por eso por lo que ahora estoy cansado de leer las tonterías que los periódicos escriben sobre Autumn y nuestra hija.

Y hay una sola forma de remediar todo esto.

Una buena e inesperada conferencia de prensa.

«¿Por qué tengo que vestirme elegante?», pregunta Autumn.

«Sólo tengo ganas de llevar a mis chicas a cenar fuera, ¿es acaso un crimen?», replico, pero estamos hablando de Autumn, a quien no se le escapa nada, y su mirada entre ceñuda y sospechosa es la prueba.

«Está bien», consiente, mientras mi pequeña sigue haciendo piruetas en el centro del salón, luciendo su vestido rosa empolvado con una falda de tul.

«Mira, papá, mira la falda», dice emocionada, mientras yo estoy simplemente cautivado por esa sonrisa y su voz.

«Eres hermosa, pequeña, pero ten cuidado de no arruinarlo».

«Está bien», responde mientras recibo un mensaje de Turner, quien se ha asegurado de que todos los representantes de los principales medios supieran exactamente dónde encontrarme.

Tengo que resolver este asunto de una vez por todas y lo haré a mi manera, no como quiere el equipo, culpando a Autumn por lo que hizo.

Es cierto, cometió un error, me lastimó y una parte de mí, tal vez, siempre le guardará rencor por privarme de los primeros cuatro años de vida de nuestra hija.

Pero también he pensado que Autumn estaba sola cuidando a Charlotte, tuvo que estudiar en una habitación de hotel, presentar exámenes en línea y se perdió toda la experiencia universitaria en el campus.

Dejó de lado sus sueños para poner mis necesidades y las de nuestra hija en primer lugar. No puedo permitir que un grupo de cazadores de noticias incómodas salga victorioso.

«Lista», exclama Autumn, enfundada en un hermoso vestido color durazno que le queda perfectamente, casi haciéndome reconsiderar la reserva en el restaurante.

«Entonces, vamos», digo y salimos de casa, con Charlotte tomándome de la mano y abrazando su muñeca favorita contra el pecho.

Al llegar a uno de los mejores restaurantes de Beverly Hills, no me sorprende la cantidad de fotógrafos que están apostados frente a la entrada.

«¿Y ahora qué?», pregunta Autumn preocupada; sé que estas semanas han sido difíciles para ella y tengo toda la intención de enmendarlo.

«Tranquila, toma a Charlotte y sígueme», le sugiero mientras, una vez que bajamos del auto, somos inundados por una serie de destellos. «Sonríe», susurro en su oído.

«Casi siento que tengo un déjà vu», comenta haciendo referencia a cuando la recogí en el aeropuerto, atrapándola en mi plan diabólico.

«Gracias», digo a todos los presentes. «Aprovecho la oportunidad para hacer una declaración», aprieto la mano de Autumn por un lado y la de Charlotte por el otro. «Quiero aclarar que siempre supe que tenía una hija, de la cual, por razones laborales, tuve que estar lejos; esto hizo que mi pareja y yo tuviéramos problemas, por los cuales sé que cometí varios errores en el pasado, pero ahora tengo todo el tiempo del mundo para hacer que esta mujer esté feliz de estar a mi lado. Por favor, les pido que dejen de escribir cosas falsas que podrían afectar a mi familia, gracias», saludo con un gesto de la mano, me detengo para algunos otros disparos y entro al local con mis chicas.

«¿Por qué?».

«Porque estamos juntos en esto y no permitiré que tomes toda la culpa», la tranquilizo mientras nos dirigimos a la mesa.

«¿Qué problemas tuvieron tú y mamá?», pregunta curiosa Charlotte.

«Verás, cariño, los adultos a veces discuten como los niños, pero luego hacen las paces. Eso es lo que tu papá quería decir».

«Pero mamá y yo prometimos que no pelearíamos más y que siempre estaríamos juntas, los tres», digo apretando la mano de Autumn sobre la mesa.

Pasamos la noche hablando de nuestra hija, riendo por su perspicacia y pensando en mudarnos a una casa que realmente sea nuestra.

Compré la villa en Santa Mónica para mí, la elegí a mi gusto, pero ahora necesito mirar a mi alrededor y ver que lo que me rodea fue creado por ambos.

«Así que ¿quieres cambiar de casa? ¿En serio?».

«En serio. ¿No quieres hacer lo que hacen todas las chicas y elegir los colores de la tapicería, las cortinas o la ropa de cama de nuestra habitación?», pregunto, haciendo que mi tono sea sugerente en la última frase.

«Podría ser divertido, de hecho», admite probando el postre que acaban de traer a la mesa.

«¿Qué les parece si vamos al Pacific Park?», pregunto.

«Sí, sí, por favor, mamá, ¿podemos?», suplica mi pequeña niña y es realmente astuta, ya ha aprendido cómo tener el mundo a sus pies: pestañeando sus espesas pestañas y pronunciando su dulce boquita hacia adelante.

«Está bien, creo que estoy en minoría, al parecer», Autumn se rinde y después de salir del restaurante nos dirigimos al muelle de Santa Mónica.

Charlotte, en cuanto entramos en el parque de diversiones, corre hacia su juego favorito, aquel en el que la vi por primera vez: «No deberías haberlo hecho», comenta Autumn, volviendo sobre el tema de lo que acabo de decir a la prensa.

«Te lo debía, ¿sabes? Solo me detuve a pensar en mí mismo, en lo que perdí en estos años sin saber de Charlotte, pero tú, Autumn, sacrificaste mucho más para criar a nuestra hija sola. No quiero que ella crezca y descubra que no sabía de su existencia, no quiero que piense que la abandoné o que tú le negaste tener un padre. Prefiero otro tipo de escándalo».

«¿El del hombre infiel?», dice dándome un codazo.

«Sólo de mentirita, dulcecito», replico guiñándole el ojo.

«Espero que sea así para ti», destaca.

Nos detenemos frente a la atracción mirando a Charlotte saludarnos, mientras tomo un gran algodón de azúcar rosa y se lo doy a Autumn.

«En nuestra primera cita te volviste loca por esto».

«Todavía lo estoy», dice tomando un trozo y llevándoselo a la boca. «Esa noche fue perfecta en todos los sentidos».

«Excepto la noria, esa fue una verdadera pesadilla», le recuerdo y ella estalla en una risa estruendosa. «¿Tienes arrepentimientos?», añado. «Renunciaste a lo que todas las chicas universitarias sueñan», concluyó.

«No niego que haya extrañado las fiestas, los bailes y los partidos de fútbol vestida como una animadora, pero de todos modos me las arreglé», admite con un toque de nostalgia en su mirada.

Permanezco en silencio por un breve momento y cuando Charlotte baja de la atracción, rogándonos que subamos a la noria, me empieza a dar náuseas.

«¿Por qué no hacemos algo más juntos?», propongo.

«Mi mamá siempre me traía aquí, decía que tú se lo recordabas», exclama Charlotte aferrada a mis pantalones, mientras me vuelvo para mirar a Autumn, quien se sonroja.

«Bueno, si es así, no puedo simplemente negarme a subir», admito comenzando a sentirme bastante mareado.

«Gid».

«Lo hice por ti una vez, también puedo hacerlo por nuestra princesa, porque la verdad es», digo rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia mí, «que por ustedes haría cualquier cosa», añado dándole un beso en los labios que la deja sin palabras.

Subimos a la noria y sostengo la mano de mi hija como si mi propia vida dependiera de ello.

«Tranquilo, papá, estoy aquí, no tengas miedo», me tranquiliza mi pequeña.

«¿Le dijiste?», le pregunto a Autumn.

«Puede ser», responde encogiéndose de hombros.

Sacudo la cabeza y me preparo para ser objeto de burlas incluso por parte de mi hija.

Fantástico, realmente fantástico.

«Mirad, papá, el océano», exclama Charlotte.

«No, cariño, papá mejor no mires», digo con una mano cubriéndome la cara, mientras ambas se ríen a mis expensas; por suerte, poco después termina nuestro paseo y puedo volver a pisar tierra firme.

«¿Mamá te tomó muchas fotos, ¿verdad?».

«¿En serio?», Charlotte asiente. «Entonces mamá merece un castigo», digo guiñándole el ojo a mi niña.

De hecho, en cuanto volvemos a casa, libero a la bestia peluda y disfruto viendo a Autumn, la madre de mi hija, gritando y corriendo alrededor de la piscina, hasta que cae dentro completamente vestida.

«Gideon Brooks, me lo pagarás», promete.

«Vamos, Autumn, a tu cama», le digo al peludo, luego me dirijo hacia la curvilínea para tenderle la mano y ayudarla a salir de allí, pero obviamente no está de acuerdo conmigo, ya que, aferrándose a mi agarre, también me tira.

Salgo a flote sacudiendo la cabeza y pasándome la mano por el pelo mojado para apartarlo.

«Era esto lo que querías, tú y yo, todos mojados en la piscina», digo alcanzándola, al mismo tiempo que Becky, la niñera que hemos contratado para cuidar a Charlotte, sale al jardín conteniendo una risa.

«Buenas noches, señores, ¿quieres que lleve a Charlotte a dormir?», pregunta amablemente la niñera.

«Sí, sería una excelente idea», convengo, teniendo otros planes para el final de esta noche.

Nos acercamos al borde de la piscina y Charlotte nos saluda dándonos un beso a ambos,

antes de tomar la mano de Becky, una mujer simpática de unos cincuenta años que Autumn eligió personalmente.

«¿Puedo saber qué intenciones tienes?», pregunta Autumn mientras nada hacia atrás y yo la alcanzo tomándola por los muslos que rodeo con mis brazos.

«Solo pensaba hacerte gritar mi nombre, dulcecito», susurro en su oído y luego lo muerdo.

«Te recuerdo que nuestra hija está adentro», replica inclinando su cuello hacia atrás para darme un mejor acceso mientras la beso apasionadamente.

«Y yo te recuerdo que la casa está completamente insonorizada. Si no gritas demasiado fuerte, ni siquiera los vecinos deberían escucharte», digo apoyando su cuerpo contra la pared del borde de la piscina, que da directamente a la parte privada de la playa donde la luna se refleja en el océano.

«Intentaré contenerme», guiña al mismo tiempo que sus manos, frenéticas, desabrochan mis pantalones, que pateo junto con los boxers para luego verlos emerger en el espejo de agua. Sus hábiles dedos juegan con mi miembro erecto haciéndome maldecir, mientras lo aprieta y recorre toda su longitud, haciendo que esconda mi rostro en su cuello.

«Juegas sucio, dulcecito», comento apartando sus bragas y penetrándola con dos dedos que la hacen jadear en mi garganta, al mismo tiempo que mi boca encuentra la suya y mi lengua comienza a explorarla apasionadamente.

Deseo.

Urgencia.

«Gid...», gime implorando más y yo no puedo resistirme; abro paso entre sus piernas y con mi erección apretada en una mano, encuentro su intimidad y me hundo en ella.

«¡Dios, pequeña!», maldigo rozando un paraíso que comienza a arder rápidamente, mientras la lujuria nos enlaza y estamos hambrientos, ansiosos y esclavos de nosotros mismos.

Me muevo dentro de ella como si fuera la primera vez.

Como si nunca fuera suficiente.

Como si pudiera morir y renacer aquí, ahora, entre sus labios entreabiertos que jadean de placer, mientras con embestidas firmes y decididas la tomo por completo, tragándome su orgasmo que araña su boca y pronuncia mi nombre.

«Oh, Gid...», dice una vez más, cautivada, cansada, consumida por el mismo placer que siento corriendo por mis venas hasta explotar dentro de ella.

«Autumn...», gimo apoyando mi frente contra la suya, mientras ambos estamos ansiosos de aire.

«Prométemelo», dice rodeando mis brazos alrededor de su cuello.

«¿Qué?», pregunto.

«Que habrá un 'siempre' para nosotros, prométemelo».

«Te lo prometo, pequeña, no tengo la intención de perderte de nuevo», digo apretándola fuerte contra mí con el único deseo de hacerla feliz.

A la mañana siguiente, después de los entrenamientos, me cuelo en la UCLA, una de las mejores universidades de Los Angeles, y los estudiantes, mientras recorro los pasillos del campus, están emocionados de verme; algunos de ellos, que juegan en los Bruins, el equipo de fútbol americano de la NCAA, me detienen para pedirme consejos.

Pero no estoy aquí por eso, tengo que hablar con el rector y presentar una demanda bastante extraña.

«¿Estás bromeando?», exclama después de exponerle mi proyecto.

«¿Te parece que estoy bromeando?», replico. «Para mí es realmente importante, haré

cualquier cosa».

«¿Cualquier cosa?».

Quizás no debería haber dicho esto, porque al final tendré que venir aquí dos veces a la semana, durante los próximos dos meses, para seguir al equipo de los Bruins.

Llamo a Becky, nuestra niñera, y llego a un acuerdo con ella para la noche, inventando una recaudación de fondos de la cual me olvidé de avisar a Autumn, quien encontrará un costoso vestido para la ocasión y una espléndida limusina blanca esperándola afuera de la villa.

«Muévanse, tenemos solo unas pocas horas», ordeno a mis compañeros después de ponerlos a trabajar forzadamente.

«Estoy sin aliento», dice Hodge.

«Deja de quejarte, marica, solo inflaste dos globos», le hago notar mientras sigo dirigiendo las tareas, porque todo debe ser perfecto.

«¿Dónde va esto?», pregunta Turner con una escenografía en las manos.

«Ponlo allí, al final de la pared», le indico, luego llamo al DJ que está claramente retrasado.

«Creo que podemos irnos», exclama poco después mi mejor amigo.

Miro alrededor, luego apago las luces principales y me doy cuenta de que es exactamente el resultado que esperaba.

«Sí, ellos pueden irse, pero tú tienes otra tarea», le informo dándole una venda en los ojos.

«¿Quieres que Autumn me patee por haberla secuestrado?».

Siempre ha tenido miedo de mi chica y, sinceramente, yo también lo tengo un poco.

«Sólo dile que confíe», le aconsejo, esperando que al final de este experimento todavía tenga intactas sus partes masculinas.

Salgo del gimnasio y me dirijo al baño de chicos donde me cambio, poniéndome un esmoquin, luego tomo el ramo de flores y regreso a la gran sala, parándome en el centro de la pista.

Miro el reloj como si tuviera un tic.

«¿Dónde estarán?», comento en voz alta justo en el momento en que la veo entrar acompañada de Turner, quien la deja en la entrada y le quita la venda.

«Gideon...», comenta cubriéndose la boca por la emoción, mientras me acerco a ella guiñándole el ojo a mi mejor amigo que nos deja solos.

«Te debía un baile», digo extendiéndole la mano.

«Eres un loco».

«Lo sé, siempre lo he estado contigo, pequeña», digo llevándola al centro de la pista, donde las notas de «Eyes Closed» de Ed Sheeran comienzan a envolvernos mientras movemos nuestros cuerpos al ritmo de la música.

«Todo es tan... tan perfecto», dice mirando a su alrededor en el gimnasio, con telas doradas cubriendo el techo, una larga mesa con bebidas, un rincón para tomar fotos que conservaremos para siempre y nuestra mesa, cerca del escenario, preparada con nuestra cena.

«Pensé que el baile de invierno nunca pasa de moda», respondo sonriéndole, mientras la guío a lo largo de la pista que es solo para nosotros.

«Has pensado bien, amo todo esto», comenta con los ojos vidriosos, apoyando la cabeza en mi hombro mientras bailamos.

Bailamos hasta que nuestros pies están cansados.

Hasta que nuestro corazón siga haciéndolo.

Hasta todos los amaneceres y atardeceres que nos esperan a partir de este momento.

Bailamos y bailaremos para siempre.

Capítulo 28

Autumn

COMO EN UNA NOVELA

Tres meses después, después de haber terminado de mudarnos a nuestra nueva casa, partimos hacia Seattle junto al equipo de los Rams, que tendrá un enfrentamiento contra los anfitriones, los Seattle Seahawks.

Lo positivo de este viaje será pasar tiempo con Addison, a quien no veo desde que mi secreto sobre Charlotte literalmente estalló en mis manos.

No sé cómo habría sobrellevado todo si Addison y Maddox no hubieran estado a mi lado, pero ahora, aunque haya pasado poco tiempo, lo que ocurrió es solo un recuerdo distante.

«¿Todo bien? Te veo pensativa», pregunta Gid sentado a mi lado, mientras Charlotte mira por la ventana.

«Sí, estaba pensando que tal vez debería ocuparme de otro equipo», encuentro el coraje para decirlo.

Llegué a los Rams solo por él, pero no quiero ser reconocida únicamente como la novia de Gideon Brooks, sino porque soy una de las mejores preparadoras físicas.

«No pensé que quisieras irte del equipo», comenta Gideon sorprendido.

«No iría muy lejos», respondo refiriéndome al contrato que me ofrecieron hace unos días.

«Supongo que los Chargers te quieren, ¿me equivoco?».

«No te equivocas», admito. Los Ángeles, al igual que Nueva York, tienen dos franquicias, es decir, dos equipos que compiten en dos campeonatos diferentes; los Rams y los Giants para la NFC, mientras que los Chargers y los Jets, para la AFC. Esto significa que dos equipos de la misma ciudad podrían enfrentarse en la fase final de los Playoffs o incluso en el anhelado Super Bowl, pero no solo eso, implica un alto grado de rivalidad. «¿No dices nada?», pregunto a Gideon, quien ahora está en silencio.

«Solo que estoy orgulloso de ti».

«¿No estás enojado porque llevaré a mi equipo al Super Bowl?».

«Oh, ¿quieres jugar, biscottino?».

«Apuesto a que sí», replico, mientras él me sonríe y me aprieta la mano para luego llevarla a su boca y besarla.

«Me gusta jugar contigo, especialmente cuando no llevas nada puesto».

«¿Y qué hacen sin ropa?», pregunta Charlotte, a quien por un momento habíamos olvidado por completo de su presencia.

«Nosotros... Verás, mamá y papá juegan tomando un baño», digo lo primero que se me ocurre.

«Sí, con algunos patitos de goma», agrega Gideon y nuestra niña asiente, como si hubiéramos satisfecho su curiosidad, mientras yo respiro aliviada.

El avión aterriza en Seattle puntualmente y tomamos un traslado hacia el hotel, ubicado cerca del campo de los Seahawks. Una vez en la habitación, llamo de inmediato a Addison para decirle que hemos llegado, mientras los chicos del equipo se dirigen al gimnasio en la planta baja para calentar los músculos de cara al partido de esta noche.

«Perfecto, estaré allí en diez minutos. Tengo que decirte algo importante», dice mi mejor amiga al otro lado del teléfono.

Charlotte y yo organizamos las pocas cosas que trajimos en el armario y nos preparamos para encontrarnos con Addison, a quien pronto alcanzamos en el vestíbulo del hotel.

«Qué bueno volver a abrazarte», admito.

«Sí, parece que ha pasado un siglo», replica, y luego se inclina hacia Charlotte y la abraza.

Decidimos dar un paseo por la ciudad y luego detenernos a comer en el Space Needle, en el SkyCity Restaurant, el famoso restaurante giratorio desde el cual puedes tener una vista de trescientos sesenta grados de toda la ciudad.

«Entonces, ¿qué tienes que decirme importante?», pregunto mientras saboreamos el champán y disfrutamos de la vista del horizonte de Downtown, mientras Charlotte está jugando en el área de juegos del restaurante.

«Yo... yo y Maddox estamos esperando un bebé», responde emocionada, casi haciéndome atragantar con el champán.

«No lo puedo creer», comento.

«Sí, lo descubrimos hace poco», explica. «No lo habíamos planeado, simplemente sucedió».

«Así que tendrás que dejar el patinaje», digo sabiendo cuánto ha sido importante para ella.

«Sí, pero enseñaré en una escuela privada y cuando esté lista, volveré a la pista», dice teniendo todo perfectamente bajo control.

«Diría que es un gran plan», coincido levantando mi copa hacia la suya. «Bueno, por la nueva generación de los Brooks».

«Por la nueva generación de los Brooks», repite ella haciendo chocar su copa contra la mía.

Nos deleitamos con una deliciosa comida, que nos sirven acompañada de un vino de una cosecha especial, mientras fantaseamos sobre lo que el futuro nos deparará.

Le cuento sobre el contrato que me ofrecieron los Chargers de Los Ángeles y cómo Gideon recibió bien la noticia.

Por primera vez, las piezas de un rompecabezas que parecían perdidas están volviendo a encajar en su lugar y no podría desear más de lo que ya tengo.

Una familia, la mía.

A las ocho de la noche, estamos sentadas en el área VIP de los Rams, junto a las otras esposas y parejas de los jugadores.

«Lamento que Maddox esté retrasado», dice Addison.

«Estoy segura de que llegará a tiempo para disfrutar de la victoria», replico.

«¿Cómo sabes que ganarán?».

«Porque soy yo quien los entrena y si no lo hacen, ya saben lo que les espera cuando regresen a Los Angeles», respondo con una sonrisa satisfecha.

A mitad del primer down, los Rams lideran siete a cero, Gideon corre unas treinta yardas interceptando un pase de Turner, logrando llevarlo hasta la cuarenta, donde es brutalmente placado.

Me levanto al verlo inmóvil en el suelo y por un segundo mi corazón deja de latir, mientras mil pensamientos inundan mi mente.

«Tranquila, se está levantando», me tranquiliza Addison y cuando lo veo voltear hacia nuestra tribuna y hacerme un gesto, retomo la respiración.

Ya ha tenido una lesión al comienzo de su carrera y si volviera a ocurrir, podría no poder jugar más en la NFL.

El partido continúa, Maddox todavía no aparece y Addison no hace más que tomar su

teléfono entre las manos para verificar si ha respondido o no a los mensajes que le dejó.

«Estoy segura de que lo retuvo el equipo», digo.

Estamos a principios de diciembre y la NHL comenzó su temporada en octubre, un mes antes que la NFL.

Maddox es el capitán de los Kraken y, al igual que Gideon, tiene muchas responsabilidades al respecto, aunque no es su estilo ignorar las llamadas de Addison. Espero que todo esté realmente bien.

Durante el cuarto down, los Rams están exhaustos, mientras los Seahawks atacan desde todas las direcciones posibles para recuperar la desventaja de trece puntos.

El número dieciocho pasa la pelota a Gideon, quien la sostiene firmemente en el pecho, y el huracán comienza a barrer todo a su paso.

«Y aquí está, el Hurricane dirigiéndose hacia la End Zone», dice el comentarista y su voz se extiende por el estadio; todos nos levantamos, con los ojos puestos en él mientras sigue corriendo y esquivando a sus oponentes, cruzando la línea blanca, anotando el touchdown ganador para el equipo.

«¡Sí!», exclamamos, mientras los chicos realizan una de sus extravagantes danzas, pero poco después el campo se vacía y en la pantalla gigante aparece el mensaje «Todavía no ha terminado, manténganse cómodos», la música suena por los altavoces, las luces del estadio disminuyen su intensidad y un único foco se proyecta en el centro del campo.

«¿Qué está pasando?», pregunta Addison.

«No tengo idea», admito en el preciso momento en que dos personas entran al campo y solo cuando la cámara los enfoca, mostrando su imagen en la pantalla grande, nos damos cuenta de que son Gideon y Maddox vestidos de oscuro.

«Oh, cielos», comenta mi mejor amiga levantándose de un salto y yo tengo la misma reacción.

Ambos intercambian una mirada, con una gran sonrisa en sus labios, al mismo tiempo que se arrodillan frente a todos, sacan de los bolsillos interiores de sus chaquetas una pequeña caja negra y la abren.

Los anillos que sostienen en sus manos son enfocados y acompañados por la palabra «Cásate conmigo».

Con lágrimas en los ojos, Addison y yo bajamos al campo, corriendo para unirnos a ellos, bajo una lluvia de aplausos y silbidos de aprobación de los presentes.

Charlotte corre a mi lado, con su pequeña mano agarrada a la mía, mientras Gideon se levanta y viene hacia nosotros deteniéndose en las treinta yardas, donde suelto la mano de nuestra hija para saltar a su cuello y él me hace girar en sus brazos.

«¿Y un sí para esto?», susurra en mi oído.

«Sí, mil veces sí», digo permitiendo que lágrimas de alegría rieguen mi rostro.

Gideon me deja deslizar a lo largo de su poderoso cuerpo y frente a todos me coloca el anillo en el dedo.

«Esta noche he ganado, pero no solo un simple partido, he ganado algo mucho más preciado porque los tengo en mi vida», dice haciéndome morder mi labio inferior en un vano intento de contener la avalancha de emociones que me hace sentir que el corazón va a explotar en mi pecho.

Luego se inclina hacia nuestra hija: «¿Qué dices, princesa? ¿Nos casamos?»

«Sí, papá, mil veces sí», repite nuestro pequeño loro, mientras el padre la toma en brazos y, rodeándome la cintura, nos volvemos hacia el público.

Me giro y veo a Addison haciendo lo mismo con Maddox, mientras ella, incrédula, sigue

admirando el anillo en su dedo con ojos soñadores.

Los mismos ojos que tengo cuando confetis plateados caen del cielo solo para nosotros.

Para nuestra historia, desordenada.

Imperfecta.

Pero siempre nuestra.

Nuestro final feliz, como si fuéramos los protagonistas de una novela.

Como en los cuentos de hadas.

Como en un sueño del que ya no quiero despertar.

Porque ahora sé dónde está mi lugar, al lado del chico que solía detestar, el despiadado, pero al que aprendí a amar.

El mismo que me robó el corazón y nunca me lo devolvió, el que lo rompió como yo hice con el suyo, pero luego, juntos, logramos recomponer todas las piezas.

Quizás nunca encajen a la perfección.

Quizás todavía nos lastimemos.

Quizás no sea fácil, pero amar a alguien es como un partido que puedes ganar o perder, y cuando eres derrotado, sabes que debes entrenar más para enfrentar el siguiente, con la conciencia de que no puedes rendirte.

Y yo nunca me rendiré ante ese «nosotros» que se ha tatuado de manera indeleble en el alma.

Y eso es lo que somos: indelebles.

Le sonrío a mi mejor amiga y por un momento me veo a mí misma en mi habitación, con ella acostada en la cama a mi lado, mientras planeábamos nuestro futuro, sin imaginar que el destino nos guiaría de la mano hasta aquí.

En este campo, con las luces apuntándonos, y una promesa de amor que nunca se desvanecerá incluso con el tiempo, y que recordaremos para siempre.

Porque el amor sabe sorprenderte.

Te reconoce entre millones de personas.

Y te secuestra en un corazón que late solo por ti.

Epílogo
Autumn

Dos meses después, febrero...

«No es apropiado», le señalo.

«¿Qué, ¿qué me tire a la competencia?», replica Gideon mientras estamos escondidos en uno de los almacenes del Hard Rock Stadium, en Miami.

«Sí, pero te lo permito ya que perderás», lo provoco mientras su lengua recorre mi cuello, su cuerpo presionado contra la pared mientras sus manos vagan por todas partes.

«Oh, pequeña, solo te quiero follar para hacer más dulce tu derrota», responde mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

«Sabes que eso no sucederá», digo mientras mi mano aprieta su erección y, arrodillándome, lo acogo en mi boca saboreando el sabor agridulce de su excitación.

«¡Oh, Dios!», maldice sujetándome la cabeza, al mismo tiempo que me guía hacia él con deseo.

Posesión.

Perdición.

La lengua gira alrededor del glande haciéndolo perder por completo el control y es exactamente lo que quiero mientras, perdido en el orgasmo, pronuncia mi nombre como si fuera su prisionero.

Me levanto y él presiona su frente contra la mía.

«Recomendamos evitar las relaciones sexuales antes de un partido», le recuerdo como preparadora atlética.

«Jugaste sucio, biscottino».

«Deberías saber que me gusta jugar, pero sobre todo ganar», admito guiñándole un ojo mientras nos recomponeos y abrimos lentamente la puerta para ver si tenemos vía libre.

El pasillo está despejado, así que salimos de nuestro escondite y Gideon me agarra del brazo para atraerme hacia él una última vez y darme un rápido beso.

«No me odies, pequeña», pronuncia antes de dirigirse en dirección opuesta a la mía.

Me uno al resto del equipo en los vestuarios, los chicos están repasando la estrategia y les sugiero que marquen de cerca al número quince, es decir, a Gideon Brooks.

Hemos superado los Play Off y, contra toda expectativa posible, hemos llegado al partido más importante del campeonato, el Super Bowl.

Los Chargers se han convertido en mi hogar en estos meses en los que me he ocupado de su preparación y, como una buena jugadora de azar, me encontré espiando a nuestros enemigos acérrimos, los Rams.

Convivir con ellos y estar a punto de casarme con uno de ellos, especialmente con el QB, tiene sus ventajas.

«Recuerden, no lo pierdan de vista ni un segundo, estamos a punto de enfrentarnos a los campeones actuales, a los que debemos quitarles el título de debajo del trasero. ¿Entendieron bien?», les grito.

«Sí, entrenadora», gritan al unísono.

«Bien y ahora demuéstrenme de qué somos capaces».

Llegué a los Chargers como una simple preparadora atlética, debía encargarme de sus entrenamientos, su condición física, la dieta que debían seguir, pero un día, mientras observaba su plan de ataque, me permití expresar mi opinión, ganándome una mirada fría del que era su entrenador actual.

Pero tenía razón, sabía cómo reorganizar el equipo para que pudieran dar lo mejor de sí mismos y el directivo me concedió un sueño, el de guiarlos hacia la victoria.

Me acomodo en el borde del campo con el auricular en el oído y mi carpeta en las manos.

El evento más grande del año está a punto de comenzar y mi corazón empieza a latir demasiado rápido cuando veo a los dos equipos entrar en el campo, mientras yo estoy exactamente donde siempre he deseado estar, en este césped para hacer ganar a mis chicos.

«Coach Rivers, vamos a poner en marcha la jugada cuatro», me informa Cortes, el quarterback de los Chargers.

«Perfecto, pero recuerden, hagan que se cansen hasta el extremo, luego atacaremos nosotros», les recuerdo a todos ellos, reunidos en círculo alrededor de mí.

Y eso es exactamente lo que hacen cuando comienza el primer down, los Tight End de los Chargers corren pasándose el balón, seguidos por los Offensive Guard de los Rams que los derriban y se hacen con la posesión.

Los puntos acumulados por el equipo contrario aumentan hasta el tercer down, cuando los Chargers comienzan a revertir el marcador.

Yardas tras yardas comenzamos a anotar, acortando cada vez más la brecha; los Rams están exhaustos mientras mis chicos tienen la oportunidad de continuar su juego hasta igualar el marcador al final del penúltimo cuarto.

«Coach, ¿ponemos en marcha la primera jugada?», propone Cortes.

«Sí, ahora no pueden permitirse ningún error», digo mientras vuelven al campo, donde comienza el cuarto y último down.

El comienzo de mi historia, mientras siguen anotando, corriendo hasta el último segundo que marca el marcador, hasta ese silbato final que nos proclama ganadores de este Super Bowl.

Lanzo la carpeta al aire y luego, junto con los otros jugadores y miembros del equipo técnico, corro al campo para unirme a mi equipo.

Los chicos me levantan en el aire y me ponen sobre sus hombros, lo mismo le ocurre a Cortes, nuestro quarterback, y esa es la imagen que estará en la primera página de los principales periódicos al día siguiente con el titular: «Autumn Rivers, la entrenadora que llevó a los Chargers a la victoria».

«Estoy orgulloso de ti», comenta Gideon cerrando esa página del periódico.

«¿Es una forma bonita de decirme que tenía razón?», replico sirviéndole el café.

«No, es una forma de halagar a la entrenadora más tenaz que conozco y de lograr que me lleve a su equipo», responde haciéndome sentar en sus rodillas.

«Voy a ver qué puedo hacer», digo evasiva, aunque sé que con un jugador como Gideon Brooks en nuestro equipo sería como jugar con un as en la manga.

Pero quizás me divierta más vencerlo que hacerlo ganar, aunque, independientemente de todo, siempre seremos un equipo.

Gideon

Tres meses después, junio...

«Entonces, ¿cómo te sientes?», pregunta mi madre mientras ajusta mi corbata y mis manos empiezan a sudar.

«Nervioso, jodidamente nervioso», admito.

«Es normal, pero todo saldrá bien, han superado tantos desafíos juntos», me recuerda y tiene razón; si tan solo miro hacia el pasado, nunca habría creído que al final lo lograríamos.

Autumn siempre fue un sueño prohibido.

Inalcanzable.

Esquiva.

Mientras yo solo me divertía siendo el chico despiadado al que le encantaba jugar al fútbol americano, creyendo que podía hacerlo con ella también sin que mi corazón quedara atrapado en su alma.

«¿Listo?», me pregunta mi hermano.

«Nunca lo he estado más que ahora», confieso y él me da una palmada en el hombro, luego nos dirigimos al faro de Pomham Rocks en Providence, donde me espera Autumn en un hermoso vestido blanco, el cabello perfectamente arreglado y nuestra pequeña vestida exactamente igual que ella.

Fue Autumn quien quiso romper la tradición, quiso esperarme donde la última vez me dejó escapar.

No podríamos haber prometido amor eterno en ningún otro lugar, porque este faro nos hizo perdernos y encontrarnos, y es desde aquí que se escribirá un nuevo capítulo en nuestra vida.

«Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en el sagrado vínculo del matrimonio», pronuncia el sacerdote mientras admiramos el espejo de agua frente a nosotros, detrás de nosotros las personas más importantes de nuestras vidas.

«Yo, Gideon Brooks, prometo amarte incondicionalmente, trataré de hacer cada momento de tu vida especial, como tú haces con la mía, y haré que nuestro futuro esté lleno de emociones, con la esperanza de estar a la altura», concluyo mis promesas sosteniendo sus manos entre las mías.

«Yo, Autumn Rivers, prometo amarte más de lo que sea posible, trataré de ser la mujer que un hombre como tú merece tener a su lado, con la promesa de que enfrentaremos cualquier cosa que el futuro nos depare juntos», promete a su vez.

«Juntos», repito mientras el sacerdote nos declara el señor y la señora Brooks.

El abrazo y la beso como si fuera la primera vez.

Como cuando me enamoré de ella.

Como cuando me di cuenta de que, sin ella, nada tendría sentido.

Subimos las escaleras y nos acomodamos debajo de los gazebos que se han preparado para la recepción cerca de la orilla.

«Oh, solo he estado llorando», comenta Addison abrazándonos.

«¿Quizás porque estás claramente embarazada?», digo acariciando su vientre de seis meses.

«¿Qué estás insinuando? No deberías hacer enojar a una mujer embarazada, Gid», amenaza mi hermanastra apuntándome con un pequeño ramo de flores.

«Está bien», convengo levantando las manos en señal de rendición, mientras todos estallan en una estruendosa risa.

«Te has casado, maldición, hermano, juro que ni siquiera lo habría imaginado en mis peores sueños de borracho», exclama Turner.

«Cuando conozcas a alguien que cambie tu vida, entenderás lo que significa», replicó al llegar a Autumn en nuestra mesa.

Pasamos nuestro día rodeado de las personas que amamos, bailamos en el centro de la sala y no puedo evitar mirarla y sentirme tan afortunado de tenerla en mi vida.

«¿Estás feliz?», pregunto.

«Puedes apostarlo, Brooks».

«Nunca apostaría en tu contra, así que supongo que es un sí», digo mientras le doy un beso en los labios.

«Debo darte mi regalo», exclama poco después, entregándome una carta que abro impacientemente.

«¿De verdad lo hiciste?», comento.

«Lo hice solo porque eres el mejor», responde mientras leo el contrato de los Chargers para la próxima temporada.

Fui una leyenda en los Rams y nunca estaré lo suficientemente agradecido con mi equipo, con lo que durante estos años ha sido mi familia, pero cada jugador de la NFL debe seguir persiguiendo su sueño, intentando jugar en los mejores equipos de la Conferencia.

«Acepto solo bajo una condición», digo.

«¿Cuál?», pregunta Autumn rodeando mis brazos alrededor de mi cuello.

«Estaré debajo de ti en el campo, pero cuando volvamos a casa, serás tú quien esté debajo de mí», respondo sugestivo.

«Parece un excelente acuerdo», concuerda y esta vez es ella quien me besa, luego se inclina y toma en brazos a nuestra princesa para bailar los tres juntos, mientras no puedo dejar de agradecer al destino por habernos encajado como dos mitades de la misma persona, porque eso es lo que somos.

Cuando el sol está a punto de ponerse con copas de champán en las manos, Autumn, con la cabeza apoyada en mi hombro, levanta la cara para preguntarme: «¿Te gustaría acompañarme a un lugar?».

«Te llevaría a cualquier lugar que desees», asiente y, después de dejar a Charlotte con los padres de Autumn, subimos al auto y nos dirigimos a Boston, a solo una hora y media en coche.

Cuando me detengo frente a la clínica donde se encuentra su hermana, ella aprieta fuertemente mi mano: «¿Quieres ir solo?».

«No, necesito que estés conmigo, Gid, siempre», admite y me alegra ser parte de cada uno de sus momentos, incluso de los que la entristecen como en este momento.

Recorremos el pasillo de la clínica después de que una enfermera nos permite visitarla, abrimos la puerta y Autumn se acerca a May, su hermana, quien vive en un profundo coma del que ya no podrá despertar.

«Estoy aquí», dice con voz temblorosa acariciando el cabello de su gemela, «hoy me casé y durante todo el tiempo pensé en ti, en cómo habría sido tenerla a mi lado», añade secándose las lágrimas que surcan su rostro, mientras yo la rodeo con un brazo. «Pero seguiré viviendo por ambas, te lo prometo, seguiré haciendo que estés orgullosa de mí, May», concluye, luego se voltea hacia mí y se refugia entre mis brazos.

«Perdónate a ti misma, Autumn», susurro en su oído, «perdónate a ti misma, es lo que ella también querría», añado, con la esperanza de que pueda escuchar mis palabras, de que pueda entender que lo que sucedió fue solo un maldito accidente que cambió las vidas de ambas y que no fue su culpa.

Mano a mano, salimos de la clínica, Autumn se gira una última vez hacia la entrada y asiente con la cabeza, es en ese momento que entiendo que le está dando otra oportunidad a sí misma.

Que está intentando perdonarse.

«¿Volvemos a nuestra fiesta?», digo.

«¿Realmente tenemos que hacerlo?», replica ella con una sonrisa cómplice.

«No, supongo que pueden esperarnos un poco más», respondo mientras, como dos amantes perfectos, como dos almas gemelas inseparables, como dos personas que nunca dejarán de amarse, subimos al auto y comenzamos nuestro viaje juntos, a donde sea que nos lleve.

En medio de las tormentas que vendrán.

De las lágrimas que derramaremos.

De las desilusiones que nos envolverán.

La única certeza que siempre tendremos será nosotros.

Siempre y para siempre.

Charlotte

Quince años después, Las Vegas...

Entro al casino mostrando mi documento falso, que certifica que tengo al menos veintiún años, miro a mi alrededor en la gran sala hasta que veo la mesa que voy a limpiar adecuadamente, la de un grupo de chicos, hijos de papá, que deben estar aquí para celebrar algún estúpido cumpleaños.

Lástima que, al final del juego, tendré que cantarme a mí misma Feliz Cumpleaños, por cómo los habré dejado sin un centavo.

«¿Está libre este asiento?», pregunto mientras sus miradas recorren mi vestido ajustado y el profundo escote, exactamente lo que quería que sucediera, distraerlos.

«Si estás lista para perder, siéntate», replica un chico con el pelo negro azabache recogido en un desordenado moño, ojos color cobalto y una multitud de tatuajes que cubren sus brazos desnudos bajo las mangas enrolladas de la camisa que lleva puesta.

Perder es una palabra que no está en mi vocabulario y estoy lista para demostrárselo.

Me siento, hago mi apuesta, cambio mis cartas, subo la apuesta y cuando los idiotas pican, muestro mi jugada que me hace ganar el bote.

«¡Maldición, pero ¿cómo es posible?», protesta uno de ellos en la segunda ronda de mala suerte que los persigue, lástima que no hayan entendido con quién están tratando.

Me apasioné por el juego cuando tenía alrededor de diez años, mi madre siempre me mantuvo alejada de este mundo vicioso y peligroso, mientras yo me sentía cada vez más fascinada; es por eso por lo que convencí al tío de mi madre para que me enseñara a jugar, hasta que la alumna superó al maestro.

Poseemos el Caesar Palace en Las Vegas, pero obviamente no puedo dejarme ver jugando allí, pero hablamos de la ciudad del juego, siempre hay un casino donde entrar y hacer mi juego.

«Cartas», dice el crupier entregándonos las cartas, mientras los chicos parecen estar cada vez más nerviosos.

«¿No eres una principiante?», pregunta el chico tatuado.

«¿Cómo lo dedujiste? Ah, no, espera, lo descubriré por mí misma, ¿por el hecho de que te esté pateando el trasero?», sus amigos estallan en una risa estruendosa, mientras gano otra mano, luego me levanto satisfecha y limpio el bote, colocando las fichas en el maletín.

«Espera, al menos deja que te invite a una bebida», propone el chico deteniéndome por el brazo.

«¿Crees que soy realmente tan tonta?», replico.

«¿Tomar algo con el chico a quien acabas de desplumar?»,

«Exacto, lo siento, pero debo irme y no te lo tomes a mal, te lo ruego», replico burlona, mientras su mirada tan intensa, oscura y magnética me hace tragar con dificultad.

«Al menos dime tu nombre», insiste.

«Quien pierde contra mí me llama As Reina», digo, luego le doy la espalda y me dirijo a las cajas para cobrar mi dinero.

No juego porque lo necesite, juego porque la adrenalina que siento cada vez que me siento en una mesa es indescriptible, porque me hace sentir invencible y por una noche puedo fingir ser solo As Reina y no Charlotte Brooks, la hija perfecta que aún debe encontrar su camino en la vida.

Esa indecisa.

Rebelde.

Complicada.

Una semana después, me despido de mis padres antes de partir para la universidad; fui aceptada en Columbia y, solo para hacer felices a mis abuelos y orgullosos a mis padres, me inscribí en la facultad de derecho; quién sabe, tal vez conocer las leyes me impedirá meterme en algún lío, aunque lo dudo.

Cuando aterrizo en Nueva York, ni siquiera pienso en ir al campus para la orientación, estoy más atraída por las boutiques en la Quinta Avenida, donde me detengo a hacer compras. Solo cuando me doy cuenta de que he desperdiciado toda la tarde, me apresuro hacia Columbia.

Obviamente, a estas horas la oficina de administración está cerrada y estoy en serios problemas, ya que, si tengo que usar mi tarjeta para conseguir una habitación de hotel, mi madre se enteraría de inmediato y sería capaz de tomar el primer vuelo hacia la Gran Manzana.

Resoplo y miro a mi alrededor, buscando lo que parecen ser los dormitorios femeninos; tal vez pueda colarme dentro.

Pero tan pronto como doblo la esquina, choco con algo, o, mejor dicho, alguien definitivamente musculoso y con un rostro familiar.

«¿Te has perdido?», pregunta con una sonrisa torcida en los labios.

«No, simplemente perdí la orientación. ¿Puedes indicarme dónde está el dormitorio femenino?», pregunto mientras él estalla en risas en mi cara. «¿Qué te divierte tanto?», agrego con las manos en las caderas, mientras mi paciencia empieza a agotarse.

«Simplemente el hecho de que seas una novata», comenta satisfecho.

«Bueno, me alegra que esto te haga feliz, pero ahora, discúlpame, debo irme».

«No tan rápido, As Reina», dice agarrándome del brazo, y solo ese nombre es suficiente para que me dé cuenta de que acabo de meterme en otro problema.

Maldición.

«No sé de qué estás hablando», finjo sorpresa y no temor frente al chico que me observa detenidamente, haciéndome recordar el momento preciso en que lo conocí.

Doble maldición.

«Yo sé que sí, ya que me limpiaste en una mesa de juego en la que no te hubieras podido sentar, As Reina», enfatiza con cierto énfasis, mientras yo luchando para tragar.

«Vale, me rindo, me has descubierto. ¿Qué quieres para mantener la boca cerrada? ¿Tu dinero? Lo tendrás mañana, pero déjame ir ahora».

«¿Sinceramente? No me importa el dinero», responde sorprendiéndome.

Entonces, ¿cuál es tu problema?

«¿Y entonces?»

«Estoy mucho más interesado en otra cosa».

«¿Y eso sería?»

«Tú», responde y esta vez soy yo la que estalla en una risa estruendosa.

«Adivina, ¿eres el quarterback de los Lions?».

«Sí».

«Lo imaginé, mírame», digo señalándome a mí misma, «¿te parezco uno de esos famosos clichés que se leen en las novelas?», agrego, mientras él parece bastante confundido por el sentido de mis palabras.

«¿Me estás diciendo en serio que no querrías salir conmigo?».

«Si quieres, te lo escribiré, así, quizás, te lo aprendas de memoria y lo recuerdes por el resto de tu inútil existencia», voy directo, mientras él sigue divirtiéndose con nuestra absurda conversación.

«¿Quieres apostar?»

La palabra apuesta no debe, en ninguna circunstancia, estar relacionada con mi persona, y la razón es que no puedo retractarme, especialmente si eso implica una victoria mía.

«Vamos, ¿qué quieres apostar?».

«Que al final del primer trimestre caerás a mis pies, As Reina», dice convencido, extendiéndome la mano.

¿Eso es todo? Prácticamente ya he ganado.

Pienso mientras estrecho su mano y pronuncio un «Estoy dentro» que nunca debió salir de mi boca.

Porque Easton Wesley será capaz de trastornar mi existencia.

De encadenarme a su oscuridad.

De hacerme arder en el infierno de sus secretos.

Porque, al final, nunca somos lo que mostramos, sino solo lo que estamos dispuestos a ser para obtener lo que queremos, y él me quiere a mí.

Continuará...

FINE

Espero que hayan disfrutado de la historia y, en ese caso,
les pido que dejen su reseña personal
en Amazon.
Realmente no requiere mucho, para aquellos que tienen un Kindle, simplemente desplácese hasta el final de la novela en su dispositivo
donde aparecerán estrellas
para que puedan dejar su calificación.
Para aquellos que leerán el libro impreso, solo necesitarán acceder a su cuenta de Amazon y debajo del título de la novela, hagan clic en: Dejar una reseña.
Agradezco mucho a quienes encuentren el tiempo para hacerlo.

Agradecimientos

Han pasado cinco años desde la primera vez que me senté y escribí mis primeros agradecimientos, a aquellos que quisieron darme una oportunidad para que leyeran mis historias.

Pero esta vez es diferente, porque esta novela está destinada a lectores que no me conocen, ya que esta es mi primera traducción y espero haber estado a la altura y poder así conquistar también sus corazones a rayas y estrellas.

La escritura siempre ha sido mi refugio más grande en el que me encanta encerrarme, redescubriendo un poco más de mí misma y brindándome cada vez un nuevo viaje sin conocer cuál será, al final, mi destino.

Porque la escritura tiene el poder de sumergirte en su mundo, de arrastrarte y dejarte perdido entre esas páginas que cobran vida como si siempre hubieran estado ahí, en tu corazón y en tu mente.

Heartless no debía existir, no estaba en mis planes, pero mientras escribía Faked, Gideon y Autumn clamaban por contar su historia y yo no podía quitarme de la cabeza este relato de amor que me arrastró junto a estos personajes locos, que espero que puedan amar al menos la mitad de lo que amé escribir sobre ellos.

Pero esta vez también debo cerrar esta portada, debo cerrar estos capítulos que me han acompañado durante meses y despedirme de los hermanos Brooks, pero tal vez, solo sea un hasta luego, ¿quién sabe?

Cuando se escribe, se inicia un proyecto, nunca se está solo, siempre hay muchas personas detrás que contribuyeron a hacer posible todo esto, así que empiezo agradeciendo a mi hijo, Alessandro, tu sonrisa y tus palabras son el mayor consuelo durante un día en el que no pude escribir como hubiera querido.

Leonardo, mi otro hijo de dos años y medio, me basta con mirarte y perderme en tus sonrisas para saber que todo irá bien, que también esta vez lo lograré.

Sí, porque cada historia, cada personaje siempre es un desafío.

Mis padres, a ustedes les debo todo, la persona que era y soy hoy gracias a las enseñanzas y valores que me inculcaron, recordándome siempre que no debo rendirme nunca, por nada ni por nadie.

Porque los sueños merecen un lugar especial por el cual siempre vale la pena luchar.

Gracias a ti, Ivano, que como en una de las novelas de amor que tanto adoro leer, volviste a mi vida después de diez años en los que nuestros caminos se separaron. Me mostraste una nueva luz, de la cual ahora puedo iluminar mi nuevo camino junto a ti, te amo Vita.

Gracias a mi abuela, por enseñarme a siempre sonreír frente a las lágrimas, eres la mujer más fuerte que conozco.

Gracias a ti, Licia Righi, eres el detrás de escena de cada una de mis historias, sin ti hubiera sido una tarea difícil.

Cada mensaje, cada nota de voz, cada reflexión sobre estos personajes que se han convertido un poco en nuestros amigos, como si los conociéramos desde siempre, has sido valiosa.

Gracias a mis Alfa Readers, Iolanda Fiore, tu ayuda ha sido valiosa para la realización de este proyecto.

Gracias a Michela Vaccaro, mi diseñadora gráfica que me apoya para que la novela siempre sea algo especial en términos visuales.

Un enorme agradecimiento a mis lectoras que me siguen desde los tiempos de Wattpad, a

aquellas que me siguen desde hace poco, su cariño, sus comentarios son mi mayor fortaleza que siempre me indica el camino a seguir.

Agradezco a todos los blogs que me apoyan y ayudan cada día a dar a conocer mis novelas, con sus críticas constructivas, estoy tratando de mejorar cada vez más. Gracias a todos por estar presentes en cada fecha de lanzamiento de mis novelas, gracias por la confianza depositada y por no abandonarme nunca.

Y finalmente, gracias a Dios por haberme dado este don y el deseo de superarme siempre.

I miei romanzi

(disponibili in ebook, cartaceo e Kindle Unlimited su Amazon)

